Evgeny Krasnov

Príncipe de Persia

Primera parte: "Las arenas del tiempo"

El primer libro de la trilogía de novelas fantásticas cuenta la historia de un joven príncipe, heredero del trono persa y un destacado guerrero, que junto a su padre fue a la guerra con la India. Por un error fatal, desata las mortíferas Arenas del Tiempo, capturadas en el palacio de un maharajá indio. En un instante, el mundo familiar se derrumba y el héroe tendrá que lidiar con oponentes increíbles y un elemento poderoso.

El enemigo de mi enemigo es mi enemigo.

Capítulo 1. Heredero

La piedra se desmorona y se convierte en arena. El agua se seca o es absorbida por el suelo. El fuego del sol se extingue un día y se convierte en un viento sin vida que no calienta, no hay vida en él. Solo es libre de esparcir torbellinos de arena a través de las vastas extensiones. Una libertad enorme que no cuesta nada. ¿Y qué será de nosotros? Todos nos convertiremos en fantasmas y volveremos al lugar de donde vinimos. Y solo quedará el Tiempo...

Mucha gente piensa que el Tiempo es un río que lleva sus aguas en una dirección. Pero te lo puedo asegurar: están equivocados. El tiempo es un océano abrazado por una tormenta, es un elemento poderoso e indomable. ¡He visto el verdadero rostro de la época y puedo contarte una historia como nunca antes habías escuchado!

***

Amanecer... El sol, jugando alegremente con sus rayos, comenzó a desaparecer lentamente del horizonte. El frescor de la noche se fue a algún lugar lejano, allí, detrás de las dunas. La ciudad comenzó a recuperarse gradualmente del sueño. La gente apareció en las calles. Era imposible no prestar atención a la grandeza de esta ciudad: ocupaba un área enorme; Las murallas que rodeaban y custodiaban la ciudad eran tan altas que la noche parecía aún más larga de lo habitual para las personas que vivían cerca de ellas. El nombre de esta ciudad es Babilonia.

Primero, el sol iluminó la parte superior del palacio. Este edificio alto y a dos aguas inspiraba un sentimiento incomprensible: miedo o admiración temblorosa. Deslizándose gradualmente hacia abajo, los rayos del sol revelaron todo el edificio del palacio real. En los días normales, nadie, excepto los sirvientes, prestaba atención al amanecer. A una hora tan temprana, ninguno de los dignatarios pensó siquiera en despertar. Pero hoy ha sido un día especial. En los grandes salones del palacio se escuchaban las exclamaciones y gritos de júbilo de alguien, que los resonaba hasta sus rincones más recónditos. Hoy, Shahraman, el rey del Gran Imperio Persa, finalmente tiene un heredero.

Zoroastro, que tenía el título de "el ojo del rey", tomó al niño en sus brazos y dijo:

"Buen chico", y después de pensarlo un momento, agregó, "va a cambiar este mundo..."

No se sabe por qué, pero nadie prestó atención a sus palabras: tal vez debido al alboroto general, sino más bien al hecho de que

nadie lo había escuchado durante mucho tiempo, considerando a Zoroastro un anciano excéntrico. Pero aquí está lo extraño: cuando tomó al niño que lloraba desconsoladamente en sus brazos, por alguna razón se quedó en silencio. Solo continuó temblando con sus pequeñas manos y una vez agarró la barba del anciano para que incluso gimiera de sorpresa.

En general, para las personas que no conocían a Zoroastro, podría haber parecido extraño. Algunos decían que era de la India, y otros decían que era un vagabundo viajero que una vez vagó por Babilonia. No se sabe qué lo llevó a sus andanzas por Oriente, pero en su rostro había rastros de una antigua vida errante. Sin embargo, ha cambiado mucho desde entonces. No había salido de Babilonia durante varios años y ocupaba una posición honorable bajo el rey. Su rostro delgado y alargado, cubierto de arrugas profundas, tenía un color marrón antinatural. Las cejas y la barba gruesas y grises delataban a un anciano profundo en él. Pero, sobre todo, sus ojos eran llamativos: parecía que ardían con fuego rojo, como si alguien los estuviera iluminando desde adentro. Su mirada asustaba y se asemejaba a la mirada de un muerto viviente. Los ojos estaban rodeados de manchas negras, que gradualmente se convertían en arrugas faciales, rayos que irradiaban de los ojos. La mayor parte de la cabeza estaba oculta bajo un turbante rojo con el extremo colgando de un lado. Pero su apariencia no correspondía en absoluto a su carácter. Era un anciano bonachón que nunca había hecho daño a nadie. Lo único por lo que a todos les desagradaba era por ser terriblemente aficionado a contar todo tipo de historias, que, por supuesto, nadie creía y que nadie escuchaba hasta el final. Su cuento favorito era la historia de un tal Magaraj y su viaje por las Arenas del Tiempo. Pero esta historia fue tan larga que desanimó a todos, y Zoroastro tuvo que guardar silencio, sin contar ni un tercio de su historia, después de la cual comenzó lo más interesante. Por lo tanto, nadie sabía qué tipo de Arenas del Tiempo eran. Y con el tiempo, incluso el propio Zoroastro comenzó a olvidar gradualmente esta historia y todos sus detalles, que una vez contó con tanta energía. Y más aún, ni siquiera sospechaba que esta historia continuaría.

***

El Principito creció sin madre. Le decían todo el tiempo que ella había muerto de una enfermedad poco después de su nacimiento. De niño, veía poco a su padre: estaba constantemente ocupado comandando su ejército y su imperio. Y el principito recordaba cómo su padre regresaba victorioso cada vez, era saludado con alegría, honrado y llamado el rey más grande. Y merecidamente, no se perdió ni una sola batalla bajo su mando. Y en todas las batallas él mismo

participaba, siempre con la misma espada. Él mismo creía que le traía buena suerte, y casi nunca se separaba de él.

Esperando a que todos a su alrededor se dispersaran, el Príncipe corrió hacia su padre, tratando de estar lo más callado posible, y en el último momento trató de asustarlo, fingiendo ser un enemigo. Shahraman se dio la vuelta, agarró su espada y dijo:

"¡Defiéndete!"

Y luego siempre se reía amablemente y abrazaba a su hijo. Y esto siempre deleitó al Príncipe. Su padre era un ideal para él. El niño soñaba con crecer lo antes posible y llegar a ser como él. Para ganar los mismos honores en las batallas y para glorificar tu nombre. Convertirse en un gran guerrero como su padre. Y el mismo gobernante sabio y digno cuando llegue el momento.

Quería aprender este secreto, gracias al cual su padre siempre se las arregla para lucir alegre incluso después de largas guerras y campañas. En lugar de descansar, siempre salía a dar un paseo con el principito por los jardines que crecían alrededor del palacio, y le contaba durante horas cómo luchaban contra hordas de enemigos, asediaban y capturaban ciudades. Y el príncipe creía que su padre y su ejército siempre hacían lo correcto, que los enemigos merecían ser derrotados. Y que su padre siempre sería el ganador. Y él también.

***

Zoroastro fue el maestro del Príncipe. A pesar de la inquietud de este último, el anciano logró enseñarle a leer y escribir. A veces incluso lograba interesar al niño cuando le contaba algo especial, algo a lo que el príncipe no estaba acostumbrado, o algo que no entendía, pero que sonaba intrigante para la mente del niño. Y entonces dejó de pensar en él como un viejo aburrido y aburrido. Especialmente al principito le llamó la atención el hecho de que no todas las personas hablan el mismo idioma. Estaba inquebrantablemente seguro de que todos hablaban y pensaban exactamente con las mismas palabras que él. Y de repente resultó que este no era el caso en absoluto.

– Y luego, ¿cómo se entiende la gente? ¿O están peleando porque no entienden? —preguntó entonces el príncipe al maestro.

"Aprenden idiomas extranjeros a propósito. Y no es por eso que están peleando", respondió Zoroastro.

—¿Y cómo es una lengua extranjera? ¿Se puede decir algo en un idioma extranjero? El chico no se calmó.

—Por supuesto —dijo Zoroastro, y dijo en indio—: ¡Siempre serías tan curioso, joven príncipe!

Los ojos del chico se abrieron con sorpresa. Este extraño discurso no se parecía en nada a lo que estaba acostumbrado a escuchar.

–¿Qué significa? ¡Dilo de nuevo! dijo.

Zoroastro repitió sus palabras, esta vez más extensas y fluidas, lo que hizo que su discurso sonara verdaderamente hipnotizante para el Príncipe.

"Deberías ser tan curioso más a menudo", explicó la maestra, y agregó otra frase en indio: "Especialmente cuando estás aprendiendo a escribir".

El príncipe lo miró inquisitivamente y preguntó:

—¿Y esto?

—Sobre todo cuando estás aprendiendo a escribir —tradujo el anciano—.

-¿En qué país se dice eso? El chico no podía dejar de preguntar.

– En la India. Es la lengua india —respondió Zoroastro—.

–¿India? ¿Y qué tipo de país es? ¿Dónde está? ¿Qué tipo de personas hay? ¿Qué aspecto tienen? El príncipe continuó bombardeando al anciano, que estaba cansado por la noche, con una serie de preguntas.

Sonrió amablemente y dijo:

"¡A la edad de seis años, quieres saber tanto!" Deberías haber nacido un viajero, no un príncipe.

En lugar de hacer las siguientes preguntas y exigir respuestas a las anteriores, de repente comenzó a pensar. Esta idea, expresada accidentalmente por Zoroastro, se instaló firmemente en la mente del niño, y ahora la imaginación del Príncipe dibujó cuadros extraordinarios en los que vio países desconocidos, animales maravillosos, personas inusuales. Aunque no tenía ni idea de cómo podía ser todo. Pero la falta de impresiones, por extraño que parezca, puede dar lugar a imágenes maravillosas que, junto con la imaginación de los niños, se convierten en mundos enteros.

Zoroastro en este momento estaba respondiendo a las preguntas del Príncipe. En general, le encantaba contar historias y especialmente le encantaba cuando la gente lo escuchaba al mismo tiempo.

"Yo nací en la India, pero sucedió que llegué a Persia y comencé a servir a tu padre. La India está lejos de aquí, tendrás que llegar allí durante varios días a caballo. Allí hay muchos bosques y ríos. Las personas allí se ven casi iguales, pero tienen el cabello más oscuro y una piel ligeramente más oscura.

"¡Di algo más!" ¡Me encanta este idioma indio! El príncipe se separó de sus sueños y comenzó a molestar a Zoroastro de nuevo.

Pronunció la palabra "jarra". Fue lo primero que le llamó la atención. Y, anticipándose a una nueva serie de preguntas, dijo:

–Jarro. Dije la palabra "jarra".

El príncipe frunció el ceño sin comprender.

—¿Por qué llamar tan extraña a la jarra? Después de todo, ¡esto es una jarra! ¿Por qué fue necesario inventar todo esto?

"Todos los pueblos aprecian su lengua. Cada uno de ellos apareció hace mucho tiempo, cuando tú, tu padre e incluso yo aún no existíamos. Incluso esta ciudad aún no existía. Después de todo, discúlpeme, pero los animales hablan su propio idioma, ¿no? Zoroastro explicó pacientemente. Su paciencia era realmente ilimitada, y era capaz de decirle o explicar cualquier cosa al Príncipe durante horas, solo suspirando de vez en cuando por la fatiga.

"Son estúpidos y no entienden lo que la gente les dice. ¿Es la gente en la India igual de estúpida? —volvió a preguntar el príncipe.

"Si no entiendes a alguien o ellos no te entienden, no significa que uno de ustedes sea un tonto. Después de todo, los pensamientos y sentimientos que una persona quiere transmitir son importantes. Y por lo tanto, incluso un animal estúpido entenderá un fuerte grito aterrador o enojado, y una persona que no conoce el idioma distinguirá las palabras buenas de las malas", explicó el maestro.

Ahora Zoroastro incluso se alegró de que su conversación hubiera fluido en esta dirección. Podría, sin que el Príncipe lo supiera, compartir con él un pedazo de sabiduría.

"Y al final, un idioma diferente te ayudará a ver las cosas de manera diferente", agregó.

"¿Qué significa ver las cosas de manera diferente?" —preguntó el príncipe pensativo y sin comprender.

—Cuando crezcas, lo entenderás —murmuró Zoroastro en voz baja—. "Cuando crezcas, lo entenderás.

Al recibir una respuesta tan incomprensible e incomprensible, el Príncipe se olvidó rápidamente de la pregunta en sí. Y el interés en sus ojos comenzó a desvanecerse de inmediato. Al ver esto, Zoroastro, fingiendo gran fatiga, dijo:

"¡Es tarde, vete a tu habitación!"

Durante todo este tiempo, el príncipe estuvo con Zoroastro, que vivía en uno de los rincones más remotos del palacio. El niño recordó involuntariamente las pilas de libros por todas partes, apilados de un lado a otro, y la gran cantidad de velas que iluminaban la habitación. Incluso le encantaba este crepúsculo, le encantaba ver docenas de luces y le gustaba el olor de la cera derretida.

***

Cuando el príncipe creció un poco, su vida se volvió más diversa. En lugar de pasar todo su tiempo con Zoroastro, comenzó a aprender el oficio de la guerra. Shahraman confiaba estas actividades a su

principal comandante de combate o estudiaba con el propio niño. Cuando era niño, el príncipe se negó a recoger un lazo, creyendo que era injusto. Es difícil imaginar de dónde vino tal idea en la cabeza del niño, pero prefería una pelea justa con un enemigo armado. Aunque en lugar del enemigo, a menudo aparecía un espantapájaros de entrenamiento, y en lugar de una hoja afilada, una simple espada de madera.

El príncipe eligió rápidamente sus tácticas de batalla. No le gustaba lo que los demás le mostraban, y siempre se le ocurría algo propio. Creía que en una pelea, el arma no es solo la espada, sino también su cuerpo y mente. Sus movimientos se distinguían por su destreza y, al mismo tiempo, por su fría agudeza. No hubo torpeza infantil, no hubo diversión durante el entrenamiento. Pero había un placer en la pelea.

Luego, cuando se entrenó con una persona viva, comenzó a aportar aún más de sus propias ideas. A menudo, al quedarse dormido, intentaba inventar algo nuevo, algo inesperado que le ayudara a convertirse en un guerrero aún más hábil.

Tuammak, el maestro de artes marciales del príncipe, a menudo era incapaz de lidiar con un oponente joven debido a su agilidad. Por supuesto, si la batalla era real, entonces un guerrero adulto derrotaría fácilmente al niño. Pero el príncipe era su aprendiz, por lo que Tuammak lo trató de manera muy diferente.

Y el Príncipe se lo tomaba todo muy en serio, aunque comprendía perfectamente que no se trataba de una lucha a muerte. Pero no podía permitirse cometer errores. Y para sorprender a su maestro, a menudo realizaba todo tipo de trucos. Por ejemplo, esquivaba un golpe poniéndose en cuclillas bruscamente y golpeándose las piernas, o rodaba bajo sus pies y ponía una espada en la espalda de la persona con la que estaba luchando. El príncipe lamentaba que durante el entrenamiento no hubiera nada que usar cerca: ni paredes, ni árboles, ni nada por el estilo. Además de luchar no solo con espada, prefería moverse no solo sobre una superficie plana, sino que también le gustaba trepar todo tipo de obstáculos o trepar a los árboles. A la edad de ocho años, se sentía casi invulnerable, capaz de derrotar a cualquiera y llegar a cualquier parte.

El príncipe trató de no mostrarle todo esto a su padre. Creía que un día tendría que luchar con el rey hombro con hombro, y entonces realmente demostraría su valía. Todo lo inusual que se le ha ocurrido al Príncipe le impresionará. Sin embargo, no disfrutó del tiempo que pasaba con su padre y de sus historias de tierras lejanas y batallas heroicas.

Capítulo 2. Un viejo amigo

Un día, cuando Shahraman estaba en Babilonia y paseaba por el jardín con el príncipe, uno de los sirvientes se le acercó y le dijo:

"Su Majestad, un mensajero del Sultán Azad acaba de llegar y dijo que estará aquí por la noche.

"¡Oh, excelente! ¡Hace mucho tiempo que no veo a mi amigo! Coloca a tu guardia en la alta torre de vigilancia en la puerta y avísame cuando esté muy cerca. Quiero conocerlo en persona.

—Sí, mi señor —respondió el criado—.

—Sí, y prepara mi buen caballo. Y dígale a los comandantes de combate sobre la llegada de Rifat", agregó Shahraman.

El sirviente asintió lentamente, indicando que así sería como se haría, hizo una reverencia y se alejó apresuradamente.

"Hoy, hijo, te presentaré a mi viejo amigo. Solíamos ir de excursión con él, pero luego pasó algo y dejó de pelear. Se instaló en su palacio. Azad es una ciudad maravillosa, he estado allí. Tal vez incluso puedas entender por qué Rifat no quiere dejarlo una vez más. ¡Algún día definitivamente visitarás allí! ¡El palacio del sultán tiene una gran colección de fieras! —le dijo Shahraman al Príncipe—.

Miró a su padre con indisimulada admiración e incluso gratitud. Le gustaría mucho visitar la casa de fieras del sultán. Imaginó algunos animales maravillosos que nunca había visto. Y no le importaban mucho algunos de los amigos de su padre. Su padre ya es el mejor. No necesita amigos. Aunque esta vez el caso fue especial.

***

Por la noche, Shahraman montó al príncipe en su caballo delante de él —el niño era todavía demasiado pequeño para manejar solo una montura adulta— y, rodeados de guardias y comandantes militares, se dirigieron a la puerta de la diosa Ishtar, el más importante y grande de los caminos que conducían a las profundidades de la ciudad. Y los más extraordinarios, magníficos y fascinantes. Al menos, eso era lo que pensaba el Príncipe, que miraba fijamente a la puerta cada vez que se encontraba cerca.

La puerta le pareció enorme al niño. Crecieron de las altas murallas que rodeaban la ciudad, estaban pintadas de azul y decoradas con imágenes de varios animales. Para el príncipe, estas imágenes parecían casi vivas, siempre quería tocarlas. Y siempre lamentaba que esto no se pudiera hacer, y que estuviera en la puerta rara vez y por muy poco tiempo.

Las puertas se abrieron y aparecieron los viajeros, acercándose a las murallas de la ciudad. Una multitud de pobres, compuesta principalmente por niños, corrió tras ellos, gritando algo en voz alta.

Para ellos, lo que estaba sucediendo también era un acontecimiento importante. Pero no porque Rifath fuera amigo de su rey. Porque en tal confusión y confusión era bastante fácil robar algo valioso. Aunque el riesgo de ser atrapado también era grande.

El príncipe no esperó en absoluto la aparición del propio Rifat entre esta multitud, le era casi indiferente y poco a poco comenzó a disgustarle por haberle robado a su padre, aunque solo fuera por unos días. Al príncipe le pareció que Shahraman ya pasaba muy poco tiempo con su hijo. Y ahora seguramente será enviado al viejo aburrido.

Pero cuando entre los invitados que se acercaban vio un cuerpo pequeño y regordete que se balanceaba torpemente sobre el lomo del caballo, la atención del príncipe se desvió involuntariamente hacia él. Era difícil imaginar cómo se subió a la silla de montar. Y el príncipe se olvidó de inmediato de su antipatía. La visión de Rifat le hizo reír. Trató de imaginarlo con una espada en las manos, el comandante del ejército en batalla, y se rió aún más.

Pero también le pareció al príncipe que Rifat exudaba algún tipo de debilidad. No sabía cómo enfadarse de verdad. Y el Príncipe sentía en él esa dulzura, ese carácter débil. No se parece en nada a la de su padre.

—¡Saludos, Rifat! ¿Qué te trajo a Babilonia? El zar habló.

"Malas noticias. Necesito tu ayuda —respondió el sultán—.

–¿¿Qué pasó? —preguntó Shahraman, ya sorprendido.

"Las redadas en la frontera con India se han vuelto demasiado frecuentes. Nuestros puestos de avanzada están constantemente bajo ataque. ¡Esto amenaza con una guerra real! Y ya sabes, no he estado conectado con el arte militar durante mucho tiempo.

Ahora, incluso Shahraman se dio cuenta de que Rifat había cambiado desde su último encuentro: se había vuelto viejo, regordete y algo temeroso.

"Esto es muy serio, tenemos que discutir todo en privado. Te mostraré mi orgullo: los jardines colgantes. Un gran lugar para cualquier conversación. Me encanta pasar tiempo allí con mi hijo. Por cierto, aquí está", Shahraman señaló al príncipe sentado frente a él. "Mi hijo, heredero al trono. ¡Mi futuro héroe!

Las últimas palabras tuvieron un efecto increíble en el Príncipe. Su padre nunca lo había llamado héroe, ni siquiera uno futuro. ¿Significa que realmente cree en él, lo considera digno de ser su hijo? El príncipe no lo dudó demasiado, pero solo porque no pensó en ello en absoluto. Y ahora se le abrían nuevos horizontes, aunque percibía todo de una manera completamente infantil. Cuando tales palabras de aliento salieron de los labios de su padre, el príncipe se juró a sí mismo que sin duda cumpliría todas sus expectativas e incluso las superaría. Este deseo se veía especialmente vívido en el contexto de

Rifat. El príncipe no se dio cuenta de cómo el contraste entre su padre y el sultán intensificaba sus propios pensamientos, dando a las imágenes que surgían en ellos exageración y escala.

Rifat, al oír hablar de los maravillosos jardines, de alguna manera se apresuró y se puso en marcha en dirección al palacio, que era visible desde la misma puerta, porque estaban conectados por un camino ancho y perfectamente recto. Era evidente que el sultán se sentía seguro aquí. E incluso la multitud de pobres que lo perseguían a él y a su escolta se quedó en algún lugar atrás, detrás de las puertas y desapareció instantáneamente de su memoria. De camino al palacio, su atención fue completamente absorbida por el edificio más magnífico y alto de la ciudad: una enorme torre que se parecía un poco al tronco de un árbol gigante que crecía en la roca. Pero solo árboles sin ramas ni follaje. Imaginó lo magnífica que se vería la misma torre en Azad. Parecía aún más hermosa que su amada Torre del Alba, a la que había trasladado su tesoro, que era de hecho la parte más inexpugnable y mejor protegida de su ciudad. Pero este esplendor pétreo estaba más allá de todos los elogios de los que era capaz el sultán. Y le parecía que no había nada más inexpugnable. El deleite excesivo ante la vista de todo lo inusual y la curiosidad son las señas de identidad de Rifat. Y lo más importante era que también quería obtener mucho de lo que veía.

***

Cuando Rifat y Shahraman finalmente llegaron a los jardines colgantes, cada uno de ellos comenzó a mirar a su alrededor, pero cada uno a su manera. Shahraman, al ver la alegría de su amigo, los miró con especial orgullo, y Rifat simplemente se desanimó por la majestuosidad y la belleza del lugar en el que se encontraba. Los jardines no tenían ninguna entrada especial y ornamentada, porque ya eran la mejor decoración de todo el palacio.

La hierba parecía ser particularmente suave y exuberante. Se colocaron caminos especiales en todas partes para que la gente no lo estropeara. Parecía que solo había vegetación, flores brillantes, sol y cielo alrededor. Incluso la gran Torre de Babel parecía haberse perdido de vista. En el jardín se colocaban magníficas fuentes y espaciosas rotondas, entrelazadas con extrañas plantas, cuyos extremos colgaban hasta el suelo, lo que hacía parecer que todo esto era enteramente creación de la naturaleza, y no de manos humanas. En medio de todo esto, no había lugar para la ira, el mal, las guerras. Solo serenidad y tranquilidad, perturbada solo por una ligera brisa y la luz del sol. Incluso los ojos de Rifat, ardientes de codicia, parecían simplemente llenos de admiración y admiración por el triunfo de la naturaleza.

Y esto fue solo el comienzo. Profundizando, Rifat descubrió que los jardines se estaban convirtiendo en toda una ciudad verde: por todas partes había pequeñas casas, cuyos techos estaban sostenidos por poderosas columnas blancas y se convertían en islas de vegetación. Estaban plantadas con todo tipo de flores y hierbas, algunas de las cuales también colgaban, y otras se extendían hacia el sol brillante. Las palmeras y los helechos crecían por todas partes. Estaban plantados en grupos ordenados y no parecían superfluos en ninguna parte. Por eso todo estaba en perfecta armonía. El hombre no era superfluo aquí, pero parecía estar presente con el permiso de alguien. La ciudad creció y se convirtió en un enorme edificio único, decorado aquí y allá con columnas de mármol blanco, estatuas de personas y animales, lagos redondos, de los que salía un soplo de frescura. Las escaleras corrían en todas direcciones, algunas pequeñas, otras más grandes, que conducían a las profundidades de los jardines. Constaban de varios niveles y se asombraron de cómo los edificios de piedra hechos por el hombre se fusionan con arroyos de vegetación en un solo organismo vivo y se vuelven similares a la vida silvestre. Por todas partes se podían encontrar bancos especialmente dispuestos a la sombra de grandes árboles. Eran geniales para descansar e incluso tomar una siesta mientras se estaba sentado en ellos. A lo largo de todos los caminos había canales con agua, que se traía aquí directamente desde el río Éufrates, que colindaba estrechamente con la ciudad.

—¿Veo que te gusta mucho este lugar? Shahraman rompió el silencio.

–¡Venga, sí! Estos jardines... ¡Son geniales! —dijo Rifat, sin prestar más que una cuarta parte de su atención a las palabras—. En cuanto al resto, estaba completamente absorto en la contemplación de un esplendor natural, sorprendentemente diferente de todo lo que había visto antes.

"Puedes caminar aquí durante horas. Gran lugar. Cuando regrese a la ciudad, me esfuerzo por llegar aquí lo antes posible — dijo Shahraman por fin, con placer—.

Realmente amaba estos jardines, como si sacara de ellos la paz para el alma, la paz, la bondad y la fe en lo mejor. Parecía fundirse con ellos cuando estaba aquí, imaginándose a sí mismo como un árbol enorme con sus raíces alrededor de todo el jardín. Es por eso que miraba al resto del mundo de una manera completamente diferente a la de un rey, sin mucha astucia ni cálculo. Y en todas sus palabras y acciones no había malvados ni oscuros designios. Creía sinceramente en lo que hacía, en lo que decía. Y sucedió que casi todo sucedió exactamente de acuerdo con sus pensamientos. Por lo tanto, a menudo no notaba malos rasgos en las personas. Y no solo en los demás, sino también en ti mismo. Todas las guerras que desató no

le parecían injustas, no veía en ellas ningún robo y siempre creyó que estaba haciendo lo correcto y que sus victorias no podían ser otra cosa. Tal vez por eso era un excelente guerrero, porque no dudaba de sí mismo ni por un segundo. Y conoció la misericordia. No era un asesino. Fue un guerrero glorioso que se ganó honor para sí mismo y para su país en la batalla. Por lo tanto, no podía darse cuenta de sus errores o acciones injustas.

Rifat no era así en absoluto. Con su codicia, siempre estaba buscando una oportunidad para conseguir algo en su colección. El heroísmo y el coraje le eran casi ajenos. También se preocupaba mucho por su grandeza, por su honor. Pero era bastante ostentoso e inverosímil, condicionado únicamente por su posición. Y a pesar de todo esto, era bastante estúpido y era más un niño mimado del destino que un verdadero sultán que podía lidiar con las incursiones del enemigo por sí mismo. Sin embargo, no siempre fue así. Una vez fue realmente un verdadero aliado de Shahraman, lo ayudó en sus conquistas y protección de fronteras. Pero incluso entonces, Rifat permaneció constantemente a la sombra de Shahraman, sin distinguirse por su iniciativa y heroísmo. Sin embargo, juntos llegaron casi a la frontera de la India, pero se detuvieron allí: las fuerzas eran iguales y el resultado de la guerra no podía estar a su favor. Durante las negociaciones se alcanzaron acuerdos sobre nuevas fronteras, y a partir de entonces Rifat permaneció en Azad, la capital de su país, Bactria, que se encontraba al norte de la nueva frontera. Rifat fue fiel a su deber: Shahraman le confió la protección de estas tierras, y por lo tanto siempre mantuvo varias guarniciones rotativas a lo largo de las fronteras. Pero él mismo comenzó a retirarse cada vez más, controlando la situación sólo nominalmente. Se convirtió en un viejo y cobarde coleccionista. Tuvo suerte: desde el norte estaba protegido por montañas, desde el oeste estaba la amiga Persia y sus vecinos orientales no violaban las fronteras. Y estaba muy satisfecho con este estado de cosas. ¡Un verdadero regalo del destino! Rifat era demasiado cobarde para invadir el poder de Persia, y eligió otras tácticas que le prometían, aunque no tan grandes, pero sí más de lo que podría haber logrado solo. Es por eso que se ha desarrollado una unión bastante fuerte entre ellos, que con el paso de los años incluso comenzó a parecerse realmente a la amistad. En cualquier caso, el rey persa los consideraba amistosos, porque todavía conocía al padre de Rifat, e incluso entonces no hubo enfrentamientos entre sus países. Y todo esto lo heredó él junto con la bella Azad, una verdadera perla de aquellas tierras.

—¿Así que quieres que mi ejército te ayude a lidiar con estas incursiones? —preguntó Shahraman.

–Sí. Y mi asesor dijo que no se trataba solo de redadas. Pueden ser el comienzo de una gran guerra contra nuestros países. Primero,

la India aplastará a Bactriana como más pequeña y débil, ¡y luego desafiará a Persia! Rifat respondió con una mirada inteligente, tratando de parecer lo más serio e inquieto posible. La razón de todo era la misma cobardía del sultán. Se contentaba con una vida tranquila, cuyo único adorno eran montañas de todo tipo de baratijas, joyas, regalos caros y sueños extraños. No quería resolver todos los problemas por su cuenta. ¡Y la amistad con el rey persa es tanta suerte!

Pero Shahraman no se dio cuenta de esto en absoluto e incluso se alegró de que su amigo se preocupara por el destino de dos países a la vez. Shahraman, en cualquier caso, estaba mucho más preocupado por su seguridad. Y, por supuesto, no quería ser conocido como un gobernante indigno que condenaba a su pueblo a depender de nadie.

"India ha cobrado nuevas fuerzas y es más fuerte que nunca", dijo Rifat en las palabras que le dijo el asesor. Si quisiera, podría controlar fácilmente al sultán, porque bastaba con conocer las dos características principales de Rifat: la cobardía y la pasión por la riqueza. Y, por lo tanto, no era nada difícil sugerirle algo. Pero al asesor, por extraño que parezca, le importaban los asuntos de Estado, no el poder.

–¿India? Pero siempre hemos vivido en paz con este país", respondió Shahraman desconcertado. "Logramos llegar a un acuerdo, y durante muchos años nadie violó este acuerdo.

"No puedes confiar en nadie. Excepto por los viejos amigos, por supuesto: Rifat incluso se sorprendió de la habilidad con la que sonaban sus palabras, de la precisión con la que transmitían todo el significado. Y son igual de hábiles para ocultar la verdad.

"Entonces, dentro de unos días iré a Azad con mi ejército. ¿Estás listo para recibir invitados? —preguntó Shahraman, sonriendo.

Y unos días más tarde, Shahraman, dándole una palmadita en la cabeza al príncipe, se acercó a su caballo, lo ensilló y partió en otra campaña.

Capítulo 3. Sahirra

Para el Príncipe, los largos días de espera se prolongaron de nuevo. Tuammak, el principal comandante militar del rey y el maestro militar del príncipe, fue a una campaña con el rey, por lo que el príncipe fue prácticamente privado de entrenamiento, excepto por la oportunidad de luchar con un espantapájaros de madera, lo que solo causó un sentimiento de disgusto en el niño. Por lo tanto, fue al jardín temprano en la mañana y caminó hasta que Zoroastro lo encontró. O mejor dicho, no solo caminaba, sino que practicaba movimientos extraños inventados por él mismo. Después de todo, a nadie, excepto a él, se le ocurrió escalar paredes altas. Y si alguien lo había hecho alguna vez, no era de la forma en que se le había ocurrido al Príncipe. Alejándose de la pared a una distancia suficiente para una buena carrera, corrió hacia ella, y cuando se acercó, corrió hacia ella, levantando el brazo lo más alto posible y aferrándose a la parte superior. En lugar de bajar las escaleras, se balanceó sobre la barandilla de piedra y llegó al fondo mucho más rápido. Le gustaba la velocidad y la sensación de volar. Y ya entendía por su poca experiencia que la sorpresa es muy importante en las batallas. Entendí que sin la fuerza suficiente, puedes derrotar al enemigo, siendo simplemente ágil, rápido e inesperado.

Pero pronto nació en su cabeza una idea aún más audaz. Estudiaba el jardín por dentro y por fuera, conocía cada árbol, cada piedra y casi cada brizna de hierba que había en él. Exploró toda la torre y el palacio, sin lograr penetrar solo unas pocas puertas. Se sintió atraído por algo nuevo, por algo que estaba fuera del palacio: la ciudad, sus tejados. El príncipe quería sentirse como un pájaro por completo. En lugar de abrirse paso por las calles estrechas, polvorientas y ruidosas de la ciudad, que no le interesaban en absoluto, quería correr por los tejados, balanceándose fácil y rápidamente de uno a otro. Lo único que quedaba por hacer era elegir el momento adecuado para poner en marcha el plan.

Y no tardó en llegar. Era temprano en la mañana, y Zoroastro se las ingenió para atrapar al príncipe antes de que escapara al jardín. Pero sucedió que, mientras contaba algo, el anciano se quedó dormido, y esta oportunidad no podía desaprovecharse.

Con cuidado, tratando de no hacer ruido, el Príncipe salió por la puerta y tomó el camino más corto hasta la salida del palacio. Él mismo se apoderó de él una excitación increíble. Corrió hacia adelante en anticipación de aventuras y nuevas sensaciones. Sólo ahora se dio cuenta de lo cansado que estaba de las bóvedas del palacio: eran demasiado familiares para el príncipe. Por lo tanto, visitar el palacio era como emprender un viaje para él. El mismo pensamiento que Zoroastro había expresado accidentalmente estaba

firmemente arraigado en su mente, y el Príncipe se sintió atraído por algo desconocido.

Una vez en la ciudad, parecía encontrarse en otro mundo. Parecía desconocido y desconocido para el Príncipe. Habiendo llegado a un callejón desierto, decidió subir a los tejados lo antes posible. Aquí, abajo, se sentía incómodo, todo a su alrededor era de alguna manera gris, extraño y aterrador. El príncipe, por supuesto, no pensó en el peligro real, pero algo aún le preocupaba. Y lo detuvieron. A veces le preguntaba a Zoroastro:

-¿Por qué la gente no vuela como los pájaros?

Pero nunca entendió las respuestas del anciano. Y él respondió que toda persona debería tener un sueño, incluso si era irrealizable, y por lo tanto había cosas que una persona no podía hacer. Pero tiene la oportunidad de luchar por ello, de esperar su realización, de creer en la posibilidad de lo imposible y en que, bajo ciertas condiciones, todo es posible, aunque a primera vista las circunstancias no sean muy propicias para ello. Zoroastro era sabio, y el príncipe era demasiado joven e inexperto, y no había un entendimiento completo entre ellos.

Pero de alguna manera, a partir de las palabras del anciano, el Príncipe arrebató la idea de que, aunque una persona está limitada en muchos aspectos, decide por sí misma si debe luchar por la expansión de su libertad. Aunque entendió la palabra "libertad" en sí misma en un sentido completamente diferente y no en la escala que tiene este concepto. Incluso se podría decir que estos malentendidos y malentendidos eran parte de su falta de libertad.

El príncipe vio la libertad en la capacidad de controlarse perfectamente a sí mismo, a su cuerpo durante la lucha y durante su entrenamiento, al que él mismo trataba con especial amor y orgullo. Y no tenía ni idea de que su mente también necesitaba libertad. Toda libertad comienza con la libertad de pensamiento. El pensamiento libre no es vacío en absoluto, es mucho más profundo, puede llegar a cualquier pico y ayudar a una persona en cualquier cosa, siendo parte de sí misma. La conciencia pura y sin nubes es la fuente primaria de la libertad. Pensamiento puro, no estropeado por deliberaciones innecesariamente largas e innecesarias, que no dan lugar a nuevas ideas, sino que sólo matan las antiguas.

Ahora tenía que poner a prueba todo lo que había aprendido por sí mismo. No tenía dudas sobre su cuerpo. Si ahora era la confianza en sí mismo de un niño, más tarde realmente se convertirá en parte de él.

Al lado de una de las casas, se amontonaba una pila de bolsas con algo denso y pesado. Trepando por ellos, se podía llegar fácilmente a las repisas de madera a nivel del segundo piso. Mirando a su alrededor por última vez, el Príncipe comenzó a subir.

Agarrando con las manos uno de los tablones que sostenían el balcón de madera y apoyando los pies en la pared, el Príncipe se dio cuenta de que no era más difícil que trepar a un árbol. Y aún más interesante, porque nadie más que él lo hacía. E incluso si no fuera el único, lo que estaba sucediendo se volvería aún más interesante. Aunque el propio Príncipe apenas quería la presencia de nadie. No habría sido capaz de apreciar su importancia. Lo principal era que hacía cosas inusuales con lo ordinario; algo para lo que no estaba destinado. El propio Príncipe sintió deleite y quedó completamente absorto en él. Sintió esa libertad embriagadora que lo levantó. No solo fue arrancado del suelo y se sintió muy bien, sino que también quedó aislado de la gente, o mejor dicho, de su costumbre de caminar solo por las calles entre las casas y no correr hacia arriba, sin pensar en el cielo, sin soñar. El príncipe ha obtenido ahora, aunque por poco tiempo, esta libertad. Su alma era ahora como un pájaro, y si pudiera mirarla, olvidaría para siempre la ridícula suposición de que los humanos no pueden volar. Verdaderamente, el alma de un niño puede hacer cosas imposibles sin ser completamente consciente de lo que está haciendo. Un sueño casual de la infancia puede ser tan vívido que, si se hiciera realidad, podría dar a luz a un mundo completamente nuevo y darle luz eterna.

Una vez en la cima, el Príncipe miró a su alrededor. Los techos de las casas estaban esparcidos a su alrededor, algunos un poco más altos, otros más bajos. Como un centinela gigante, una torre se elevaba sobre la ciudad. Comparadas con ella, todas las demás casas podían parecer diminutas e innecesarias, pero en realidad, ella parecía un rey entre sus súbditos.

Por alguna razón, el príncipe también pensó que esta torre se parecía a su padre. Por supuesto, no era tan alto, pero su coraje, coraje y fuerza lo hacían igual de grande. El príncipe estaba lejos de él, pero ya se había levantado del suelo y estaba un poco más cerca del cielo. Si pudiera volar, se apresuraría instantáneamente hacia arriba para estar a la par con su padre. El príncipe ni siquiera pensó en ser mejor que el gran Shahraman. Él ya encarnaba todo lo mejor por lo que el Príncipe se esforzaba. Pero fácilmente podría ser mejor. Podría haberlo hecho mejor. Después de todo, nadie pensó en los pensamientos que flotaban en su cabeza. Nadie trepaba a los árboles o a los tejados a menos que hubiera alguna necesidad especial. Solo él. Y solo él fue capaz de transformarse completamente en una espada durante una pelea. Y todo esto es casi lúdico, como por diversión. Y, sin duda, ese ingenio podría abrirle nuevos horizontes, hasta entonces inexplorados. Solo quedaba una pregunta: ¿debería pensar en ello y poner todas sus fuerzas en encontrarlos o debería dejarse todo como está y todo vendrá por sí solo, como está ahora?

Sin embargo, los niños son hermosos porque sus mentes no piensan en esas cosas en absoluto. Los niños piensan en imágenes vívidas que permanecen en su memoria durante mucho tiempo, sorprenden con la novedad y los colores. Y no importa en absoluto si se trata de una nueva palabra que se escucha por primera vez, un nuevo sonido o algo que se ve por primera vez.

Por primera vez, el príncipe se encontró no solo fuera de los muros del palacio, sino también fuera de cualquier regla. La única regla es él mismo. Y sólo está limitado por su imaginación.

Caminó sin miedo hasta el borde de la casa y miró hacia abajo. El príncipe estaba bastante alto sobre el suelo, y esto hizo que aún más emoción corriera por su sangre. Dando un paso atrás y corriendo correctamente, se balanceó hacia el siguiente techo, que era un poco más bajo. En un segundo le pareció al Príncipe que sus piernas lo llevaban, y al siguiente que tenía claramente el control de su cuerpo y que éste seguía perfectamente sus órdenes. Estaba satisfecho con la facilidad con que se movía. Lleno de energía fresca, estaba listo para saltar todo el día y toda la noche. Su sentimiento más fuerte se apoderó de él en el mismo momento en que empujó el borde mismo con su pie derecho y se encontró en el aire, arrancado del suelo, de las restricciones, del caminar monótono increíblemente aburrido, incluso como si estuviera libre de sí mismo. De tu mente. Solo un torrente hirviente de sentimientos. En cada parte de ella, sentía una leve brisa que soplaba sobre él. Se sintió increíblemente agudo, como si se enfrentara a una tormenta real. El deleite ahogó todo lo que estaba sucediendo, y el Príncipe se quedó solo con los elementos. No escuché los sonidos de la ciudad: voces, el estrépito de los cascos y el crujido de las ruedas. Aquí estaba en un mundo completamente diferente, en un mundo donde no hay guerras, ni muertes, ni fuertes y débiles, ni amos ni esclavos, ni buenos ni malos. Y como para demostrarlo, un cielo vasto e infinitamente profundo se extendía sobre él. El príncipe ya no podía distinguir los límites entre el cielo y la tierra, se fundían en uno, por lo que si hubieran cambiado de lugar, tampoco lo habría notado.

Era sorprendente la gracia con la que, a pesar de su corta edad, se movía. Cada movimiento era preciso, rápido y suave al mismo tiempo. Estoy seguro de que ha estado trabajando en ello durante décadas. Y, por lo tanto, inconfundible, oportuno.

Al príncipe no le asustaba el hecho de que la distancia entre algunas de las casas fuera realmente grande. Los sentimientos y emociones que hervían en él le dieron cinco veces más fuerza, y continuó volando de techo en techo y trepando paredes escarpadas. Una vez, el salto fue tan largo que el Príncipe solo pudo atrapar el borde con las yemas de los dedos. Pero esto no lo detuvo ni un segundo, ni siquiera lo detuvo. Con un fuerte empujón, convirtiendo

su cuerpo en una flecha, voló hasta el techo y siguió corriendo. La novedad añadió un color especial a su deleite. A pesar de que todos los movimientos le eran familiares, los utilizaba en condiciones completamente diferentes. Y ahora le sentaban perfectamente.

A lo lejos, aparecieron las puertas de la diosa Ishtar. El príncipe no esperaba acercarse mucho a ellos: era cauteloso, sabía que podía ser atrapado, y esto interrumpiría inmediatamente su aventura. Pero aún podía mirarlos desde una altura, de una manera completamente nueva. Y esta fue una recompensa suficiente para él. Una recompensa porque no tendrá que mirar de abajo hacia arriba, como de costumbre, sino simplemente hacia adelante.

Después de permanecer un minuto contemplando las puertas, el Príncipe se dio la vuelta y volvió a subir a los tejados de las casas para encontrarse con nuevas impresiones y sensaciones. Hacia la libertad que soplaba como un viento sobre su rostro, que lo atrapaba en el aire y trataba de retrasarlo en el vuelo hasta el último momento. Este sentimiento abrumó tanto al Príncipe que no recordaba nada más, no recordaba a su padre e incluso olvidó quién era. Pero al mismo tiempo, era él mismo.

Es poco probable que hubiera sido capaz de encontrar una sola palabra para describir sus impresiones. Pero los recordará para siempre. Y tal vez algún día los eche de menos, su novedad y su brillo. Tal vez con el tiempo, lo que está haciendo ahora se vuelva gris y casi ordinario para él, y ya no pueda descubrir algo nuevo por sí mismo. Pero todo lo que sucede por primera vez vale la pena dejar la huella más profunda en tu memoria.

Después de un tiempo, la atención del Príncipe comenzó a ser atraída no solo por los techos, sino también por las torres bajas que terminaban en agujas puntiagudas y las vigas estrechas entre las casas. Todavía no estaba listo para darse cuenta y admitirse a sí mismo que estaba empezando a cansarse. Por lo tanto, a menudo se detenía y, en lugar de saltar, trepaba con cuidado al otro lado de estos mismos travesaños, balanceándose fácilmente sobre ellos con las manos. Cuando se encontraba cerca de una de las torres, se inspiró en la idea de encontrarse en la cima, envolviendo sus brazos alrededor de la aguja y estar aún más cerca del cielo. Se sintió atraído hacia arriba, lo pensara o no. ¿Y por qué pensar? ¿Y sobre qué? Solo estaba haciendo lo que su alma anhelaba. Así que trepó casi hasta la cima por las ventanas enrejadas y aquí y allá los troncos que sobresalían de la piedra, después de lo cual lo último que le quedaba era agarrarse al borde de hierro del techo, empujarse bruscamente con las piernas y aferrarse a la aguja. Una vez hecho esto, solo levantó el otro brazo, se movió un poco más alto y respiró hondo. El aire casi lo mareaba. Era especial, no era en absoluto el que el Príncipe respiraba todos los días. El aire era tan dulce como

un sueño. Y lo consiguió solo. Con alegría, el Príncipe quiso gritar con todas sus fuerzas, pero en el último momento se dio cuenta de que era mejor no hacerlo después de todo. Y luego respiró hondo y volvió a examinar la ciudad a su alrededor, esta vez desde una altura aún mayor. El príncipe no veía la ciudad como sombría y hostil, sino por el contrario, animada y amable. Para él, la ciudad no se limitaba a calles que trazaban líneas estrictas, convirtiendo los torrentes de gente en monótonos arroyos obedientes que siempre consentían esta dependencia. La ciudad también era una puerta al cielo para él, con gusto le abrió todo tipo de caminos al Príncipe, incluso los más inconcebibles, inusuales para una persona común, a cambio deseando solo amor. Al fin y al cabo, sólo amando se le podía ver así. Es poco probable que muchas personas piensen en estos edificios grises, a veces en ruinas, a menos que se trate de su propia casa. Y para el Príncipe, todo el cielo era ahora su hogar. Él mismo era un pedazo de cielo azul, mientras sus ojos llenos de alegría gritaban brillantemente.

Pero, tal vez, de hecho, no pertenecía enteramente a ninguna de las dos partes del mundo. Sí, aspiraba hacia arriba, veía el mundo de una manera completamente diferente, pero seguía siendo humano. Por lo tanto, parecía estar al borde del abismo. Y podría convertirse en la más grande de las personas si encontrara la respuesta a la pregunta: ¿en el límite entre qué y qué?

Como cualquier persona, después de tantas horas bajo el calor, el Príncipe, además de estar cansado, sentía sed. Y muy pronto se volvió tan agudo que se hizo imposible resistirlo. Debería haber bajado y buscar agua sin que nadie se diera cuenta. Es por eso que no se apresuró a buscar de inmediato, sino que miró cuidadosamente desde arriba, buscando el lugar correcto.

Unos minutos más tarde alcanzó a ver una gran cuba en un estrecho callejón. Era bastante difícil distinguir por la apariencia si estaba vacío o lleno. Las sospechas se despertaron por las gotas que se habían acumulado en uno de los costados de la embarcación, que no desapareció solo por el hecho de que estaba a la sombra.

El tejado sobre el que se encontraba el príncipe coronaba la casa, cuyas paredes eran casi perfectamente lisas, con las ventanas inusualmente bajas, de modo que no había forma de bajar. Por lo tanto, respirando hondo, el Príncipe se escapó y saltó al siguiente techo, que era aún más bajo que este. El príncipe tuvo tiempo de darse cuenta de que este salto le resultaba mucho más difícil que los demás, aunque sólo llevaba unos minutos inmóvil. Pero no se dio cuenta de que su deleite había disminuido. Y dio este salto sólo por necesidad, y no para experimentar la maravillosa sensación de volar.

Ahora nada le impedía bajar, hacia la meta querida. Volvió a mirar a su alrededor: todavía no había nadie alrededor. Por supuesto,

había voces a lo lejos, pasos y gruñidos, pero estaba muy lejos. Ahora estaba de nuevo solo con otro obstáculo. Y de nuevo no fue por placer, sino como una necesidad.

Colgado en sus brazos, el príncipe saltó con cuidado a una pequeña plataforma de madera. Desde allí, una estrecha repisa de madera se extendía a lo largo de la pared de la casa, que en realidad resultó ser traicioneramente chirriante. Pero después de caminar a lo largo de él, el Príncipe finalmente pudo bajar las escaleras.

Aproximadamente a la mitad de la cornisa, se presentó otra sorpresa desagradable: uno de los tablones resultó estar podrido y se rompió debajo del Príncipe, a pesar de que era muy liviano. Afortunadamente, logró agarrar un tronco que sobresalía de la pared con la mano y no se cayó, pero al mismo tiempo se lastimó y magulló gravemente la pierna, que resbaló. Y todo esto fue acompañado por un fuerte crujido. Apretando los dientes con más fuerza, comenzó a avanzar, y en medio minuto sus esfuerzos fueron recompensados: pudo descender y se encontró en el suelo. El príncipe no pensó mucho en el dolor: no era tan malo, y estaba seguro de que no debería notar el dolor en absoluto. En cambio, se acercó a la tina, le quitó la tapa y se alegró de descubrir que, en efecto, estaba llena de agua fría, aparentemente no hace mucho tiempo tomada por alguien.

Después de haber bebido hasta el hartazgo, el príncipe se permitió un poco de debilidad: se arremangó la pernera derecha del pantalón y se lavó un poco la herida, sintiendo un agradable alivio cada vez que el agua la tocaba.

Se acercaba la noche. El Príncipe de repente pensó que era hora de regresar al palacio, pero de repente se escuchó una voz, que por alguna razón el Príncipe inmediatamente identificó como desagradable:

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te permitió tocar el agua? ¿Y metes tus viles manos en él? Estas palabras sonaron casi triunfales. Pertenecían a un tipo bastante alto, más grande que el Príncipe. Exteriormente, debido a su ropa harapienta y su rostro polvoriento, se parecía más a un mendigo callejero o ladrón, por lo que no era sorprendente que se comportara así. Algunos muchachos más jóvenes estaban parados a su alrededor. Sus ojos tenían exactamente la misma expresión que los del líder, pero ninguno de ellos dijo una palabra ni trató de hacer nada.

—¿Es usted sordo? ¡Te estoy hablando!

Sorprendentemente, el Príncipe no pensó en una pelea. No porque estuviera asustado, no lo estaba. Simplemente no se sentía culpable. ¿Es el agua realmente tan valiosa que alguien puede lamentarse de unos sorbos? Él expresó esta idea en respuesta:

"¡Tengo mucha sed!" ¿De verdad sientes lástima por el agua corriente?

"¡No me importa en absoluto lo que quieras!" ¿Quién eres? ¡Es la primera vez que te veo por aquí! ¡Parece que voy a tener que enseñarte las reglas aquí! Los ojos del líder brillaron amenazadoramente y se acercó al Príncipe, frotándose los puños.

Ahora se dio cuenta de que la pelea era inevitable. Y con disgusto sintió que una ligera excitación se apoderaba de él. No le tenía miedo a un enemigo, pero ¿qué pasaría si los demás defendían a su líder? Es poco probable que estén bien familiarizados con el sentido de la justicia. Tratando de ahuyentar estos pensamientos, el Príncipe decidió aceptar este desafío casi tácito y sin sentido. Pero al dar un paso, de repente se dio cuenta de que en realidad le dolía más la pierna de lo que había pensado antes. Y no puede caminar normalmente, solo puede cojear.

"¡Mira!" ¿Y también es un lisiado? ¡Es una lástima que sea tan desalmado! —dijo el nuevo enemigo al Príncipe, riendo a carcajadas y maliciosamente—.

El príncipe ya se había preparado para lo peor, cuando de repente ocurrió otra sorpresa.

"¡Ali, detente!" ¡Detente inmediatamente! Sonó la voz delgada de una niña pequeña. El príncipe de alguna manera adivinó de inmediato que ella era la hermana de este tipo.

—¿Sahirra? ¿Lo eres de nuevo? ¿Por qué siempre te interpones en el camino en los momentos más inapropiados? ¿No lo ves? ¡Tengo una conversación seria con este ladrón! Ali respondió con gran insatisfacción y algo de confusión en su voz, como si se justificara a sí mismo.

"¡No es un ladrón!" ¡Solo tenía sed! ¡Si tu madre supiera lo que estás haciendo otra vez! ¿Trajiste un saco de grano de tu tío? ¿No? ¡Lo sabía! Nos estás molestando a todos otra vez. ¡Es una lástima que nuestro padre no esté con nosotros! —soltó la muchacha—. No tenía miedo en absoluto cuando dijo todo esto. Al parecer, sabía cómo controlar a su hermano. Sabía que él no levantaría la mano contra su propia hermana, que Ali no quería violar la voluntad de su madre y caer bajo sus ojos. Y que no era tan desalmado en absoluto, simplemente le faltaba algo, y que encontró algo en su pandilla, sin pensar que los demás no lo respetaban, sino que simplemente le temían.

Ali permaneció en evidente indecisión. Con unas pocas frases, la hermanita logró convencerlo, pero él no pudo darse por vencido así, en un segundo, por lo que fingió dudas por un tiempo.

"¡Está bien, tienes suerte, extraño!" Finalmente dijo, luego se dio la vuelta y se alejó. El resto de los muchachos que estaban a su alrededor, después de estar un rato de pie, también comenzaron a dispersarse, hasta que el Príncipe se quedó solo con la pequeña Sahirra. Ella lo miró con indisimulada curiosidad.

—¿Quién eres tú? ¿Y de dónde eres tú? —le preguntó.

—Vivo allí —dijo el príncipe, señalando la torre que se alzaba sobre la ciudad—.

Estaba claro por los ojos de la niña que inmediatamente entendió y creyó todo. El príncipe estaba experimentando algo inexplicable ahora. Vio en las palabras, en las acciones, e incluso en la mirada de la muchacha, algo casi completamente nuevo y emocionante a su manera. La molestia de la peleadora no fue una sorpresa para él, pero lo que hizo esta chica que no conocía ... Ella simplemente lo ayudó, tal vez incluso lo salvó. Aunque este pensamiento hirió el orgullo del Príncipe, no pudo resistirlo. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué lo miraba de manera tan extraña? No sabía que había un nombre simple para todo esto: bondad. A pesar del difícil destino, esta chica logró mantener la bondad en su corazón, aunque incluso ella misma aún no entendía completamente qué era y por qué la necesitaba.

Era como si el propio príncipe estuviera imbuido de esta bondad: era tan pura y genuina que se deslizaba directamente en su corazón. Era tan fuerte que ahuyentaba de él los malos pensamientos, pensamientos de que podía perder la batalla indignamente. Algo nuevo se ha instalado en su alma y ahora tendrá que contar con ello. Algo que, en cierto sentido, puso su vida patas arriba. Aunque duerma durante años.

"¡Ya es de noche!" ¿No tienes que irte a casa? —chilló una voz suave—.

El príncipe miró a su alrededor, miró hacia el palacio y, bajando la cabeza, dijo:

"Supongo que es el momento, pero... No puedo.

La muchacha lo miró sin comprender con sus grandes ojos claros, y luego dijo:

"¡Recuerda que tienes un amigo aquí!"

Y dándose la vuelta, rápidamente se escapó a algún lugar.

El príncipe realmente sintió que no podía regresar. Pensó en cómo miraría a los ojos de su padre cuando empezara a contarle la pelea que no había tenido lugar, en la que casi había dejado que el miedo se apoderara de él y en la que podría haber sido golpeado vergonzosamente. Y en algún lugar en la vecindad de estos pensamientos, había un rinconcito para los demás. Pensamientos sobre lo que esta chica le dijo al fin. ¿Un amigo? La conocida palabra le parecía ahora tan incomprensible. Nunca se había preguntado si tenía amigos y si él mismo podía ser un amigo, por lo que tal choque con la realidad lo sorprendió mucho.

En lugar de irse a casa, volvió a subir al techo, encontró un lugar acogedor y se sentó, después de lo cual comenzó a mirar al cielo. Después de un tiempo, las estrellas comenzaron a iluminarse y

la tarde comenzó a fluir suavemente hacia la noche. El príncipe se sentó y pensó en todo lo que había sucedido durante el día y pensó en lo que debía hacer a continuación. Entonces el cansancio se apoderó de él y no se dio cuenta de cómo se había dormido.

***

El amanecer derritió la oscuridad de la noche y la ciudad comenzó a cobrar vida de nuevo, llena de sonidos. El príncipe se despertó de esto: estaba acostumbrado al silencio por la mañana, por lo que las conversaciones de alguien cercano no le permitían dormir.

Sorprendentemente, sus pensamientos cambiaron durante la noche: ya no se negaba a regresar al palacio. La razón de esto era al menos el hambre, debido a la cual el estómago del Príncipe a veces emitía gruñidos, como si fuera algún tipo de animal. El sueño en general tiene un efecto milagroso en nuestros pensamientos y puede convertirlos fácilmente en opuestos, haciendo que la oscuridad sea luz, lo invisible visible y lo incomprensible comprensible.

El príncipe bajó las escaleras y se dirigió al palacio. No sintió la fuerza para viajar por los tejados, así que eligió el camino en el suelo.

Apenas había logrado salir de un pequeño callejón cuando un soldado corrió hacia él y le habló rápida y confusamente de lo bueno que era que hubieran encontrado al niño. Otro corrió tras él, agarró al Príncipe del brazo y lo arrastró apresuradamente.

***

Era la primera vez que el príncipe veía a su padre tan triste. Y se sorprendió aún más por el hecho de que cojeaba sobre una pierna. Cuando trajeron al niño, se acercó y ordenó en silencio a los soldados que se fueran. Ni siquiera una sonrisa brilló en su rostro. Por supuesto, se alegró de que hubieran encontrado al Príncipe y no le hubiera pasado nada, pero no le quedaban fuerzas para esta alegría, y la ansiedad aún lo poseía, por lo que la tristeza en su mirada era más severa que alegría.

El príncipe bajó la cabeza avergonzado. Ambos guardaron silencio. El príncipe no sabía qué decir, y Shahraman estaba demasiado cansado de pensamientos ansiosos para elegir el correcto.

"¿Qué le pasa a tu pierna?" El chico trató de preguntar muy tímida y vacilante.

– ¿Será mejor que me digas qué le pasa a mi hijo? Shahraman respondió con amargura en su voz.

Con eso, el Príncipe sintió que inmediatamente quería hundirse en la tierra, evaporarse, volar, cualquier cosa para terminar en otro lugar. Sintió cómo él mismo estaba exprimido por esta amargura y

resentimiento en la voz de su padre, la persona más querida de su vida.

"¡No regresé a Babilonia para descubrir que habías desaparecido en alguna parte!" ¡Quería compartir la alegría de mi victoria! ¡No dormí en toda la noche! El resentimiento acumulado, acelerándose y acelerando, abandonó a Shahraman, convirtiéndose en palabras. A veces se parecía a un niño grande, y su voz en esos momentos podía incluso parecer graciosa. Sin embargo, el Príncipe seguía sin reírse. Poco a poco, empezó a sentir todo el peso de la culpa que había caído sobre él. O mejor dicho, pensó que era todo.

—¿Cuándo te fuiste? ¿Cómo sucedió? —preguntó Shahraman con severidad.

–Por la mañana. Justo de Zoroastro, cuando se durmió —respondió el príncipe tímidamente, casi susurrando—.

–¿Se durmió? ¿Se quedó dormido? ¡Así que no fue en vano que lo ahuyenté! —dijo Shahraman con un extraño regocijo en su voz, mezclado con genuina ira—.

–¿Corrió? —preguntó el príncipe desconcertado.

–¡A saber! En lugar de mirarte, ¡estaba dormido! ¡Esto es imperdonable! Ahora te encontraré un nuevo maestro", explicó Shahraman.

Aunque el Príncipe no se atrevió a decir una palabra en contra, de repente sintió que algo se agitaba en él, protestando con todo su ser contra lo que había oído. El Principito ni siquiera pensó en lo apegado que estaba al anciano. Por supuesto, no tanto como lo hizo con su padre, pero aun así pasaba la mayor parte de su tiempo con este hombre en aquellos días en que su padre no estaba en el palacio o incluso en la ciudad.

Pasaron unos segundos más antes de que el Príncipe pensara que él era el culpable de esto. Quería aventuras e hizo que su padre se preocupara, y por su culpa, Zoroastro fue expulsado. Por alguna razón, el príncipe recordó cómo había soñado con aprender indio de él.

—¿Me enseñará a hablar indio? —preguntó el príncipe.

Shahraman no esperaba tal pregunta en absoluto, por lo que incluso se sintió avergonzado al principio. Pero luego, después de pensar un rato, dijo:

–Eso creo. Esto puede serle útil. ¡Ahora ve rápidamente al jardín! ¡Y no te atrevas a huir de nuevo! Y necesito descansar, estoy demasiado cansada.

En la voz de su padre, el príncipe oyó una ansiedad muy inusual para él. Ella lo estaba presionando especialmente fuerte ahora, por lo que aún decidió decir las palabras principales después de que Shahraman ya se hubiera dado la vuelta.

"¡Padre, perdóname!"

Shahraman se volvió. El príncipe lo recordó por el resto de su vida exactamente como lo veía ahora. Fuerte de nuevo, parado firmemente sobre ambos pies, con una sonrisa en su rostro. Recordaba cada detalle: una barba espesa y canosa que le ocupaba la mitad de la cara, unos grandes ojos grises, en los que, a pesar de toda su fuerza y masculinidad, se podía leer algo infantil, completamente infantil. Su piel brillaba al sol, sus mejillas eran ligeramente redondas, pero esto no le impedía mostrar severidad. Su voz era fuerte y segura, pero el propio Shahraman apenas pensaba en ello, solo estaba hablando. Y a menudo se las arreglaba para hacerlo de alguna manera cantando, tarareando. Todavía no había ecos de la vejez que se acercaba en su voz, pero se sugirieron por sí mismos: tenía unos cincuenta años.

Shahraman estaba vestido con un turbante lila y una túnica del mismo color. Esto hacía que cualquiera de sus movimientos fuera tan suave como su voz, igual de majestuoso y poderoso.

Pero la atención del Príncipe fue capturada por una sonrisa. Una lluvia de pensamientos cayó sobre él. La nueva sensación que había sentido el día anterior, cuando literalmente había emanado de la niña, había vuelto a él. Finalmente se dio cuenta de que su padre es muy amable con él, ama a su único hijo. Y la amabilidad se leía mejor en la sonrisa de Shahraman. Ahora ya estaba desprovista de cualquier ira o resentimiento. Había bondad en ella, había perdón que él le dio al Príncipe. E involuntariamente también sonrió. Fue como un apretón de manos que selló la unión. Aún más. No era una simple confianza, sino sensual, expresada en bondad mutua, mezclada con una visión inusual y nueva del otro. Después de permanecer de pie durante unos segundos más, en silencio y todavía con la misma sonrisa en su rostro, que la hizo aún más profundamente impresa en la memoria del Príncipe, se dio la vuelta y se alejó, todavía cojeando sobre una pierna.

Ahora Shahraman no le ha contado a su hijo lo que sucedió. Pero entonces el príncipe se enteró por él de que la excursión que había hecho con Rifat no se parecía en nada a un simple paseo. No muy lejos de Azad, se vieron envueltos en una lucha con los indios. La victoria fue milagrosa y no inmediata, razón por la cual Shahraman no regresó a Babilonia por tanto tiempo. Su ejército tuvo que retirarse tres veces. A la cabeza del ejército indio estaban dos de los mejores comandantes, los maharajás, que estaban tan familiarizados con el arte militar como un simple soldado y sabían cómo manejar hábilmente a sus guerreros. Pero una noche, uno de los miembros del grupo de Shahraman logró encontrar el campamento secreto del enemigo y, atacando al amparo de la oscuridad, los persas salieron victoriosos, tomando al enemigo por sorpresa. Fue esa noche cuando

el rey fue herido. La herida no era tan grave, pero durante un tiempo no pudo caminar con confianza y cojeó.

En la India, después de semejante derrota, ocurrieron acontecimientos increíbles: debido a que los mejores líderes militares murieron entonces, se produjo una división en el país, y cada maharajá comenzó a gobernar en sus tierras. No había enemistad entre ellos, pero tampoco había amistad. A ninguno de los dos le importaban los problemas del otro. Los maharajás escribieron sus propias leyes y organizaron la vida en sus posesiones de acuerdo con sus ideas. Y el rey persa pudo regresar a salvo a su hogar, a Babilonia, sin temor a nuevos ataques. Si se podían repetir, no sería pronto, aunque la ansiedad no abandonó a Shahraman durante mucho tiempo. Sintió profundamente el peligro que lo amenazaba a él y a su pueblo. Tal vez le ayudó en parte el hecho de que él mismo estaba en el fragor de las batallas y conocía de primera mano a los indios, cómo eran en la batalla y qué peligro representaban.

Capítulo 4. Oportunidad

Han pasado muchos años desde entonces y casi todo ha quedado en el olvido. El príncipe ya no recordaba al viejo Zoroastro, aunque nunca se había encariñado con otro maestro, a pesar de que le había enseñado, aunque fuera un poco, a hablar otro idioma, como el príncipe había soñado una vez. Después de tantos años, ya no le parecía descabellado que las mismas palabras pudieran sonar diferentes sin perder su significado. Tal vez incluso se reiría si recordara su conversación con Zoroastro hace mucho tiempo. Aunque, tal vez, no se reía a menudo.

El príncipe, ahora un joven de dieciocho años, se había convertido en un guerrero con el paso de los años. De manera bastante intencional y consciente, persiguiendo aproximadamente los mismos objetivos que definí en la infancia. Es poco probable que hubiera encontrado un oponente digno en toda Persia, a pesar de toda su juventud e inexperiencia: nunca ha luchado de verdad en su vida, cuando cada aliento puede ser el último y la muerte camina a distancia. Sin embargo, era increíblemente ágil, seguro y astuto.

Shahraman ha envejecido mucho. Su barba y cabello estaban casi completamente grises, habían aparecido algunas manchas en su rostro, su piel estaba cubierta de arrugas y se había vuelto un poco flácida, aunque todavía tenía un agarre firme de su espada y podía luchar bien. El tiempo no tocó solo su ojo. Los mismos ojos grises, profundos y valientes, miraban ahora al Príncipe.

"¡Padre, déjame ir contigo!" ¡Lo he estado esperando! ¡Toda su vida! —preguntó.

–No. Te necesitan aquí. Persia necesita un gobernante, y estoy seguro de que puedes defender esta ciudad", respondió Shahraman con tristeza en su voz. Se sintió atraído a dar su consentimiento, porque creía que su hijo sería capaz de lograr mucho, defender su vida con armas en sus manos, enfrentando sin miedo el peligro. Podía dejar Tuammak para proteger Babilonia e ir a la batalla con su hijo, como su corazón le dijera. Pero en tales asuntos tenía que pensar ante todo en el trono y en el destino del país.

Esta conversación fue la tercera en la última semana. Ahora el príncipe tenía una última oportunidad: temprano en la mañana, su padre y su ejército fueron a la guerra. Anhelaba ir con él y luchar codo con codo, tal como su propia imaginación había imaginado una vez cuando era niño. Ahora el príncipe confiaba en ella con facilidad, como si aún fuera un niño. Todavía no podía aceptar el testamento de su padre. Pero no podía permitirse el lujo de oponerse a ello.

***

Por la intensidad de los sentimientos, el Príncipe no pudo dormir esa noche. Le pareció imposiblemente largo, oscuro y frío. Los pensamientos en su mente cambiaron rápidamente de móviles y profundos a completamente desordenados, inútiles y, sin embargo, completamente inmutables, como si alguien hubiera tallado una estatua con ellos y la hubiera dejado en pie para siempre.

¡Había que hacer algo! Este pensamiento le llegó al amanecer, rompiendo la espesura del resentimiento, la esperanza insensata, la ira y la tristeza. Y eligió el camino que ya había estudiado. Simplemente se escapará. Pero no ahora, sino pocas horas después de la partida de su padre. Y él irá con él.

Sabía lo que esto le prometía. Y esta vez todo será aún más serio. Pero el joven príncipe aún no era capaz de contener sus deseos, su excitación y su ardor. Delegó poderes especiales al jefe de la guardia, ocultándole la voluntad de su padre y fingiendo llevarlo consigo, comenzó a empacar. Cuando se revele el engaño, será demasiado tarde y nadie lo informará a Shahraman a tiempo. Al resto del Príncipe no le importó mucho.

***

En diez años, no solo las personas, sino estados enteros cambian. La India, de ser un país debilitado y fragmentado, ha vuelto a ser fuerte y peligrosa. Todo comenzó cuando uno de los tres hermanos, que eran hijos de uno de los comandantes que murió hace diez años, se convirtió en maharajá. Utilizando el poder, poco a poco logró dotarlo con sus dos hermanos mayores. Uno de ellos era indiferente a las guerras, prefería una vida pacífica a todo y no se involucraba en los asuntos de los otros dos hermanos, que vivían en tierras remotas en el este del país. Por lo tanto, su tierra permaneció separada, independiente y original.

Los otros dos hermanos, mientras tanto, planeaban no solo devolver al país a su antiguo poder y grandeza y vengarse de la vieja derrota, sino también llevar a cabo una disputa de sangre. Por lo tanto, incluso ellos, de carácter bastante pacífico, habiendo acumulado fuerzas, emprendieron una campaña en Persia, y actuaron de tal manera que no se involucraron en la batalla en el país del enemigo, sino que lo atrajeron lo más profundamente posible a sus propias tierras y destruyeron todo su ejército sin dejar rastro. Después de varios ataques relámpago por parte del ejército indio, Persia estaba involucrada en una nueva guerra, y ahora Shahraman iba en una campaña para destruir los insidiosos planes de los indios nuevamente con una espada en la mano y un gran ejército.

***

Rifat permaneció inmóvil y miró al maharajá, el más joven de los tres hermanos. Había algo parecido al miedo en la mirada del sultán, y parecía que estaba a punto de postrarse frente a ... ¿Quién? ¿Enemigo? ¿Aliado?

Maharajah, a su vez, observó a Rifat. A veces le parecía humillante hablar con aquel enano torpe y cobarde. Pero no tenía ninguna duda de que Rifat aceptaría su oferta.

El maharajá tenía una mirada fuerte y autoritaria, como si escupiera fuego, al igual que su padre, que casi diez años antes se había presentado ante Rifat de la misma manera y le había ofrecido una alianza contra Persia. Lo mismo le ofrecía ahora al Sultán el hijo de aquel hombre. Lo hizo con la misma sutileza, dejando un camino para la retirada: si algo salía mal, entonces Shahraman ni siquiera sospecharía una traición por parte de un viejo amigo.

El Maharajá prometió maravillosas riquezas, prosperidad para el país debido a la alianza con la India. Supo convencer a Rifat. Y volvió a aceptar, como había hecho diez años atrás, solo que sin hablar con el asesor. Entonces las tropas indias fueron derrotadas, y no tuvo tiempo de pasarse a su lado. Esta vez las cosas iban a ser diferentes, y en el momento más decisivo, Rifat pudo poner a sus guerreros en contra de los persas y atacarlos, casi destruyendo la posibilidad de victoria. E incluso una oportunidad para la vida. Todo lo que se requería del sultán era esperar a un mensajero del maharajá con la noticia de que había llegado el momento, y mover su ejército desde Azad a la retaguardia de los persas.

***

Después de varios combates, al ver la fuerza del enemigo y su astucia, Shahraman y sus comandantes decidieron emprender un acto bastante desesperado. Toda guerra termina con la derrota de uno de los bandos, la matanza de cientos y miles de civiles y la destrucción de ciudades. ¿Y qué tal si empezamos la guerra con esto?

Las tropas persas, evitando el campamento indio, se precipitaron directamente a la India, donde casi no quedaban soldados listos para defender sus ciudades. Y cuando los indios se den cuenta de lo que ha sucedido y regresen, seguramente será demasiado tarde. Casi sin resistencia, los persas capturaron varias ciudades. Ni siquiera necesitaron catapultas gigantes especialmente diseñadas. Las ciudades permanecieron casi intactas, pero ahora estaban completamente en manos del rey persa. Y cuando los ejércitos de los dos maharajás regresaron, las batallas por las ciudades se desarrollaron como si los persas fueran sus verdaderos amos, y los indios fueran los invasores.

Medidas tan inusuales eran una rareza incluso para Shahraman. Está acostumbrado a luchar abiertamente, honestamente y sin miedo. Esta vez no podía correr ese riesgo: el destino de todo el estado dependía del resultado de la guerra. Los viejos temores aún lo perseguían, y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para deshacerse de ellos de una vez por todas. No puede traicionar a sus antepasados, que fundaron la ciudad y el imperio, convirtiéndolo en una fuerza formidable.

Y el truco funcionó. En tales condiciones, los indios no pudieron vencer y después de varios intentos se rindieron. Uno de los maharajás fue asesinado, el otro resultó herido. El superviviente fue capturado y amenazado con pudrirse en prisión por el resto de su vida.

***

La guerra estaba ganada, el peligro había pasado. Ahora Persia podrá dictar su voluntad incluso en estas tierras lejanas. Y, tal vez, durante la próxima campaña, Shahraman se mueva aún más. Pero ahora era el momento de volver a casa. Sin embargo, por voluntad del destino, sucedió algo que obligó al rey y a su ejército a permanecer en la India.

Un día, cuando el sol ya se estaba poniendo, envolviendo todo a su alrededor con brillantes rayos rojos, varias personas a caballo cabalgaron hasta la ciudad. Los soldados persas los dejaron entrar, pero inmediatamente les quitaron sus armas y caballos. Estas personas resultaron ser mensajeros del tercer Maharajá, que no participaba en las campañas de sus hermanos, el visir y los soldados que lo acompañaban. Cuando Shahraman se enteró de esto, ordenó que le trajeran al visir.

Cuando llegó al rey persa, al principio sólo le dijo que había venido en nombre de un tercer hermano. Como embajador, tuvo que negociar la paz. Las condiciones eran las siguientes: las posesiones del tercer hermano conservaban sus fronteras e independencia; El hermano superviviente debía ser liberado de su cautiverio, y a cambio de una garantía indefinida de paz. Maharaja tenía algo que perder, pero no podía oponerse mucho al ejército persa. Y se suponía que este movimiento lo ayudaría. Pero entonces el visir de repente ofreció ayuda a Shahraman (aparentemente, fue una idea accidental, porque en un momento los ojos del visir brillaron brillantemente, se iluminaron con vida y no se desvanecieron hasta el final de la conversación).

"¿Cómo puedes ayudarme?" —preguntó Shahraman.

"Te ayudaré a capturar Kashi, la ciudad de mi señor," le respondió el visir. "Después de la muerte del tercer hermano, toda la dinastía se interrumpirá y la India volverá a estar dividida y débil.

Amar, que así se llamaba el visir, era ya un anciano, delgado y de aspecto débil, que tosía y se movía constantemente apoyado en su bastón. Sus ojos parecían depredadores y malvados, su nariz era ligeramente alargada y ganchuda. La piel ya estaba ennegrecida en algunos lugares, y en la frente, encima de finas cejas grises, se dibujaron varios puntos rojos limpios. Su voz era servicial y al mismo tiempo muy firme. Ofreciéndose a aceptar la traición de su maharajá, pronunció casi cada palabra con especial placer.

Shahraman accedió solo después de que Amar lo hubiera aclarado todo. Temprano en la mañana, abrirá las puertas de la ciudad y dejará que los persas entren en la ciudad. La señal será una flecha de fuego disparada hacia arriba. El resto es cuestión de tiempo. Tomados por sorpresa, los indios no podrán luchar contra los atacantes tan fácilmente. El objetivo principal son los tesoros del Maharajá. El visir prometió que había algo en el tesoro que eclipsaría todo lo demás, incluso la victoria misma.

Y además de todo esto, el visir puso una condición: para obtener ayuda, tomaría algo del tesoro del maharajá a su discreción. Literalmente, una cosa. La voz del visir era suave y condescendiente, pero al mismo tiempo cada palabra parecía reflexiva, destinada a lograr el objetivo y, por lo tanto, muy convincente y entrañable.

También era muy importante para Shahraman que sería capaz de deshacerse del enemigo durante muchos años, someterlo a su voluntad y asegurar Persia, aunque el tercer maharajá no parecía ir a involucrarse en la guerra con los persas. Esto le pareció al rey aún más importante que los tesoros. Tal vez fue solo por esta razón que accedió a todos estos trucos y trucos. Y era difícil no estar de acuerdo en que ya habían mostrado sus increíbles resultados: esta victoria fue la más rápida de todas. Tal vez incluso demasiado rápido.

***

Para el príncipe, todo su plan se arruinó irremediablemente en las primeras horas. Después de salir de la ciudad, perdió el rumbo y luego buscó huellas en la arena durante mucho tiempo. A veces se rompían y había que moverse al azar. Y así continuó durante varios días. Una mañana se encontró con un campamento indio y descubrió que no se había librado ningún combate y que su padre y su ejército no se encontraban por ninguna parte. La larga búsqueda del Príncipe también fue en vano. ¿Qué pudo haber sucedido esto? ¿Habían derrotado los indios a su padre tan fácilmente que sus fuerzas ni siquiera resultaron heridas en la lucha? Pero esto es imposible, el

Príncipe descartó instantáneamente esta idea como ridícula. Solo quedaba una cosa: colarse en el campamento y descubrirlo todo.

Por la noche, el príncipe, habiendo encontrado una brecha en el anillo de la guardia, logró penetrar en el campamento y esconderse en la espesura de arbustos, que lo ocultó de las miradas indiscretas. A nadie se le hubiera ocurrido buscarlo allí. Y a nadie se le hubiera ocurrido buscar un enemigo en su campamento: una idea demasiado audaz se le ocurrió al príncipe. Tanto un loco desesperado como una persona sedienta de aventuras peligrosas podría decidir hacer esto.

A medida que la oscuridad de la noche cubría el campamento, el príncipe salió de los arbustos y encontró agua y comida: emprendió su viaje casi sin suministros, y varios días de viaje lo agotaron, lo agotaron. La sed me dolía la garganta y el hambre hacía que mi cabeza se negara a pensar con claridad. Lo único que mantenía cuerdo al príncipe era el deseo con el que se había embarcado en este viaje, el deseo de honor y gloria y la esperanza de probar su espada en la batalla. Pero para hacer esto, tendrá que sentarse en silencio y observar.

Por la mañana, al despertarse muy temprano, cuando el sol comenzaba a rasgar la oscuridad con rayos brillantes y frescos, el príncipe descubrió que el campamento ya estaba despierto. De vez en cuando la gente pasaba junto a él, sin darse cuenta de que estaba cerca. El príncipe sintió que su corazón latía salvajemente. Incluso tenía miedo de que alguien lo escuchara, temeroso de que este golpe lo traicionara. Pero lo peor que sucedió fue que uno de los soldados vertió una tina de un poco de basura directamente en los arbustos, y la fétida sustancia pegajosa se extendió a los pies del Príncipe, agregando un matiz especial a su pasión por la aventura. Una gota (o más bien todo un charco) de realidad, que demostró que no todo es tan sencillo y romántico. Sin embargo, tuvieron que aguantar. De hecho, ¿no debería ir al maharajá con una queja sobre la mala recepción de los invitados?

Observando desde su escondite, el príncipe vio llegar a un mensajero con la noticia de que los persas estaban capturando las ciudades. Ahora el príncipe lo comprendía todo, y sólo le quedaba un camino: perseguir al enemigo, sin que nadie lo notara, para encontrar a su padre.

Sin embargo, no todo era tan sencillo. Una vez, el príncipe tuvo que pasar la noche en el bosque, justo en el suelo húmedo. Por la mañana, me dolía el cuerpo de estar acostado en las raíces de los árboles y la hierba fría durante mucho tiempo. La fatiga hizo mella y el príncipe se quedó rezagado de los indios, que marchaban casi sin interrupción, y pronto estuvo a casi un día de camino del enemigo.

Un día juega un papel muy importante en una guerra: puede cambiarlo todo de una vez, y el príncipe, que llegó al ejército de su

padre después de la batalla, descubrió que no podría volver a luchar. Al darse cuenta de lo que estaba pasando, fue directamente al rey sin dudarlo. El príncipe sabía lo que podía oír de él. El propio Shahraman se encontraba ahora en una de las habitaciones del palacio.

Al acercarse a la puerta de la habitación, el Príncipe se encontró con los ojos de un extraño anciano que estaba radiante, aunque ni siquiera sonrió. Sus ojos decían todo lo que se necesitaba. La extraña rendija les daba una expresión depredadora incluso con un rostro perfectamente tranquilo. Un hermoso y costoso turbante atado con una cinta roja estaba atado sobre su cabeza, tal vez una insignia especial, decorada con un círculo dorado en el centro y que otorgaba un honor especial. El anciano mismo iba vestido con una túnica larga con un cuello afilado y bien definido y mangas largas y amplias. Su ropa ocultaba la dolorosa delgadez de su cuerpo, pero la piel arrugada de su rostro y sus manos aún delataba su edad.

Después de mirar a esos ojos por un momento, el Príncipe volvió a cambiar a la próxima conversación con su padre. Una imagen de su infancia cobró vida, cuando se paró frente a él tímidamente y eligió palabras que obstinadamente no quería ser. Ahora la historia podría repetirse de nuevo. Tomando aire en su pecho, empujó la puerta y entró, listo para casi cualquier cosa.

Shahraman no sabía nada de la llegada de su hijo. Pero cuando lo vio, en lugar de fruncir el ceño y regañarlo, de repente sacó su espada y gritó:

"¡Defiéndete!"

El príncipe se sorprendió y solo miró a su padre sin comprender. Y se acercó a su hijo con una amplia sonrisa, escondiendo su espada en la vaina, y lo abrazó. Lo que más quería sucedió: alguien realmente cercano a él estaba a su lado. Alguien con quien pudiera compartir su alegría. La alegría de la victoria.

Cuando la tormenta de emociones se calmó, Shahraman le contó al Príncipe todo lo que había sucedido. El príncipe fue capaz de completar el mosaico de las piezas que faltaban en su cabeza.

Durante varios minutos permanecieron en silencio. Shahraman incluso se aburrió y comenzó a caminar de lado. Y el Príncipe seguía tratando de calmar el flujo de pensamientos dentro de él. Al final, hizo la pregunta:

—¿Qué clase de anciano era?

—Este es el visir que ofreció su ayuda —dijo Shahraman—.

—¿Ayuda con qué?

"¡En victoria sobre nuestro enemigo!"

Había algo inusual en su voz. Triunfo. Una celebración que estuvo casi saturada de compostura.

Y Shahraman le contó a su hijo todo el plan. Ni siquiera había tenido tiempo de llevárselo a sus comandantes de combate. El príncipe fue el primero.

Y esta vez, sin permitirle siquiera volver en sí, Shahraman, todavía sonriendo, le dijo al Príncipe con júbilo:

"¡Y creo que te mereces tu oportunidad!" ¡Demuestra tu valía en una pelea real!

Capítulo 5. Danza en el vacío

El campamento durmió la última noche antes del ataque a la ciudad. El Príncipe también descansó. Solo el bosque que rodeaba el campamento no dormía. Y junto con el bosque, toda la naturaleza. Esta vez decidió presentar una pequeña sorpresa: por la noche, el cielo estaba nublado, de modo que incluso el sol poniente apenas los atravesaba. Por lo tanto, la noche era más oscura de lo habitual, y poco después de la puesta del sol cayó una fuerte lluvia y se desató una tormenta eléctrica.

***

"Nos pondremos en marcha cuando aparezcan los primeros signos del amanecer en el cielo. Nos detendremos en la salida del bosque para que las tropas no sean visibles desde la ciudad, y esperaremos la señal —dijo Shahraman lentamente, como si cantara, y miró a los comandantes a su alrededor—. Reunidos en la carpa más grande, discutieron el plan de acción. El ejército ya estaba listo, lo único que necesitaba ahora era un buen descanso después de una larga marcha bajo el calor sofocante.

"Pero, ¿qué vamos a hacer si el plan falla?" —murmuró Tuammak vacilante, el más anciano de todos los reunidos allí, pero aún conservando parte de su ardiente cabello negro, pues desde que se recordaba como guerrero, había luchado bajo el liderazgo de su rey y estaba acostumbrado a confiar en él, a pensar como él. Y ahora Tuammak solo quería ser plenamente consciente de la situación, saber qué esperar y qué hacer.

En el momento siguiente, todos los ojos estaban fijos en Shahraman con curiosidad codiciosa. Este último simplemente respondió sin pensarlo siquiera, como si la respuesta estuviera lista de antemano:

"La ciudad es casi inexpugnable y será capaz de resistir el asedio durante mucho tiempo", respondió. "Todo lo que tenemos que hacer es aceptar la oferta de paz y regresar a Persia.

Todos se miraron en silencio, asintiendo con la cabeza. Y así se decidió, porque, basándose en el sentido común, Shahraman tenía toda la razón: incluso a costa de enormes pérdidas, sería casi imposible capturar la ciudad sin irrumpir en ella. Y la guerra ya estaba ganada.

"Mucho depende de este traidor. ¿No te defraudará? ¿Y si es una trampa? —preguntó Tuammak, marchándose el último.

"Parece que tiene algunas cuentas personales que saldar con el Maharajá. Me contó su plan con gran placer. Creo que se puede confiar en él", respondió Shahraman.

La respuesta le vino bien a Tuammak, que abandonó la tienda después de los demás. Para entonces, la lluvia ya había cobrado fuerza y golpeaba por todas partes. Shahraman apagó la antorcha que iluminaba la tienda desde el interior y se fue a dormir. Era lo más fácil para él: no había ni un solo pensamiento superfluo en su cabeza, y todos los que, sin embargo, se instalaban allí eran frescos, claros y no producían preguntas innecesarias. Y así se durmió con el sonido de la lluvia, los truenos y los ocasionales relámpagos, serenamente como un niño. Guerrero. Zar.

***

Todo el campamento también se estaba durmiendo, a pesar de la lluvia que caía incesantemente, parecía querer detener a todo el ejército con sus aguas. Donde apenas llegaba la lluvia, bajo la densa copa de los árboles, seguían en pie largas antorchas casi humanas, arañando la oscuridad de la noche con su tenue luz; El resto se había apagado hacía mucho tiempo, lanzando una fina voluta de humo. Todos se durmieron. Incluso el guardia asignado para mantener un ojo vigilante parecía estar quedándose dormido. Los que caminaban de un lado a otro se detenían gradualmente y se apretujaban contra los árboles para descansar. Los que iban a pelear por la mañana ya estaban lejos de este mundo. Durmieron profundamente y ganaron fuerzas.

Solo que el agua no durmió esa noche. Ha fluido y siempre fluirá mientras pase el tiempo. Ahora llovía, se hacía más pesado, cortaba el silencio cada vez más con música triste. Era como si la lluvia quisiera derramar todas las lágrimas del mundo a la vez y detener el dolor de una vez por todas.

***

El príncipe caminó por un pasillo estrecho y oscuro. Más adelante, en algún lugar inalcanzable, la luz parpadeaba. El aire era rancio, sofocante y polvoriento. Pero parecía estar pasando a través de él, el Príncipe no lo sentía... ¡simplemente no respiraba! Todos sus sentidos parecían estar embotados. No oyó nada, como si el mundo no existiera en absoluto y no hubiera de dónde pudieran salir los sonidos. No podía ver sus manos ni sus pies, debido a la oscuridad que había envuelto el pasillo. Si no había mundo, no había sol. La luz en la distancia era dorada, seductora, y parecía ser de alguna manera dulce. Dulce como... Era el único objetivo del movimiento del Príncipe. Sin detenerse un segundo, siguió vagando, tratando de caminar lo más silenciosamente posible, aunque todavía no escuchó

nada. Al príncipe le pareció que se deslizaba en el lugar, como si alguien lo estuviera sosteniendo.

Tenía la sensación de que ya había visto este resplandor. Érase una vez. Y al segundo siguiente, le pareció casi innato. Y luego un extraño. Desconocido.

Entonces, en un instante, el Príncipe se dio cuenta de que estaba a solo unos pasos de la fuente del resplandor. Pero ahora era tan fuerte que no podía ver lo que se escondía bajo su mortaja. Extendió la mano y vio que el soporte se le escapaba de debajo de los pies. Pero no cayó. Colgaba en el vacío. Sí, estaba en el vacío, no había nada debajo.

Su mano sintió algo vivo. La sola idea de la vida en un lugar tan increíble era aterradora. Sintió un golpe. Luego otro. Tembloroso y fuerte. Un corazón vivo. Sostenía en su mano un corazón humano vivo y palpitante. El resplandor se apagó de inmediato, todo a su alrededor desapareció y se convirtió en vacío. Ni siquiera había oscuridad alrededor. *Absoluto* La vacuidad es algo que no puede ser, ni siquiera había la vacuidad misma.

Los latidos del corazón. El Príncipe lo escuchó claramente, aunque no estaba claro cómo. Lo sentía, empapado de él, este zumbido resonante resonaba a través de él hasta las partes más lejanas de su cuerpo, hasta cada cabello. Una pequeña gota de sangre fluyó por su corazón, lentamente, sin prisa, y su corazón, temeroso de asustar esta gota, parecía estar esperando que se abriera camino. Luego se estiró en un hilo, se balanceó incierto por última vez y cayó al abismo.

De repente, una puerta apareció del vacío justo frente a los ojos del Príncipe. Una luz brillante brillaba a través de las grietas a lo largo de su contorno. El extraño mundo que lo rodeaba se volvió aún más rico: ahora había pequeñas salpicaduras de luz y una puerta a ninguna parte. O tal vez había algo detrás de esta puerta. El príncipe quería averiguarlo: si la luz venía de allí, entonces había algo allí. Se acercó a la puerta: el mundo no estaba tan vacío como le parecía al principio: después de todo, estaba caminando sobre algo, aunque no entendía qué exactamente, porque no escuchó nada, y la luz detrás de la puerta comenzó a cegarlo. El príncipe agarró la manija y tiró de ella. Tiró de ella con fuerza: estaba cerrada herméticamente, la puerta ni siquiera se movió. Necesitas una llave. Pero, ¿dónde conseguirlo en este lugar? Su corazón latía con más fuerza, supuso, el pensamiento lo atravesó de manera inimaginablemente aguda, como un látigo golpeando su espalda. La clave estaba en el corazón. El príncipe lo llevó a la puerta, y al segundo siguiente se quedó helado de sorpresa. Estaba dispuesto a jurar que un momento antes, antes de que se le ocurriera la idea, había visto en la puerta un ojo de cerradura ordinario para una llave pequeña, tal vez incluso una

anormalmente pequeña. Y ahora se ha estirado, tomando la forma de un corazón. El príncipe no tuvo más remedio que acercarse a la puerta y poner su corazón allí. La puerta se lo tragó, sin tocar la mano del príncipe, solo susurrando suavemente a lo largo de ella y como si lo alejara, pero suavemente, discretamente. Y se abrió, inundando de luz todo a su alrededor, aunque no había nada alrededor. ¿O tal vez había algo, pero el Príncipe simplemente no notó nada? De todos modos, definitivamente eso no era lo que estaba pensando. Salió por la puerta, y se cerró suavemente detrás de él, crujiendo ligeramente. Había algo en este crujido que incluso el propio Príncipe notó: se dio la vuelta y extendió la mano, sin saber por qué. Así es como debe ser. Eso es lo que quiere la puerta. Al extender la mano, sintió que el mismo corazón volvía a meterse en ella, solo que latía más fuerte que antes. De alguna manera asustado. A su alrededor —el Príncipe decidió finalmente mirar a su alrededor, o mejor dicho, se decidió— todo estaba oscurecido por la luz dorada. No se calentó. No llegó a ser tan claro como el amanecer. Era un resplandor frío. Lo mismo que del oro. Cogió un puñado de esta luz, sí, podía sentirla, como la arena. Y ella, como la arena, se deslizó suavemente entre sus dedos. Salió corriendo, agotado, mezclado con el resto de la luz. Al acostumbrarse a él, el Príncipe notó que fluía de alguna manera antinatural. Pequeños arroyos fluían hacia abajo como si se tratara de unas paredes invisibles, en algún lugar se arremolinaban como nubes de polvo del viento. Un pequeño y furioso océano de luz que no existe.

El príncipe avanzó unos pasos. Sintió otra puerta: «También debe de haber luz que se filtra por ella», pensó el príncipe. Caminé un poco más y vi esta puerta. El corazón latía aún más ansiosamente, o mejor dicho, ambos corazones. Pero cada uno a su manera. Repitió la operación. La puerta volvió a ceder, esta vez con menos ganas, con un crujido mayor y más lentamente. Pero lo hizo. Finalmente dejó salir al Príncipe. Pero solo él. Él, al salir del umbral (si es que estaba en esta puerta, ya que todo lo que había detrás de ella se rompió de alguna manera instantáneamente, bruscamente y... cualquier cosa menos normal), lo descubrí echando un breve vistazo a la puerta, que se había cerrado apresuradamente, parecía no abrirse en absoluto, solo la apariencia, todavía no dejaba salir una sola mota de polvo. Parecían estar golpeando contra algo invisible, tratando de escapar de su prisión, pero no pudieron. Y el príncipe pudo, incluso más fácilmente de lo que había esperado. Y volvió a salir al vacío. En un vacío nuevo y diferente. Aunque, ¿cómo puedes juzgar esto, si no había nada en este vacío y no podía haber diferencia? Pero aún existía. No había una gota de sangre en este mundo. Había un corazón, pero no había gota. Caminó un poco más. Cada paso le inculcaba más y más un nuevo sentimiento: el miedo. Que no

volvería. Estará atrapado aquí para siempre, como en un pantano. Se detuvo y se dio la vuelta. Traté de dar un paso. No funcionó. Di un paso atrás y resultó ser fácil. No hay camino hacia adelante, es decir, de vuelta a la puerta. Se miró el corazón. Estaba en su mano. En sus manos. En su poder. Aflojó la mano mientras continuaba mirando su corazón. Permaneció donde lo había sostenido un momento antes. Colgaba en el vacío. No cayó, no se levantó, no vaciló ni siquiera de los golpes que llegaron a los oídos del Príncipe con un resonante timbre. Pero no era como un sonido ordinario. Lo más probable es que escuchara... Con sus ojos, solo su mente dibujó la ilusión de la percepción ordinaria con sus oídos. Y esa misma mente lo tranquilizó, dándole una imagen real de lo que estaba sucediendo.

Mirando su corazón aún más intensamente, pareció ordenarle que se alejara un poco más de él, más cerca de la puerta. Incluso más cerca. Estaba volando, estando en su poder. Disfrutó de la sensación, sintiéndose mil veces más fuerte que cuando caminaba con ella en la mano. Ahora el príncipe ni siquiera necesitaba moverse, para malgastar sus fuerzas. Ahora sólo pasaba retazos de conciencia, moviendo la llave hacia adelante. Esta vez la puerta no era nada cordial. Era como si no quisiera dejar que su corazón se acercara. Y entonces el Príncipe dirigió toda su conciencia hacia este corazón, como si compitiera con la puerta. Su pensamiento, toda su conciencia, se convirtieron en la daga más afilada y penetraron en su corazón profundamente, hasta la empuñadura y aún más profundamente. A continuación. La daga desapareció, después de haber hecho su trabajo, y el corazón exhaló su último suspiro. El último golpe. Y explotó. Estalló, rociando millones de fragmentos en todo el mundo. Sí, ahora este vacío también se ha convertido en un mundo, un mundo de un corazón roto y muerto.

La puerta se abrió al instante. El príncipe pudo dar un paso. Luego otro. No miró atrás, aunque parecía que su corazón, aunque roto, lo llamaba, le levantaba las manos, sangrando, o más bien, lágrimas sangrantes. Pero fue más allá. Entré por la puerta. Se cerró de golpe en silencio. Ha vuelto. ¿A dónde? Maravilla. ¿De dónde regresó? ¡Aún más incomprensible! Parecía que cada mota de luz le hacía una pregunta. Pero no escuchó nada. Y yo no me acordaba. Se despertó.

***

El cielo en el este se contrajo con un brillo carmesí, la niebla se disipó gradualmente. El amanecer se estaba haciendo notar, el bosque se llenó de sonidos. Y aquí está, el tan esperado destello: una flecha ardiente disparada por encima de las puertas de la ciudad. Como siempre sucede antes de la lluvia, la primera gota grande cae

del cielo, se desliza sobre la hoja, cuelga por un momento y cae con fuerza, como si llamara al resto de las gotas con ella, así que el ejército persa avanzó, obedeciendo a esta llamada, esta flecha, que desapareció de la vista en solo unos momentos. Se oyó el tintineo de las municiones, el estrépito de los cascos: los caballos cambiaron a un trote ligero.

Este ejército le parecería muy extraño a otra persona si existiera un ejército así: silencioso, uniforme y sin prisa, como una niebla que brota del bosque, fría y aterradora. Como una procesión de muertos, es difícil de imaginar, si no de ver: parecen ser soldados ordinarios, caballos, cotas de malla, lanzas, espadas, pero algo andaba mal en ellos, como si realmente hubieran acudido a la llamada con la mente nublada.

Todo este idilio antes del amanecer se vio perturbado por el grito de guerra del comandante del ejército: el rey persa, agitando la mano, ordenó seguir corriendo. Ahora se oía el estrépito de la cota de malla, el estrépito de los cascos y el estrépito de las espadas.

El camino desde el bosque hasta la muralla de la fortaleza se hizo muy rápidamente. Esta era la idea: un ataque rápido que se suponía que tomaría por sorpresa a los guardias de la ciudad. Sin embargo, los persas no fueron los únicos que se dieron cuenta de la flecha: los soldados indios, alarmados, se lanzaron al ataque, logrando fusionarse a la carrera en un solo destacamento capaz de repeler al enemigo.

Al principio, la batalla se desarrolló en las murallas de la ciudad, pero nadie tuvo tiempo de cerrar las puertas, y el ejército persa, que tenía una enorme superioridad numérica, entró en la ciudad, tomando el control de las puertas de la ciudad y parte de la muralla de la fortaleza.

Los gritos y el choque de las cuchillas se escucharon por todas partes, y había un olor a sangre. Los jinetes galopaban sin piedad sobre los heridos y los muertos, cortando a los soldados indios uno por uno como el aire. Sonó el silbido de los proyectiles de catapulta: esta vez, se decidió usar las armas de asedio también en la batalla.

El príncipe estaba cegado por la emoción, años de entrenamiento no fueron en vano: luchó como un tigre; Fuerza, agilidad, reacción instantánea: todo esto lo ayudó a derrotar a los enemigos uno por uno. Un golpe es sangre, un gemido o un llanto ahogado en un nuevo gemido. Sus manos estaban pegajosas, su ropa estaba manchada y cortada en algunos lugares, y había un corte poco profundo en su hombro, tan pequeño que el Príncipe ni siquiera lo notó. Sueños de honor, de heroísmo, nublaban su mente, sus ojos estaban irreconocibles, negros y llenos de rabia.

Pero de repente sucedió algo que ni siquiera el príncipe esperaba: un caballo enloquecido, posiblemente herido, corrió hacia

él a una velocidad vertiginosa, sin ver nada a su paso. Entonces, de alguna manera increíble, el joven sintió que otra espada se levantaba sobre él por detrás y simplemente no tuvo tiempo de repelerla o evitarla. Una posibilidad entre un millón, y saltó sobre el caballo desde un lado, metiendo milagrosamente el pie en un estribo y de alguna manera agarrando la silla con la mano. Luego un tirón, y aquí está en la silla de montar. Pero el caballo era incontrolable, como si algo lo empujara, y el Príncipe se precipitaba hacia la ciudad, a través de las puertas abiertas, hacia la batalla, la victoria, el honor y la gloria, como él mismo pensaba, y así incluso decidió que el destino le favorecía y que sería mejor así. Sin embargo, una vez en la ciudad, todavía se apresuró a dejar el caballo.

En todo lo que había sucedido, el príncipe vio el dedo del destino, que le daba una oportunidad: ahora, una vez en la ciudad, llegaría rápidamente al palacio y, tal vez, incluso al tesoro del maharajá indio.

Para entonces, el sol de la mañana ya había hecho su apogeo: se hizo mucho más claro, los primeros rayos ya corrían sobre los edificios más altos de la ciudad. El frescor de la noche se esfumó, el agua dejada por la lluvia nocturna se secó en algunos lugares, pero en otros lugares se podían ver arroyos o charcos, pronto los rayos del sol serían bañados por ellos.

Siendo un temerario, pero aún así no un tonto, el príncipe se unió instantáneamente al destacamento de guerreros persas. Por lo tanto, tenía una oportunidad incomparablemente mayor de estar en todas partes en las primeras filas y mantenerse con vida.

Y de nuevo se apoderó de él la emoción, parecía que sus ojos se disparaban a diestra y siniestra con chispas, como si un animal salvaje se hubiera escapado de la jaula y no se cansara del dolor de otra persona. Aun así, era humano, lo que era a la vez aterrador y tranquilizador: su mente ahora solo estaba nublada por ilusiones, un error bastante humano, pero en realidad, el Príncipe no era el asesino verdaderamente despiadado y a sangre fría que ahora parecía incluso para sí mismo.

Flechas de fuego y proyectiles de catapulta silbaban en el cielo. El caos reinaba por todas partes. Muchos defensores de la ciudad huyeron. El choque de las espadas, los gritos constantes, todo era igual que hace unos minutos, allí, en las murallas de la ciudad, solo que más fuerte y agudo, y luego todo se fusionó en una sola corriente, resonando en los oídos y asustando hasta la muerte.

El destacamento al que se unió el Príncipe era bastante grande: un centenar de valientes guerreros, arqueros y varios jinetes. Aunque con resistencia, se adentraron cada vez más en la ciudad, destrozando a todos y todo a su paso: un grupo de diez enemigos: diez flechas, diez muertes, y el escuadrón continuó.

La batalla más terrible estalló en los muros del palacio. Resultó que no estaba en el centro de la ciudad, sino junto a la muralla de la ciudad, pero esto no era estúpido: la parte del palacio que daba más allá de la muralla estaba oculta a la vista por un bosque denso e intransitable. Y el muro mismo en este lugar era incomparablemente más alto. El palacio en sí causaba deleite, sí, era el deleite de un niño. Era como un juguete enorme con el que podías jugar o romper en muchos pedazos.

Para defender el palacio, casi todo un ejército entró en la plaza frente a él, e instantáneamente dos olas chocaron en un terrible duelo. Esta vez, no todo fue tan fácil para los persas. Está claro que la ventaja no estaba de su lado: empezaron a sufrir las primeras pérdidas. Las flechas de los indios estaban empapadas en veneno, y hasta la herida más pequeña pronto cobraba la vida de una persona.

Las flechas silbaban sobre la cabeza del príncipe. Las viejas ideas de su propia invencibilidad y confianza en sí mismo se evaporaron, pero esto no se lo impidió: fue uno de los primeros en hacer retroceder a los indios y logró irrumpir en el palacio. Había unos diez persas en este destacamento. Incluso conocía personalmente a uno de ellos, Firose.

Corriendo hacia adentro, el Príncipe se detuvo y miró a su alrededor: estaba mucho más tranquilo aquí, los guardias que permanecían dentro del palacio aparentemente aún no entendían lo que estaba sucediendo y no tenían prisa por ahuyentar a los invitados no invitados, esta vez el efecto de la sorpresa funcionó.

Por dentro, el palacio se veía mucho más hermoso. Ya no era un juguete, era un deleite para la vista, la belleza reinaba en todas partes: paredes exquisitamente pintadas, mosaicos que representaban algunas grandes batallas y un suelo de mármol blanco que brillaba ciegamente a los ojos. Cada paso resonaba sin cesar por la sala. La escalera era del mismo mármol, cubierta con una rica alfombra, con escalones anchos e inimaginablemente altos.

Un terrible golpe se escuchó y se sintió al mismo tiempo, sacudió las paredes del palacio, durante el primer segundo pareció que se iba a derrumbar. Y así fue en parte. Desde algún lugar de arriba, un enorme bloque de piedra comenzó a caer silenciosamente.

***

El miedo y la incomprensión se podían ver en sus ojos. El miedo no es para ti mismo. Por la vida de otra persona. Por la vida de muchas otras personas. Miedo por el futuro. Malentendido: ¿cómo sucedió todo de esta manera y qué sucederá después?

Un miedo extraño e incomprensible, no el que suele tener la gente ante la muerte. Parecía que no le tenía miedo, aunque luchó lo mejor que pudo. Uno contra todos. Todos los guardias habían huido o

ya habían sido derrotados. Le dolía la mano izquierda por una herida terrible, un corte profundo, y la sangre fluía sin parar, manchaba su ropa y ahora goteaba en el suelo. Enormes y raras gotas rojas, una tras otra, parecían contar los últimos momentos de su vida.

El silbido de la flecha cortó el aire... ¡Pasado! Un poco más de vida. Un poco de dolor y miedo. ¿Por qué luchar si mueres? ¿Por qué morir cuando puedes luchar?

Y se abalanzó sobre otro enemigo. El choque de espadas. Un golpe, otro golpe, un grito. Era un hábil guerrero y no le temía a la batalla, aunque le desagradaban mucho. Solo podía resistir a todo un escuadrón. Cara a cara, pero no...

Una terrible puñalada en la espalda. Lento y, por lo tanto, causando aún más dolor. Y la sensación de que no logró morir de inmediato, ahora en los últimos minutos el terrible pensamiento no lo soltará, terminará y no dejará ninguna opción. No pudo, no se las arregló, no pudo resistir, no pudo soportar. Decepcionó a todos. Todo se oscureció y Maharaja cayó muerto.

Amar, el visir traidor, se elevaba sobre su cuerpo. Fue él quien golpeó. Desde atrás, aprovechando la ya embotada atención de su maharajá. Ahora estaba orgulloso de sí mismo, de ser capaz de hacer lo que toda una banda de persas no podía hacer. Es más, podrían haberlo dejado con vida. Y esto sería sencillamente inaceptable.

Al tomar la vida de Maharajah, tomó la vida de todo: la ciudad estaba condenada. El tesoro será saqueado, muchos ya han sido asesinados, y muchos más serán asesinados. Un gran incendio envolverá toda la ciudad, gran parte será destruida por disparos de catapulta despiadados e increíblemente poderosos. Las gachas se convertirán en ruinas. En un montón de fragmentos y un mar de lágrimas.

***

Tan pronto como el Príncipe hubo caminado unos pasos, un momento después, con un terrible estrépito que se asemejó al grito de cientos de voces, el bloque golpeó el suelo, rompiéndose en muchos pedazos y fragmentos exactamente donde él había estado recientemente. Su corazón latía más fuerte que de costumbre. En otro momento, el Príncipe se habría detenido, estupefacto por lo que había sucedido. Pero algo lo llamaba. Corrió hacia el pasillo más cercano y vio la figura de Firouz en él. Ni siquiera prestó atención al hecho de que ninguna de las metrallas lo había tocado. El príncipe solo estaba empapado en nubes de polvo y sus oídos zumbaban un poco.

***

Sacó descuidadamente la daga, la giró en sus manos, la sangre goteando de ella, brillando a la luz del sol, un brillo frío y fétido como los ojos del visir. Ojos inhumanos, mirando a la muerte a través de la sangre de otra persona. Temía su propia muerte como ninguna otra cosa.

"Encuentra a tu rey y dile que se ha hecho su voluntad". Recuérdele su promesa. ¡Lo espero aquí! —dijo Amar a los dos soldados persas—.

Y luego tosió. Al principio parecía inofensivo, pero luego casi se desploma: una terrible enfermedad lo atormentaba. El pañuelo con el que se cubría la boca estaba pintado del color carmesí de su propia sangre, cuya vista le asustaba y le enfurecía aún más. Tambaleándose, pero controlándose, Amar miró amenazadoramente a los soldados, y corrieron a Shahraman con un informe.

Acercándose a una de las ventanas, el visir disfrutó del espectáculo de la batalla. El aire sobre la ciudad estaba lleno de humo, y los gritos casi no penetraban aquí. La mayor parte del ejército persa ya había penetrado en la ciudad. Los soldados indios fueron divididos en pequeños destacamentos, ya no había organización ni orden, estaban condenados, sólo los impulsaba un deseo fanático de vivir.

Entonces sintió el sabor de su propia sangre. Era extraño, ¿por qué lo había notado solo ahora? Congelado por un momento, se alejó de la ventana, hacia el centro de la habitación, apoyándose en su bastón. Por alguna razón, se sentía como un maestro en esta enorme reserva de dolor.

***

El amanecer es como el amanecer: una brisa ligera y fría, el canto de los pájaros y la suave luz del sol que se cuela en la habitación. Parece que llovió durante la noche. Pero ella no se acordaba, se pasó toda la noche como en el olvido.

Algo le dolía el corazón. Sin premoniciones, solo una sensación de vacío. La ausencia de algo o incluso de alguien.

Se sentó en la cama y se frotó los ojos. Todavía quería dormir, pero acostarme era insoportablemente doloroso. Es insoportable, como si estuviera en la punta de las cuchillas más afiladas del mundo. Era como si todos le estuvieran perforando el corazón al mismo tiempo. Y cada uno de ellos lo sintió individualmente, su corazón estaba a punto de estallar en un millón de pedazos, de romperse en mil pedazos. Latía rápidamente, llevando la sangre a sus sienes, mareando a Farah. Nunca antes se había sentido tan ansiosa.

De alguna manera controlándose, buscó sus sandalias y se las puso una por una. Todavía tambaleándose y sosteniendo su corazón, salió al aire libre para respirar el aroma de la mañana, para sentir las últimas salpicaduras del frescor de la noche. Pero le llegó otro olor, no el que estaba acostumbrada a oler todas las mañanas. El humo, el olor de algo que se quema. En el segundo siguiente, el viento llevó un fragmento del grito de alguien a sus oídos y tuvo un efecto aleccionador en ella. Simplemente se olvidó del corazón dolorido, latido tras latido, sacudiéndola por dentro, como si fuera algo insignificante.

Al momento siguiente, entró corriendo en la habitación y luego salió de ella. Un extraño silencio lo envolvía todo a su alrededor. El faro se detuvo y miró a su alrededor. Ni un alma. Por lo general, los guardias del palacio eran visibles cerca, ahora no había nadie. Caminaba y, por alguna razón, ya sabía que no volvería a ver a nadie a la vuelta de la esquina. Y no escuchará nada. Solo los latidos de su corazón y el sonido de sus propios pasos.

Al acercarse a la sala del trono, otro grito abrupto la alcanzó. Echó un vistazo por la ventana más cercana —había muchas en esta parte del palacio— y le temblaron las rodillas y se le hizo un nudo en la garganta. Ahora todo se le aclaró.

Sin saber cómo, llegó a la sala del trono, pero no entró de inmediato: alguna premonición la detuvo. Su mente todavía se negaba a aceptar completamente lo que estaba sucediendo, y necesitaba tiempo, al menos unos segundos, antes de poder obligarse a ir más allá. Al entrar en la sala, vio al visir, con su extraño andar autoritario, adoptando una postura. El nudo se acercó aún más a su garganta. Las lágrimas brotaron de mis ojos. Se estaba asfixiando. La mente se alejó flotando, todo pareció perder su sentido en un instante, colapsó, se hizo añicos. Padre... Esa era la ausencia que sentía, y ahora le dolía aún más el corazón.

No podía permitirse el lujo de sollozar. No, no le importaba que la escucharan y la detuvieran. ¿Por qué pelear si ya estás muerto? En esos momentos, simplemente dejó de vivir. Estatua. Vivos, pero muertos. Extraída del río de la vida, era una enorme herida sin cicatrizar en la superficie del agua. Y cada segundo siguiente era más doloroso que el anterior. Era como si alguien hubiera destruido también esta estatua, rompiéndola en pedazos con fuertes golpes, en fragmentos afilados tallados por el dolor y cortando los pies a través de cualquier planta del pie.

***

Al alcanzar a Fyrose, el príncipe lo llamó débilmente. Necesitaban entrar en la tesorería, lo que significaba que tenían que

trabajar juntos. No era fácil encontrar su camino en un lugar desconocido, pero era como si alguien los estuviera guiando.

Llegaron muy cerca de la tesorería. Incluso antes de ver la entrada, lo adivinaron: la decoración del palacio se volvía cada vez más magnífica, las antorchas encendidas ardían por todas partes. Y luego, en la siguiente curva, Prince y Fyrose vieron una entrada. Es poco probable que pudiera haber algo más detrás de tales puertas: hábilmente terminadas, pero al mismo tiempo masivas y altas, servían como una excelente protección para el tesoro del maharajá.

Los guardias nunca salieron de estas puertas. E incluso ahora no es una excepción. Seis soldados altos custodiaban la entrada. No había fatiga en sus rostros, aunque probablemente no durmieron esa noche. Al príncipe le pareció extraño en ese momento que el tesoro estuviera custodiado como si el oro pudiera tener algún significado ahora.

"¿O tal vez hay algo más que oro? Entonces, ¿por qué hay tan pocos guardias?", pensaciones una a una picaron su mente, inflamada de interés y emoción.

Al momento siguiente, los dos corrieron a la entrada. Los guardias estaban realmente bien elegidos: reaccionaron instantáneamente a los extraños, no pudieron ser tomados por sorpresa, pero aún así parecía como si la desesperación general los hubiera alcanzado. Lucharon, pero como a medias. Sin emoción ni entusiasmo. ¿O es solo la impresión de un joven alegre? El príncipe golpeó al más cercano de los guardias casi al instante, simplemente le quitó la vida, se la llevó y la tiró. El segundo fue derribado por Fyrose. Luchaba como un león: siendo muy alto y grande, tenía ventaja en fuerza. No era tan ágil como el Príncipe. Sus golpes eran poderosos y su defensa era impenetrable. Luego siguió otra muerte. Las puertas estaban salpicadas de sangre. A estas alturas, se podía sentir cómo la desesperación había impregnado realmente a los supervivientes. A los ojos de uno se podía ver indiferencia, falta de voluntad para luchar o incluso moverse. El segundo estaba asustado y parecía estar tramando escapar. El tercero se abalanzó sobre los extraños, reuniendo los restos de su voluntad en un puño, pero no para golpear, sino para morir.

El juguete estaba roto, desmontado en partes, que ahora yacían separadas unas de otras, sin ningún significado.

El último obstáculo -las grandes puertas altas, la entrada a la tesorería- no quería abrirse, como si estuvieran cerradas por dentro. Eran demasiado grandes para noquearlos con un pie o un hombro. La búsqueda de las llaves en los cuerpos de los guardias no condujo a nada, y ni siquiera había un ojo de cerradura en la puerta. Había que buscar otro camino.

El Príncipe y Fyrose volvieron a caminar por los pasillos desconocidos. Sintiendo una ligera brisa, los persas giraron a la derecha en el pasillo y no se equivocaron: salieron a un balcón con vistas a un pequeño patio. En la parte inferior, se podía ver una puerta similar a la que está en la entrada de la tesorería, pero en esta se podía ver la cerradura. Sin embargo, era simplemente imposible encontrar la llave y bajar allí: era demasiado alta y era necesario perder un tiempo precioso nuevamente para encontrar otro camino. Y la curiosidad se apoderaba ahora de ambos. El deseo de afirmarse, de satisfacer sus intereses, esto es lo que los impulsaba a ambos, y así es como se salían. Todo se esconde detrás de esas puertas. Los tesoros del universo, capaces de revelar todas las verdades, todo esto fue atraído por su imaginación, parecían pensar juntos, y esto hizo que el calor de su curiosidad fuera aún más ardiente.

Al acercarse al borde del balcón, el príncipe descubrió que muy por encima de las puertas, justo al nivel del balcón, había ventanas que ahora llevaban la luz del sol al tesoro. Al calcular la distancia, se dio cuenta de que simplemente podía saltar a la ventana más cercana si corría mejor. Y ni siquiera pensó en lo que iba a estar allí, en la ventana, en cómo iba a bajar o cómo iba a volver si fallaba. Un salto hacia el destino... ¡O contra ella!

"Vuelve a las puertas donde estaban los guardias..." ¡O no! Ve y trae gente para que puedas derribar esas puertas si yo no puedo abrirlas desde adentro —le dijo el Príncipe a Fyrose—.

***

El faro se quedó allí, congelado, como para siempre. Grandes lágrimas se deslizaron lentamente por sus mejillas y gotearon sobre el frío suelo de mármol.

En este estado fue capturada, parecía que no la afectó en absoluto, como si no fuera ella la que fue capturada, sino otra persona, completamente indiferente a ella. Sus ojos expresaban cierta comprensión de lo que estaba sucediendo, pero estos estados de ánimo eran muy cambiantes, solo ocasionalmente rompían sus lágrimas. Instigada por algún soldado, caminó, si es que podía llamarse pasos. Caminó como si estuviera en el filo de un cuchillo, hiriéndose las piernas con los fragmentos de sus propias lágrimas. Ni siquiera miró al visir, porque no habría habido suficiente espacio en ella para la ira y el deseo de venganza. Ni siquiera había espacio para la vida en ella, se aferró a la princesa por algún milagro. Un milagro que Farah también odiaría si pudiera. Y así simplemente se desplomó, incapaz de soportar el sufrimiento, y se sumió en el olvido.

***

El salto resultó ser exitoso para el Príncipe, y doblemente: en primer lugar, se mantuvo firme en sus pies y, en segundo lugar, no fue difícil bajar. Largas láminas de tela, parecidas a cortinas, comenzaban justo por encima de las ventanas y descendían hasta el suelo.

Agarrando el lienzo con letras doradas bordadas y apoyando los pies en la pared, el Príncipe se deslizó suavemente hacia abajo en solo unos segundos. Cuanto más se acercaba a la eternidad, más rápido pasaba el tiempo. Ahora podía volver a mirar a su alrededor. Había bastante luz aquí abajo, el sol, que ya estaba bastante alto, traía mucha luz a través de las ventanas. Pero el resplandor también provenía de un reloj de arena inusualmente grande que estaba a la izquierda. El príncipe había visto un reloj de arena del tamaño de una cabeza humana, pero no más; ¡Eran casi el doble de la altura de un hombre! Mirando todo lo demás, se dio cuenta de que aquí había luz porque había montones de oro por todas partes, y todo a su alrededor tenía el mismo tono. Incluso las paredes brillaban con este frío color amarillo.

Lo extraño era que el Príncipe apenas se había dado cuenta de nada de esto desde arriba, como si no tuviera ningún significado. Y aquí abajo, todo parecía tan absorbente e importante. Si tuviera tiempo, definitivamente pensaría en todo esto. Pero no tenía tiempo, alguien le quitó todo el tiempo del mundo. De repente, se dio la vuelta y se alejó del reloj, como si buscara algo más. Algo le llamaba a ello, el Príncipe sintió como si el sentido del tiempo volviera a él; Y esta vez lo percibió con mucha más agudeza, como si se hubiera emparentado con él. Había un zumbido incomprensible en los oídos del Príncipe, no sentía la realidad, estaba inmerso en algún elemento nuevo y desconocido. Con cada paso, este sentimiento se intensificaba, y cada paso reverberaba en su cabeza con un nuevo zumbido.

En medio de todo este resplandor dorado, frío e indiferente al Príncipe, un tenue resplandor azulado llamó su atención. Era la empuñadura de una daga la que brillaba. Lo tomó y en ese momento finalmente se sumergió en este elemento. Parecían fundirse con la daga en uno, en algo inseparable e impredecible.

Entonces el Príncipe tuvo una nueva sensación, como si los elementos lo dejaran ir, solo por un corto tiempo, como un delfín que hubiera salido del abismo por una fracción de segundo para bañarse en los rayos increíblemente cálidos del sol poniente. En ese mismo momento, pasó por delante de él la idea de que podía, salir adelante, demostrar su derecho a ser un verdadero hijo de su padre. Sobre el hecho de que el honor y la gloria para él son ahora los mismos rayos del sol poniente que lo capturaron por un segundo y es poco probable

que lo dejen ir, incluso cuando se sumerja de nuevo en el elemento desconocido.

Durante todo este tiempo, hubo un silencio insoportable para una persona normal. Pero el Príncipe no podía llamarse normal ahora, parecía que existía fuera de este mundo o como en paralelo con él, podía irse libremente cuando quisiera, y luego regresar. Entonces el silencio fue roto por un fuerte golpe en las puertas.

—Fyrose ha vuelto —se dijo el príncipe, apenas audible—.

Este golpe lo devolvió instantáneamente a la realidad. O eso le parecía a él. El siguiente golpe resultó ser fatal para las puertas: simplemente no pudieron resistirlo: una hoja literalmente se rompió en pedazos, la otra cayó por completo, volando de las bisagras. La puerta caída hizo aún más ruido en este reino de silencio. Después de eso, el Príncipe corrió hacia el pasaje resultante: varios soldados, el visir y el padre del Príncipe ya estaban entrando en él. Por supuesto, su atención también fue atraída por los relojes y los colocadores de oro en todas partes.

"Su Majestad, espero que recuerde su promesa..." El visir, sin terminar, oyó la respuesta del rey:

-¡Sí, sí, por supuesto! Elige entre todo lo que hay aquí. Excepto por este reloj. ¡Serán un buen regalo para mi amigo!

"¡Entonces elijo esta daga!" El visir, con diabólica codicia en sus ojos, señaló el trofeo que el príncipe acababa de obtener. El príncipe en persona estaba de pie cerca.

—¡Bueno, Amar! No le quitarás el trofeo de la primera victoria al joven guerrero, ¿verdad? ¡Déjalo que guarde la daga, elige otra cosa!

Chispas de ira brotaron de los ojos del visir. Más tos, el sabor de su propia sangre y más rabia. Agarró su bastón con más fuerza que de costumbre, se secó la sangre de los labios con el pañuelo y se alejó cojeando sin decir una palabra.

El príncipe experimentó otra sensación extraña durante toda esta escena. Podría haberle dado la daga al visir en circunstancias normales. Realmente no lo necesitaba. Pero le estaba dando algo, y el Príncipe no podía apartarse de la espada, como si estuviera realmente apegado a ella. Lo más que podía hacer era envainarla, pero al hacerlo, el Príncipe sabía que la daga estaba cerca, que nadie se la iba a quitar, por lo que estaba tranquilo.

"Bueno... Si el Príncipe no quiere soltar su nuevo juguete, tanto mejor: ¡morirá por él! El visir siseó débilmente a través de una tormenta de ira y rabia apenas contenida.

Capítulo 6. Es el momento

Desierto interminable y caravana interminable. Parecía extenderse de horizonte a horizonte, al igual que su viaje. Hace muchos días, los persas abandonaron el destruido y quemaron Kashi. Ahora su camino se dirigía irrevocablemente a Azad, a un viejo amigo del rey persa. Aunque, quizás, sea difícil hablar de un concepto como la amistad cuando se trata de dos gobernantes. Muchos regalos: esto es lo que fácilmente podría proporcionar cordialidad de su parte. Y a cambio, hospitalidad. Una caravana interminable: gente, caballos, camellos, un arroyo interminable. Por supuesto, no todo tenía que llegar a Rifath: ningún gobernante se ofendería a sí mismo. Sin embargo, el enorme reloj de arena todavía estaba destinado a él. Brillo exterior, belleza misteriosa e inutilidad alguna. Lo principal es que causen una impresión y no se necesite nada más.

El sol calentaba insoportablemente. Estaba constantemente atormentado por la sed y el dolor de cabeza. Hay un mar de arena alrededor. En todas partes. E incluso en el reloj hay arena.

El príncipe todavía estaba impresionado. Gloria. El honor y la gloria era lo que daba vueltas en su cabeza. Recordaba soñadoramente cada segundo, cada momento de aquel día. En muchos sentidos, solo tuvo suerte, pero sus éxitos lo cegaron, estaba satisfecho consigo mismo. Contento de ser el hijo de su gran padre, un guerrero intrépido, de haber sido el primero en entrar en el tesoro.

Todo el día transcurrió muy lentamente y, de alguna manera, de manera especialmente dolorosa. Quizás porque todo el mundo ya está cansado del viaje. La duna fue reemplazada por la duna. Piedras, vegetación escasa y arena. Y muchas huellas en la arena. Muy pronto soplará el viento y desaparecerán, como si no hubiera ejército persa en estas partes.

El príncipe miró a los ojos de uno de los cautivos un par de veces. Una vez, brevemente, la segunda vez, más larga: se interesó. Sus ojos estaban llenos de tristeza, pero al mismo tiempo, la mirada era muy fuerte, completamente inconsistente con su imagen, frágil y tierna. Y, sobre todo, era sorprendente que no hubiera en ellos una verdadera ira y deseo de venganza, solo tristeza y, tal vez, resentimiento.

Pero todo esto ocupó la mente del Príncipe sólo durante unos minutos, después de los cuales sus pensamientos volvieron a pasar suavemente a la experiencia de los últimos acontecimientos. Caminó unos pasos más sobre la arena abrasadora incluso a través de la suela, sosteniendo la brida en la mano, luego saltó sobre su caballo y corrió hacia adelante. Ese día no había viento, por lo que estaba muy contento con la brisa, aunque calurosa.

Se escuchaban conversaciones perezosas entre los soldados. También recordaron los últimos acontecimientos. Uno de los que estaban en las primeras filas contó cómo logró sobrevivir milagrosamente cuando se enfrentó a tres soldados indios a la vez.

"¡Había al menos siete de ellos, lo juro!" ¡Tal vez incluso diez más o menos!

Hubo un estallido de risas. Al parecer, nadie le creyó:

"Vamos, te has vuelto completamente loco por el calor", le respondió una de las personas que caminaba a su lado.

Pero él obstinadamente continuó su relato:

"Uno de ellos incluso me hirió, ¡mira!" Dijo, mostrando su mano a todos. –¿Lo ves? Y entonces...

Mientras hablaba, el soldado interrumpió una vez, sacó un frasco de agua de su cinturón, tomó un sorbo y luego continuó, pero sus palabras se perdieron en el alboroto general, aunque pareció que el príncipe escuchó otro estallido de risa.

No muy lejos, el príncipe vio a Fyrose, el mismo guerrero con el que había dado los últimos pasos en el camino hacia su objetivo. Relataba el momento exacto en que él y el príncipe corrieron a la tesorería, a la primera puerta. El príncipe detuvo su caballo, luego saltó de él y caminó a su lado, escuchando la historia. Volví a recordarlo todo. Una y otra vez. Cómo corrieron a la tesorería, cómo trataron a los guardias, cómo él, ya solo, fue a atender la llamada, cómo sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura de la daga por primera vez. Y ahora, tal vez sin darse cuenta, sacó una daga y la agarró con fuerza en su mano, como si se conectara con ella, transfiriendo a ella todos sus pensamientos sobre esos momentos del pasado. Y entonces se detuvo, extremadamente sorprendido. Y se habría quedado muerto en seco, si no fuera por el caballo, que lo empujaba hacia adelante con lentitud pero con seguridad. Y la razón de tal parada fue: un segundo... no, un poco más, pero todavía hace poco, estaba caminando, escuchando la historia de Fearous, y escuchó palabras como: "Y corrí tan rápido como pude...", y al momento siguiente algo crujió débilmente, hizo clic en sus oídos, y luego... Volvió a oír las palabras. Exactamente. Y el mismo gesto con la mano. Además, el Príncipe se dio cuenta de que él mismo pisaba la misma piedra por segunda vez. Entonces miró sorprendido el puñal que tenía en la mano —sólo se dio cuenta de que lo sostenía— y le vino un pensamiento atrevido, loco en su esencia, pero tan aferrado que ya no podía liberarse de él: un puñal podía manipular el tiempo.

El príncipe siguió caminando y repitió mentalmente lo que acababa de hacer recientemente: revivir aquellos eventos recientes, tratando de recordar todo con el mayor detalle y precisión posible, tratando de sumergirse de cabeza en el Tiempo, para atrapar su poderoso pero imperceptible flujo.

¡Y aquí está! ¡Otra vez! De nuevo, escuchó la misma frase corta dos veces, pero esta vez se dio cuenta de que había caminado un poco diferente, no como hace un momento. Le impactó lo que había vivido. Y sobrevivió dos veces. Probé esto y aquello. Su suposición más atrevida y descabellada se hizo realidad, no se equivocó. Y él, con cara de niño que engaña al mundo entero, escondió su daga, saltó sobre su caballo y voló a la cabeza de la caravana, levantando nubes de polvo y arena.

El príncipe estaba completamente absorto e incluso desanimado por su descubrimiento. Incluso le hizo olvidar seriamente todas las tonterías, como el honor de un guerrero o algo que hasta hace poco daba vueltas en su cabeza, siendo casi el sentido de la vida.

En ese momento, un poco más lejos, los soldados daban agua a los prisioneros, sin dejarlos morir de sed y calor sofocante, sin pensar que podrían querer morir lo antes posible. Tenía un aspecto repugnante: los prisioneros eran tratados como animales, simplemente los rociaban con agua de la cabeza a los pies, lo que los hacía entrar en razón e inflamaba aún más su sed. Esas raras gotas que los prisioneros lamían de sus labios los embriagaban, buscaban impotentes agua una y otra vez, después de cada gota al azar. Farah a veces sentía un sabor salado en el agua, se debía a sus lágrimas; Los sollozos silenciosos que la destrozaban se expresaban en estas raras lágrimas. Momentos como estos la sacaron de su inconsciencia, y cuando regresó del mundo de los sueños, sintió el dolor aún más agudo, le tembló la barbilla y, después de unos minutos, volvió a abandonar la realidad.

***

El príncipe, liberándose de la corriente perezosa, galopó hacia adelante, hacia algo nuevo y, como él pensaba, hermoso. Desde el exterior, tenía un aspecto bastante inusual: una pequeña mota, separada de todas las demás, continuaba moviéndose, completamente independiente, sin obedecer a nada ni a nadie, ni a la caravana que se arrastraba terriblemente lentamente, ni al viento en contra intensificado. Levantó torbellinos de arena y arrojó sin piedad millones de granos de arena a la cara del Príncipe, y con tal celo que palpó cada uno de ellos, pero sin prestar atención a todo esto.

En ese momento, otro pensamiento vino al Príncipe, aún más atrevido y loco. Sin detenerse, trató de concentrar toda su atención en lo que pensaba que sucedería en el próximo segundo: trató de anticipar cada ráfaga de viento, de sentirla incluso antes de que soplara, trató de imaginar los próximos momentos de cada uno de los granos de arena que pululaban en el aire. Su conciencia pareció fluir completamente hacia la daga: no siguió el camino en absoluto, y la

montura lo llevó rápidamente hacia adelante y ligeramente hacia la derecha, alejándose gradualmente de la caravana. Pero todo fue en vano: la daga parecía haberse convertido en una hoja de plata ordinaria. Incluso su resplandor azulado parecía haberse desvanecido; como el sol cubierto por un disco lunar: así era como la conciencia tan fuertemente concentrada del Príncipe actuaba sobre la daga. Pero poco a poco, al darse cuenta de que esta vez no pasaba absolutamente nada, el Príncipe pareció volver al mundo real. Movió su caballo un poco hacia la izquierda y comenzó a acercarse de nuevo a la caravana, como si lo arrastraran de nuevo a este arroyo. El príncipe entonces miró la daga cuidadosamente, sosteniéndola de modo que pudiera ver tanto la hoja como la empuñadura al mismo tiempo. Al principio, estaba más interesado en la empuñadura: cuando la acercó a sus ojos, vio adentro a través de un tenue resplandor amarillento las mismas nubes de polvo de arena que ahora soplaban por todas partes, pero todo parecía estar en miniatura, un pequeño mundo oculto a la vista humana. Luego, este movimiento se deslizó lentamente hacia algún lugar más alto, como si se derramara sobre una daga, filtrándose a través del guardia cada vez más alto, hasta el punto. El penetrante brillo plateado, a pesar del sol inusualmente brillante, fue reemplazado por un brillo mate más tenue, pero ya no amarillo, sino azul brillante.

El príncipe, aminorando la marcha con todo el cuidado que pudo, teniendo en cuenta el menor número posible de detalles, trató de recordar la daga, o mejor dicho, su aparición en el momento en que le obligó a actuar por primera vez. Todavía con cuidado y sin prisa, descendiendo los escalones de su conciencia, el Príncipe recordaba cada vez más claramente que en ese momento la daga no dejó de emitir esta suave luz azul por un segundo. Sí, en ese momento trabajó de verdad. El príncipe incluso recordó (aunque pudo haber sido solo imaginación) que la daga pareció brillar un poco más fuerte, y su empuñadura se enfrió, despidiendo un agradable escalofrío en su mano, la misma cosa que tanto faltaba en este lugar, quemada sin piedad por el ardiente sol del desierto. La daga parecía reaccionar incluso a los recuerdos más pequeños y tímidos que surgían en la mente del Príncipe, y recordaba exactamente lo que quería recordar. Esto inflamó aún más su interés, disminuyó aún más la velocidad de su fiel corcel, que cambió a un trote ligero. Ahora el Príncipe parecía un niño que finalmente obtuvo el preciado juguete y no sabía qué hacer con él. Ahora examinó la daga, recordando algún pequeño detalle de su infancia, uno que apenas recordaba, y luego volvió a sumergirse en los recuerdos con toda su conciencia, como si se vertiera en una daga, o mejor dicho, se fundiera con ella, y recordaron juntos. Los recuerdos dibujados por la daga eran algo familiares para el Príncipe, estaban almacenados en su memoria tal

como estaban: la daga no mentía; y también aportó algo nuevo a estos recuerdos, tal vez desconocido hasta entonces para el propio Príncipe: algunos detalles, algo que realmente sucedió, pero que por alguna razón escapó a su atención. A partir de esto, los recuerdos, volviéndose inimaginablemente brillantes y fuertes, parecían convertirse en realidad, fluir y fundirse en ella, y luego reemplazarla y alejarla. Además, esta última no pareció resistirse, como si estuviera atada de pies y manos, sin permitirle moverse.

Ilusiones, sueños y pensamientos inimaginables para una mente normal, cautivaron la mente del Príncipe sin que él mismo se diera cuenta. Sin embargo, todavía conservaba una mente sobria, aunque no era la misma que antes, ahora pensaba en la daga, en su poder, capacidades y propósito.

La daga está sujeta al tiempo, o mejor dicho, al pasado y al presente, ahora ya era claro como el día. Pero el futuro está oculto para él así como para las personas, al pensar en él su fuerza se apaga como una vela, como si tuviera miedo del futuro. Pero estos poderes se restauran fácilmente cuando la mente comienza a aferrarse -y la daga con ella- a jirones de recuerdos, incluso a los recuerdos más insignificantes o nada personales de la persona que los poseía. Lo recordaba vagamente, pero al segundo siguiente estaba lleno de recuerdos... los recuerdos de otras personas, pero tan vívidos que cegaron la mente, el Príncipe incluso se sintió incómodo, casi pierde el equilibrio y se cae de la silla de montar, tan deslumbrantes eran los recuerdos de las otras personas.

Sin perder aún los últimos jirones de cordura, el Príncipe decidió posponer este juego con la daga por el momento, tal vez hasta que comprendiera mejor su naturaleza y propósito. Aunque algo dentro del Príncipe le decía que experimentaría todos estos sentimientos más de una vez, su mano apretaría la daga más de una vez, su conciencia se hundiría en el abismo del tiempo más de una vez.

Volviendo en sí como si estuviera inconsciente, el Príncipe envainó la espada, tratando de olvidarse de ella, como si huyera de ella a través de los laberintos del tiempo hacia el futuro, aunque no era tan fácil.

El viento, que había cambiado bruscamente de dirección, soplaba ahora a la espalda del príncipe, como si le impulsara a seguir adelante, tratando de protegerlo de algún peligro invisible. El peligro de esto eran los propios pensamientos del Príncipe: todavía le picaban uno tras otro, pero no tan claramente, su dificultad para respirar volvió a la normalidad, se equilibró. El viento, agitando la arena, ahuyentó los pensamientos del príncipe hasta donde el viento podía. Los pensamientos, mezclados con la arena y el polvo, se

perdían en el desierto interminable, donde sería imposible encontrarlos.

Al alcanzar finalmente al jefe de la caravana, el príncipe disminuyó la velocidad, inhaló el aire caliente y, de pie en la arena, deambuló lentamente, escuchando la conversación que acababa de comenzar.

"Azad está a un día de viaje desde aquí. Es parte del hoy, es de noche, y mañana por la mañana tienes que llegar. En el camino, te encontrarás con varios asentamientos, en su mayoría mendigos, el único valor real que poseen es el agua potable", soltó una vez uno de los guías, el que era un poco más bajo y moreno, pero cortésmente y con respeto en su voz.

El segundo guía, con toda su apariencia, expresó su acuerdo con el primero, y acarició el cuello de su camello, un amigo fiel y un muy buen medio de transporte.

Durante su relato, el primer guía agitaba mucho los brazos, pero prestó especial atención a una de las direcciones: Azad estaba en el noroeste, un poco a la derecha del lugar donde estaba a punto de ponerse el sol. Al terminar su breve discurso, el conductor lanzó una mirada apenas perceptible a su compañero:

"Hicimos nuestro trabajo, todo fue como acordamos", exclamó el segundo de inmediato, pero con fuerza.

Y luego, con una expresión muy respetuosa en sus rostros, miraron inquisitivamente al rey. Este último, a su vez, intercambió miradas con Tuammak, apenas le lanzó un par de frases y, recibiendo un asentimiento de aprobación, dijo:

"¡Buen pago por buen servicio!"

En ese momento, Tuammak sacó una bolsa bastante pesada de su mochila, que tintineaba de vez en cuando: contenía oro.

"Aquí hay un poco más de lo que acordamos al principio del viaje", dijo Shahraman.

En el instante siguiente, la bolsa, volando por el aire, cayó directamente en las manos del segundo guía. A juzgar por el peso, definitivamente había más oro del que habían acordado.

Sin decir una palabra más, pero expresando gratitud y felicidad con toda su apariencia, los guías, haciendo una reverencia, ensillaron los camellos, los volvieron en la dirección opuesta al movimiento de la caravana y se dirigieron a casa. Durante un minuto más, los oídos del zar, de su séquito y del príncipe pudieron oír la charla claramente satisfecha de aquellos dos, pero en otro idioma completamente incomprensible.

Capítulo 7. Siguiendo el corazón

Los dos pilotos corrieron por el camino polvoriento, reseco por el sol, así como los rostros de los pilotos por el cansancio. Y dolor. Han tenido que pasar por muchas cosas en los últimos días. Conocían el dolor, el miedo, la desesperación y el coraje fanático que los mantenía a ambos al borde del abismo y les impedía caer en ese abismo. Aprendimos el sabor de la sangre. El sabor de la muerte. El dolor de perder amigos y seres queridos. Y así, ahora, su viaje por el camino polvoriento, complementado por una fatiga inimaginable, era un placer para ellos. Algún tipo de objetivo se avecinaba. O una ilusión, pero que daba esperanza.

Se convirtió en un nuevo punto de referencia en sus mentes. Del mismo modo que la ramita más frágil da una confianza extraordinaria al movimiento en el espacio cuando, al parecer, el último punto de apoyo se desliza bajo tus pies y cada paso siguiente amenaza con caer. En sí mismo, no es un soporte, es muy fácil romperlo con cualquier movimiento brusco. Y, sin embargo, no se rompe. Y una persona no cae. La ramita parece endurecerse, absorbiendo la fe de una persona, y una persona cree aún más, continuando su camino inestable.

Dos de los que no fueron derrotados. Ambos resultaron heridos - abrasiones, contusiones y varios vendajes eran visibles por debajo de la ropa medio rasgada-, al parecer las heridas más graves. Hace unos días no se conocían. Ajit sirvió en el palacio como jefe de la guardia. En esa mañana aciaga, él fue uno de los que lo defendió. Uno de los que huyó para salvar sus vidas cuando las principales fuerzas indias fueron derrotadas. Pero no era cobardía: quería proteger a sus hijos, a su esposa y a todas las personas cercanas a él. En esos momentos, se odiaba a sí mismo, sabía que con cada paso que daba, estaba traicionando más y más a su maharajá y a su ciudad. A pesar de todas las promesas hechas y la deuda impagable en la que se encontraba Ajit. Y ni siquiera vale la pena describir lo que le sucedió cuando se enteró de que todas las personas cercanas a él murieron. No podía, no podía, defraudaba a todos. Pero él mismo nunca fue derrotado. Por eso se odiaba a sí mismo. Sintió que era capaz de seguir adelante con su vida. La desesperación no podía tragársele.

Asha fue una de las que cayó bajo la primera oleada del ataque. Luchó valientemente contra las murallas de la ciudad. Luchó aún más valiente dentro de la ciudad. Luego fue herido por una flecha en el hombro derecho. Lo primero que recordó no fue el dolor, sino la debilidad que se extendía desde el hombro por todo el cuerpo y luego a lo largo del brazo. Entonces oyó el sonido del metal sobre las piedras, y su mano soltó su espada. Luego el olvido, una herida muy dolorosa, ni siquiera la había visto todo el tiempo, pero la sentía

constantemente, y eso era suficiente. Y había un sentimiento similar en él: sabía que seguiría viviendo. O mejor dicho, no sabía, pero esperaba. Tenía muchas esperanzas, sin saber por qué. Y ahora, mirando la puesta de sol, sintiendo el aliento del viento cálido y su silbido en sus oídos, continuaba esperando algo.

Es un poco extraño que el destino haya unido a estas dos personas. Eran muy diferentes. Al menos por edad. Asha es una joven guerrera valiente, atrevida e impredecible. En algunos aspectos, se parecía al Príncipe, y no solo en apariencia. Tenía sus ilusiones. A él también le visitaban pensamientos de honor militar. En parte debido a esto, trató de servir fielmente a su maharadzha: no tenía familia, la vida de un soldado era cercana y familiar para él. Y no iba a cambiar nada. Ajit era mucho mayor que su joven compañero, tenía unos cuarenta años, mientras que el primero tenía poco más de veinte. Asha, herido en el hombro, no soportó ni una décima parte del dolor que soportó Ajit, aunque ni una sola herida en el cuerpo de este último fue tan grave. El dolor rugía dentro de él, en su alma, en su cabeza, en su corazón. Latía febrilmente cada vez que recordaba algo de aquella mañana. Y, sin embargo, por alguna razón, el destino los unió. No por diversión. No para verificación. Para sobrevivir, para lograr un objetivo común. Un objetivo que ninguno de ellos habría logrado solo. Fue la combinación de caracteres lo que les dio una fuerza especial.

Chocaron casi por accidente. Y todo lo que sucedió antes de eso también fue un millón de accidentes entrelazados en un solo destino. Un destino que determina toda su vida futura. Este destino es un gran accidente, que consta de muchos otros más pequeños, que le sucede a una persona una vez en la vida y la persigue constantemente, hasta la muerte.

Ajit caminó desde la dirección de las piras funerarias, luciendo abatido y cansado. Se limitaba a caminar, sin prestar atención a nada. Vagaba sin rumbo, a veces en círculos. Lo único que se le ocurrió fue que necesitaba estar lo más cansado posible para conciliar el sueño durante la noche, y no ser atormentado por pensamientos pesados, como había sido las dos noches anteriores. La comida que probó había perdido su sabor. El mundo entero ha perdido su orden habitual de cosas. Y, probablemente, Ajit se habría perdido entre estos pensamientos sombríos, si de repente su atención no se hubiera visto atraída por un sonido que le parecía casi extraño -había logrado salir de la costumbre de la gente-, alguien se dirigía hacia él.

Vio a un joven a caballo que se acercaba a él, y el sonido que lo sacó del mundo de la soledad fue el estrépito de los cascos y el estrépito de los estribos. Asha, que solo había recuperado el sentido después de haber sido herido por la mañana, después de haber

yacido casi inconsciente durante dos días antes, se alejaba de la ciudad. Quería alcanzar a los persas, no sabía por qué, pero definitivamente lo iba a hacer, algo lo estaba empujando hacia allí. Algo grande. El dolor que Asha experimentó por la herida era completamente diferente al que Ajit había experimentado. En el primero, el dolor se manifestó con más fuerza físicamente, lo sintió durante tres días y no lo soltó, pero su esperanza, todas sus aspiraciones lo ayudaron a luchar, reduciendo gradualmente el dolor a nada. Y recordaba cada uno de esos días, por supuesto, no en detalle, pero a pesar del olvido, le duraron exactamente lo que pasan tres días ordinarios. Cuando Asha se despertó esta mañana, reunió sus fuerzas y volvió en sí. Trató y herió su herida lo mejor que pudo y salió a la carretera. Ajit, que lo había perdido todo en su vida hacía tres días excepto ella misma, no sentía el tiempo, a veces le parecía que había pasado un mes. O un año. Un año de dolor incesante y palpitante que se encendía como un fuego al menor suspiro y lo quemaba por dentro. A veces le parecía que se trataba de una retribución por el pasado.

Asha se detuvo. O mejor dicho, pasó volando al principio, pero se detuvo casi de inmediato. En primer lugar, había poca gente en la ciudad, la mayoría de los supervivientes ya habían conseguido salir de estos lugares en los dos primeros días y solo quedaban unos pocos para restablecer la vida normal.

Al principio, solo quería hacer un par de preguntas, para saber más sobre los últimos eventos, sobre los persas, sobre los rumores en la ciudad. Pero por alguna razón, sintiendo que la conversación sería larga, saltó de su caballo, ligera y suavemente, tratando de mover el hombro lo menos posible, lo que hizo que sus movimientos fueran un poco torpes.

Ajit habló primero. Esto asustó incluso al joven: la visión de su nuevo conocido delataba a una persona obstinada y silenciosa en él, y Asha no esperaba tal giro de los acontecimientos.

—¿Quién eres, joven guerrero? Las primeras palabras de Ajit fueron una pregunta. Quería saber dónde estaba Asha con tanta prisa, pero primero tenía que averiguar con quién estaba hablando.

"Mi nombre es Asha, soy un soldado del gran Maharajah; Antes del ataque, sirvió en la guarnición de guardia en la puerta principal. Ahora estoy buscando gente de la que pueda averiguar al menos algo sobre los persas, sobre Maharaj, oh... —tartamudeó, porque había dicho todo lo que era necesario y no podía, por mucho que lo intentara, inventar una palabra más.

"Soy Ajit", se presentó un hombre de mediana edad, de cabello oscuro, un poco más bajo que el joven. "Maharaja ha muerto. La mayoría de los soldados y residentes de la ciudad también murieron.

Solía ser el jefe de la guardia del palacio, pero ahora no tiene sentido...

Su mirada se posó en el hombro de Asha y en la forma en que lo movía de forma antinatural al caminar. A través de los harapos de su ropa y la pobre venda en su hombro, apareció una herida, aparentemente bastante grave, pero ya ligeramente curada y casi sin sangrar. Ajit también notó su forma de andar, todavía era incierta. No cojeaba, pero caminaba con demasiado cuidado.

Asha le contó sobre su primer encuentro con los persas, sobre su herida, sobre su inconsciencia. Ahora Ajit comprendía por qué el soldado que había luchado para el Maharajá desconocía por completo todos los acontecimientos recientes. Escuchando en silencio la brillante y colorida narración del joven guerrero -sí, a pesar de sus años, Asha ya era un guerrero tanto en cuerpo como en espíritu-, Ajit reflexionó sobre su vida. El dolor no disminuyó ni disminuyó, pero por primera vez pensó en lo que sucedería a continuación. Mientras tanto, Asha terminó su historia. Su interlocutor pensativo, al darse cuenta de ello, pero sin mostrarlo, continuó sentado en silencio, pisando la arena. Y, sentándose en una piedra, le hizo un gesto a Asha para que se sentara en la siguiente, y le contó su historia, más larga y triste. El dolor era común a todo el mundo ahora, pero Ajit solo necesitaba hablarlo. Y liberado de los grilletes, de la enorme carga sobre sus hombros (aunque solo fuera por un tiempo), Ajit recogió inesperadamente la idea de Asha de alcanzar a los persas y la apoyó, diciendo:

"Es peligroso para ti ir solo. Puedo ser útil.

Aunque sabía interiormente que iba a una muerte segura, Ajit vio liberación en ella.

***

Ya después de la puesta del sol, en aquellos minutos en que acababa de ponerse en el horizonte, pero todavía había suficiente luz, la mayoría de la gente de la caravana vio realmente un pequeño asentamiento, ennegrecido a lo lejos, a su derecha. Y entonces su silueta se disolvió en la oscuridad de la noche, cubriendo el mundo rápidamente, como una flecha que atraviesa a su víctima, con la velocidad del rayo y la incondicionalidad. Sin el sol, el desierto descansaba, el aire era fresco, la arena ya no abrasaba, soplaba un viento fresco y se sentía la presencia de algún tipo de vida.

Esta vez la caravana no se detuvo por la noche. A pesar del agotador día pasado en la carretera, todos buscaban el objetivo más preciado: Azad. Algunos incluso afirmaron haberlo visto, y durante el día, aparentemente, era un espejismo ordinario.

La luna casi llena brillaba más; Una tras otra, las estrellas brillaron en el cielo. Todo esto se asemejaba a una actuación increíble montada por alguien en la cima para dar placer a la gente. Disfrutando de la belleza y majestuosidad del cielo estrellado. Llenaba todo a su alrededor, fluía en la conciencia de todos, se calmaba, se relajaba, como si dejara pasar otro día.

***

Su camino llegaba a Azad. Pero aún no lo sabían; Simplemente interrogando a los que encontraban en la ciudad, se enteraron de que los persas se habían adentrado en el desierto, al noroeste. Habiendo reunido un suministro muy modesto de comida y agua, habiendo encontrado un segundo caballo para Ajit, los guerreros partieron por la mañana. Sencillamente, no tenía sentido quedarse en la ciudad, aunque estaban apegados a ella, cada uno a su manera, pero aún así con mucha fuerza. Cada uno de ellos se convenció en silencio de que todo esto no duraría mucho: o morirían, luchando, como creían, por una causa justa, o regresarían aquí de nuevo, con una victoria, aunque pequeña, pero una victoria. Según los rumores, se enteraron de que la hija del maharajá sobrevivió: la joven princesa Farah, quizás la única alma viva de toda la familia. Y su salvación era lo único con que ambos podían honrar la memoria de su señor, concelebrando con él por última vez, después de su muerte. Y para Ajit, también era una cuestión de deber.

El sol calentaba cada vez más, y el aire se volvía más seco: el desierto se estaba desequilibrando, desplazando toda la humedad y la vegetación. El tercer día de viaje estaba llegando a su fin y no era muy diferente de los dos primeros: el mismo silencio, silencio, roto solo por el estrépito de los cascos. Sobre todo, se lo dijeron la noche en que se conocieron, pero ahora simplemente no tenían nada de qué hablar. Más bien, había algo en qué pensar. Lo principal era que tenían un objetivo común, lo demás no tenía ningún sentido en ese momento.

Sin embargo, en la tarde del tercer día, Ajit decidió romper el silencio. Más adelante apareció una arboleda verde, una de esas que ocultan a los viajeros distraídos el tesoro más valioso del desierto: el agua.

"Asha, llévalo un poco a la izquierda". Allí —levantó la mano y señaló la arboleda—, lo más probable es que haya agua.

Asha quería preguntar u objetar algo, pero al parecer apreciando la confianza con la que su compañero pronunciaba sus palabras, obedeció, disminuyó la velocidad y tiró su caballo ligeramente hacia la izquierda.

Ambos estaban cansados del silencio incesante y Asha, aferrada a la situación, decidió continuar la conversación:

—¿Conoces el desierto? ¿Alguna vez has viajado allí?

—Sí... —vaciló Ajit, frotándose la mandíbula, que prácticamente se negaba a moverse después de tantas horas de inmovilidad—. Sacó un frasco y bebió los últimos sorbos de agua tibia e insípida.

Tan pronto como Asha abrió la boca para preguntar algo más, Ajit continuó, mirando hacia otro lado.

– No siempre he vivido en esta parte de la India. Nací en el desierto, en las afueras del país, pero allí pasé solo una parte de mi infancia. Mi madre murió hace mucho tiempo, ni siquiera recuerdo su cara. Mi padre fue asesinado por un guerrero indio, y sin querer, sin querer. Al parecer, no esperaba su aparición y estaba muy asustado por algo, y al primer crujido levantó su arco. La flecha le dio directamente en el corazón. Este guerrero me montó, pequeño y asustado, en su caballo, al que llevaba a su lado. Así es como terminé en Kashi. Es extraño, mi vida siempre cambia tan drásticamente después de la muerte de personas cercanas a mí.

—¿Cómo sabes todo esto tan bien? No te acuerdas, ¿verdad? — preguntó Asha sorprendida.

"El hombre que me recogió se convirtió en un padre para mí, pero no ocultó lo que había sucedido. Me contó todo cuando crecí.

Mientras tanto, se acercaron a un pequeño palmeral y, en efecto, rodeaba un pequeño lago de agua clara. Deteniendo sus caballos, los viajeros desmontaron silenciosamente de ellos y fueron a llenar sus frascos.

Al pasar a través de un arbusto bajo, Asha ahuyentó a una bandada de algunos pequeños pájaros coloridos, y corrieron hacia el lado opuesto del lago con un ulular intermitente. Temblando involuntariamente, miró a su alrededor: tenía la sensación de que ni una sola persona había pasado por allí, todo a su alrededor parecía de alguna manera intacto, prístino, sobrenatural.

Ajit se acercó primero al agua, metió las manos en ella y, sintiendo el frescor vivificante, se echó agua en la cara, tratando de no perderse ni una gota, y luego bebió con avidez, bebió como si fuera la última vez en su vida.

Capítulo 8. Visitando la tormenta

El sol se encontró con la caravana como antes, en su camino. Golpeó a todos en la espalda, y todos sintieron el golpe, algunos incluso se dieron la vuelta: hoy el amanecer era ominosamente rojo, no como de costumbre, y con cada segundo crecía, lanzando cientos de salpicaduras en sus espaldas, en la arena, en el cielo, en todo el mundo. La arena roja sobre la que caminaba la gente ahora se asemejaba a un vasto mar, un mar de sangre interminable y aterrador. Y el sol, que se elevaba amenazador sobre él, lo asustaba aún más, haciéndolo más rojo y más ilimitado.

En general, era extraño que no se detuviera por la noche: ahora alguien estaba literalmente durmiendo en movimiento, moviendo perezosamente las piernas, alguien caminaba un poco más rápido, pero su rostro delataba la misma fatiga en él. Quizás por eso, nadie prestaba atención a lo que sucedía a su alrededor. El príncipe pasó toda la noche en la silla de montar, su caballo caminaba lentamente junto a la caravana, aunque por la mañana se le había caído detrás de la cabeza.

Por el contrario, Tuammak y Shahraman parecían bastante alegres. Dos guerreros experimentados que habían sufrido mucho en sus vidas, estaban acostumbrados a este tipo de marchas y a tales noches de insomnio.

Y sólo entonces el príncipe se dio cuenta de que un visir cabalgaba un poco más lejos de su padre. Por alguna razón, ahora parecía lamentable, hosco y arrugado, y apenas capaz de mantenerse en la silla de montar. Incluso el sol naciente pareció quemarlo tan fuerte que cayó en el semi-olvido. Pero, por supuesto, una noche sin dormir también tuvo la culpa. Su caballo, al igual que el jinete, vagaban medio dormidos, y juntos no causaban más que lástima.

"¡Espero que a Rifath le gusten estos pájaros!" ¡Serán una gran adición a su colección! Dijo Shahraman, dirigiéndose a Tuammak y a alguien más: uno de los viejos guerreros cabalgaba no muy lejos del rey.

—¿Qué pájaros, padre? —preguntó el príncipe, distraído de observar al visir y acercándose un poco más.

Shahraman estaba a punto de decir algo, pero entonces el viento le arrojó polvo a la cara y tosió.

"Cuando el palacio ya estaba capturado, tu padre, yo y un pequeño grupo caminamos por el vecindario y nos encontramos con un pequeño pero maravilloso jardín. En todas partes había los mismos árboles y arbustos maravillosos, y en el centro había una pequeña fuente cerca de la cual caminaban varios pájaros. Logramos atrapar a siete de ellos, puedes mirarlos, están en jaulas doradas en algún lugar en medio de la caravana", respondió Tuammak por él.

"¡Hermosos pájaros!" Shahraman se aclaró la garganta.

El príncipe detuvo su caballo, le dio la vuelta, pero no se movió: decidió simplemente esperar hasta que la mitad de la caravana pasara y viera a estos pájaros.

Pasó el tiempo y el sol se elevó más y más, esparciendo un calor abrasador por todas partes. Ahora el desierto se iba convirtiendo poco a poco en uno ordinario, el color dorado de siempre que acechaba en cada grano de arena, en cada piedra y en cada duna que parecía no tener fin. El príncipe sintió una brisa caliente mezclada con la arena y cerró los ojos. Pasaron varios minutos antes de que volviera a abrirlos. Y al instante los vio. Pájaros negros en jaulas doradas, con picos dorados y ojos alargados. Eran del tamaño de un niño y, al parecer, cansados del calor y de la larga marcha, prácticamente no se movían.

Al despedirlos, el Príncipe no volvió a moverse y ni siquiera se dio la vuelta, ahora estaba mirando al sol, que subía lentamente por el cielo. Sintió que el viento creciente le alborotaba el cabello, y sintió que una pequeña gota de sudor le corría por el cuello, se deslizaba por su espalda y se perdía allí, absorbida en su ropa.

Permaneció allí durante mucho tiempo, hasta que casi toda la caravana pasó junto a él. Con un esfuerzo por zafarse de su ocupación, el príncipe dio media vuelta a su caballo y siguió adelante. Casi al instante, sintió una punzada de somnolencia inusual, debilidad en los brazos y párpados pesados. Unos minutos más tarde se parecía a Amar: cabalgaba con la cabeza inclinada y casi perdía el contacto con el resto del mundo; Solo de vez en cuando abría los ojos e inhalaba más profundamente, sintiendo otra respiración.

***

La arena despertó al Príncipe. Impulsado por el viento, se obstruía en los ojos, en los oídos, en la nariz, azotaba la cara y se pegaba al cabello. Se acercaba una terrible tormenta de arena. El viento se hizo mucho más fuerte, la luz del sol se volvió intermitente, de vez en cuando las sombras de nubes de polvo y arena brillaban por todas partes. La caravana continuaba avanzando, pero cada vez más despacio, la gente caminaba con la cabeza gacha, tratando de esconderse de alguna manera de la arena. Pero incluso ahora era casi imposible, penetraba por todas partes y nada podía bloquear su camino.

Sólo ahora, pasándose la mano por el pelo y sacudiéndose el polvo, el príncipe se dio cuenta de lo mucho que el sol había conseguido quemar su cabeza: era asombroso cómo había soportado tantas horas a solas con el sol.

Metió la mano en su saco, hurgó en él, hundiendo la mano hasta el fondo, y sacó su tocado de campamento, el keffiyeh, que lo había salvado de la lluvia y del calor abrasador del sol más de una vez. Acostado en el fondo, aún no había tenido tiempo de absorber todo el calor, y por lo tanto emanaba un agradable frescor, que el Príncipe sintió inmediatamente cuando lo tomó en su mano. Por última vez, pasando la mano de un lado a otro por su cabello, el Príncipe se la echó sobre la cabeza, volvió a sentir un escalofrío maravilloso que lo despertó por completo. El keffiyeh tenía otra propiedad notable: gracias a la gran tira azul de tela densa que colgaba uniformemente de ella y se arrastraba sobre sus hombros y espalda, su cabello no ondeaba tanto y no le entraba tanta arena, y el sol ya no quemaba su cuello.

Aferrándose lo más fuerte posible al caballo, con la cabeza apoyada en el cuello, el príncipe se precipitó de cabeza, destrozando los arroyos de arena y levantando otros nuevos detrás de él.

Al acercarse al comienzo de la caravana, el príncipe abrió un poco más los ojos y examinó al visir: cabalgaba de una manera diferente, ligeramente enderezado, pero casi oculto a la vista por un enorme trozo de tela gris tosca, cubierto de polvo y constantemente mecido por el viento. Otro detalle que notó el Príncipe fue que de vez en cuando el bastón del visir asomaba por debajo de esta tela, y estaba en posición vertical, aunque la última vez estaba acostado sobre el lomo del caballo, a través de su movimiento. Pero el príncipe no le dio importancia a este detalle... bueno, ¿nunca se sabe por qué el viejo sostenía su bastón de mala calidad de esa manera? ¿Tal vez era más conveniente para él sostener la capa, que estaba a punto de volar? Todos los pensamientos sobre este tema abandonaron al Príncipe junto con otra ráfaga de viento.

Shahraman cabalgó inclinándose un poco hacia adelante, protegiéndose con la mano del viento y el polvo, con el codo ligeramente adelantado. Tuammak siguió el ejemplo de Amar y se escondió bajo una capa un poco más pequeña, que le cubría solo hasta la cintura. Con una mano, agarraba fuertemente los dos bordes de su capa desde el interior, para que el viento no la arrancara y se la llevara, y con la otra, soltándola ligeramente por debajo de su túnica, sostenía las riendas.

Aclarándose la garganta en voz alta, Tuammak condujo su caballo más cerca de Shahraman y dijo:

"Señor, creo que deberíamos detenernos. La gente está muy cansada por el calor y la noche de insomnio, y me temo que esta tormenta les quitará las últimas fuerzas.

"Creo que tienes razón. Tenemos que hacer un alto y esperar a que pase la tormenta —respondió el rey después de una breve pausa,

mirando fijamente a lo lejos—. "¡Hijo, da la orden a toda la caravana para que se detenga!"

El príncipe se dio la vuelta y corrió en la dirección opuesta, e inmediatamente sintió cuánto más fácil y agradable era cabalgar con el viento, sintiendo su aliento solo con la espalda. Ahora parecía que el viento lo empujaba y ya no era tan terrible. En el último momento, cuando el Príncipe abandonó el comienzo de la caravana, su mirada recorrió la figura del visir, distinguiendo su rostro arrugado oculto en la sombra de una especie de capucha. E imperceptiblemente para sí mismo, el príncipe notó una cosa extraña en su rostro: los ojos muy abiertos, como si no tuviera miedo al viento, la arena y el polvo. Incluso parecían arder con una luz tenue, casi imperceptible, que se desvanecía y luego volvía a encenderse. El príncipe no se dio cuenta de otro pequeño detalle: los labios de Amar se movían constantemente, susurraba algo ininteligible, y cualquiera que viera algo así seguramente se habría aterrorizado. Pero sólo el puñal podía recordar esta escurridiza bagatela. Y apenas podía sentir, y solo podía hablar de vez en cuando.

El príncipe galopó hacia la gente errante y, tratando de bloquear el viento, gritó:

–¡Quedar! ¡Se avecina una fuerte tormenta!

Una ligera alegría se podía leer en los rostros demacrados, la gente se detuvo instantáneamente, detuvo a los caballos y camellos, obligando a estos últimos a acostarse en la arena y golpeando a los caballos en pequeños grupos de cinco o seis animales y arrojando pedazos de tela mojada sobre sus cabezas, y luego felizmente cayeron sobre la arena caliente y también se cubrieron de la tormenta de arena que se acercaba de todas las maneras posibles: se acostaron cerca de los camellos, Escondiéndose a sus espaldas, se echaban pedazos de tela gruesa sobre sí mismos, envolviéndose en ellos con el mayor cuidado posible, y acercaban a ellos frascos de agua. Todo esto, por supuesto, no ayudaba demasiado durante tales tormentas, pero era casi la única forma de sobrevivir. Y, al parecer, por lástima de los prisioneros, que aún los mantenían atados, los arrojaron a la arena e incluso los cubrieron del viento con lamentables trozos de tela sucia y polvorienta.

Después de un tiempo, la noticia de la parada comenzó a extenderse por toda la caravana, alcanzando literalmente al Príncipe. Asegurándose de que ya había volado alrededor de todos, corrió de regreso al frente de la caravana. Corrió de cabeza por la arena, con la cara al viento, como si intentara volar. Todo esto hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas y dolor. Cabalgando hacia su padre, el príncipe las frotó con las manos, parpadeó un par de veces rápidamente y saltó de su caballo.

—¡Mi príncipe! Toma esto —el joven escuchó la voz de Tuammak —.

Y reaccionando al instante, al momento siguiente se encontró con algo grande y suave en el aire con su mano: un gran lienzo de tela pesada, pero no demasiado tosca, después de lo cual se apresuró a acostarse en la arena y cubrirse con él.

Y entonces, literalmente en cuestión de segundos, llegó una tormenta, que derribó miríadas de granos de arena por todas partes, y luego los levantó en el aire, mezclándose con el viento y volviéndolos a derribar. Cerrando los ojos con fuerza, el príncipe sintió que la arena se le pegaba a la cara, le obstruía el pelo. Parecía que su protección era completamente inútil: esta tela no era nada para tal viento, la atravesaba junto con el polvo. Como una gran ola, la tormenta, golpeando a los viajeros en un instante, no dejó de rodar sus aguas arenosas por toda la caravana, esparciendo polvo por todas partes. Se escucharon raros gritos lejanos, tal vez alguien estaba perdiendo su trozo de tela salvador y se quedó solo con los elementos furiosos.

***

La tormenta había estado ocurriendo durante horas. Un día, en medio de estos gritos, el Príncipe oyó una voz que no se parecía a un grito; Había una especie de ... orden. Pero en un segundo, esta voz se perdió en el silbido del viento, que en ese momento se intensificó aún más, se enfrió y se convirtió en miles de pequeñas cuchillas que perforaron absolutamente todo.

Esto continuó durante unos minutos más, y luego, como si se tratara de una señal, la tormenta comenzó a amainar abruptamente. Un minuto más, y los rayos del sol comenzaron a romper tímidamente la capa de arena que se había asentado en el cabo. El increíble silencio después de tantas horas de ruido y silbidos incesantes lastimaba mis oídos. Poniendo fin a esta tortura, el Príncipe se puso en pie de un salto con un movimiento brusco, arrojándose su capa y levantando nubes de polvo a su alrededor. Al encontrarse con los ojos del sol, retrocedió y se desplomó en el suelo, sus ojos, acostumbrados al crepúsculo, incapaces de hacer frente a la luz brillante. Sentado en la arena, se dio la vuelta, se frotó los ojos con una palma polvorienta y volvió a mirar al sol. Esta vez, los cálidos y suaves rayos lo tomaron en sus brazos mucho más suavemente, sin quemarle los ojos ni cegarlos.

Por todas partes había movimiento, susurros, todos comenzaron a alejarse de la tormenta y a salir lentamente de sus refugios artificiales. Algunos actuaron muy sabiamente e incluso antes de la tormenta y antes de cubrirse con pedazos de tela densa, cavaron

hoyos poco profundos en la arena, de la longitud de su propia altura, protegiéndose así adicionalmente.

El príncipe corrió a su caballo y, con un movimiento brusco, se quitó de la cabeza un pedazo todavía ligeramente húmedo de la misma materia densa. El caballo, como si despertara de un largo sueño, sacudió bruscamente la cabeza, la sacudió de un lado a otro, resopló y estornudó fuertemente. Sus grandes fosas nasales se movían constantemente, aspirando con avidez aire fresco en comparación con lo que había sido durante la tormenta. Sacudiéndose la arena de la melena, la cola y el lomo, el príncipe saltó a la silla y se apresuró a inspeccionar la caravana. Finalmente, logró notar cómo su padre con una mirada bastante alegre se levantaba del suelo, se frotaba los ojos y desaparecía de su vista. Ahora veía que la caravana volvía lentamente a la vida, como una criatura enorme e increíble que se recuperaba de un largo y profundo sueño.

Mientras conducía, llamó la atención sobre el hecho de que no todos pudieron sobrevivir a la tormenta. Alguien yacía inconsciente, e incluso las gotas de agua que salvan vidas rodando por sus labios no pudieron hacer que estas personas volvieran a sus sentidos al instante. Y alguien simplemente murió. Sus cuerpos yacían en poses antinaturales, con el horror de la muerte congelado en sus ojos.

Los cabos que no podían liberarse eran despojados de sus capas y llevados de vuelta a un gran carro, donde eran atados a postes tan bajos como su altura.

De repente, el Príncipe se convirtió en un suspiro de sorpresa e indignación que vino de algún lugar hacia un lado. Vio en el suelo al mismo cautivo con el que ya se había cruzado antes. Una de sus manos estaba completamente libre, y un trozo de cuerda todavía colgaba de la otra. Apoyándose en ambas manos, temblando de fatiga y dolor, trató de levantarse. Uno de los soldados, de baja estatura y con una mirada cruel y depredadora, se dio cuenta de esto y dejó escapar este mismo suspiro de sorpresa. Sus ojos se iluminaron instantáneamente con rabia imperiosa, y corrió hacia la prisionera y la pateó en el costado, tan fuerte que volvió a caer, pero no lo suficiente como para dejar una marca del golpe. Se oyó un breve sollozo, que fue ahogado por el grito de un soldado lleno de desprecio injustificado:

"¡Sinvergüenza!" ¿Querías huir?

Agarró a la cautiva por el hombro, la levantó bruscamente y le dio una sonora bofetada en la cara, que al instante hizo que su mejilla se enrojeciera, una lágrima rodó por ella y la pobre criatura volvió a caer. Luego se sentó a su lado, le levantó la cabeza por los cabellos y siseó con un silbido nauseabundo:

"¡No querrás la próxima vez!"

Algo se agitó en el interior del Príncipe, dando paso a un breve escalofrío en su espalda. Pero ni siquiera prestó atención a este impulso momentáneo: ¿qué le importaba la patética chica que era la culpable de tal trato hacia ella? Luego vio cómo el soldado le ataba las manos de nuevo, esta vez insoportablemente apretadas, de modo que ella cerró los ojos de dolor. Cuando volvió a abrirlos, el príncipe la miró a los ojos y, como asustado por algo más fuerte que la tormenta que acababa de experimentar, se apartó bruscamente y se alejó corriendo.

Capítulo 9. Azad

La tormenta retrasó la caravana durante casi todo un día de viaje. Por la mañana, los persas deberían haberse acercado a las murallas de Azad, pero ahora era casi de noche y acababan de partir de nuevo.

El príncipe no se dio cuenta de inmediato de cuánto tiempo habían esperado todos a que pasara la tormenta.

"Una hora, dos, bueno, no más. Pero ya es de noche", se dijo a sí mismo.

Ahora, como si se sintiera fresco, su mente funcionaba de una manera especial. Los pensamientos corrían por su cabeza uno tras otro, algunos completamente incoherentes, y otros alineados en una especie de cadena, y uno fluía suavemente hacia el otro. El príncipe miró a la caravana errante y pensó en lo pronto que llegarían a Azad. Solo imaginaba vagamente la ciudad a partir de las historias de su padre, que se conservaban parcialmente en sus recuerdos de la infancia. El sol esparcía rayos enrojecidos sobre la arena, arrojando desesperadamente los restos del calor del día. El príncipe, sumido en sus pensamientos, también fue capaz de captar este detalle. Ahora su mirada estaba fija en el suelo, por lo que no podía apreciar toda la belleza del cuadro que se abría ante sus ojos. Sintió que el sol se debilitaba y desaparecía gradualmente bajo el horizonte. Cuando el Príncipe estaba particularmente inmerso en pensamientos o recuerdos, su percepción de la realidad se limitaba a una aún más simple: "algo rojo se le está escapando y no puede alcanzarlo". Sin embargo, no estaba tan lejos de este mundo como podría parecer desde fuera: su reacción fue, por el contrario, más aguda de lo habitual. Unos pocos granos de arena pegados, agitados por una suave brisa, volaron directamente hacia la cara del Príncipe, un tirón de su cabeza hacia un lado, y pasaron volando. Pasaron unos segundos antes de que el Príncipe se diera cuenta de lo que había hecho. Abriendo mucho los ojos, se dio la vuelta, una vez más apreció lo repentino de lo que había sucedido y siguió adelante. O más bien, sus pensamientos seguían arrastrándose, y simplemente giró la cabeza y continuó saltando, pero ahora estaba mirando al sol. Ahora era difícil no notar toda la fuerza de la puesta de sol, literalmente golpeando en la cara. Por un segundo, los pensamientos del Príncipe se quedaron en silencio, como si esperara algo, y luego volvieron a fluir. Su oído captó un grito como el de un pájaro. Miró a su alrededor en busca de alguien que pudiera publicarlo. De repente recordó a la prisionera golpeada, con los ojos llenos de tristeza, las mejillas enrojecidas y... ¡Claro! ¡Esos pájaros negros! Uno de ellos, tal vez sintiendo que se acercaba la noche, se despertó y soltó este grito. Era un poco aterrador, y alguien incluso podría encontrarlo

repugnante. Sol rojo-rojo. Mejilla roja... Lágrima. Daga. Asqueroso. Ese soldado actuó de manera repugnante. El príncipe volvió a sentir esa extraña sensación, de la que parecía estar asustado, y se alejó corriendo. Estaba perdiendo el sol, quería correr tras él y no soltarlo nunca, como si fuera a cruzar el borde de la tierra por última vez y nunca más volviera a aparecer en el cielo. ¿Por qué demonios este prisionero atrae casi toda su atención? El príncipe sentía que cada vez que la recordaba, sus pensamientos se detenían, sentimientos como la lástima o la simpatía llegaban a su corazón, y no podía determinar cuál. El sol continuaba huyéndose, arrojando lágrimas rojas sobre la arena seca, convirtiéndola en un mar de frescor, devolviendo los pensamientos del Príncipe a su curso habitual para esa noche.

Se volvió bruscamente. La primera estrella ya se abría paso tímidamente entre los restos del día. El príncipe sintió que todos sus pensamientos estaban invisiblemente envueltos en el tiempo. Lo sintió y al mismo tiempo no pudo captar su movimiento. Podía reaccionar bruscamente ante cualquier nimiedad y, al mismo tiempo, no se daba cuenta de cómo, inmerso en sus pensamientos, se perdía casi una hora entera de su propia vida. Una enorme gota roja de sangre rodó lentamente por su brazo y cayó en la oscuridad a través de la arena. Luego la arena desapareció y el Príncipe continuó viendo la caída durante mucho tiempo. Y nada más que ella, incluso parecía derretirse en su luz. Y entonces la daga cortó el aire, y el vacío se convirtió de nuevo en un desierto y una caravana. Azad era una ciudad majestuosa, fortificada y casi inexpugnable: estaba rodeada de altos muros de piedra blanca o escarpadas laderas rocosas. Blanco, no manchado de sangre. Estos pensamientos no pertenecían al propio Príncipe, y lo sentía, no recordaba nada igual. El frescor de la noche, fundiéndose con una ligera sensación de ardor en mi espalda, luchaba incansablemente contra los últimos retazos de calor solar, que se secaba ante mis ojos. Pero ganar una vez no significa ganar en absoluto: el sol con toda su apariencia prometía volver. Rojo como una lágrima contra el blanco como la luz fría de una estrella solitaria. Los pensamientos tomaban formas cada vez más extrañas. Dejaron de ser pensamientos. Eran retazos de luz de diferentes colores que parecían estar luchando por un lugar en su cabeza. El último rayo se deslizó por la arena amarilla y desapareció, encendiendo millones de granos de arena uno tras otro, lanzados al cielo por la mano poderosa pero invisible de alguien.

"¡Ten cuidado!" Una vez perdido en el desierto, ¡puedes quedarte en él para siempre! La voz de Tuammak resonó en algún lugar cercano e instantáneamente devolvió al Príncipe a la noche real.

—Sí... —dijo el príncipe arrastrando vagamente, frotándose los ojos—.

No se dio cuenta de cómo los pensamientos se apoderaban de él y lo arrastraban a la distancia, sumiendo su mente en un sueño profundo. Se alejó bastante de la caravana, tanto que la caravana apenas era visible, incluso bajo la luz de la luna y las estrellas. El príncipe sacudió la cabeza, reanimándose, y galopó tras Tuammak, sintiendo una nueva corriente de pensamientos, aún más incoherentes, pululando en su cabeza.

***

Después de haber bebido hasta saciarse y llenos de frascos de agua, los dos viajeros siguieron adelante. Galopando junto a una especie de oasis, cada uno en silencio, se dieron cuenta de que finalmente estaban en el desierto. Toda la vegetación desapareció de la tierra, y solo quedó arena en su lugar. Seco y sin vida, como todo en el desierto.

Los viajeros volvieron a cabalgar en silencio, cada uno pensando en algo diferente. Asha todavía recordaba el lugar que habían dejado, de alguna manera estaba grabado en su memoria de una manera especial. Este lugar en el pleno sentido de la palabra le atraía. Había una sensación de vida constante en él, exactamente lo contrario de las sombrías dunas del desierto. Todo dondequiera que miraras era agradable a la vista, el sol brillaba de alguna manera de una manera completamente diferente, de una manera que no brilla en ningún otro lugar. A partir de todos estos recuerdos, una sonrisa se extendió lentamente por el rostro de Asha, no demasiado grande para ser llamada alegre, pero no tan pequeña como para pasar desapercibida. Él mismo lo notó y lo apartó, como algo innecesario en este duro lugar.

No había absolutamente nada en la cara de Ajit. No era sonriente, pero tampoco sombrío. Incluso la fatiga desapareció en alguna parte. Estaba inmerso en algún tipo de pensamiento, o tal vez en recuerdos. A lo largo de los años de su vida, había aprendido a ser muy reservado, tanto que mucha gente pensaba que siempre estaba triste. Y, en efecto, una sonrisa en su rostro era rara.

Y así cabalgaron, y parecía que incluso un viento ligero hablaba más que estos dos: susurraba constantemente algo y arrojaba arena y calor. Mientras tanto, el sol, habiendo estado en su cenit, comenzó a deslizarse hacia abajo, debilitando gradualmente el calor. Incluso cuando, completamente rojo, rodó por el horizonte, comenzó a difuminarse, y parecía que toda la distancia que se extendía por delante se convertía en un mar enorme pero inusualmente tranquilo. Y así, al principio, ninguno de los viajeros prestó atención a los dos

puntos casi imperceptibles que brillaban entre toda esta lejana superficie arenosa. Pero después de un tiempo, se volvieron tan distintos que era imposible no notarlos. Todavía borrosos en el aire caliente de la tarde, adquirieron contornos cada vez más nítidos, pasando de ser un espejismo a algo real, a dos viajeros. Viajaban en camellos, no parecían guerreros, sino simples vagabundos. Estaba claro por sus ropas que el desierto era su hogar.

Al acercarse a ellos, Asha galopó hacia adelante un poco más rápido, quitándose el cinturón que se había echado al hombro mientras avanzaba, una vaina con una espada atada a ella. Luego, demostrativamente, extendió su mano con este cinturón hacia un lado y aflojó los dedos: el cinturón se deslizó de su palma y cayó al suelo. Al parecer, habiendo comprendido y aceptado este peculiar gesto de paz, los dos desconocidos se acercaron, a una distancia de unos pocos pasos. Lanzando algo al otro en un idioma que Asha no entendía, uno de los vagabundos se acercó aún más y de repente saltó del camello. Asha repitió su acción en silencio. Entonces el desconocido se acercó al lugar donde había caído la espada, la recogió lentamente y la puso en las manos de Asha. Este tipo de conversación silenciosa determinó inequívocamente su confianza mutua.

—¿Quién eres tú? Asha fue la primera en preguntar.

"Somos guías en estos lugares. Conducimos caravanas a través del desierto y ganamos dinero con ello", respondió el desconocido.

Asha escuchó atentamente, pensó por un momento, sopesando cada palabra y evaluando la apariencia de ambos jinetes. Luego miró a Ajit, así, sin saber por qué.

—Entonces... —dijo finalmente el indio y volvió a dudar—.

—Hace muy poco hemos celebrado aquí un gran castigo persa —dijo el guía, como si adivinara lo que pensaba—.

Cuando Asha escuchó esto, sus ojos parecieron iluminarse, se acercó un poco más, agarró al desconocido por el dobladillo de su ropa y, sin dejarlo terminar la última palabra, casi gritó:

–Dónde es... ¿A dónde fueron?

Ajit, que había estado siguiendo de cerca la conversación, temiendo que Asha pudiera asustar e incluso amargar al guía con su intemperancia, saltó de su caballo y se acercó. El extraño evaluó en silencio todo el panorama, miró primero la mano de Asha, que todavía sostenía su túnica, lo miró a los ojos: Asha lentamente, como si se diera cuenta de lo extraño de su comportamiento, aflojó los dedos y dio un paso atrás.

"Si continúas caminando en la misma dirección, justo a la izquierda de la puesta de sol, llegarás a Azad, una gloriosa ciudad bactriana. Los persas también fueron allí", respondió el guía.

Luego levantó ligeramente las cejas y miró inquisitivamente a los dos viajeros de la India. Ellos, casi sin prestarle atención, se miraron y se dirigieron a los caballos. El guía abrió la boca sorprendido, como si estuviera a punto de decir algo, pero sus palabras comenzaron a ahogarse en este suspiro silencioso y finalmente fueron ahogadas por las palabras del segundo desconocido, todavía en el mismo idioma incomprensible, que al parecer significaba algo así como:

–¡Salir! Apenas tienen nada de valor…

Al oír esto, se volvió bruscamente, se acercó a su camello y lo ensilló. Luego, los jinetes y los guías cabalgaron unos junto a otros en silencio, echando una última mirada. Dos de ellos, satisfechos con sus últimas ganancias, volvían a casa, tal vez en busca de nuevas caravanas o de viajeros ricos. Dos más cabalgaron tras el sol, que ahora huía de ellos. Pero el sol a menudo se esconde detrás de una nube o detrás del horizonte para brillar aún más un día. Y lo persiguieron, atrapando con avidez cada rayo de agua, como si temieran que al segundo siguiente, cuando abrieran los párpados, el sol desapareciera. Ahora lo era todo para ellos. Un sueño lejano y fantasmal, era su mejor y única guía.

***

Esa noche, la caravana, cansada de la tormenta, se detuvo para pasar la noche. Todos se acomodaron felizmente en la arena refrescante. El cielo ya estaba lleno de estrellas, la luz de la luna inundaba la arena, dándole un color blanquecino.

El príncipe, que ya no estaba demasiado sumido en sus pensamientos, también se sentó en el suelo cerca del fuego y se durmió. Los pensamientos que lo habían atormentado esa noche se desvanecieron y se disiparon en la noche. Y el Príncipe durmió un sueño absolutamente tranquilo y muy profundo. Sin sueños ni pesadillas. El crepitar medido del fuego, su calor y su silencio casi perfecto.

En una noche así, parecía que solo se podía dormir, especialmente después de tal marcha y una terrible tormenta. Solo la luna y las estrellas no dormían, los habitantes permanentes del cielo nocturno. Y un hombre sentado con la cabeza inclinada junto al fuego. Con un palo largo removió las brasas, lanzando cientos de chispas rojas al aire, que se perdieron rápidamente a la luz de la luna. Sus ojos, en los que temblaban las lágrimas, de vez en cuando subían a la luna y la observaban incesantemente. Recordaron algo y eso los hizo sentir aún más tristes. De repente, con un gesto desesperado, se secó una lágrima de los ojos y se puso de pie, mirando a la luna. No vio nada más que a ella, pero recordaba

mucho. Se pasó lentamente la mano por la cara, desde la barbilla, apretándola con fuerza contra la nariz, hasta llegar a la frente, deslizándose los dedos por el pelo, y a través de estos mismos dedos siguió mirando la fría luz blanca. Y luego, bajando la mano, enterró los ojos en el suelo y pasó el pie por la arena. Quedaba un rastro en él: una pequeña depresión, a lo largo de cuyos bordes rodaban granos de arena y la cubrían lentamente. Pero el rastro no podía desaparecer por completo. Ni de la arena, ni de su vida. Esa noche quedó en su memoria para siempre. Trataba de pensar en ello lo menos posible, pero a veces, cuando estaba a solas consigo mismo y con sus propios pensamientos, los recuerdos se le subían a la garganta y literalmente le impedían respirar. Y tuvieron que ser liberados. Todos los acontecimientos parecían cobrar vida de nuevo: su tono exigente, una herida ardiente que no quería cicatrizar de ninguna manera y lo volvía irritable e incluso enojado.

"¡No puedo ir en contra de la ley!" ¡Me diste un hijo, pero no puedo hacer que mi esposa sea quien quiera! Estas palabras ardían en su cabeza. Las dijo esa noche.

Ella se opuso, pero él se dio la vuelta y se alejó. Y luego se abalanzó sobre él por detrás, atrapando accidentalmente la herida. Aullando de dolor, agarró su espada y se balanceó hacia atrás. Sin hacer ruido, se desplomó en el suelo, justo a tiempo para lanzarle una última mirada incomprensible. Fue esta mirada la que quedó impresa en la memoria de Shahraman para siempre. La forma en que se convierte en un vacío muerto. Y con qué brillo brillaba la luna maldita en la noche aciaga. Igual que este.

Respirando hondo por última vez y ya sin sentir fuerzas, Shahraman se desplomó en el suelo y se durmió al instante.

***

A mediodía del día siguiente, Azad apareció ante la caravana en todo su esplendor. Apareció ante los ojos de los viajeros de manera bastante inesperada: después de haber subido otra colina de arena, bastante alta, vieron una ciudad majestuosa rodeada por una muralla blanca. Gracias a ella, Azad destacaba nítidamente sobre el fondo de arena dorada y era visible desde lejos. En la parte superior de la muralla, se podían ver los techos de las casas, las torres puntiagudas y, aparentemente, el palacio, el edificio más grande y hermoso.

Era peligroso acercarse a la ciudad de inmediato: Rifat no había sido advertido de la visita de su amigo persa y, por lo tanto, los guardias de la ciudad podían confundirlos fácilmente con enemigos: en la caravana había muchos guerreros con armaduras y armas en las manos. Y desde la distancia ya era visible cómo los guardias

comenzaban a dispersarse a lo largo de las murallas de la ciudad, se veían los arcos levantados y se sentían las ganas de contraatacar.

Por lo tanto, antes de llegar a la ciudad, la caravana se detuvo y dos figuras se separaron de la masa general: Shahraman y Tuammak juntos, sin guardias, se dirigieron a las puertas de la ciudad:

—¡Dile a Rifat, tu sultán, que Shahraman ha venido a él de una larga campaña y le ha traído muchos regalos! —gritó el zar con confianza—.

Luego, los dos se dieron la vuelta lentamente y se alejaron al galope hacia la caravana. Mientras tanto, un joven soldado ya estaba volando con un informe para el Sultán.

"¡Al escuchar tales noticias, Rifat abrirá inmediatamente la puerta y nos dejará entrar!" Dijo Shahraman, dirigiéndose al Príncipe cuando él y Tuammak regresaron.

La noticia alcanzó al Sultán en el momento en que, sosteniendo un racimo de uvas en sus manos, se paró en el borde del balcón y disfrutó de la vista de uno de sus jardines favoritos, lleno de vegetación, con una enorme fuente en el medio. Al escuchar esta noticia, casi deja caer las uvas. Sus ojitos se iluminaron al instante e inmediatamente ordenó que se abriera la puerta, gritando extrañamente mientras lo hacía, haciendo que su voz fuera más ridícula que dominante o aterradora. Al escuchar otra orden, el joven guerrero se alejó corriendo. Y Rifat también huyó del balcón, hacia el palacio, dejando las uvas, que, por cierto, le gustaban mucho.

Al cabo de un rato, la caravana oyó el sonido de las puertas abriéndose, el crujido sonoro y el ruido metálico de las enormes cadenas, y todos, obedeciendo a la mano levantada de Shahraman, se dirigieron hacia la ciudad.

Desde la misma puerta salía un camino ancho que conducía un poco hacia arriba y terminaba justo en el palacio. Al pasar por las murallas, todos apreciaron su fuerza y al mismo tiempo su belleza. Blancos, a veces cortados con dibujos, eran de un grosor enorme. Al otro lado, ya dentro de la ciudad, había muchas escaleras blancas similares, lo suficientemente anchas como para que varias personas subieran a la vez.

A lo largo de los bordes de la gran carretera había alternativamente hermosas casas ricas, pequeñas arboledas, o simplemente palmeras y pequeños arbustos separados y escasamente plantados. Los guardias de la ciudad perdieron instantáneamente toda su hostilidad y ahora simplemente escoltaron a la caravana. Alguien miró el enorme reloj de arena con sorpresa: ninguno de ellos había visto nada igual antes, la atención de alguien fue atraída por los pájaros y otros animales en jaulas, y alguien caminaba casi con indiferencia cerca, como si la llegada de tales caravanas fuera algo completamente ordinario para ellos.

Casi todo el ejército de Rifat estaba ahora en Azad, y estaba dispuesto a enviarlo contra Persia si llegaba la señal. Pero el campamento especial estaba situado en otra parte de la ciudad, y ninguno de los persas habría visto a este ejército con todo su deseo, y por lo tanto no habría sospechado nada. A Rifath le gustó aún más este resultado. Tenía miedo de la India, pero como Shahraman había vuelto a salir victorioso, no tendría que hacer nada en absoluto. Y si preguntaba algo, Rifat simplemente mentía, diciendo que su ejército todavía estaba protegiendo las fronteras y que poco podía hacer para ayudar a Shahraman, conteniendo a los enemigos casi en las murallas de Azad.

El sol colgaba en su cenit y abrasaba increíblemente caliente, pero aún así había un frescor en la ciudad, que contenía ligeramente el calor feroz. Parte de la razón de esto era el frescor que emanaba de la piedra de los edificios y de la carretera, que se había enfriado durante la noche; la sombra proyectada por las palmeras protegía los ojos de los rayos brillantes; Un viento ligero, que soplaba como de un río o de la tierra, oliendo a humedad, refrescaba agradablemente la piel, cubierta de pequeñas gotas de sudor.

Poco a poco, un majestuoso palacio se abrió a la vista. Enorme, construido en piedra blanca con inclusiones doradas, golpeó la imaginación. El camino se acercaba a su edificio más importante y grande. Pero alrededor del palacio estaban plantadas muchas torres puntiagudas, algunas muy cerca y otras un poco más alejadas, pero todas ellas estaban conectadas por numerosos pasadizos, amplios muros cubiertos de vegetación aquí y allá y ahogados en enormes palmerales. Gracias al palacio, toda la ciudad era sorprendentemente diferente de los paisajes desérticos a los que los viajeros ya se habían acostumbrado durante estos largos días: en todas partes se podía ver vegetación, se podía sentir la vida, el agua aquí no era algo extremadamente inusual, estaba en muchos lugares: en fuentes, en pequeños estanques. Parecía que el desierto terminaba en esta ciudad y comenzaba un enorme bosque tropical, que respiraba vida y no era tacaño con la humedad que daba vida. E incluso la arena que bordeaba el camino de piedra hacia el palacio era de alguna manera diferente. El mismo color dorado, y al mismo tiempo algo esquivo. Estaba un poco húmedo, también respiraba frescor y no estaba tan desmenuzado.

A medida que la caravana se acercaba al palacio, el príncipe examinó las grandes puertas que conducían al interior. Tenían casi tres veces la altura de un hombre, y ahora ambas puertas estaban abiertas para recibir a los invitados y como si los invitaran a entrar lo antes posible. Rifath salió al encuentro de la caravana persa y, deteniéndose en los escalones superiores, gritó con su voz estridente:

"¡Shahraman!" ¡Qué sorpresa!

Entonces, al instante, comenzó a recorrer toda la caravana en busca de algo interesante e inusual. Y casi de inmediato, su mirada se congeló como si estuviera clavada en la gran silueta de un reloj de arena, oculto a la vista por una capa. Sus ojos estaban llenos de un deleite chispeante, infantilmente ingenuo. Rifat, que amaba esas cosas, tenía mucha curiosidad y casi se olvidó de la realidad durante unos segundos, después de lo cual extendió la mano, señalando hacia el reloj, que estaba cubierto con una tela enorme, y preguntó:

–¿Qué es?

Y con los mismos ojos llenos de deleite, volvió su mirada al rey persa. Sonrió y dijo:

Espera hasta la noche. Todos deberíamos descansar después del viaje. Y después de eso, ¡lo verás todo! ¿Dónde podemos alojarnos?

—Sí —dijo el sultán un poco decepcionado—. "Oh, sí, por supuesto, para descansar... ¡Te ayudaré a ti y a tus súbditos a establecer un palacio, y todos los soldados podrán pasar la noche en los cuarteles de los soldados!

"¡Eso es genial!" Dijo Shahraman resueltamente y con una sonrisa, disipando el estado de ánimo dudoso y decepcionado de Rifat.

Él, aparentemente anticipado, se frotó las manos con avidez e hizo un gesto al rey para que lo siguiera, al mismo tiempo que llamaba a uno de los guardias.

"Lleva a nuestros invitados a los cuarteles, dale a cada uno de ellos un lugar para dormir y una cena abundante", Rifat lanzó Rifat a este último rápidamente pero lo suficientemente alto como para que Shahraman y algunos otros lo escucharan, y se retiró a la sombra de los muros del palacio, llamando al rey, al Príncipe y a la gente cercana a ellos para que lo siguieran.

***

El príncipe sintió que quería relajarse por completo antes de descansar. Mientras su padre, Tuammak y algunas otras personas especiales se iban a la cama para aliviar la fatiga, el príncipe salió al patio cerrado, se quitó la ropa y se zambulló en la pequeña piscina. El agua hormigueaba la piel con un agradable frescor y los movimientos se hacían mucho más fáciles. El príncipe miró su reflejo parpadeando en las ondas del agua, buscando las heridas que había sufrido en su primera batalla. Eran su verdadero orgullo. Después de todo, él no se escondía a espaldas de los soldados, él mismo estaba en el centro de la batalla. Y si alguien le pedía que lo contara, lo contaba todo hasta el más mínimo detalle con un placer indisimulado.

Después de nadar, salió del agua y decidió seguir el ejemplo de los demás y tomar una siesta. La fatiga que aún sentía en su cuerpo ayudó al príncipe a conciliar el sueño muy rápidamente.

Tuvo un sueño extraño. En él, se paraba sobre un enorme espejo, en el que corrían pequeñas ondas de la misma manera que en el agua, pero por alguna razón no cayó bajo el agua. Al mirar a sus pies, vio su reflejo. Había oscuridad alrededor y por encima de su cabeza, pero podía verse a sí mismo con claridad. Sin entender dónde estaba, el Príncipe decidió seguir adelante. Pero enseguida sintió que no podía dar un paso. Algo lo sostenía. Trató de mover la mano. En vano, el mismo resultado. Pero sintió que no tenía grilletes, cadenas ni cuerdas en las manos. Está completamente libre, pero sigue como en cautiverio.

Y de repente dio un paso. Pero no por su propia voluntad. Este paso lo dio su reflejo en el espejo. Entonces el Príncipe vio que inclinaba la cabeza y se miraba a sí mismo. Luego da un paso más. Por mucho que el Príncipe lo intentara, no podía hacer nada por sí solo. Dependía enteramente de la reflexión. Decidía a dónde ir, qué parte del cuerpo mover. Y lo que más asustaba al Príncipe era que incluso sus propios pensamientos dependían del Príncipe al otro lado del espejo. Trató de tirar de ellos en una dirección, pero el reflejo dirigió sus pensamientos en otra dirección, por lo que el Príncipe tuvo dificultades para entender lo que le estaba sucediendo. ¿Realmente terminó en una prisión tan extraña? ¿No es él, sino su propio reflejo, desprovisto de voluntad y de sus propios pensamientos?

Después de otro paso, el Príncipe finalmente sintió que podía moverse por sí mismo e inmediatamente cayó bajo el agua. Pero él no lo quería. Simplemente fue atraído allí. El reflejo lo absorbió. Al levantar la vista, volvió a verlo. Pero esta vez, el reflejo lo escuchó. Repitió sus movimientos y pensamientos. Pero, ¿puede la reflexión tener pensamientos? Habiendo estado del otro lado, el Príncipe no tenía ninguna duda al respecto. Pero esto no restableció el orden en sus propios pensamientos. Y no entendía de qué lado de la realidad estaba. ¿Y existió en absoluto...

Solo una delgada línea parecía real. ¿Quizás valía la pena aferrarse a él? ¿No para ahogarse y no para morir en cautiverio, sino para aferrarse a un borde frágil, a un delicado equilibrio? Pero, ¿será capaz esta línea infinitamente delgada de acomodarlo? ¿Y si él mismo tuviera que formar parte de ella? ¿Otra vez el cautiverio? Entonces, ¿dónde está la libertad? ¿Existe? ¿O al menos existía? ¿Y se priva de ella? Por el hecho de que simplemente está aquí. Pero, ¿dónde más puede estar, si las tres partes lo rechazan, traen un miedo inexplicable a su alma? Y no había manera. Y no había nadie que lo señalara. Y el Príncipe no pudo dar un paso de nuevo. Solo veía una

manera de lidiar con todo, y era destruirlo todo. Y tan pronto como pensó en ello, las grietas corrieron a través de la superficie del agua, después de lo cual el borde se desmoronó, y en cada fragmento se vio a sí mismo. Estaba solo, en el vacío absoluto, solo consigo mismo y con su victoria.

Cuando el príncipe despertó, todavía recordaba lo que había visto en su sueño. Dejó una sensación desagradable, que recordaba a la fatalidad y la inevitabilidad. Tratando de deshacerse de él, el príncipe se burló de la idea de que una persona pudiera depender de alguna manera de su reflejo. Después de todo, una persona es real, y todo lo demás -su sombra y su reflejo- depende de sí misma. A donde él vaya, ellos vendrán, y en el mismo segundo. Sin objeciones ni retrasos.

Pero solo mientras lo necesiten.

***

Con la misma rapidez, como una sombra que corre detrás de una persona, llegó la noche tan esperada. Rifat estaba ocupado en su trono y ardía de impaciencia. Sabía que esta vez Shahraman tenía dones especiales, y no podía esperar para recibirlos.

Finalmente, las puertas se abrieron y entró el propio Shahraman, y junto a él varias personas, entre ellas el príncipe y el visir.

"¡Saludos de nuevo, amigo mío!" dijo el rey persa y se inclinó ligeramente. "¡Te he traído regalos maravillosos y caros!" ¡Es hora de echarles un vistazo!

–¡Finalmente! ¡Estoy listo! —dijo Rifat y saltó de su trono, cosa que hacía muy raras veces—. Así que realmente no podía esperar un segundo más.

Los soldados persas entraron en la sala. Algunos de ellos llevaban madejas de excelente tela bordadas con piedras preciosas. Alguien llevaba jaulas con pájaros. Rifat seguía ansiosamente a cada nuevo soldado que pasaba por las puertas.

"¡Estas aves serán una gran adición a tu colección de fieras!" Dijo Shahraman.

Luego llevaron a la sala a varios prisioneros, entre los cuales se encontraban la princesa y varias otras niñas. Sus manos no estaban atadas, pero nadie intentaba escapar, eso sería una tontería. Entre los prisioneros había varios hombres altos con ojos nublados. La razón de esto era la fatalidad que sentían.

Los relojes enormes fueron traídos al final. Al verlos, Rifat se olvidó al instante del resto de los regalos y preguntó:

–¿Qué es esto?

Unas dos docenas de soldados llevaban relojes. Estaba claro en sus rostros que era muy difícil para ellos. Cuando llegaron al centro de la sala, bajaron con cuidado el reloj al suelo, luego cinco de ellos tomaron cuerdas gruesas y comenzaron a levantarlas de un extremo, mientras los demás movían el reloj para que gradualmente se mantuviera en posición vertical.

Cuando la tela que lo ocultaba de la vista fue retirada del reloj, Shahraman dijo con especial orgullo en su voz:

"¡Te doy la Arena del Tiempo!"

La sala se llenó de un resplandor dorado. Procedía del propio reloj, dentro del cual había algo. El resplandor pulsó y atrajo la atención de todos en el salón.

Rifat corrió hacia su reloj y colocó ambas manos sobre el cristal. Su alegría no conocía límites, incluso sus palmas sudaban de emoción.

—¿Qué puede hacer? ¿Para qué sirve? —dijo, sin apartar los ojos del misterioso resplandor—.

—Déjame hablarte de este reloj —intervino el visir, sin permitir que Shahraman interpusiera las palabras—. "Las arenas guardan el mayor tesoro que el hombre puede obtener. Pero si solo los miras, son inútiles. Tienes que abrirlos para averiguar qué son. Incluso la vida eterna es una bagatela miserable comparada con lo que pueden dar.

Shahraman escuchó con interés y sintió que empezaba a arrepentirse de estar dando tal tesoro como regalo. Rifat se había olvidado de todo en el mundo.

"Dime, ¿cómo se abren?" ¡Quiero ver todos estos tesoros! ¿Son más caros que el oro?

—¡Son más preciosos que todo el oro del mundo, sultán! —respondió el visir—.

El príncipe miró el reloj con sorpresa, pero pensó en otra cosa. ¿No entendía cómo una sola cosa hermosa podía ser más valiosa que todos los demás tesoros? ¿Es realmente tan especial y excepcional como decía Amar?

"Te ayudaré a ver las Arenas." Para hacer esto, solo necesito una daga, pero está en manos de un hombre que es mucho más poderoso que yo, y depende de él decidir cómo usarla —continuó el visir con una leve sonrisa—. Después de terminar sus palabras, se volvió hacia el Príncipe y dijo: "Mi Príncipe, ¿nos ayudarás?"

El visir dio un paso al frente vacilante, sintiéndose embriagado por la oportunidad de ser el primero en tocar las Arenas, que el visir había elogiado tan prometedoramente. De aquí sus propios pies conducían al Reloj.

Al alcanzar al visir, lo miró inquisitivamente. Señaló una rendija en el cuello del reloj y, con la sonrisa más suave de que era capaz, dijo:

"Inserta la daga aquí, y el Reloj se abrirá."

El príncipe se volvió hacia el reloj, sacó una daga de su cinturón y lentamente comenzó a acercar la espada a la querida meta. La punta de la daga brilló con una luz azul, y al Príncipe le pareció que todas las demás luces, excepto la que provenía de la daga y el reloj, se habían apagado. Y toda la gente desapareció. Era el único que quedaba. Y abrió las Horas y fue el primero en probar el misterio. Los miró y pensó que tenía que abrirlos. Ahora bien, el Príncipe también se sintió fuertemente atraído por este maravilloso brillo dentro del Reloj, lo admiró. Para dejar que este poder se desarrolle, mantente erguido y muéstrate a ti mismo y a tus grandes secretos. Ya imaginaba que llevaban una gloria inefable, se sentía orgulloso de su primacía. Era incluso mejor que simplemente ganarlos en la batalla. En el último momento, cuando todavía dependía de él si la daga alcanzaría el objetivo o no, sus ojos azules de repente brillaron amarillos. Cualquiera que lo mirara de cerca habría decidido que era un reflejo de la arena. Tal vez fue así.

A la derecha del príncipe, detrás de los soldados, había una muchacha con un vestido rojo. Al ver lo que sucedía, susurró:

–No... ¡No!

Cuando el príncipe estaba a punto de terminar lo que había comenzado, ella pasó de susurrar a gritar y corrió hacia adelante, esperando desesperadamente romper la línea de soldados persas. Pero la agarraron de las manos y no le permitieron ir más allá. El príncipe se volvió y ella vio sus ojos amarillos. Se dio cuenta de que era demasiado tarde para cambiar algo.

Cuando acercó la daga a su fin, escuchó un suave clic, después del cual se abrió la parte inferior del reloj, y nubes de una extraña niebla dorada saturada de arena salieron inmediatamente de ella. Al mismo tiempo, las paredes temblaban y se escuchaban voces ansiosas. Y el Príncipe sintió que su corazón parecía partirse en dos. Sin dolor. Por eso no se asustó de inmediato. Es solo que la sangre comenzó a fluir a través del cuerpo de una manera diferente. Solo vacío interior. Y el vacío exterior. Y él mismo es la vacuidad.

La niebla se deslizó lentamente por el suelo y tocó a la gente. Al principio, no se elevó por encima de sus pies. Pero luego, habiendo llegado al sultán, comenzó a crecer.

—gritó Rifat asustado—.

–¿Qué es esto? ¡Aléjamelo de mí! ¡Guardia!

Pero los guardias ya estaban ocupados apartando la niebla de ellos. Sin embargo, sus intentos fueron patéticos e inútiles. La arena se extendía por todas partes y lo envolvía todo. El Príncipe, que

estaba de pie frente al reloj, sintió que sus piernas se entumecían y se tambaleó hacia atrás.

De repente, una piedra cayó a su lado. Bastante grande y pesado. Podría matar fácilmente al Príncipe. Después de eso, se escucharon los primeros gritos. El príncipe vio a la gente agarrándose la cabeza, huyendo presa del pánico y... Conviértete en monstruos. Justo delante de mis ojos. Su piel se secó, sus ropas se rasgaron, sus brazos y piernas se estiraron, adquiriendo formas feas, y sus rasgos humanos desaparecieron, como si el tiempo los hubiera envejecido en unos segundos. Y todos resistieron como pudo. Alguien trató de ahuyentar la niebla incomprensible con las manos. Alguien les rasgaba la ropa y les rascaba el pecho, como si intentara meterse debajo de los huesos y sacar la arena.

Las paredes comenzaron a temblar más violentamente y, en el segundo siguiente, hubo una grieta desde arriba y enormes rocas volaron, lo que en un instante truncó la vida de las personas. Se formó un enorme agujero en el techo, justo encima del reloj, y apareció el cielo nocturno, pero por alguna razón no había estrellas en él. En cambio, se veían destellos de relámpagos, que se convirtieron en un destello gigantesco, dando lugar a una columna de luz que golpeó el reloj. Inmediatamente después de eso, las Arenas comenzaron a comportarse de manera realmente agresiva. Los gritos de la gente se volvieron aún más desesperados. Ya no eran ellos los que gritaban, sino sus almas, atormentadas por un elemento terrible y misterioso.

La arena, como en una tormenta, le entraba en los ojos, los oídos y la garganta. Inhalando una vez por accidente, el Príncipe sintió que algo lo cortaba por dentro y, sucumbiendo al pánico de todos, corrió hacia la salida. Incluso ahora sentía que la arena presionaba su conciencia, rompiendo su conexión con la realidad. En ese momento, solo pensó en sí mismo e incluso olvidó que su padre estaba parado en algún lugar cercano. Al pasar por las puertas, eligió un pasillo al azar y corrió a lo largo de él, escuchando vagamente los gritos de la gente y el crujido de las paredes y bóvedas que se rompían.

"¿Qué pasó?", fue la pregunta principal que se arremolinó en su cabeza.

Pero por el momento, su pregunta era solo sobre lo que sucedía a su alrededor, no dentro de él.

Capítulo 10. Amarillo

Ahora estaba huyendo. Algún lado. Al menos en algún lugar, pero solo para escapar. Lejos de la pesadilla que parecía seguirle pisándole los talones, y a veces casi precediéndole, burlándose de él y burlándose de él. Miedo, gritos, gente... Y no a las personas. El horror, el horror salvaje destrozó la realidad, llenando los vacíos resultantes con algo nuevo, pero inimaginablemente terrible, que ni siquiera asustaba, sino que mataba, hacía pedazos. Y lo principal es el frío infernal, que penetra hasta las profundidades, más profundo que el viento más fuerte; un frío que desgarra el alma, exponiéndola al mundo entero, que parece precipitarse alegremente sobre ella y hacerla pedazos como la bestia más cruel no desgarra a su presa. La conciencia, capaz de percibir la realidad, ha perdido su sentido de la realidad. El príncipe no cayó en la inconsciencia, era responsable de cada uno de sus pasos, pero lo que sucedía perdió el matiz de la realidad. Con un sonido salvaje, los bloques de piedra se desprendieron de las paredes y bóvedas del palacio, estrellándose contra el suelo y trayendo aún más caos a la atmósfera, que ya reinaba en todas partes.

El príncipe, que corría por el amplio corredor, sintió que las paredes comenzaban a presionar su conciencia, parecían moverse, tratando de aplastarlo, el pasillo se estiraba, convirtiéndose en un camino interminable. El camino por el que huyó de su horror. El siguiente giro parecía ser algo irreal, algo que había dejado este mundo junto con la calma.

Una figura brilló frente al Príncipe. Otro. Gente. Mucha gente. Toda una multitud corría detrás de él, a su lado, delante de él. Y entonces la multitud se desvaneció, se desmoronó en la arena. Y ahora ya corre solo. En todas partes hay un brillo ominoso. Algo oscuro. Miedo. Malicia. Sí, es ira. Se volcó en el Príncipe, lo llenó, lo conmovió, al mismo tiempo que pesaba a cada paso, pero le daba confianza. Sintió... Más naturalmente, la ira, la rabia y todo el horror que se cernía a su alrededor le daban fuerzas, lo ayudaban en cada movimiento.

Y otra vez el miedo. Todos los sentimientos y pensamientos anteriores volaron de él, como si alguien se los hubiera quitado como una capa de polvo. La realidad continuó oscureciéndose, desvaneciéndose, dejando al Príncipe: ahora literalmente corría al tacto, recordaba vagamente la dirección, intentaba desesperadamente mantenerla, corría aún más rápido. Un salto, un segundo de huida y otra vez corriendo. ¿Cómo saltó sin ver nada frente a él? No se conocía a sí mismo. Aparentemente, se sentía cien veces más seguro en la oscuridad, no necesitaba ningún sentimiento humano ordinario.

La oscuridad se disipó en un segundo o incluso más rápido. Y esto asustó al Príncipe, un centenar de pequeñas luces atravesaron su luz de la realidad devuelta, lo golpearon con su diversidad, brillo, una sensación de pellizco apareció en su corazón, las lágrimas brotaron de sus ojos. Con un movimiento casual, el Príncipe los apartó y corrió por el pasillo con doble entusiasmo. Y de nuevo la sensación de que la realidad se desvanece. Sintió que corría, pero no podía controlar sus movimientos y apenas podía entender el camino. Y entonces sus piernas dejaron de obedecerle por completo, su mente se alejó flotando, fue atraído hacia la pared izquierda, y él, todavía sin perder velocidad, se estrelló contra ella. Un paso más, y con el mismo hombro, el Príncipe se topó con una columna que sobresalía a medias de la pared. Incapaz de resistir este golpe, cayó al suelo, logrando milagrosamente sacar las manos, suavizando así de alguna manera el golpe. Todo esto lo devolvió instantáneamente a la realidad, abrió bruscamente los ojos mucho más de lo habitual, el horror mortal se podía leer en su rostro, temblando por todo su cuerpo, el dolor en su hombro comenzó a consumirlo, aumentando el miedo y la desesperación. El príncipe se puso de pie rápidamente lo más rápido que pudo, tratando de apoyar su mano izquierda contra la pared, lo que hizo que estallara en un dolor aún mayor. Después de eso, se dio la vuelta ligeramente, simplemente apoyó la espalda contra la pared, se agarró el hombro dolorido con la mano derecha y miró hacia atrás con el mismo horror. A primera vista, podría parecer que el corredor estaba completamente vacío, pero este pensamiento era engañoso: todo fue tragado por las arenas que se acercaban. Como una avalancha, se movían, destruyendo todo a su paso, absorbiendo y apoderándose del mundo entero, penetrando incluso donde una avalancha ordinaria no tendría cabida. Las arenas penetraban en la conciencia del hombre, trepaban por su alma, liberaban lo que había estado dormido en él durante mucho tiempo y a la espera de ser despertado, todos sus deseos secretos en su forma verdadera o incluso exagerada, revestidos de razón y oscureciendo la luz del corazón.

El príncipe dio un tirón que resonó en su hombro con otro estallido de dolor, empujado contra la pared, pero no se apresuró a correr más. Tal vez porque no sentía la fuerza, o tal vez porque sentía la inevitabilidad de todo lo que estaba sucediendo, empapado de desesperación y de las arenas. Al segundo siguiente, una ola helada lo envolvió. Un frío terrible, que quema el alma, tratando de romperla en muchos pedazos y dispersarlos unos de otros. Había algo hermoso en esta vista a su manera. Las arenas se movían rápida y elegantemente, como un pensamiento flotando sobre un río inmenso e increíblemente grande, capturando jirones de realidad tal como ahora estaban capturando cada pedacito del Príncipe. Todo esto duró

unos segundos, pero parecía que en esos momentos el tiempo casi se detenía, alargando el placer de capturar otra alma, que, como una presa, ya no podía escapar de las tenaces garras depredadoras.

Entonces toda la realidad se volvió intermitente para el Príncipe: recordó otra figura que pasaba a su lado, luego cómo sus piernas se doblaron y volvió a dejarse caer en el suelo, una pequeña piedra cayó a su lado, cuyo impacto en el suelo resonó a lo largo del pasillo en ambas direcciones. Para el príncipe, el sonido era diferente, escuchó el sonido de vidrios rotos, el sonido de muchos fragmentos. Luego, la sensación de silencio inusual, solo una vez roto por un grito lejano, aparentemente femenino. Un ataque de rabia que lo hizo apretar los puños hasta que sus dedos crujieron, una ola de dolor desgarrador recorrió sus manos, que lo soltaron instantáneamente tan pronto como aflojó su agarre. Luego un tirón, y vuelve a ponerse de pie, ahora mucho más seguro y firme; Sin pensar en nada, movió bruscamente ambas manos hacia los lados. Se escuchó un crujido en su hombro izquierdo, otro destello de dolor, que se desvaneció de inmediato: aparentemente, el hueso ocupó su lugar y la mano comenzó a obedecer nuevamente.

Lo primero que quería el Príncipe era destruir todo lo que estaba sucediendo ahora. Destruir esta realidad antinatural, matarla, golpearla con una espada de la misma manera que a otro enemigo en una pelea. Su mano corrió involuntariamente hacia la vaina, pero no sacó una espada, sino una daga desventurada. Sin darse cuenta, golpeó la nube de arena, agarrando la empuñadura con una fuerza inusual, como si temiera que las arenas le quitaran su última oportunidad de escapar. En ese momento, la daga se iluminó con un fuerte resplandor azul y la mano del Príncipe se hundió en la luz amarilla que emanaba de la empuñadura. La daga pareció tomar aire, del tipo que había estado esperando durante cientos de años, se encendió con una nueva vida y bañó al Príncipe con otra ola de frío, que instantáneamente recorrió su cuerpo, derribándolo.

Ahora caminaba mucho más despacio, no corría, no se alejaba corriendo, dejaba de sentir ese horror y esa desesperación, la realidad no se desvanecía, ahora veía con más claridad que nunca. Ni siquiera un pequeño guijarro escapó a su atención, que rodó con un susurro silencioso cuando el príncipe lo tocó con el pie. Y ahora era consciente de todo con la misma claridad. O mejor dicho, creyó ser consciente de ello, hasta que la verdadera esencia de la realidad cayó sobre él en otra oleada de dolor que lo envolvió de pies a cabeza. Se detuvo. El terror volvió a él, pero no como antes. El horror del pasado se apoderó de él, recordó los primeros segundos de su error, la primera ola de frío, que sintió, al parecer, antes que nadie, todas esas muecas de dolor que se reflejaban en los rostros de las personas, tal vez lo último que experimentaron cuando dejaron este mundo. Las

arenas se tragaron a todos, arrancando gavillas de chispas doradas, desmoronando sus almas hasta convertirlas en polvo, tirando a la gente al suelo, derribándola y sacando algo terrible, extinguiendo el brillo de sus ojos y llenándolo de una nueva luz amarilla antinatural que llenó sus corazones de un terror aún mayor.

De nuevo el susurro de una piedra rodante. Conocido. Terriblemente familiar. El príncipe miró su mano, la daga.

Un poco más lejos, el pasillo se curvaba y conducía a lo desconocido. El príncipe, que no esperaba lo que había visto, lanzó un grito bajo y dejó caer su espada, tambaleándose hacia atrás. Y estuvo a punto de caerse: no había ninguna pared detrás de él: fue en este lugar donde se derrumbó desde el mismo techo, y varios grandes bloques informes yacían dentro de la gran sala que se abría a la vista. Apenas en pie, el príncipe se volvió y miró hacia el salón: era mucho más alto que el pasillo en el que aún estaba de pie, mucho mejor iluminado y mucho más lujosamente decorado. Dos enormes balcones se extendían a lo largo de ambas paredes, sostenidos por enormes columnas talladas de piedra blanca, a veces cubiertas de oro. El príncipe dio unos pasos, saltando ligeramente sobre uno de los fragmentos de la muralla. Enormes láminas de tela colgaban a lo largo de las paredes, decoradas con algún tipo de símbolo más cercano al borde superior. Los balcones, que comenzaban en la misma pared, pero un poco más lejos, se extendían hasta la pared opuesta. La mayor parte estaba ocupada por una ventana de tamaño asombroso, a través de la cual, incluso desde esta distancia, rezumaba la noche, mezclada con la luz de la luna llena, que parecía hacerse eco de la luz dorada de las arenas esparcidas por toda la sala. El príncipe, al oír un extraño crujido, se volvió, mirando fijamente a la oscuridad del corredor. Y ella respondió de inmediato a la llamada de su mirada, lanzándole un brillo azulado y dolorosamente familiar. Saltando hacia atrás, se inclinó y extendió su mano hacia la daga, esta vez sintiendo lo que venía de ella... cálidamente, como si la daga misma estuviera alcanzando a él. Y un momento después, cuando sus dedos se cerraron de nuevo en la empuñadura, oyó que alguien gritaba detrás de él y el sonido de pasos. Se volvió. Varios pares de ojos amarillos sobresalían de toda la sala como si fueran lo único que emitía luz. Un soldado bactriano, con ojos normales pero terriblemente asustados, huía de aquellos monstruos, que en otro tiempo habían sido gloriosos guerreros persas, como se podía ver en los restos de sus municiones. Pero, asustado, corrió sin pensar en nada, confiando ciegamente en sus instintos, sentimientos y sucumbiendo a su desesperación, literalmente perdido en ella. Y así, volviéndose y cometiendo así un error imperdonable, el soldado se encontró con otro par de ojos, lo último que vio en su vida. Parecía que sólo podían matar por su

apariencia, por su brillo frío y aterrador. Pero el dueño de esos ojos tenía un arma más efectiva: un sable impecablemente afilado entró en el pecho del joven guerrero, perforando su corazón, en un instante privándolo de la oportunidad de salvación, que, mezclada con la desesperación, parecía ser lo único que lo obligaba a huir. Corriendo hacia el borde, hizo otro movimiento incierto hacia adelante, como si continuara corriendo, perforando así su corazón aún más profundamente.

Con un movimiento brusco, el monstruo de arena -parecía un humano, pero no lo era, era un monstruo y nada más- arrojó a la infortunada víctima de su espada, haciendo que unas gotas de sangre salpicaran sus ropas y salpicaran el suelo.

El terror desgarró la garganta del Príncipe. Quería gritar, dejar salir este horror, pero se aferró fuertemente adentro y no quería salir, continuó atormentándolo, lo que hizo que el Príncipe se mareara por un momento y diera unos pasos ruidosos e inciertos hacia adelante. Era la primera vez que la muerte le causaba un sentimiento de disgusto tan fuerte.

Las terribles luces amarillas se volvieron hacia él, como si se lo ordenaran, al oír este grito mudo y sus fuertes pisadas. Esos mismos ojos, si es que podían llamarse así, no había destellos de alma en ellos, solo una mente desnuda y fría que corroía todo a su alrededor, aplastando y rompiendo en pedazos sin piedad, infundiendo un miedo interminable y literalmente arrancando el corazón de su pecho, arrebató la conciencia del Príncipe de las garras del olvido, instantáneamente lo devolvió a la realidad y lo lanzó hacia adelante, hacia aquellos que solo habían sido personas recientemente.

Ahora volvía a sentir la emoción que conocía, la emoción de la batalla. Pero esta vez se diluyó con algo nuevo, lo hizo sentir diferente: no quería matar, quería venganza. El príncipe ni siquiera sabía quién era este guerrero, nunca antes había visto su rostro, pero no importaba en absoluto. Iba a vengar la sangre fría con la que se cometió este asesinato: insensato, ridículo, cruel. Parecía que incluso el solo hecho de pensar en él respiraba frialdad. Un sentimiento nuevo, todavía casi desconocido para el Príncipe. O simplemente uno olvidado hace mucho tiempo. No lo notó, pero no dejó de existir, no obedeció a la razón, sino que solo acechó en el rincón de su alma, solo para emerger un día e iluminar el camino en la fría oscuridad.

Saltando con confianza de bloque en bloque, saltando piedra tras piedra, sin perder la confianza ni un segundo y agarrando con fuerza las empuñaduras de su espada y daga en sus manos, corrió hacia la batalla. Ni siquiera tenía miedo de la altura y el número de sus enemigos: eran seis o siete, e incluso el más pequeño de ellos era dos cabezas más alto que el Príncipe. Cada uno de los monstruos era más ancho en los hombros, se sentía una fuerza increíble incluso en

los ojos y, lo más extraño de todo, sus cuerpos no solo conservaban, sino que también aumentaban su destreza. Sus ojos depredadores también querían esta batalla, la esperaban con ansias, parecían deleitarse con ella y con la creciente ira del Príncipe, que lo impregnó tanto que comenzó a supurar, convirtiéndose en un grito salvaje lleno de disgusto, perforando y cortando las orejas.

Después de correr por la mayor parte del pasillo, finalmente se acercó a su objetivo. Justo a tiempo, vio otra roca de tamaño mediano que rodó más lejos que las demás de la pared derrumbada, la pisó y, empujando con todas sus fuerzas, se preparó para dar el primer golpe.

Y lo hizo. De inmediato y sin demora. La espada se clavó en el primero de los guerreros de arena, de mediana estatura, atravesando su pecho y emitiendo rayos brillantes como salpicaduras de sangre; Incluso podías sentirlos, pero no hacían que la espada se volviera más roja, y no había una sensación desagradable de algo pegajoso en tus manos. Pero no todo salió tan bien, no todo salió como el Príncipe estaba acostumbrado: una enorme herida abierta que se abrió en el cuerpo del monstruo no lo mató. Conservó todas sus fuerzas y, sin prestar atención a lo que había sucedido, se abalanzó sobre el Príncipe, desatando enormes y sonoros golpes de la enorme espada uno tras otro.

Pero el príncipe, enfurecido y salvaje, no tenía miedo. A pesar de que todo iba completamente mal, no tenía intención de dar marcha atrás. Sosteniendo su espada frente a él, protegiéndose de los golpes, observó al resto de sus oponentes y al mismo tiempo pensó en sus próximos movimientos. Su objetivo era, aprovechando que el resto de los monstruos de arena seguían indiferentes, empujar un poco a su primer oponente hacia un lado, para que pudiera atrapar algunos momentos de salvación en ocasiones e intentar, habiendo destruido al primero, estar completamente armado para encontrarse con los demás. Esquivando otro fuerte golpe, el Príncipe pateó a su enemigo en el estómago con todas sus fuerzas, lanzándolo hacia atrás y tomando la iniciativa, corrió tras él, preparándose para desatar una ráfaga de golpes despiadados sobre él, no solo matándolo, sino literalmente destruyéndolo. El monstruo, que no esperaba un golpe de tal fuerza, voló hacia atrás, agitando desesperadamente los brazos y cayendo de espaldas. Un fuerte golpe de su cuerpo se escuchó en el suelo. Rodando torpemente, trató de levantarse, y en el mismo momento se encontró con la misma ola de golpes del Príncipe. Llenos de crueldad, cayeron sobre él uno tras otro, perforando su armadura, cortándole los brazos, los hombros, el pecho y la cara. Gavillas de chispas amarillas cegadoras, como en agonía, brotaron de él, llenas de dolor invisible, y parecían el grito de un hombre moribundo. La atención del Príncipe se centró como nunca antes, cada movimiento

era preciso y fuerte, cruel y mortal. El enemigo, ya desmoronado en polvo, habiendo perdido su brazo, trató de ponerse en pie, apoyándose en su espada. Y un movimiento brusco más: el Príncipe, sin siquiera pensarlo, golpeó este soporte de su mano, haciendo que la espada volara una distancia decente, resonando sonoramente en el suelo. En el siguiente movimiento, apretando su mano izquierda que sostenía la daga a su derecha, agarró la espada aún más fuerte y, poniendo todas sus fuerzas y la fuerza que le daba la presencia de la daga, cortó la cabeza de su oponente. Un pilar de luz amarilla salió disparado del cuello sin cabeza del monstruo como un grito, iluminando todo a su alrededor con una luz aún más brillante, y luego comenzó a desvanecerse. Aparentemente, incluso por inercia, el Príncipe pateó sin piedad al monstruo en el pecho, arrojándolo aún más lejos de él. El cuerpo voló unos pasos y, apenas tocando el suelo, se derritió en el instante siguiente, fundiéndose con la arena que pululaba a su alrededor. El enemigo no fue asesinado, simplemente fue destruido, cortado en pedazos y alimentado hasta la muerte.

Pero era demasiado pronto para detenerse: esta pequeña victoria no significó casi nada. Incluso la victoria más grande no significa nada si está congelada a un paso de la real. Mientras seguía golpeando con su espada, el Príncipe escuchó por el rabillo del oído a varios monstruos correr hacia él por detrás. Anticipando lo que iba a suceder en el siguiente segundo, balanceó su mano izquierda más fuerte de lo habitual con un movimiento brusco y fuerte, balanceándose hacia donde un segundo antes había vacío y donde la daga ahora golpeaba a otro enemigo. Sintiendo que la daga entraba en él, el Príncipe estaba a punto de darse la vuelta por completo y dar un golpe demoledor con su espada, pero de repente sintió que su mano pasaba por la carne arenosa, vio la daga estallar en llamas, como si saciara el cuerpo desaparecido y derretido de la víctima. El príncipe, que no estaba preparado para semejante giro, estuvo a punto de caer de espaldas, pero con el tiempo extendió la mano que sostenía la daga, abrió la palma de la mano y, apoyándose en el suelo, logró asestar el mismo golpe de espada que había planeado originalmente. Y, tal vez, con mayor fuerza, porque habiendo golpeado a uno de los oponentes más altos, lo hizo literalmente volar hacia atrás y caer al suelo, y mientras caía, derribó a otro al suelo. Continuando esta inconcebible danza de la muerte, girando como un torbellino, el Príncipe, valiéndose de la inercia que le proporcionaba la pesada espada en su mano derecha, logró ponerse en pie, agarrando de nuevo la daga izquierda y arrancándola del mármol, y, dando otra media vuelta, manteniendo el equilibrio sólo en su pierna derecha, asestó un golpe directo con la daga en el pecho del siguiente oponente que acababa de saltar. Y aquí estaba de nuevo: se derritió, se disolvió en la arena envolviéndolo todo en un horror

helado, pero esta vez se demoró en la realidad un poco más después del golpe, de modo que la mano del Príncipe no cayó a través de ella tan instantáneamente y no perdió el equilibrio.

En el momento siguiente, calculando cada movimiento, el Príncipe corrió hacia los dos que todavía yacían torpemente en el suelo, uno encima del otro. Con un movimiento deliberado, levantando ambas espadas por encima de su cabeza a la vez, empujó la misma piedra maciza que yacía cerca, voló por encima de las víctimas y, con particular crueldad en su mirada, desató un doble golpe de fuerza inimaginable, perforando los dos cuerpos a la vez, sintiendo cómo uno a uno sucumbían al increíble nuevo poder de la daga, el filo perfecto de la espada que atravesaba el pecho del primero y el hombro del segundo. Los cuerpos, uno por uno, desaparecieron, haciendo que la daga ardiera con una luz aún más brillante: estos destellos eran más fuertes que todos los anteriores; la daga parecía estar saciada, pero aún ansiaba la arena. Para una daga, era como la sangre, necesaria como el aire para un hombre, la hoja estaba saturada y respiraba con ella, y después de cada destello, pasaban un par de segundos y un destello de luz amarilla lo resonaba, pero provenía de la empuñadura, inundando la palma y las hendiduras entre los dedos con un brillo dorado.

En el mismo momento en que el Príncipe dio este golpe, sintió un zumbido sobre su cabeza, tan fuerte que incluso las vibraciones del aire causadas por él hicieron que el joven se balanceara, pero había esperado este golpe: aterrizó justo por encima de su cabeza, pero nunca alcanzó el objetivo. Después de destruir a dos oponentes de arena más, el Príncipe cambió instantáneamente al siguiente, aquel cuyo golpe silbó sobre él hace un segundo. Sin dudarlo, y aprovechando su posición -ahora estaba sentado frente a otro enemigo-, el Príncipe, absorbiendo toda la ira y la rabia que ya había logrado derramar sobre sus enemigos, apretó su espada y golpeó al monstruo en las piernas. Se oyó un crujido, destellos de luz amarilla y el estrépito de una espada caída. Con este increíble golpe, el Príncipe privó a su oponente de ambas piernas, y ahora no tuvo más remedio que caer directamente sobre el brazo izquierdo del Príncipe, que estaba extendido hacia arriba. Un momento de pesadez, y de nuevo el cuerpo se disolvió, se alejó flotando con la arena e iluminó la daga con un nuevo destello de luz azul y luego amarilla.

El último enemigo resultó ser el más grande. Y al parecer el más fuerte, el mejor de los guerreros. Ni siquiera consideró necesario intervenir en la batalla mientras el Príncipe se ocupaba del resto de los monstruos uno por uno.

Levantando su enorme espada a punto, lanzó una mirada de sus ojos amarillos al Príncipe, llenos de frío, horror y... Mente. Algo increíblemente razonable, imbuido de conciencia, se asomó a través

de estos dos fuegos. En otro momento, esta mirada incluso asustaría al Príncipe, pero ahora, inflamado por la emoción de la batalla, la sensación de movimiento y el deleite en la venganza, se precipitó irreflexivamente sobre la siguiente, como le parecía, víctima.

Después de dar unos pasos increíblemente rápidos, el Príncipe saltó a un nuevo objetivo, tratando de golpearlo en el pecho. Al ser casi una vez y media más alto que él, el monstruo era un problema mucho mayor que todos los demás, por lo que los golpes debían ser aún más rápidos y golpear los lugares más vulnerables. El Príncipe se salvó por el hecho de que, además de la daga, también puso su espada frente a él, que llevó la fuerza principal del golpe. El monstruo, como si leyera los pensamientos del Príncipe y anticipara las intenciones del Príncipe, lo recibió con un poderoso golpe que lanzó al Príncipe con una fuerza increíble, arrojándolo contra una piedra. Al golpearse la cabeza, el Príncipe casi pierde el conocimiento y, al mirar a su oponente, sintió miedo y una sensación de impotencia. El enemigo se cernía sobre él como algo inalcanzable.

La daga estaba tirada en el suelo a unos pasos de él, y no podía alcanzarla, la espada se había roto en varios pedazos y tampoco podía ayudar al Príncipe. Además, estaba exhausto por esta caída, aparentemente en estado de shock; Apenas podía controlarse, balanceándose al borde del abismo, en cuyo fondo chapoteaban las aguas de la muerte.

El monstruo conservaba rasgos humanos: los ojos de un color antinatural estaban colocados en el mismo lugar que una persona común; El rostro continuaba expresando algunas emociones o sentimientos, pero eran más débiles en comparación con los humanos y apenas podían ver a través de la extraña luz de los ojos. El príncipe se dio cuenta de que una mata de pelo gris sobresalía torpemente de debajo de su casco. Había algo dolorosamente familiar en todo aquello, apenas perceptible, apenas reconocible, pero esta sensación de algo familiar se le quedó inmediatamente grabada en el Príncipe y no lo abandonó, distrayéndolo del horror mortal que lo recorría, haciéndolo temblar literalmente de frío infernal. Monstruo... No, ceja... el guerrero de la arena se abalanzó sobre el Príncipe, levantando su espada por encima de su cabeza. Así que saltó, queriendo hundir la espada en el Príncipe lo más profundo posible, lo suficiente como para desmoronar el suelo de mármol bajo el Príncipe con la fuerza del golpe. Mi corazón latía salvajemente, los últimos segundos se escapaban. El príncipe esperaba saltar a un lado en el último momento y confundir a su oponente. Un destello apenas perceptible, y... El guerrero se detuvo en el aire, casi desplomándose en el suelo. Una flecha pequeña en comparación con él sobresalió de su garganta, volando de la nada y salvando al Príncipe. El monstruo retrocedió tambaleándose unos pasos, despejando el camino para la

daga. El príncipe, reuniendo los restos de su fuerza, corrió hacia adelante, se reunió con la daga y corrió hacia ... su padre. Él ya lo entendía, pero no se daba cuenta del todo. Por el hecho de que su padre fue llevado de regreso, se inclinó en la misma dirección y una de sus rodillas se adelantó. Un ligero salto, luego el Príncipe empujó esa rodilla y golpeó al enemigo en la cara. Un golpe cruel, inhumano, repugnante. Y entonces el Príncipe se dio cuenta de lo que era tan familiar en aquellos rasgos toscos. Era su propio padre, un guerrero en su esencia, fuerte, implacable y despiadado, especialmente en su juventud. Incluso la daga no pudo lidiar con ella en un instante, y el Príncipe sintió que incluso después del golpe, todavía podía sentir esta carne, y no parecía que fuera a desmoronarse así. Su padre cayó pesadamente sobre su espalda, y con él el Príncipe, haciendo que la daga, aún en el cuello de su oponente, se hundiera más en el suelo, de modo que se oyó un golpe sordo en el suelo de mármol. Y solo después de eso las Arenas absorbieron este cuerpo. Un momento después, la daga se iluminó con un destello azul particularmente fuerte, lleno de chispas, mezclándose con el destello de luz amarilla que se hacía eco de él. Luego se repitieron de nuevo, uno tras otro, aún más brillantes, lo suficientemente fuertes como para que incluso los ojos del Príncipe parecieran brillar primero en azul y luego en amarillo. Y solo entonces, cuando el Príncipe palpó el suelo frío con sus manos, el resplandor comenzó a desvanecerse, convirtiéndose en un parpadeo tenue, casi imperceptible. Y con la misma intensidad con que sintió el frío del suelo de piedra, intensificado cien veces por el frío horror que emanaba de las arenas, la comprensión de lo que había sucedido se derrumbó de nuevo.

Un dolor infernal oprimía su conciencia. El dolor mezclado con las arenas, convertido de un sentimiento ordinario en una tortura inhumana, sacudió al príncipe. Su corazón, empapado en este veneno, latía tan rápido y fuerte que al Príncipe le pareció que estaba a punto de salir volando de su pecho: sus costillas estaban literalmente crujiendo, cada latido de su corazón era resonado por un dolor punzante en su cabeza. Lo más terrible de este dolor era que reprimía, incluso exprimía con fuerza todos los sentimientos del Príncipe, dejándolo solo con su conciencia, y cada nuevo pensamiento lo azotaba insoportablemente dolorosamente, dejando heridas profundas, pero no le permitía abandonar la realidad y hundirse en el olvido ni por un segundo. Lágrimas venenosas rodaron por sus mejillas, cayeron, volaron a través de la arena, ya llena de ella, y se estrellaron sonoramente contra el suelo. Este sonido resonó en su cabeza en un zumbido aún más terrible, aunque en realidad simplemente no podía escucharlo. El dolor de la pérdida lo destrozó, lo endureció hasta el límite, exprimiendo lo último de sus fuerzas junto con la ira.

El príncipe no sabía cuánto tiempo permaneció así, de rodillas, maldiciendo a Peski, el visir, el puñal... Echando un vistazo a la espada y sintiendo otra oleada de rabia salvaje, la arrojó lejos de sí con increíble disgusto. El sonido con el que cayó resonó por la sala.

Y entonces sintió como si las lágrimas hubieran terminado. Y el dolor no se soltaba, sino que ahora ya no presionaba, sino que, por el contrario, se fortalecía y seguía adelante. Apoyando su mano en el suelo, primero se paró sobre su pierna izquierda y luego se enderezó a su altura completa, encontrándose completamente con un nuevo mundo, un mundo lleno de crueldad y dolor. Pero ahora estaba tan acostumbrado a ella que parecía que nada le haría sentirla. E inhaló la frescura de las arenas, lentamente, profundamente, como si retrasara el momento de la exhalación, una extraña sonrisa apareció en su rostro y chispas doradas brillaron en sus ojos por un segundo.

Miró a su alrededor. Se examinó a sí mismo: sus rodillas estaban manchadas de polvo y arena. Inclinándose ligeramente, los sacudió con movimientos descuidados, y luego sus ojos se posaron en la daga. Había dejado de sentir esa increíble repugnancia por él, y al final había perdido su espada, y la daga era ahora la única arma de que disponía. Dio unos pasos hacia la desafortunada espada, pero de repente una visión extraordinaria llamó su atención. Había visto la espada de su padre, pero ahora era mucho más pequeña que la hoja inmensamente grande que había logrado literalmente romper su propia espada en pedazos de un solo golpe. Ahora lo vio, y sus recuerdos de cuando esta espada era incomparablemente más grande surgieron involuntariamente frente a él. Recordaba con tanta fuerza que sus recuerdos se convirtieron en realidad, mezclándose con el que ahora lo rodeaba. Dos realidades se superpusieron entre sí, convirtiéndose en un todo único. Por un segundo, le pareció que el Tiempo mismo se abría ante el poder de su conciencia, revelando sus secretos más íntimos. Esto era lo extraordinario del espectáculo. Dos realidades, un gran misterio. Todas las barreras se derrumbaron y todo tipo de límites fueron borrados.

Y entonces, un pequeño detalle hizo que el Príncipe se desprendiera del increíble cuadro dibujado en parte por su imaginación, en parte por las arenas y en parte por el tiempo. Un pequeño destello azul un poco más lejos del Príncipe. Daga. Esta vez no emitió ese resplandor violento. O mejor dicho, no era visible, solo pequeñas chispas corrían a lo largo de su borde. Pero el Príncipe sintió esta luz de increíble poder, capaz de literalmente derribarte y atraer y hacer señas al mismo tiempo. Un segundo más, y aquí está de nuevo agarrando esta empuñadura, y un escalofrío familiar recorre su piel, inflamando su mente y amortiguando los latidos frenéticos de su corazón.

El príncipe tomó la espada de su padre en su mano e inmediatamente sintió que se había relacionado con él. Parecían estar hechos el uno para el otro: al haberse reducido de tamaño, encajaba perfectamente en la mano, que en los primeros momentos corría calor, deteniéndose en algún lugar del hombro.

Después de caminar unos pasos, aún disfrutando del reencuentro con la daga, el Príncipe comenzó a reproducir lentamente los eventos recientes, todo lo que había sucedido durante la pelea con su padre y todo lo que había sucedido inmediatamente después. Al principio, sólo escuchó fragmentos de esos acontecimientos, fragmentos de los que no se podía entender nada. Pero la daga acudió al rescate: tan pronto como el Príncipe se concentró un poco más en cualquier detalle, incluso en el más insignificante, adquirió inmediatamente cien nuevos, cada uno de los cuales, a su vez, excavó en la mente del Príncipe con otros cien detalles nuevos, reproduciendo la imagen completa de esos minutos frente a él. Y entonces se le escapó una bagatela, seguida de nada, aparentemente algo nuevo y desconocido para el Príncipe o para la daga. En algún lugar de arriba, en el balcón, a la derecha del agujero en la pared, algo rojo brilló, rápida y casi imperceptiblemente, escapando incluso al recuerdo de la daga. Aflojando su agarre y soltando todo el cuadro pintado frente a él, sus pensamientos fueron transportados instantáneamente de regreso a este mundo, y su mirada cayó hacia el gran arco que conducía al siguiente salón. Y entonces el Príncipe escuchó sonidos extraños que se parecían a la voz de alguien. Pero no la voz del hombre...

***

En la oscuridad de la noche, se alzaba la silueta de algo enorme y majestuoso. Iluminada por la escasa luz dorada de las estrellas y la luna, la majestuosa ciudad se abrió lentamente a la vista. Los viajeros no tenían la menor duda de que se trataba de Azad. Como un guardián gigante del desierto, flotó lentamente fuera de la oscuridad, rompiendo la imagen familiar de este interminable océano arenoso.

Asha, tan pronto como vio la ciudad, aumentó su velocidad, pero Ajit le gritó:

–¡Esperar! Si te notan, ¡todo está perdido!

Y Asha se dio cuenta al instante de su error. Y, en efecto, ¿por qué no comprendió él mismo una nimiedad tan evidente? Joven guerrero con sangre hirviendo, siempre era el primero en precipitarse ante lo desconocido, ante el peligro, no conocía el miedo y, al parecer, no conocía la precaución. Pero ahora se controló, detuvo su caballo y esperó a Ajit. También disminuyó la velocidad y trató de moverse lo más silenciosamente posible. Todo a su alrededor

estaba envuelto en un velo de silencio, roto de vez en cuando por el susurro de los cascos sobre la arena y la respiración entrecortada de los jinetes.

Parecía que la ciudad estaba dormida. A lo lejos, varias luces parpadeaban, aparentemente de antorchas encendidas, pero que ya se estaban apagando. Los centinelas que custodiaban los accesos a la ciudad y las puertas principales debían de haberse dormido ya en sus puestos: esta noche se apoderó de ellos un nuevo frescor inimaginablemente agradable, tal vez como ninguna noche en el desierto había conocido jamás. Incluso Ajit, acostumbrado a la fatiga y sin prestarle atención, luchaba con el sueño. Pero ahora el mundo de los sueños también intentaba tragárselo, envolviendo sus hombros con suavidad y discreción, nublando su mente y cerrando sus pesados párpados.

El momento siguiente lo cambió todo. Rompió el silencio. El frescor fue reemplazado por un frío agudo, soplaba el viento. La oscuridad que había envuelto a todo este mundo un segundo antes fue desgarrada en un segundo, esparcida sin piedad por el horizonte. Un destello de poder inimaginable atravesó el cielo. Entonces se desplegó ante mis ojos un cuadro aún más terrible, pero al mismo tiempo hermoso, asombroso: enormes nubes se espesaban sobre la ciudad, cubriendo el cielo estrellado, la luna y parecían querer tragarse toda la ciudad. Estas nubes estaban en constante movimiento, girando, retorciéndose en un torbellino. Parecía que en un momento más, el tornado infernal se derrumbaría sobre la ciudad, desmoronándola en pedazos, sin perdonar a nadie ni a nada. Pero esto no sucedió, aunque el suelo bajo sus pies ya comenzaba a temblar. Asombrados por lo que sucedía, los jinetes se detuvieron y lentamente, sin quitar la vista de lo que sucedía, ambos, como si se les ordenara, dejaron sus monturas y se pararon sobre la arena que ya se había enfriado, sintiendo el temblor del suelo con los pies.

Espesas nubes oscuras cubrían todo el cielo, parecía que ni siquiera la luz del sol podía atravesarlas. Entonces, en algún lugar en el centro mismo del increíble embudo que giraba sobre la ciudad, los destellos como relámpagos comenzaron a correr bastante lenta y tenuemente, pero no se precipitaron al suelo, sino que repitieron los movimientos de las nubes, como si los intensificaran. Luego aparecieron más y más destellos de luz blanca brillante, más fuertes, que se alejaban del ojo de la tormenta creciente en un millón de rayos. Se oyó un trueno, extraño y diferente a una tormenta eléctrica, como un martillo gigante rompiendo los cielos. Y la tierra resonaba una y otra vez con estos golpes, el sonido resonaba en la muralla de la ciudad.

Y entonces un relámpago, absorbiendo el poder de todos los anteriores y llenando con uno nuevo, atravesó el mundo entero,

desde el cielo hasta la tierra, y una enorme columna de luz blanca cayó sobre la ciudad, o mejor dicho, sobre uno de los edificios más altos, al parecer, el palacio del Sultán. Se originó en el corazón de un centenar de chispas de la tormenta que había hervido tan inesperadamente, ganando fuerza instantáneamente y descendiendo, esparciendo millones de pequeños destellos cerca de él. Por un momento, la tierra pareció ser capaz de calmar su temblor, pero la columna de luz, latiendo más brillante con cada segundo, no daba paz a nada: todo a su alrededor, tal vez durante varios días de viaje, estaba inundado de esta luz, similar en fuerza al sol, pero fría y aterradora.

Junto con esta luz, una enorme ola de agua, aún increíble pero casi invisible, irrumpió en la ciudad. Al principio, solo se sentía su aliento helado, incomparable con la agradable frescura que envolvía suavemente todo su cuerpo, sumergiéndola lentamente en el sueño. Pero allí estaba, ganando fuerza, rodando por la ciudad, saliendo del palacio con mil pequeños destellos de luz, que golpeaban literalmente desde todas partes como si estuvieran apretados en este enorme edificio. Y cuando llegó a los límites de la ciudad, la ola, casi sin perder su fuerza, comenzó a desbordarse por el borde, como si la ciudad fuera un enorme cuenco del que brotaba agua, perturbada por la brusca caída de la piedra. Y entonces, ya más allá del borde del cuenco, la ola pareció ralentizarse, convertirse en polvo y, posándose parcialmente en la arena, se precipitó a lo lejos, arrastrada por el viento.

Capítulo 11. Rojo

Esta vez, más cautelosamente, controlando sus sentidos, el Príncipe se acercó al majestuoso arco que precedía al salón del trono. La misma desventurada sala del trono de la que tanto había huido, tratando de escapar de su terror y su frío helado. Pero ahora no tenía miedo: las Arenas ya habían probado su alma, pero no habían podido absorberlo, no se había convertido en uno de los monstruos que había sido derrotado por él recientemente. Era un hombre. Caminaba, pensaba y se sentía como un hombre. Es cierto que se dio cuenta de una cosa extraña: no sólo no tenía miedo de los Pesk, sino que parecían haberse convertido en algo cercano a él, querido; con los que está inextricablemente ligado. Quizás, como él mismo pensaba, la daga era la culpable: estaba claro como el día que él también era parte de las Arenas, su creación, una especie de llave que abría una puerta misteriosa, nunca antes vista por nadie... o casi nadie.

Una niebla dorada tranquila y sin prisas, como la que se enroscaba en las nubes en la habitación anterior, fluía lejos del Reloj, empapando un nuevo mundo fuera del recipiente de vidrio, como si lo probara. Esa luz blanca inusualmente brillante había desaparecido, ahora había sido reemplazada por la misma dorada, pero su fuente principal era el reloj mismo, o más bien, la arena en su interior. Grande, a diferencia del polvo miserable y tímido que flotaba en el aire como bandadas de insectos, era fascinante, era difícil apartar la mirada de este resplandor. Y de nuevo el Príncipe tuvo esta extraña sensación: volvió a sentir cómo una realidad se superponía a otra. Su admiración por la Arena dentro del Reloj era tanto un recuerdo como lo que estaba viviendo ahora. Y todo esto se fundió en un todo, empapado en las Arenas.

La daga percibió al instante todo esto y barrió sobre el Príncipe una nueva oleada de recuerdos. Ahora el Príncipe recordaba y se daba cuenta de que hacía poco tiempo, de la misma manera, obedeciendo ciegamente a este llamado seductor sin palabras, soltó las Arenas, poniendo fin a una vida tranquila. No se sabe cómo habrían terminado estos vuelos de fantasía si el Príncipe no hubiera prestado atención a lo que realmente estaba sucediendo durante todo el día. La sala del trono era bastante grande, en algún lugar cerca del techo enormes ventanales dejaban entrar la frescura de la noche, un poco menos de lo que el Príncipe recordaba de la sala anterior. Al principio, vio al visir blandiendo su bastón, levantando las manecillas hacia el reloj y murmurando algo. Tenía los ojos cerrados y no veía al Príncipe, aunque eso no significaba que no sintiera su presencia. Tal vez en otra situación, el Príncipe se habría precipitado a la causa de todos los problemas, pero las Arenas aún mantenían su atención,

especialmente lo que les sucedía a cada sonido que salía de los labios de Amar, a cada movimiento de su bastón. No se parecía a nada que el Príncipe hubiera visto antes. Nunca antes las Arenas se habían comportado así. No se limitaban a hacerse eco de estos saludos y murmuraciones, sino que en todo esto había una especie de mansedumbre, humildad y obediencia. No era como una daga que dependía de las Arenas y solo podía llamarlas para pedir ayuda, que, sin embargo, era proporcionada por el visir casi al instante y sin demoras innecesarias. Algo desconocido para el hombre común era fácilmente accesible para el visir, él conocía las Arenas, las sentía, y ellas lo sentían a él, pero aún así estaba claro a quién pertenecía la primacía.

De repente, gritando fuerte y tentadoramente en un idioma incomprensible, Amar bajó su bastón al suelo, lo que provocó que un estruendo se extendiera por todo el salón, y las chispas volaron de los ojos de la serpiente que adornaba la corona de este bastón, disolviéndose instantáneamente en las Arenas. Y después de este golpe, las Arenas mismas parecieron despertar de un sueño prolongado, y algunas de ellas, sobresaltadas, fluyeron a algún lugar lejano, con venganza y velocidad, convirtiéndose en un arroyo, en una avalancha, absorbiendo más y más granos de arena en el camino, pululando sin rumbo en el aire. Obedeciendo a un solo impulso, el arroyo se precipitó hacia arriba, se filtró a través de las ventanas, después de lo cual se escuchó un ligero tintineo de vidrio, resonando en el cristal a través del pasillo y perdiéndose en algún lugar de las profundidades del palacio.

El príncipe, distraído por todo el espectáculo, ignoró a Amar, quien golpeó su bastón contra el suelo, se congeló por unos momentos, luego aspiró el aire empapado en un millón de granos de arena y abrió los ojos. Ojos humanos perfectamente normales y ordinarios: no había en ellos ni una gota de brillo amarillo venenoso, pero en ellos se podía ver algo más terrible. Los pares de ojos que el Príncipe había visto antes estaban literalmente rebosantes de crueldad, sangre fría hacia todo el mundo que lo rodeaba y rabia infernal e inhumana, mezclada con el deseo de la muerte de otra persona. Y eso es todo. En los ojos del visir, había otro rasgo sutil que es inherente solo a la mirada humana: su mirada era inhumana. En él se podía ver no sólo el deseo de infligir dolor, sino que en él se podía leer la conciencia de este deseo. El deseo de los monstruos de arena era más bien irreflexivo, producto de su propia naturaleza; El deseo del visir era consciente, él mismo eligió este camino y estaba literalmente complacido con él, se deleitaba con los pensamientos del dolor de otra persona.

Volviéndose majestuosamente, caminó hacia el Príncipe. Ahora bien, no daba la impresión de que el anciano sufría de enfermedad:

las arenas, después de haberlo empapado, le daban nuevas fuerzas, su paso se volvió mucho más seguro y firme, sus movimientos más agudos, y su voz se volvió más suave, las sibilancias desaparecieron:

—¡Vaya! Amar caminó confiado hacia el Príncipe, con su bastón ligeramente inclinado hacia adelante. "¡Veo que el Príncipe mismo ha venido a nosotros, un guerrero joven y valiente que desafió al Tiempo con valentía e irreflexiva!"

Ahora sus ojos ardían con luces de deleite, se podía leer júbilo en ellos, y caminó con confianza hacia adelante, extendiendo lentamente su mano libre.

–¿Un qué? No, yo... ¡Eres tú! ¡Me engañaste para que lo hiciera! —soltó el Príncipe en respuesta—.

–¿Lo es? Te acabo de dar una pista, literalmente lo insinué. ¡El resto lo hiciste tú! Recuerda, recuerda ese interés, esa curiosidad desorbitada que te devoró en ese momento. ¡Si tan solo pudieras ver tus propios ojos en este segundo! Apuesto a que solo te llevaría un par de minutos hacerlo tú mismo, ¡sin que te lo pidas! Parece que has descubierto una nueva faceta de ti mismo, un rincón oculto de tu alma, que ni siquiera conocías antes.

El visir logró avergonzar al príncipe. Estaba confundido por este giro de los acontecimientos.

-¿Qué pasó en general? Arenas... ¿Qué es esto? ¿Por qué yo?

"Has descubierto las Arenas del Tiempo, joven Príncipe. No podías vencer la tentación, esa sensación punzante que te empuja a hacer algo prohibido, pero inmensamente grande y hermoso a su manera.

Al oír estas palabras del visir, el príncipe sintió que algo que salía de la daga se apoderaba de él. El torrente de falsos recuerdos que nacieron con las palabras del visir se convirtió en realidad para él.

"Pero no es demasiado tarde para parar todo y traerlo de vuelta, como si nada hubiera pasado. ¡Lo único que tienes que hacer es darme la daga!"

"Mi padre murió, estos monstruos están en todas partes, tantas muertes ridículas... Toda esta pesadilla, horror. ¿Cómo se puede arreglar todo esto?

—Dame la daga —repitió Amar, esta vez aún más insistente—. Miró al príncipe desde una distancia de al menos veinte pasos, pero su mirada, imbuida de confianza, se posó sobre el príncipe como si el visir se hubiera acercado a él. Y Amar, sintiendo esta confianza, se aprovechó de ella y continuó encontrándose con el Príncipe, destruyendo su determinación.

—¿Ves ese reloj? El visir los señaló con su bastón. "Una daga llena de cierta magia y deletreada de una manera especial puede hacer que el Reloj absorba instantáneamente las Arenas de vuelta a

sí mismo junto con todo lo que ha generado. Pero nadie más que yo puede hacerlo. ¡Por favor, dame la daga!"

Estas palabras tuvieron un pequeño efecto en el Príncipe: sonaban como la verdad, incluso lo calmaron y le dieron esperanza. Pero, literalmente, de inmediato, un nuevo pensamiento audaz surgió en su cabeza: ¿qué pasaría si intentara corregir su error él mismo?

Los momentos siguientes sobresaltaron al Príncipe. Podría haber jurado que el pensamiento solo pasó por su mente, ni siquiera se reflejó en su rostro o mirada. Pero para Amar, no era ningún secreto desde el momento en que el Príncipe se dio cuenta. En los ojos del visir se podía leer lo que ya sabía sobre esta idea. Esto asombró al Príncipe. Parecía que todos sus pensamientos ya no eran un secreto; cualquiera de ellos, tan pronto como relampagueaba en su cabeza, se convertía inmediatamente en parte de las Arenas y dejaba de ser suyo. Y el visir podía captar el pensamiento sin ninguna dificultad, sentirlo sin pedir permiso ni sentir remordimiento. Y así, interceptando otro pensamiento, Amar, dando a su voz un tono aún más autoritario, dijo:

–¡Tonto! ¡Ni siquiera intentes hacer algo tú mismo! ¡Un descuido, y cometerá un error, en comparación con el cual su actual parecerá una broma infantil inocente! Dijo estas palabras, continuando caminando hacia el Príncipe y sin detenerse a señalarlo con el dedo, como si señalara su error.

El príncipe no se iba a rendir tan fácilmente. Todas las palabras y acciones del visir lo hicieron sospechar. Especialmente la forma en que ha cambiado. Transformado de un gruñido enfermizo y con el ceño fruncido a un charlatán engreído y enérgico, parecía como si eso fuera lo que buscaba.

—¿Y cómo puedo confiar en ti? ¿Y si este es otro truco? ¿Por qué permitiste que esto sucediera, si dices que sabías hacia dónde iba todo? El príncipe detuvo al visir.

"Traté de evitar problemas varias veces. Desde el principio, le pedí a Shahraman que me diera la daga. Pero, ¿qué podría hacer si la daga te perteneciera a ti, un hombre de sangre real? ¡Mi conocimiento y mis palabras no son nada antes de eso! Pero ahora ves a dónde llevó. Permití que esto sucediera para que pudieran ver el peligro, el poder de la tentación, sentirlo literalmente por ustedes mismos. Y ahora que todo ha sucedido, es hora de hacer las cosas bien. Arréglalo lo antes posible: el tiempo corre inexorablemente, ¡y pronto todo esto se convertirá en una pesadilla irreversible!

El visir presionó al príncipe con todas sus fuerzas, tratando de no mostrar sus verdaderas intenciones. Sin la daga, no podría obtener el poder absoluto sobre las Arenas. Además, se arriesgaba mientras el Príncipe de la daga estuviera cerca del reloj. ¡Esto no debe permitirse!

—¿Un sacrificio forzado? Pero entonces, ¿por qué las Arenas abandonaron el tesoro del Maharajá? ¡Después de todo, tú mismo nos presentaste la ciudad y todo el palacio en bandeja de plata!

"En los últimos meses, he estado viendo mucho a Maharadzha. Vi su mente envuelta en un sudario, a medida que se acercaba más y más a la idea de usar las Arenas. Úsalo como arma. Para sembrar muerte y destrucción. Buscaba la manera de detenerlo, pasé horas persuadiéndolo y disuadiéndolo, pero, repito, ¿quién soy yo frente a su poder? No quería que saliera así. Pero no se me ha ocurrido nada mejor —el visir trató de hablar de la manera más convincente posible —.

Una vez más, el Príncipe sintió que estas palabras eran como la verdad.

—¿Pero por qué conjuraste ahora sobre las Arenas? El príncipe no quería escapar a la idea de que el visir estaba persiguiendo algunos de sus propios objetivos durante todo este tiempo. "Parecía que querías tomar el control de la Arena, convertirte en su señor.

"Mi querido Príncipe, ¿me molestaría así si tuviera poder sobre las Arenas del Tiempo?" ¡Podría enviarte una horda de monstruos y tomar la daga por la fuerza! Pero en cambio, te pido que aceptes mi ayuda. Sin una daga, apenas puedo contener las Arenas, que es lo que he estado haciendo todo el tiempo. ¿Y dónde estabas tú? ¿Intentaste, como un cobarde, huir? La voz del visir se volvió condescendiente, caminó alrededor del príncipe, obligándolo a volverse sobre sus hombros izquierdo y derecho. Ahora estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso fingir estar débil y enfermo de nuevo, solo para poner sus manos en la daga. Después de todo, la meta está muy cerca. No puede renunciar a las Arenas, que le dieron fuerza, le permitieron nacer literalmente de nuevo. Solo tienes que despedir al Príncipe de nuevo. ¡Y parece que lo consigue! El Príncipe parece creer en todas estas tonterías. Así que las Arenas son realmente tan poderosas.

"¡Hablas como un mercader en el mercado de Babilonia! El príncipe seguía dudando. "¡Pides dinero por adelantado y prometes un milagro más tarde!" ¿Cómo puedes creer esto?

"Chico malo, ¿por qué no se calma?", pensó el visir, y respondió, sin mostrar irritación y tratando de emocionar su voz:

—¿Me habrías creído si te hubiera contado todo esto antes? ¿Sobre el casi loco Maharajá, sobre el poder destructivo de las Arenas y sobre la irresistible tentación que será la oportunidad de liberarlas? Pero ahora ves lo fácil que es convertir este mundo de un mundo bueno en un infierno. Sabes el precio de tu curiosidad. Veo que todavía tienes la idea de intentar corregir el error tú mismo. ¡Pero te hará hacer uno nuevo! ¿No tienes miedo de empeorarlo aún más? ¿Quizás esta vez deberías confiármelo a mí? La voz del visir

volvió a ser insistente. Incluso dio unos pasos hacia el Príncipe con su brazo libre extendido hacia adelante, lo que hizo que el Príncipe retrocediera.

Y entonces Amar se dio cuenta de que tenía que arriesgarse, tenía que abrir su mente, su corriente de pensamientos, para que el Príncipe también lo sintiera. Por supuesto, los pensamientos serán falsos, no reales, pero deberían funcionar. ¡El príncipe se convencerá de las intenciones del visir y le dará la daga! Después de un poco de vacilación, el visir hizo exactamente eso. Los pensamientos falsos requerían una concentración considerable, su arte de fingir estaba en su mejor momento ahora, pero estaba agotando todas sus fuerzas, distrayendo sus pensamientos de las Arenas y los Relojes.

El príncipe estaba a punto de responder algo, cuando de repente vio cómo todo lo que el visir estaba hablando estaba tomando una cierta forma visual, cubierta de detalles. Era como si incluso pudiera imaginarlo todo desde el punto de vista del propio visir. Sus dudas comenzaron a desvanecerse, y lentamente estiró su mano con la daga hacia adelante.

«¡Unos momentos más y me lo dará!», pensó el visir, tratando de no mostrar ni tergiversar los pensamientos que le decía al príncipe.

Pero de repente sucedió algo inesperado. El visir estaba tan distraído de lo que estaba sucediendo que perdió todo el control de la situación. El aliento del Reloj perdió la calma y la sala del trono tembló con una nueva ola de arena. Las bóvedas del palacio se estremecieron y se escuchó el sonido de los escombros que caían. Los elementos, como una tormenta, volvieron a estallar. El visir era ahora prácticamente incapaz de mandarle. De repente, desde algún lugar de arriba, se escuchó el sonido ensordecedor de los vidrios rotos de las majestuosas ventanas: algo grande las atravesó en ese momento, rompiendo la relativa calma y silencio. El príncipe levantó la cabeza al instante, distrayéndose del visir, que se detuvo a un par de docenas de pasos de él y también dirigió su mirada hacia arriba.

Pájaros de increíble tamaño irrumpieron en la sala a través de las ventanas, rompiéndolas en muchos fragmentos, cayendo ruidosamente al suelo casi por toda la sala. Mientras estaban en su apogeo, era difícil verlos en detalle, desde abajo el Príncipe solo notó que eran inusualmente fuertes y su plumaje era completamente negro. Esto los hizo aún más formidables, aterradores y fantásticos. Este espectáculo era quizás la cosa más asombrosa que el Príncipe había visto en su vida.

Después de hacer varios gráciles aleteos, los pájaros, uno tras otro, se precipitaron bruscamente hacia abajo con gran velocidad y llegaron al suelo en solo un momento. Se oyó un fuerte estrépito de garras en el suelo de mármol. Ahora que los pájaros estaban mucho más cerca, el Príncipe pudo distinguir muchos detalles nuevos: ojos

amarillos depredadores, como los de otros monstruos, pero más alargados. El plumaje de los pájaros no era tan negro: todos los pájaros brillaban con un brillo dorado, y la punta de cada pluma estaba cubierta de algo dorado, que emitía un resplandor amarillo, exactamente igual que esos increíbles ojos, pero no lo suficientemente brillante como para ser visto desde la distancia. Enormes garras, como si cavaran en el suelo, desmoronándolo y convirtiéndolo en polvo, seguían siendo del mismo color amarillo dorado. Les llamaba la atención sus enormes picos, ligeramente curvados hacia abajo, en cuyo color también se mezclaba con el color dorado del rojo sangre. A través de las grandes fosas nasales, rezumaba un polvo dorado que recordaba a la arena.

En el momento en que los pájaros irrumpieron en el salón, la conciencia del visir tembló, la rabia brilló en sus ojos, maldijo y estaba un poco confundido. No quería que los pájaros volaran hacia el salón hasta el final, pero al debilitar su concentración, no podía mantenerlos fuera. Una interrupción tan brusca de los planes y una confusión debilitaron el control del visir y el poder de su pretensión, y el príncipe sintió algo nuevo en la corriente de sus pensamientos. Ahora bien, estaba claro que no se parecía a las hermosas mentiras con las que le alimentaba el visir. ¡Mentiroso! Vio en la mente de Amar la Torre del Alba, algunos rituales mágicos, un deseo maníaco de poseer una daga que no tenía nada que ver con la virtud. El visir lo comprendió y detuvo su juego. Ahora hay que actuar con rapidez. ¡El Príncipe no debe acercarse al Reloj!

Había muchos pájaros, alrededor de una docena, eran un poco más bajos que el Príncipe, pero aún así impensablemente grandes para los pájaros ordinarios. Al aterrizar no lejos del Reloj, ocuparon una parte decente de la sala, y de nuevo se escuchó el sonido de algo golpeando, esta vez, algunos de ellos, aparentemente, tocaron los jarrones colocados alrededor de la sala con sus alas, y se desmoronaron en pedazos. Tan pronto como los pájaros se posaron en el suelo, se dirigieron hacia el Reloj de Arena, que, solo ahora el Príncipe se dio cuenta, estaba exactamente en el centro de la sala, con la parte superior apuntando directamente al centro de la cúpula, donde ahora se abría un agujero de tamaño decente, exponiendo el cielo nocturno. Sus ojos depredadores brillaban aún más a medida que se acercaban a su objetivo. Se escuchó el sonido de los vidrios rotos arrojados por los pájaros, que cubrían el piso debajo de las ventanas en una capa uniforme.

Entonces, como si se tratara de una orden silenciosa, algunos de los pájaros revolotearon en el aire, pero no a gran altura y aún se deslizaban con gracia hasta la parte superior del reloj.

***

Deteniéndose en medio de un esplendor inimaginable pero aterrador, los dos viajeros fascinados lo observaron. Durante algún tiempo, la columna de luz blanca continuó creciendo, lanzando más chispas en todas las direcciones, y luego desapareció casi instantáneamente. Los últimos destellos blancos barrieron las nubes y todo terminó en un instante. La luz se secó, y las nubes, que para entonces habían cubierto casi todo el cielo, comenzaron a separarse, a derretirse, dando paso de nuevo a una noche clara y estrellada...

–¿Qué fue eso? —preguntó Asha inseguro y asustado, mirando a su compañero.

"No sé qué fue. Pero no creo que sea nada bueno —dijo Ajit con la misma voz, pero mirando hacia otro lado—.

Al instante siguiente, una ola invisible de hielo los barrió a ambos, seguida de un viento igualmente frío que sacudió y despeinó sus cabellos.

Después de permanecer de pie durante un minuto más indecisos, avanzaron lentamente a pie hacia la ciudad, todavía sintiendo esta ola. Daba la impresión de algo indeleble, algo que, una vez comido muy profundamente, permanecía en una persona durante mucho tiempo o incluso para siempre.

—Nubes muy extrañas, demasiado espesas, no como cuando llueve —trató de razonar Asha—.

"No podían haber llovido, aparecieron demasiado rápido. Y desaparecieron demasiado rápido", respondió Ajit.

—¿Has visto esta luz, estas chispas? Esto es algo muy extraño... ¡Simplemente no entiendo! - Asha no se calmó.

"Y no lo entenderás hasta que sepamos lo que fue", dijo Ajit, e inmediatamente pensó: "O mejor dicho, hasta que lo sepas".

De nuevo, desvió los ojos hacia un lado, mirando a la ciudad, observando la escena que vio. Se me quedó grabado en la memoria y a la primera oportunidad apareció, golpeando la imaginación una y otra vez. Pero no esperaba volver a verla con sus propios ojos.

***

Los primeros cuatro pájaros, volando suavemente hacia el Reloj, envolvieron sus enormes garras alrededor de los pasamanos de metal que formaban parte del marco del Reloj. Era un gran marco de metal, incrustado con muchas gemas pequeñas y joyas de oro, y vestido de madera marrón oscuro, metal absorbente y decorado con patrones amplios. Entre otras cosas, el reloj estaba colgado con cadenas que lo enredaban de arriba a abajo, dándole una apariencia aún más misteriosa. En la parte inferior, el reloj descansaba sobre una gran placa redonda de madera, cuyos bordes estaban particularmente

gruesos y tallados de tal manera que en algunos lugares sobresalían trozos de madera, como lenguas de fuego que se elevaban hacia arriba. Los soportes de hierro, al estrellarse contra el árbol, serpenteaban hacia arriba, perforando la placa, y se envolvían en grandes anillos en la parte superior, alrededor de los cuales se cerraban gigantescas garras amarillas...

—¿Qué significa todo esto? —susurró el príncipe con los ojos muy abiertos, sorprendido—. Estaba demasiado desanimado por lo que había sucedido y aún no podía apreciar plenamente un giro tan brusco de los acontecimientos. Esto era muy ventajoso para el visir: el príncipe no tendría tiempo de hacer nada, y sería capaz de dirigir el reloj desde delante de sus narices hasta un lugar seguro. ¡Al lugar más inexpugnable del palacio!

—¡Adiós, joven príncipe! Te dejo en paz con lo que has hecho — siseó airadamente el visir en respuesta—. "¡Te privo de la oportunidad de corregir tu error!"

Y como para confirmar su discurso, se oyó el batir de enormes alas, dispersando la arena, y el reloj se elevó del suelo. Solo ahora el Príncipe se dio cuenta de lo pesados que eran: los pájaros gigantes apenas lograron levantarlos a la mitad de la altura del Príncipe. Varios pájaros más volaron, agarrando el reloj más cerca de la base, obligándolo a una posición horizontal en el aire. Mientras tanto, el visir se alejó un poco del príncipe, examinando el reloj y admirando la gracia de los pájaros.

El príncipe, un poco asustado y sorprendido de que se movieran en su dirección, retrocedió tambaleándose y, después de caminar unos pasos, se encontró de nuevo en un salón con enormes balcones. Las criaturas de arena emplumadas, ganando velocidad, continuaron avanzando hacia el Príncipe, obligándolo a comenzar a correr. Se dio la vuelta y echó a correr, pero sólo cuando sintió que la brisa se desvanecía en el batir de sus alas se detuvo y se volvió. Los pájaros, después de haber volado por debajo del balcón, cambiaron bruscamente de dirección y corrieron hacia una enorme ventana, casi de pared a pared. Y estaba claro por sus movimientos que no iban a parar. Unos momentos después, el resto de los pájaros salieron volando de la primera sala detrás de ellos y, alcanzándolos muy rápidamente, continuaron volando a los lados, a la par del Reloj.

Y luego, como un gran proyectil que destruye una pared, golpearon el vidrio, rompiéndolo en muchos fragmentos, la mayoría de los cuales cayeron ruidosamente hacia afuera, cayendo desde una gran altura y perdiéndose en el abismo de la noche. Inmediatamente, como si la persiguiera, la arena se precipitó y, rezumando por la ventana, y, llevada por el viento, también se derritió en el frescor de la noche. Fascinado, el Príncipe observaba todo lo que sucedía, sintió un extraño escalofrío increíble recorrer su cuerpo, no como el que

respiraban las Arenas, sino más bien un escalofrío de sorpresa que le hizo sentir toda la improbabilidad de lo que estaba sucediendo. El príncipe sintió que le temblaban las manos, poco a poco perdió el hilo entre la realidad que lo rodeaba y su propia mente. Al llevarse la mano a la cara, sintió una sensación de ardor frío que emanaba de ella. Luego, literalmente, comenzó a temblar, aparentemente, la comprensión de todo lo que había sucedido continuó colapsando sobre él en más y más olas. Agarrándose la cabeza con ambas manos, pasando su cabello entre sus dedos, el Príncipe suspiró profunda e intermitentemente, continuó tambaleándose y todavía se negaba a creer lo que veía.

Luego, todavía en el mismo estado, corrió hacia la ventana rota. Al acercarse, vio la luz de la luna, que estaba llena y rasgaba la oscuridad como las alas de los pájaros habían roto el silencio. Siluetas negras aparecieron contra el disco lunar, y ahora todos los pájaros llevaban el reloj, continuando elevándose hacia la solitaria torre alta, que apenas podía distinguirse contra el cielo negro.

Respirando el aire fresco de la noche, el Príncipe se detuvo en el borde: más adelante había una oscuridad impenetrable, que aparentemente ocultaba una gran altura, y el siguiente paso debería ser un paso hacia lo desconocido. Pero el Príncipe no lo hizo: algo más lo mantenía en esta vida, tal vez la conciencia de su propio error, el deseo de corregirlo todo y devolver a su padre. Y entonces un nudo le subió a la garganta, exprimiéndole una lágrima, un montón de recuerdos y sentimientos, un dolor agudo en la cabeza. Se tambaleó y, como si se dejara llevar por las arenas que fluían, estuvo a punto de dar ese mismo paso hacia lo desconocido. Fue a partir de esto que su conciencia se aclaró instantáneamente, abrió los ojos de par en par y retrocedió desde el borde. Sin embargo, aparentemente, debido a que sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, no pudo evitar notar un detalle, del que se dio cuenta gradualmente, en el transcurso de casi un minuto entero: allí, más allá del borde, no había abismo, estaba bloqueado por un gran balcón semicircular. Sólo entonces el príncipe se dio cuenta de que estaba parcialmente bañada por la luz de la luna, y tan brillantemente que resultaba extraño e incomprensible que el joven no lo hubiera notado antes. Junto con esta comprensión, una sonrisa tocó sus labios. Y entonces el príncipe rió fuerte y estridentemente, su risa reverberando en todas direcciones, rompiendo el silencio de la noche estrellada. Pero sus ojos no se reían en absoluto, por el contrario, estaban llenos de tristeza y rabia. Maldijo todo lo que sucedía por la injusticia. Luego, dejando de reír e inhalando otra ráfaga de viento ligero, se dio la vuelta y se alejó de la ventana, desenvainando su daga a medida que avanzaba. El príncipe estaba atormentado por una vaga esperanza de poder arrancar al visir cómo poner fin a todo esto.

Y entonces, como si escuchara su silenciosa petición, Amar salió de la sala del trono y, lenta y dignamente, comenzó a acercarse al príncipe, que comenzó a encontrarse con el visir. A medida que se acercaba, Amar extendía la mano cada vez más, como si quisiera agarrar la daga antes de acercarse al príncipe.

El dudoso príncipe no sólo miró al visir, sino a toda la sala, especialmente al lugar cerca de donde había muerto su padre, y los tristes recuerdos comenzaron a venir a él de nuevo. Después de unos pasos, su mirada se posó en una enorme piedra, un bloque de piedra, en el que había dejado unas gotas de su propia sangre. Y su cerebro comenzó a repetir todos los eventos de nuevo, esta vez con más claridad. Y entonces el príncipe agarró el más pequeño fragmento de sus recuerdos, imaginando claramente, incluso más claramente de lo que podía mostrar la daga, el silbido de la flecha estrellándose en el cuello de su padre, y luego el tenue destello de algo rojo, cuán rápida, imperceptible, pero atractivamente brilló antes de desaparecer en algún lugar desconocido. Pero había algo extraño en este recuerdo: era demasiado atractivo para un fragmento de memoria tan corto y patético. Y a cada paso que daba el príncipe sucumbía más y más a esta influencia, ésta le atraía, le llamaba a la misma incógnita que, por alguna razón, no le asustaba. Este pequeño recuerdo desprendía una calidez inexplicable, que no se parecía en nada al frío de la arena. Poco a poco, el príncipe empezó a dudar de su esperanza de que el visir pudiera realmente ayudarle de alguna manera, como si este mismo fragmento de memoria le hubiera inculcado un nuevo sentimiento, la capacidad de captar la verdad, la capacidad de abandonar las ilusiones que nublaban su mente y de tomar la única decisión correcta.

Incluso antes de que el Príncipe despegara, empuñando su espada y envainando su daga, Amar sintió estos cambios en la mente del Príncipe, aunque no entendía qué los causaba. Pero no había ni una sombra de miedo en su rostro: el visir continuó acercándose al Príncipe con mayor confianza, pero su mirada se dirigía a algún lugar en la distancia, a través del Príncipe, detrás de los vidrios rotos, tal vez detrás de los maravillosos pájaros. Con cada golpe de su bastón, los ojos de la serpiente que coronaba su cima brillaban con pequeños destellos, que, a juzgar por el andar seguro de Amar, habían dejado de ser un soporte para caminar, para convertirse ahora en algo así como un signo de poder sobre las Arenas, algo lleno de magia extraordinaria capaz de someterlas sin cuestionamientos.

Y entonces sucedió lo que menos esperaba el Príncipe. Estaba listo para enfrentar una seria resistencia de Amar, listo para volar de regreso, rechazado por el poder de la magia desconocida para él. Pero no esperaba que su espada, apuntando a su objetivo, silbara por el aire, ahuyentando las nubes de arena que pululaban a su

alrededor. Amar simplemente desapareció. En esos momentos en que daba sus últimos pasos, sus ojos ardían con una especie de fuego, burla y una indiferencia aterradora en ellos. Y con cada uno de estos pasos, parecía fundirse con las Arenas, fundiéndose en ellas, dividiendo su cuerpo en millones de granos de arena. Y ahora desapareció. El príncipe, que se había abalanzado sobre él con demasiada brusquedad, voló hacia adelante y, no esperando nada así y perdiendo el equilibrio, cayó al suelo, y tan infructuosamente que metió la mano en la punta de su propia espada, manchándola de sangre. Con tu propia sangre, no con la del visir.

Lanzando un grito salvaje, no tanto de dolor como de fastidio por este increíble error, si se puede llamar así, el Príncipe trató de levantarse. La herida sangraba abundantemente, agotando sus fuerzas, y ya se había formado un charco de sangre espesa y pegajosa en el suelo de mármol, que seguía creciendo con cada segundo. Habiendo fracasado la primera vez, el Príncipe trató de levantarse de nuevo, y de nuevo fracasó, esta vez aún más desafortunado: accidentalmente apoyó su mano herida en el lugar donde había estado el charco. La palma de la mano resbaló y volvió a dejarse caer el pecho sobre la dura roca, manchándose por completo la manga. Este pequeño incidente lo enfureció. El príncipe corrió desesperadamente, se puso en pie de un salto, pateó su espada con un golpe de modo que rodó hacia atrás, rasgueando fuertemente, durante unos veinte pasos. Luego se rasgó frenéticamente la manga, tratando de deshacerse de ella: estaba increíblemente molesto por la visión de su propia sangre.

El príncipe se volvió bruscamente y vio cómo la Arena, que aún conservaba algunos contornos de Amar, continuaba lentamente, pero con más confianza y persistencia, sin perder el rumbo, avanzando hacia la ventana, convirtiéndose en una especie de arroyo, y elevándose hacia arriba tan pronto como salía.

La manga rasgada y arrojada cayó en un charco de sangre y ahora yacía en ella, continuando empapada con un líquido escarlata oscuro. El príncipe examinó su herida: la hoja de la espada le atravesó toda la palma de la mano, desde la muñeca hasta el dedo índice, ligeramente oblicuamente. Sintió especialmente dolor cuando trató de apretar su mano en un puño: si lo lograba, sintió que la sangre comenzaba a fluir de su mano con una fuerza aún mayor a ambos lados del puño cerrado y a través de sus dedos temblando de dolor.

Después de permanecer así durante unos segundos, el Príncipe sintió que la rabia lo abandonaba, dando paso a una extraña sensación: un deseo de correr despertado en él, pero no para escapar de algo, sino por el contrario, en busca de algo nuevo. No importaba lo que se suponía que debía traer, el Príncipe sintió que tenía que

agarrarlo. Agárralo, absórbelo y, una vez encontrado, no lo sueltes nunca más.

Sin embargo, este nuevo sentimiento no le dio la misma fuerza que iba con la rabia. Volvió a estar letárgico, le tembló el brazo izquierdo y volvió a sentir que la hemorragia aumentaba. Entonces la mirada del Príncipe se posó en su otra manga, la que llevaba en su brazo derecho. Con todas sus fuerzas, tiró de ella, pero esta vez no todo salió tan bien: un poco agrietado, no cedió, como la primera vez, a pesar de que la manga estaba casi seca. Aunque, probablemente, también tuvo la culpa de su palma herida: no le permitió hacer los mismos movimientos bruscos y fuertes que podía hacer fácilmente con la derecha.

Repitiendo un intento tras otro, el Príncipe se acercó al objetivo, llenándose de una nueva rabia, que esta vez desapareció instantáneamente incluso antes de que hiciera otra carrera. Y finalmente, se escuchó el preciado crujido de la tela rasgada: logró rasgar la manga casi hasta el codo. Luego, con otro movimiento brusco, el Príncipe convirtió el trozo en una tira de tela ordinaria y la envolvió alrededor de su palma izquierda, tratando de tensar la herida lo más posible para ralentizar de alguna manera el flujo de sangre.

Examinando cuidadosamente su mano, trató de moverla, apretando y aflojando el puño, cerrando los ojos y mordiéndose el labio cada vez que sentía destellos de dolor que desprendían un fuerte temblor en sus dedos. Luego se acercó a la espada, la recogió, le sacudió la sangre y la envainó con bastante torpeza, casi dejándola caer en el proceso.

Luego, de pie casi frente al enorme arco, echó un vistazo al interior de la sala del trono, recordando cómo había escapado de ella hacía poco, con un terror increíble. Con una sonrisa inexpresiva, se alejó de la entrada al salón y se alejó. Sin embargo, los recuerdos, muy vívidos, que aún vivían en él, no lo abandonaron. Al momento siguiente, literalmente sintió los destellos de la daga que emitía desde la vaina detrás de él, uno tras otro, uno penetrante y de color azul helado, el segundo más suave, pero cubriendo toda su espalda con un ligero escalofrío, amarillo. El príncipe ya se había relacionado con los sentimientos que traía cada uno de estos destellos, pero este no dejaba de admirarlos cada vez.

Y entonces los destellos se detuvieron, al parecer porque el Príncipe se distrajo con ellos y logró descartar los recuerdos que ahora no eran necesarios. Y se alegró de ello. Esta pequeña alegría, la primera en las últimas horas terribles, se extendió por su cuerpo, lo calentó, le dio fuerzas, lo hizo caminar con más confianza y alegría, incluso una sombra de sonrisa se deslizó en su rostro, apenas se notó y desapareció de inmediato. Pero de nuevo su memoria se quedó en

una pequeña isla de conciencia y penetró el mismo escaso recuerdo en la mente del Príncipe. Y él, obedeciendo a este llamado, se volvió bruscamente y comenzó a mirar a su alrededor, como si buscara algo o a alguien. Por alguna razón le parecía que este recuerdo no lo abandonaba, no sólo porque era inusitadamente vívido (ahora le parecía así), aunque breve, sino también porque no era un recuerdo, sino una realidad. Una realidad que se le escapaba constantemente, pero que aún parecía estar en algún lugar cercano. En algún lugar donde el ojo pudiera atraparlo.

Pero, por mucho que deambulara con ellos por los balcones, por las paredes y por todo el salón, nada parecido a lo que tenía en su mente ahora llamaba su atención. Un poco alterado, se volvió hacia la ventana y siguió caminando, sin dejar de lanzar miradas raras y esperanzadas en algún lugar atrás, como si invocara lo que le daba este recuerdo ardiente. Pero había algo en él que le impedía desanimarse: sí, estaba molesto, pero nada más. Seguía albergando esperanzas, a pesar de que hacía mucho tiempo que se había desvanecido y había desaparecido en alguna parte, dejando al príncipe solo con la ilusión en la que ahora seguía creyendo.

Mientras caminaba hacia el borde, volvió a sentir la sensación familiar de lo desconocido, la frescura del viento nocturno. Y de repente, una ráfaga repentina golpeó el cristal, haciendo que tanto el Príncipe como el vaso temblaran a su manera. Y entonces, incapaz de resistir la fuerza del viento, un buen trozo de vidrio se rompió y cayó, desmoronándose en polvo de vidrio, mezclándose con la arena y volando con el viento. Pero incluso antes de que el fragmento roto comenzara a ganar velocidad, precipitándose hacia abajo, el Príncipe logró reaccionar y saltar hacia un lado. O mejor dicho, pensó que estaba a un lado, pero en realidad saltó al balcón ya completamente inundado por la luz de la luna. Todo estaría bien si no fuera por la impresionante altura de casi tres veces la altura del Príncipe. Tratando de suavizar la caída, extendió las manos delante de él y, al llegar al balcón de mármol, trató de rodar, pero inmediatamente sintió una sensación de ardor en la mano izquierda: la tela de la manga, áspera por la herida, trazó bruscamente el corte, que se debilitó al instante, torció torpemente la mano, y en un segundo el Príncipe se encontró acostado boca arriba con la venda ligeramente quitada de su brazo.

Pensó:

"Bueno, tanto mejor. Ahora no tienes que pensar en cómo bajar de ahí".

Y dirigió su mirada hacia arriba, encontrándose instantáneamente con la mirada de millones de estrellas, el cielo negro, sintiendo el frío que provenía de la piedra que se había enfriado en la mitad de la noche.

Tendido así, de espaldas, el príncipe trató de pensar en lo que debía hacer a continuación. Sabía dónde debía estar el Reloj ahora, y si quería, podría encontrar el camino hacia allí; tenía una daga que resultó ser capaz de poner fin a toda esta locura, pero las palabras de Amar se quedaron en su memoria con demasiada firmeza: realmente tenía miedo de poder estropearlo todo y condenar a todos al sufrimiento eterno, incluido él mismo.

Aparte de esta información fragmentaria y conjeturas, el Príncipe no tenía prácticamente nada, y esto lo asustaba mucho, sentía un miedo que lo hacía levantarse y sentarse, y luego, unos minutos después, levantarse y caminar por el balcón, todavía mirando hacia arriba, como si las estrellas con su frío silencio pudieran incitarlo a responder.

Al acercarse al borde del balcón, el príncipe apoyó ambas manos en la barandilla de piedra lisa y apreció el cuadro que se abría ante él: el balcón estaba a una distancia muy decente del suelo, un poco más lejos se elevaba la querida Torre del Alba, cuyo camino no estaba cerca, y parte de él corría a lo largo de la cima de una enorme muralla, que cortaba en algún lugar más abajo los cimientos mismos del palacio y se alejaba sinuosamente de él. subiendo un poco más antes de interrumpir en la pequeña plaza que precedía a la entrada de la torre. Los palmerales crujían a ambos lados de la muralla, que solo se podían escuchar debido a la oscuridad, pero no se podían ver.

Luego dirigió su atención a la forma en que se comportaban las Arenas: fluyendo hacia el borde, ellas, como si perdieran su apoyo bajo ellas, se precipitaron hacia estas mismas arboledas, hasta la enorme muralla, y, habiendo llegado a un nuevo soporte, se extendieron más y sin perder su fuerza. Al cabo de un rato, el Príncipe notó un débil resplandor apenas perceptible en lo alto de la torre: el reloj gigante seguía emitiendo arena, que, al caer, se encontraba con sus otras olas, se hacía aún más fuerte y continuaba extendiéndose por todas partes, absorbiendo la realidad.

Sintiendo que una suave brisa le bañaba la espalda de repente, el Príncipe se volvió involuntariamente y, una vez más, su mente se sorprendió: enormes nubes de arena de color blanco dorado ondeaban justo a su lado. Como una gran hoguera, no obedecieron a la corriente general, e incluso la estorbaron, absorbiendo sus fuerzas y ardiendo aún más brillantes, y, elevándose más y más alto, se elevaron justo por encima del lugar desde el que el Príncipe había saltado recientemente. Dio unos pasos hacia adelante, aparentemente por interés e incapaz de resistir el seductor resplandor. El príncipe sintió un frío penetrante, y las arenas que lo rodeaban estaban casi cegadoras con su luz brillante. Ahora ya no daban la impresión de ese polvo ligero y suave que lo enredaba todo a su alrededor, ahora las Arenas se volvían verdaderamente

materiales, podía pasar su mano sobre ellas y sentir su resistencia; A primera vista, parecían una niebla espesa, igual de blanca, pero más tangible. Y esta niebla de arena envolvió el cuerpo y la mente del Príncipe, y esta última, aparentemente habiendo experimentado demasiados sobresaltos últimamente, comenzó a derretirse; La realización de la realidad convertida en lamentables retazos, jirones, fragmentos. Y luego desapareció por completo. Lo último que recordó el príncipe antes de desplomarse en el suelo, exhausto, fue el ardor helado de la daga, que se filtró incluso a través de su vaina y ropa. Tan helado que varias olas recorrieron su cuerpo, obligándolo a abrir los ojos brusca y ampliamente, sus párpados que con una fuerza increíble intentaron cerrar y llevar la conciencia del Príncipe lejos de este mundo por completo. En los últimos segundos, incluso creyó oír algunas voces confusas.

Capítulo 12. Blanco

Asha, el primero en vencer la indecisión, siguió adelante: en parte lo impulsó el interés, en parte el deseo de lograr su objetivo: salvar a la princesa.

Ya desde la distancia se sentía que la ciudad parecía estar desierta. El aliento de vida voló con los destellos blancos. La enorme puerta estaba ligeramente entreabierta y una niebla ligeramente amarillenta la atravesaba.

Asha se quedó un rato frente a la puerta, sin atreverse a entrar. Ajit, tratando de mover su caballo lo más silenciosamente posible, se acercó a él y le dirigió una mirada inquisitiva, sin atreverse a decir nada en voz alta. Aunque los pensamientos eran aún más peligrosos.

Finalmente, cortando el hilo del miedo que parecía retenerlos a este lado de la puerta, Asha y Ajit se abrieron paso a través de un espacio bastante estrecho y entraron en la ciudad. Frente a ellos se extendía el mismo magnífico y ancho camino, que después de cincuenta pasos desapareció de la vista en el silencio de la noche. Enormes escaleras subían a lo largo de la muralla de la ciudad, a ambos lados de la puerta. No se oía ni un ruido alrededor, como si todos los seres vivos se hubieran evaporado a la vez.

Y, sin embargo, el sentimiento de ansiedad no los dejaba ir, persiguiéndolos, como la desesperación, pisándoles los talones. ¿O tal vez fue la desesperación? Algo que ahora era visible en cada mota de polvo en el aire nocturno. Ajit miró a su alrededor con cautela, como si buscara algo específico, familiar para él desde hace mucho tiempo, pero no menos aterrador.

En ese momento, las nubes sobre mi cabeza finalmente se habían disipado, revelando un hermoso cielo estrellado, ardiendo con un millón de luces doradas, cada una de las cuales era de alguna manera especialmente linda. Parecía que si eliminabas uno de ellos, toda la imagen perdería su encanto único. La luz de la luna se extendía suavemente sobre los tejados de las casas más cercanas, caía bruscamente sobre los árboles, cuyas hojas la cortaban y salpicaban gotas blancas y azules a los lados. La muchedumbre celestial complementaba todo esto con una especie de silencio que lo abarcaba todo, haciendo que el corazón palpitara con cada susurro accidental. Quería respirar en la noche para siempre, sintiendo el dulce aroma de la brisa caprichosa. Como el lodazal más pantanoso, la noche absorbía a cualquiera que fuera capaz de sentir su grandeza aunque fuera por un segundo, absorto total y completamente. Toda la mente, toda el alma, todo el corazón y todo el cuerpo. Parecía que las estrellas mismas respiraban este maravilloso aire fresco, la luz de las demás y la negrura del cielo.

De repente, Asha, que caminaba un poco detrás, se detuvo bruscamente. Su rostro mostraba el deseo de continuar, pero su cuerpo parecía negarse a obedecerle. El miedo se aferró a él de la cabeza a los pies en un movimiento brusco y lo encadenó al suelo. Ajit, como empapado por el miedo de su compañero, también se detuvo y comenzó a escuchar aún más atentamente. Y por una buena razón...

A un par de pasos de distancia, cada uno de ellos pareció oír un paso vacilante, no exactamente como uno humano, porque era tan esquivo que no se podía oír, sino sentir. Sí, para sentirlo. Parecía que una persona invisible deambulaba junto a ellos, no por el mismo camino de piedra, sino como si se filtrara a través de sus pensamientos, absorbiendo sus migajas más pequeñas para ganar un poco de fuerza y dar unos pasos más. La sensación que todo esto evocaba era difícil de describir. A veces a Asha le parecía que estaba a punto de oír la voz de alguien y, si no seguirla, al menos escuchar atentamente. Y era como si él mismo estuviera buscando este aliento fantasmal, pero no podía dar el último paso, el hilo entre él y lo desconocido se rompía con cada intento.

Ajit sintió algo similar, pero no tan claramente. No esperó una voz y no corrió a su encuentro, pero también sintió la presencia de alguien, apenas perceptible. Pasaron unos segundos y sintió otro leve movimiento un poco alejado del primero, pero inextricablemente ligado a él. No está claro si todo esto era parte de algo único o si eran dos satélites desconocidos que pasaban silenciosamente.

Y entonces, tan súbitamente como había aparecido, desapareció esa extraña vibración etérica en el aire, que parecía no tener forma material, y sólo podía producir un suave susurro que sólo podía oírse por la noche, cuando todo estaba dormido.

¿Quizás esta es la mejor recompensa en la vida de una persona: escapar de la vida ruidosa y convertirse en silencio, que cobra vida cada noche y continúa su camino misterioso, lleno de maravillas incomprensibles para una persona común? Es un milagro ayudar a alguien para que él mismo no note esta influencia, susurre algo en un sueño y se aleje, sin esperar gratitud por lo que no parece hacer. Vaga silenciosamente por el mundo en busca de almas fuertes que necesiten ayuda. Recorrer un millón de caminos sin dormir ni descansar, dando todo de ti mismo, incluso lo que solo tiene un fantasma invisible e incorpóreo, viviendo según leyes completamente diferentes junto con las personas, pero imperceptiblemente para ellas.

Una ráfaga de viento aleatoria dispersó la visión fantasmal, dispersándola hacia los lados.

—¿Tú también oíste algo? Ajit de repente no pudo soportarlo y preguntó.

–Sí... En algún lugar cercano, pero no vi nada —respondió Asha, volviendo en sí—. "Algo extraño está pasando aquí, ¿no crees?"

Antes de que Ajit pudiera responder, de repente escuchó un sonido mucho más claro de pasos. Él y Asha se apresuraron a esconderse a la sombra del arbusto más cercano, que estaba justo encima de ellos. E inmediatamente miraron con ojos cansados a la oscuridad, cuyo silencio se había roto tan audazmente un par de segundos antes.

Un soldado pasó junto a ellos en el camino. A juzgar por la dirección que había elegido y la confianza en su rostro, estaba a punto de abandonar la ciudad. En su paso había una especie de ansiedad, parecida al miedo. A veces casi empezaba a correr, pero aún así se movía con bastante lentitud. Asha y Ajit habían estado observando en silencio la procesión del desconocido durante más de un minuto, y no iban a mostrarse ante él: ahora necesitaban pasar lo más desapercibidos posible. El soldado ya se acercaba a la puerta y estaba a punto de desaparecer detrás de ella, si su atención no hubiera sido atraída por un sonido metálico agudo que provenía claramente de algún lugar a un lado. Se detuvo al instante y se volvió lentamente en la dirección del sonido, que ya se había repetido varias veces, como si considerara si debía alejarse de este lugar o quedarse para averiguar qué estaba pasando. La vacilación que recorría su cuerpo literalmente lo destrozó, sus manos temblaban, y era visible incluso desde la distancia que Asha y Ajit estaban. Y él mismo lo sintió, pero no pudo hacer nada para calmar el temblor y realizar al menos alguna acción. No era el miedo lo que lo detenía, sino algo más. Al tomar una decisión, parecía estar en la frontera de dos mundos, equilibrándose entre el deseo de ayudar y la indiferencia. Sí, para ayudar, entendió perfectamente lo que significaban esos sonidos. Estos fueron intentos patéticos de algún soldado milagrosamente sobreviviente para defenderse de uno o más asesinos de arena que no toleraban ninguna presencia de vida y trataban de destruirla lo más rápido posible.

El estrépito del metal se escuchó no muy lejos, mezclado con los sonidos de las carreras de alguien y la respiración suave y entrecortada. En el silencio, todos, incluso el más leve sonido, se encendieron como un manojo de chispas, que fueron transportadas por el viento en todas direcciones a una larga distancia. Un momento después, un soldado persa saltó de los arbustos en el lado opuesto de la carretera, agachado. Corriendo hacia el centro, se detuvo y se giró para encontrarse con el monstruo de arena que lo perseguía y trató de atacar. En este movimiento suyo, la desesperación y el miedo eran claramente visibles. Parecía que la muerte ya estaba detrás de él, casi cerca de él, y lo abrazaba por los hombros. Al captar este movimiento desesperado, el monstruo de ojos amarillos, que era más

grande que su víctima, respondió con un golpe tan poderoso que la espada del persa hizo un fuerte ruido metálico y voló hacia un lado. Y antes de que pudiera correr tras él, sintió que una cuchilla fría le cortaba el estómago. Por alguna razón, lo agarró con ambas manos, dio un paso atrás y, cerrando los ojos, cayó muerto. En el mismo momento, otra espada se clavó en el monstruo: el primer soldado corrió y trató de atacar a la carrera. Venció su indecisión, y esta elección pareció inclinarlo en una de las direcciones entre las que vacilaba. Pero la crueldad, o más bien la rabia ciega que llenaba sus ojos, no le permitió permanecer allí por mucho tiempo, literalmente sacándolo de allí por la fuerza. Esta confrontación dentro de él no podía continuar indefinidamente y comenzó a estallar en forma de destellos amarillos brillantes. La arena todavía lo empapaba, aunque inicialmente no se notaba externamente. Ahora, como si sintiera la fuerza, salía corriendo, ayudando a la discordia interna que desgarraba al soldado, privándolo de su naturaleza humana. Y al mismo tiempo, perdió su derecho a elegir. Y la Arena ya había hecho su elección y se acercaba más a su objetivo con cada segundo, y esta elección no se hizo hace un segundo o un minuto, sino en el mismo momento en que aparecieron las Arenas. Y desde entonces, no ha habido ni un solo cambio. Desde el principio, contenían una crueldad ideal e indestructible, imbuida de conocimiento absoluto, pero completamente sin objetivo, diseñada no para crear, sino para destruir. Y un día, las Arenas tuvieron que estallar para desgarrar los corazones humanos y hacer un vacío de bondad, llenando el mundo con todo lo más oscuro y terrible que se esconde en los rincones más secretos de las almas humanas. Y ganando aún más poder, empapándose en esta negrura, Sand ganó. Acercándose lentamente al rostro de los condenados, la muerte arenosa corroyó su cuerpo, esparciendo nubes de polvo amarillo a su alrededor. Habiéndose ocupado rápidamente de todo, excepto del cuello y la cabeza, la Contradicción también se apoderó de ellos. Las grietas brotaron de sus ojos, destrozando su rostro. La muerte trepó obstinadamente e incluso obstinadamente por las mejillas del soldado. Y ahora solo le quedaban los ojos de su rostro. No perdieron su color humano hasta el último momento, pero al final, como si se rindieran a merced de un enemigo despiadado, primero se volvieron negros y luego lanzaron dos rayos de luz increíblemente brillantes y casi blancos, cegadores, después de los cuales un soplo aleatorio llevó dos pequeñas nubes de polvo brillante en diferentes direcciones. Y solo un puñado de cenizas doradas, esparcidas sin piedad por un fuerte viento que soplaba de la nada, recordaba que una persona viva acababa de estar allí.

Como si aplastara deliberadamente este último recordatorio con su pie, el monstruo ileso se dirigió directamente hacia Ashe y Ajit, quienes estaban fascinados por todo lo que estaba sucediendo,

aunque cada uno de ellos estaba sorprendido a su manera. El silencio absoluto y la respiración contenida no los ayudaron: el monstruo escuchó sus pensamientos y se irritó cada vez más con cada latido de sus corazones. Y era absolutamente imposible calmar el flujo de pensamientos.

Al darse cuenta rápidamente de lo que estaba sucediendo, ambos guerreros saltaron de los arbustos y, sin ponerse de acuerdo, rodearon al enemigo arenoso por diferentes lados, aparentemente tratando de confundirlo. Ya no tenía sentido esconderse: el enemigo estaba claramente definido y no se sabía si alguna de las personas seguía viva.

Asha, desenvainando su espada, fue el primero en dar una fuerte embestida hacia el enemigo y casi comete un error fatal, similar al cometido hace unos minutos por un soldado persa asustado, cuyo cuerpo sin vida yacía muy cerca, recordando incansablemente el peligro de acciones precipitadas. El golpe de Asha no causó ningún daño al enemigo. Él, a su vez, blandió inmediatamente su espada, cortando el aire con un terrible silbido. Era el aire, porque en el último momento el indio logró captar la intención del monstruo, y no está claro cómo, no lo vio, pero lo sintió en el aire un momento antes del mismo movimiento. No desanimado en absoluto por el pequeño contratiempo, Asha continuó la batalla: agachado, inmediatamente golpeó al monstruo en las piernas e instantáneamente se lanzó hacia un lado, porque el enemigo desequilibrado cayó sobre él. Era muy grande, y Asha decidió que no le agradaría mucho ser aplastado por este enorme cuerpo. Toda la pelea no duró más de un par de segundos, por lo que Ajit no tuvo tiempo de unirse a ella. O tal vez no iba a hacerlo. Aunque sus siguientes movimientos lo negaron claramente. Solo esperó el momento oportuno y se apresuró a ayudar a Asha. Pero, a diferencia de los movimientos caóticos de este último, Ajit eligió la táctica de golpes únicos y precisos. Dando un paso brusco y levantando su espada por encima de su cabeza, saltó sobre la espalda del enemigo, quien por alguna razón dejó de seguirlo y fue distraído por Asha. A pesar de su edad, Ajit saltó hacia adelante con la agilidad de un joven, clavando su espada en su ancha espalda, apoyando sus pies en ella después de saltar y agarrando el hombro izquierdo del enemigo con su mano libre, colgando de él. E inmediatamente presionó la espada aún más fuerte, de modo que su punta apareció al otro lado del pecho del monstruo, mientras inclinaba todo su cuerpo hacia atrás. Pero el enemigo ya estaba cayendo hacia adelante: Asha atacó hace un momento. Por lo tanto, Ajit voló al suelo con el monstruo. Al final de su caída, se escuchó el sonido de una espada golpeando una piedra. Pero Asha notó de inmediato que algo inusual estaba sucediendo: la espada de Ajit parecía estar lastimando al enemigo ... Al caer, dejó de resistirse. En

ese momento, Asha notó un brillante resplandor amarillo dorado que parecía emanar del pecho de Ajit y duró más de un segundo y se encendió más y más con cada nuevo. Después de unos momentos, su espada brilló con la misma luz. Pero no era la espada en sí la que brillaba, era la arena la que brotaba del cuerpo del monstruo. Sin embargo, una vez fuera, no voló con el viento, sino que comenzó a envolverse alrededor de la hoja que lo liberaba de su prisión, como una especie de planta, impregnándola y al mismo tiempo obedeciéndola. Cuando la luz se volvió insoportablemente brillante y la mano de Ajit, ahogada en ella y aún sosteniendo la espada con fuerza, temblaba, Asha se levantó del suelo y dejó escapar un suspiro de sorpresa lleno de incomprensión. En los ojos de Ajit, por el contrario, había una certeza absoluta, como si no fuera la primera vez que se encontraba con todo esto. Pero el horror en su rostro, al mismo tiempo que la persistencia, demostró que no estaba muy contento con eso.

Ese aliento pareció traer a Ajit de vuelta al mundo real, alejándolo del contacto con las Arenas. Sacó la espada de su espalda desmoronada y agarró algo en su pecho con la mano, extinguiendo instantáneamente la extraña luz. Se levantó del suelo, bajó bruscamente la mano izquierda, pero el resplandor no se reanudó. Había desaparecido, pero en su pecho se veía un medallón que colgaba de una cadena.

–Un qué... ¿Qué fue eso? ¿Qué está pasando en general? —preguntó Asha confundido, con un temblor en la voz. Ahora en sus ojos se podía leer que estaba dispuesto a oír cualquier cosa menos un silencio abrasador.

–¡No sé! Ajit gritó bruscamente, incluso groseramente.

—Pero... —exclamó otro indio aún más indeciso—.

–¡¿Un qué?!

–Medallón...

"¡¿Qué le pasa?!"

"¡Brillaba!"

—¡Eso pensabas!

—Pero... —repitió Asha, y al darse cuenta de ello casi se convirtió en un susurro.

–¡Basta! ¡Recobrar la compostura! ¡Tienes miedo, y el miedo es nuestro principal enemigo ahora! Ajit sintió que le temblaban las manos mientras hablaba.

Asha se quebró. Incapaz de soportar una presión tan segura, abrió la boca por última vez, pero se detuvo y, sin hacer ruido, creyó Ajit. Pero la emoción no abandonó su pecho, sino que constantemente se llenaba de profundos suspiros. Su corazón latía tan fuerte que parecía como si estuviera a punto de saltar de la jaula de huesos con su vida, desgarrando las costillas en patéticas astillas. Es posible que

sólo la esperanza que vivía inextinguible en cada gota de su alma mantuviera viva la vida en su cuerpo tembloroso. Y esta misma esperanza impregnaba a Asha cada vez más e incluso parecía desbordarse, convirtiéndose lentamente en una tímida confianza. Como si pudiera existir incluso en el vacío, liberada hacia afuera, poseía un increíble poder vivificante que podía mantener la vida incluso si estaba demasiado cerca del borde de la muerte.

"Sigamos adelante. No creo que nuestras aventuras hayan terminado todavía —dijo Ajit vagamente—.

—Sí —respondió Asha de inmediato, mirando el puñado de arena triturado—. Por alguna razón, quería creer que este guerrero no estaba muerto. Después de todo, hace unos minutos era tan real, tan...

Ajit interrumpió los pensamientos de Asha colocando su mano en su hombro y diciendo enérgicamente:

–¡Vamos!

Y en absoluto silencio avanzaron por el camino, aferrándose a su borde derecho.

Capítulo 13. Faro

Cuando el príncipe recobró el conocimiento, se encontró todavía tendido en el mismo suelo de mármol del balcón. Todavía era de noche, lo que significaba que no había estado allí por mucho tiempo. No mucho en el tiempo, pero no en términos de la cantidad de lo que experimentó en sus sueños. Si se le pudiera llamar sueño.

Frotándose los ojos con una mano, se apoyó en el frío suelo de piedra con la otra y se puso de pie. Parpadeando un par de veces, miró a su alrededor, al mismo tiempo que intentaba averiguar qué había sucedido y reconstruir el cuadro de los acontecimientos recientes. Recordaba, aunque vagamente, una mancha roja. Recordó las nubes blancas y amarillas que se lo tragaron. Recordó que había visto algo en un sueño. Pero se olvidó de qué exactamente. O mejor dicho, no podía recordar de inmediato, pero algunos fragmentos de sueño se depositaron en su cabeza, y los juntó uno por uno. Sin embargo, el panorama seguía pareciendo muy vago. Al no encontrar nada especial en ella, tomó todo lo que le había sucedido recientemente como un sueño delirante ordinario y trató de deshacerse de él. El príncipe caminó hasta el borde del balcón y miró el cielo nocturno. El viento fresco era como una brisa matutina y una ligera escarcha corría por mi piel. Una mancha oscura se destacó bruscamente entre todo el cielo: la Torre del Amanecer bloqueó las estrellas y parecía como si alguien hubiera cortado una pieza entera del cielo. El polvo de arena en el aire se disipó un poco, y la misma nube en la que había entrado el Príncipe desapareció, aunque el aire todavía era de alguna manera pesado y sofocante: la arena no desapareció, simplemente se volvió invisible y absorbida por cada partícula del espacio.

Caminó varias veces sobre el lugar donde se arremolinaban enormes nubes. No hay problema. El mismo aire vacío a diez pasos de distancia, como en el borde del balcón y, probablemente, en toda la ciudad. Caminó aún más lejos, más cerca de la pared desde la que había caído tan infructuosamente, con fragmentos de vidrios rotos brillando por todas partes, y en un lugar había dos manchas oscuras. El príncipe se inclinó hacia ellos, ensangrentado. Probablemente el suyo propio. Fluyó porque estrelló sus manos contra estos fragmentos durante la caída. Y debe haber sido muy doloroso. Pero él no recordaba este dolor. Y ahora no lo sentía. Se miró las manos, una completamente limpia, sin heridas, la segunda envuelta en una tira de tela blanca, pero parecía estar completamente sana. Desenrolló el vendaje apretado: de hecho, el brazo estaba completamente intacto, no había cortes, manchas de sangre o incluso cicatrices en él. Aunque recordaba claramente cómo se cortó la mano con la espada. Y esto lo hizo sentir de alguna manera incómodo. Por supuesto, no da

miedo, pero de alguna manera es incómodo. La sorpresa se mezcló con la incredulidad. Pero era una tontería resistirse a la verdad obvia, no se perdería: las Arenas curaron su mano.

–¡No! ¡Esto no puede ser! Por alguna razón, dijo el Príncipe en voz alta.

No creía que las Arenas, que lo querían muerto, hubieran cambiado repentinamente su actitud hacia él. Todavía le parecían una amenaza mortal, y el príncipe buscaba alguna otra explicación para lo que había sucedido. Pero no lo encontró. Trató de enterrarse lo más profundamente posible en sus recuerdos que habían sido descartados un momento antes. Algo borroso e informe flotaba en su memoria. Unos pocos puntos brillantes manchados en un lienzo enorme.

Manchas... La mente del Príncipe se aferró a esta palabra y comenzó a recordar algo frenéticamente. Caminaba en un sueño. Sí, no se quedó quieto. ¿A dónde iba? No lo recordaba. ¡No, no fue, corrió! De alguien o de algún lugar. Mucha luz azul... Y luego la noche. No, no había noche, le parecía. Pero, ¿qué pasó entonces? ¡Agua! Una gran fuente con agua. Recordaba vívidamente haber sumergido ambas manos en el agua y lavarse la cara. Como si una frialdad vivificante corriera por mis manos, llevándose consigo el dolor... ¡No, todo está mal! Un conjunto incoherente de manchas. ¡Sí! ¡Un lugar en el aire! ¡Muchos manchas, diferentes colores! Y por alguna razón, uno blanco y otro negro. Y huyó de esta última. Hacia la luz amarilla. ¡Calentó y sanó su mano! Así que, después de todo, Sand lo ayudó. ¡Literalmente lo salvó!

Todos estos saltos de conciencia marearon al Príncipe y se sentó en el suelo.

"¡Entonces, tan, tan! Se dijo a sí mismo y comenzó a sumergirse en sus recuerdos una vez más.

Lo primero que vio fue a sí mismo, acostado de lado a la luz de la luna en el suelo de mármol, con las rodillas dobladas hacia la cabeza. Pero en ese momento, sintió que estaba en el cuerpo de otra persona, y este alguien estaba dando un paso atrás. Lentamente, paso a paso, hasta el borde del balcón, hasta la barandilla... y más allá de ellos, por el aire, en la desconocida distancia nocturna. Y entonces todo se apagó y se perdió en la niebla. Y vio el mundo con sus propios ojos. La línea entre el sueño y la realidad se perdió, y el Príncipe estaba completamente confundido. A veces empezaba a pensar que todavía estaba en un sueño. Pero rápidamente se convenció de esto: todos sus sentimientos eran demasiado reales ahora.

De repente, la cara de alguien apareció frente a él. No del todo humano, demacrado, con los ojos ennegrecidos, en el centro de los cuales ardía una pupila blanca. Y se vio a sí mismo en esos ojos.

Extendió la mano... Y en un instante, todo desapareció, su rostro se desdibujó en el aire y se despertó.

Los pensamientos volaban como un enjambre de abejas en la cabeza del Príncipe, pero nunca fue capaz de unirlos. Y además, volvió a recordar el destello rojo. Miró a su alrededor: desde el balcón, a ambos lados de la ventana, dos amplias escaleras conducían a alguna parte. Se dirigió a la de la izquierda, la trepó y descubrió que conducía al balcón del vestíbulo donde había luchado con su padre.

Aquí, en la parte superior, las paredes eran de un color diferente, rojo parduzco, hechas de madera. Estaban colgadas con cuadros a lo largo de toda su longitud, y no lejos de la puerta por la que el Príncipe había entrado un par de momentos antes, había otra, pero la entrada estaba ligeramente cerrada... con una cortina roja. Exactamente rojo. Su conciencia, que había estado en caos durante más de una hora, de repente se convirtió en algo armonioso y comprensible. Todo encajó, pero no mejoró. ¿Por qué se acordaba tanto de esta cortina? Dejó las Arenas para encontrarse con lo desconocido y seductor, y resultó ser un trapo patético sin sentido. Una ilusión estúpida que lo llevó por mal camino. El príncipe sabía que era evidente que algo andaba mal en su cabeza. Caminó hasta el borde y apoyó ambas manos en la barandilla. Su mirada estaba fija hacia abajo, pero parecía sumido en el vacío. Se hundió en pensamientos sin forma, su estado de ánimo se deterioró bruscamente, aunque ya estaba incómodo. Y habría sido aún peor si el sonido aleatorio no lo hubiera arrancado del torbellino de sus propios pensamientos, que lo devoraban sin piedad. Levantó bruscamente la cabeza y vio en el lado opuesto, en el mismo balcón, a una chica vestida de rojo con el pelo negro ardiente. El mismo cautivo que había visto durante la caminata por el desierto. El que ...

Ella lo vio, y con un grito de miedo salió corriendo, tirando a un lado la misma cortina que corría.

–¡Esperar! —gritó el príncipe tras ella, tendiéndole la mano—.

Su llamada, que resonó por la sala, quedó sin respuesta, solo se escuchó el sonido de pasos rápidos que se retiraban.

Ahora bien, la presencia de cualquier persona verdaderamente viva era increíblemente importante para el Príncipe. Tal vez para calmarse y entender lo que está pasando. Nunca el sentimiento de soledad se había apoderado de él con tanta fuerza, nunca lo había golpeado tan dolorosamente. Sintió una sensación extraña en el pecho, como si le faltara algo, como si le hubieran arrancado un pedazo o le hubieran sacado un corazón, y este vacío le causaba un dolor ardiente. Y solo la presencia de alguien podía llenarlo. Que fuera un prisionero indio asustado, ahora no importaba en absoluto. Los conceptos de "amo" y "esclavo" simplemente no podrían existir

ahora. Ahora todo el mundo estaba dividido en personas y no personas. Y parece que hubo mucho más de esto último.

Quería correr detrás del desconocido, pero no sabía correr por el aire y, dándose cuenta a tiempo, corrió a lo largo de la barandilla hacia la ventana. Corriendo hacia la pared, la examinó más de cerca: desde la distancia vio una pequeña repisa que rodeaba la ventana en la parte superior: pudo llegar rápidamente al otro lado. Retrocedió unos pasos para correr, corrió bruscamente hacia la pared, y cuando llegó a ella, dio unos pasos a lo largo de ella, estirando el brazo derecho lo más alto posible y al mismo tiempo tratando de empujar hacia arriba con el izquierdo. Y casi logró alcanzarlo, pero cuando llegó a la cornisa, su mano, húmeda de sudor, se deslizó traicioneramente a lo largo de la viga, y el Príncipe voló hacia abajo con una mirada extremadamente desconcertada. Su error fue que cuando corrió por la pared, había avanzado demasiado hacia la izquierda y ahora tenía todas las posibilidades de caer desde una gran altura. Pero, afortunadamente, el Príncipe logró estirar su brazo derecho y agarrarlo alrededor de la barandilla, que no estaba afilada y, aparte del dolor del golpe, no sintió nada especial. Sin embargo, esta posición con las piernas colgando, sin ningún apoyo, no le convenía mucho, y lanzó su mano izquierda por encima de la barandilla e inmediatamente volvió a subir al balcón. Pero no iba a retirarse, aunque hubiera sido mucho más fácil volver a bajar las escaleras hasta el balcón de fuera, y luego subir por la derecha hasta el otro balcón y correr detrás de la chica, que probablemente ya se había escapado. Pero ahora la terquedad se apoderó de él, y volvió a retroceder unos pasos para acelerar mejor. Pero esta vez actuó más deliberadamente, primero empujando la barandilla y luego continuando corriendo por la pared, inclinándose un poco hacia la derecha, no queriendo aumentar el número de muertos esa noche a costa de su vida. Y así, dos palmas, cuidadosamente limpiadas en las perneras del pantalón, se engancharon en la repisa. Ahora tenía que moverse con cuidado hacia la izquierda, tratando de no presionar el cristal. O es mejor colgar ambas piernas hacia abajo, confiando en la fuerza de los brazos. Y así lo hizo. De lo que se arrepintió, al no tener tiempo de superar ni siquiera una cuarta parte del camino. Por alguna razón, fue en el momento más inoportuno cuando la fatiga se apoderó de él en una ola despiadada y continuó drenando persistentemente sus fuerzas. Trató de apoyar suavemente los pies en la ventana, pero cuando escuchó un crujido sospechoso, inmediatamente decidió renunciar a la idea y, de alguna manera, controlándose, comenzó a mover las manos hacia la derecha. Le parecía extraño, pues tales obstáculos casi nunca habían sido tan difíciles para él. Pero era imposible discutir con su propio cuerpo: siempre tenía razón, incluso si era completamente inapropiado. Con

gran dificultad, el Príncipe finalmente llegó al borde de la cornisa en la pared y saltó. Aparentemente, la idea de una transición tranquila a lo largo de las dos escaleras que conectan los balcones ni siquiera iba a venir a su mente, porque iba a subir la cornisa nuevamente, pero con un nuevo objetivo y de una manera ligeramente diferente. El príncipe vio justo encima de él un pequeño hueco en la pared, lo suficientemente grande como para enganchar su mano en él. Después de permanecer de pie un poco más, estrechó ambas manos varias veces, tratando de deshacerse de los grilletes de la fatiga, y volvió a correr por la pared, todavía empujando la barandilla y lanzando ambas manos lo más alto posible. Y lo consiguió de nuevo. Ahora su objetivo era esta misma muesca, que estaba situada exactamente encima de su cabeza. Reuniendo fuerzas y preparando su brazo derecho, se inclinó con todo su cuerpo, y luego, empujando con las piernas y la mano izquierda, hizo un fuerte tirón hacia arriba y lanzó la derecha de modo que se enganchó en el hueco. ¡Listo! El príncipe se aferró a ella con confianza. Ahora, inclinándose más cerca de la pared y recogiendo lo que podía reunir, trató de levantarse para lanzar su pierna derecha sobre el estrecho saliente de piedra. Bastante peligroso, porque podía deslizarse fácilmente hacia abajo y golpearse la espalda o la cabeza. Pero todo salió bien, y el Príncipe logró poner su pierna derecha e izquierda en la cornisa la primera vez. Y así, firmemente en pie, se apretó contra la pared, abrió los brazos como si tratara de envolverla y caminó hacia el otro lado. Bastante lento, pero mucho más rápido en comparación con el método anterior. Al llegar finalmente a otro balcón, sin experimentar ninguna dificultad particular en el camino, el Príncipe comenzó a descender del soporte poco confiable. Pero aún más debilidad se despertó en sus brazos, y cuando la sintió, decidió simplemente saltar. Habiendo hecho esto con envidiable facilidad, sin vacilar, se precipitó hacia el arco por el que había desaparecido el desconocido. Sus piernas le obedecían, y esto le hacía sentirse aún más seguro. Detrás de la cortina había un largo pasillo con muchas puertas. Fragmentos de paredes estaban esparcidos por todas partes: en algunos había enormes agujeros y brechas que abrían habitaciones adicionales y pequeños salones, a los que este pasillo no conducía originalmente. Sin saber a dónde correr, el Príncipe decidió avanzar, sin girar a ningún lado y sin mirar a su alrededor. E inmediatamente tuvo que desprenderse de esta intención: escuchó un grito humano asustado, parecía ser el de una mujer, y se detuvo abruptamente. El grito era increíblemente fuerte, lleno ni siquiera de horror, sino de algo aún más terrible, y resonaba por todo el corredor, perdido en él. A la izquierda del Príncipe había una habitación alargada de tamaño mediano con una cama en el centro, cuya entrada era ahora un gran agujero en la pared, casi de tamaño humano, hecho a la altura de su

pecho. Inclinando la cabeza, el Príncipe no dudó en trepar por la pared y, saltando al otro lado, trató de evaluar inmediatamente la situación. Frente a él, uno frente al otro, había una joven rubia y un monstruo de arena, bajito pero particularmente feo. Este último retorció una pesada cadena de metal en sus manos y miró depredadoramente a la niña, que estaba casi loca de miedo. Parecía una concubina ordinaria. Cuando el Príncipe dio unos pasos, ambos se fijaron en él. Pero si el monstruo miró al Príncipe durante mucho tiempo, entonces la concubina, al verlo y aprovechando el hecho de que distrajo al monstruo, se alejó corriendo, saliendo de la habitación a través de una puerta ordinaria que se encontraba en el otro extremo de la habitación.

Afortunadamente, el monstruo estaba solo aquí, y el Príncipe decidió que no le sería difícil lidiar con él. Sacó una daga de detrás de su espalda y sacó su espada, luego inmediatamente corrió hacia el monstruo y trató de golpearlo con la larga hoja lo más fuerte posible para privarlo de la mano que apretaba su único medio de defensa. Pero antes de que la espada pudiera alcanzar su objetivo, el monstruo balanceó su cadena y la arrancó de la mano del Príncipe con un movimiento brusco. Y luego volvió a balancearse, esta vez rodeándolo con el brazo. Y el Príncipe sintió de inmediato el frío penetrante y terrible que impregnaba la cadena. Y este frío se deslizó dentro de él, quemándolo, y la cadena pareció envolverlo aún más fuertemente, y debido al frío, pareció adherirse a su piel, causando un dolor salvaje. Gritando fuertemente, el Príncipe movió su mano hacia él, tratando de liberarla. Y lo logró la primera vez, pero tuvo que pagar un precio: la cadena, que no quería dejarlo ir tan fácilmente, cayó detrás de su mano junto con trozos de piel, que instantáneamente formaron varias heridas oblongas en ella, que inmediatamente comenzaron a sangrar terriblemente. Después de eso, el Príncipe literalmente se volvió loco. Gritando aún más fuerte, golpeó al enemigo de un salto con ambos pies a la vez, cayendo de espaldas y lanzando a su oponente a una distancia considerable. E inmediatamente se puso en pie de un salto, el Príncipe huyó y de un salto plantó una daga directamente en el pecho del monstruo aún yacente. Sin embargo, al final, antes de desaparecer en el aire, logró azotar al Príncipe en la espalda con su cadena, lo que lo hizo presionar aún más fuerte la daga, clavándola en el cuerpo del monstruo como un diente. Pasó un segundo, y esta cadena era lo único que recordaba la reciente existencia de un monstruo que se había roto en miles de pequeños granos de arena, algunos de los cuales habían sido tragados por la daga, y otros habían sido tragados por la arena que había impregnado el aire.

Todavía lleno de rabia, el príncipe se puso en pie de un salto, corrió hacia su espada, la agarró y miró a su alrededor. Nadie. El

flujo de una fuerza increíble disminuyó abruptamente, sintió una fuerte sensación de ardor en su mano. La miró y descubrió que, afortunadamente, a pesar de las múltiples heridas, la sangre no fluía tanto. Y de nuevo, una fatiga insana se extendió por su cuerpo, confundiendo sus pensamientos, nublándolos y destruyéndolos. El príncipe no quería correr detrás de la concubina asustada, y ya había echado de menos al cautivo indio, y ahora había vuelto a perder el hilo que de alguna manera lo conectaba con lo que buscaba. Y quería poner fin a la pesadilla de que había extendido los brazos sobre la ciudad y le había exprimido todo el jugo, tal y como ahora le estaba haciendo el cansancio. Las constantes oleadas de fuerza y estado de ánimo, que aparentemente eran causadas por las Arenas, lo agotaron bastante.

El príncipe decidió regresar a la sala del trono. Fue allí donde todo comenzó, tal vez también había alguna pista para el rompecabezas. Se acercó a la pared y comenzó a escalarla, lo que debería haber sido más fácil ahora, porque había una gran piedra rota de este lado, pero la fuerza del Príncipe lo abandonaba aún más rápido que las gotas de sangre que goteaban de sus dedos. Por lo tanto, este obstáculo le causó muchos problemas antes de que finalmente se parara con más o menos confianza con ambos pies en él. Y luego se tambaleó de la sorpresa, casi cayendo de espaldas. En el corredor, a una docena de pasos del Príncipe, más cerca de la pared opuesta, estaba el mismo desconocido con túnica roja y miraba al Príncipe. Era evidente por el rostro de la cautiva india que ella misma no estaba del todo preparada para tal encuentro, porque permanecía completamente inmóvil, con ambas manos hacia abajo y sin hacer ningún intento de escapar. Apenas capaz de mantenerse en pie, el príncipe avanzó lentamente. Y ya se estaba preparando para saltar lentamente, para no asustar a un conocido casual que pudiera tener al menos algún sentido en todas sus acciones posteriores o incluso, tal vez, decirle algo sobre lo que estaba sucediendo. Pero entonces sucedió lo más estúpido e innecesario que podía suceder: el Príncipe estaba casi al borde del abismo, y una de las piedras, justo aquella sobre la que descansaba su pierna derecha, se rompió y cayó al suelo. Y el Príncipe perdió su apoyo y voló hacia abajo. Golpeándose la espalda contra las rocas, gritó de dolor y agitó desesperadamente los brazos, tratando de aferrarse a algo. Pero no lo consiguió, y encima de eso, golpeándose la nuca, rodó inconsciente al suelo, golpeándose de nuevo la cabeza, esta vez con la frente, y cortándola contra una pequeña astilla de piedra, tras lo cual quedó tendido completamente inmóvil.

No soñó ni vio nada, solo permaneció acostado durante aproximadamente una hora en un estado completamente inconsciente. Durante este tiempo, la fatiga que lo había enredado

aflojó un poco su agarre, y cuando despertó, se sintió descansado y recuperado. Lo primero que vio cuando se puso en pie y, moviendo la cabeza de un lado a otro, abrió los párpados apretados, fue la mirada de un par de ojos negros fijos en él: un prisionero indio estaba de pie a pocos pasos de él. Sostenía un pequeño arco frente a ella con ambas manos, y se podían ver varias flechas desde detrás de ella. Pero ella no tenía el arco listo, sino con las manos hacia abajo, mostrando su confianza.

El príncipe, por supuesto, no se dio cuenta de esto de inmediato y, no sintiendo la empuñadura de la daga en su lugar habitual, sacó su espada de su vaina -estaba con él- y miró al extraño con una mirada amenazadora. Dio un paso atrás, levantó el arco y cogió la flecha. En ese momento, el Príncipe vio en su brazo, que fue tocado por la cadena, varias vendas hechas con su propia manga. Y solo entonces pudo apreciar verdaderamente lo que estaba sucediendo e inmediatamente dio un paso atrás, diciendo en voz baja:

–Arrepentido.

Los vendajes eran realmente buenos: contenían perfectamente el sangrado y no causaban muchas molestias. Su palma estaba completamente limpia, no manchada de sangre: ¡el ex prisionero, aparentemente, también se encargó de esto! Le dolía la parte posterior de la cabeza, y el Príncipe la tocó con la mano, y luego miró cuidadosamente las puntas de sus dedos, sin sangre. Significa que tuvo suerte y solo se golpeó sin cortarse. Hubo cierta incomodidad al mover la espalda, pero no fue en absoluto insignificante, y el Príncipe lo olvidó instantáneamente. Se pasó la mano por la cara desde la barbilla hacia arriba y se apartó el pelo sudoroso de la frente.

Al tocarlo, el Príncipe sintió un rasguño profundo, pero tampoco sangraba ni dolía, pero no desapareció como una herida en su mano.

—¿Qué pasó? El Príncipe fue el primero en hablar. Su tono era un poco áspero y exigente, pero no avergonzó a la chica en absoluto.

"Te caíste y perdiste el conocimiento. Lavé y vendé tus heridas.

El príncipe apenas entendió sus palabras, no conocía muy bien al indio que ella hablaba, y, captando sólo las palabras «tú» y «heridas», preguntó:

–¿Un qué?

La muchacha pareció entenderlo mucho mejor y trató de decir sus palabras en persa:

"Lavé y vendé tus heridas.

Al oír estas palabras, hizo varios movimientos como si se envolviera la mano con un trozo de tela invisible, mientras mezclaba palabras de su lengua materna con su habla.

Ahora el panorama se ha vuelto más claro. El príncipe, por supuesto, tuvo tiempo de comprender sin sus palabras que fue ella quien le vendó el brazo y detuvo la hemorragia (después de todo, si

no era ella, ¿entonces quién más?), pero ahora estaba convencido una vez más de esto.

"Gracias", dijo. —¿Pero dónde pusiste la daga? El tono del Príncipe cambió a sospechoso. Al fin y al cabo, no eran amigos, sino todo lo contrario, al menos hasta hace poco.

"¿Qué?, quería preguntarte: ¿dónde *lo pusiste* ?", se indignada la chica. "¡Sin él, estamos condenados!

"Estuvo conmigo todo este tiempo, lo recuerdo claramente. Parece que se me cayó hace poco, en algún lugar cercano —replicó el Príncipe algo distraídamente—. Y pensó para sí mismo: "Ella se molestaría conmigo si tuviera una daga. Lo habría sacado y habría huido. ¡Y eso es todo! ¡A partir de ahora, solo confío en mí mismo!"

—¿Quizás deberíamos buscarlo? De lo contrario, todo está perdido... - dijo el ex prisionero con reproche o con tristeza.

—¿Sabes algo de esta daga? ¿O sobre las Arenas? ¿Por qué dices eso? —preguntó el Príncipe con interés.

"Desde que era un niño, mi padre me dijo que dentro de este Reloj de Arena hay una bestia terrible que destruye todo a su alrededor. Que las cosas más terribles comenzarán a suceder si alguien abre las Arenas del Tiempo. Siempre he sabido que la daga es la llave de las Arenas. Traté de detenerte, pero todo sucedió tan inesperada y rápidamente que no se pudo hacer nada", dijo la niña.

"Todo lo que me has contado no es nuevo para mí. La pregunta es diferente: ¿se puede corregir esto de alguna manera? El príncipe respondió con impaciencia. "Simplemente no empieces a decir algo como '¡dame la daga!' Lo haré yo mismo, pero ¿tal vez puedas ayudarme?

"Ya te estoy ayudando. Y te diré todo lo que sé o puedo recordar —respondió el desconocido con la mayor calma posible—. Trató de eliminar todo el resentimiento y la irritación de su voz.

—Habla —dijo el príncipe expectante—.

"Cualquier llave no solo puede abrir, sino también bloquear. Y cualquier animal puede ser devuelto a la jaula. No sé exactamente cómo se puede hacer esto: mi padre guardaba cuidadosamente los secretos de la daga y el reloj, sabía mucho más sobre ellos desde algún lugar que los demás. Lo importante ahora es que hasta que la daga caiga en manos del visir, es débil, se puede tratar con ella, no es omnipotente. Pero si la daga cae sobre él, entonces nadie se salvará", dijo la niña con tristeza. "Sé que no confías en mí. Crees que quiero venganza. Sí, hay una tormenta hirviendo dentro de mí. Es tu culpa por todo lo que ha sucedido en los últimos días, pero ahora no importa. Estamos en medio de una tormenta, la más formidable y despiadada. Y tenemos que aguantar.

"Es todo muy complicado. Tu traicionero visir me ha engañado. ¡Vi a mi padre convertirse en Arena! Y entonces... Ya no era él.

–Lo siento mucho. Sé lo que es perder a un padre. Por eso no quiero venganza. Ya lo has recibido en su totalidad. No esperes mi perdón, sino mírame como un aliado.

Dejando a un lado su expresión de incredulidad, el Príncipe, con la mayor bondad y gratitud en su voz de la que ahora era capaz, dijo por alguna razón en indio:

–¡Gracias!

Una tímida sonrisa se deslizó por el rostro de la chica, rompiendo el muro de desconfianza e incomprensión entre ellos. Y el problema con los idiomas era completamente trivial y al instante dejó de molestarlos a ambos. Lo más importante era que solo eran personas, no monstruos. Pero, solo olvidándose del problema, era imposible resolverlo, por lo que el ex prisionero comenzó por lo más simple. Llevándose el dedo índice al pecho, dijo:

–Faro. Mi nombre es Farah. Soy una princesa india, hija del gran Maharajá.

El Príncipe comprendió estas palabras fácil e inmediatamente, y sin vacilar, respondió:

"Y yo...

Y entonces sintió una sequedad aguda en la garganta: lo atormentaba una gran sed y no podía hablar. Afortunadamente, sus ojos se posaron inmediatamente en una jarra que estaba a unos pasos de él: al parecer, Farah trajo agua en ella, con la que lavó las heridas del príncipe. Y corrió hacia él, vertiendo un chorro de agua en su garganta reseca, que, fluyendo de un ancho cuello, no solo se derramaba en la boca del príncipe, sino que también goteaba por sus mejillas y barbilla, goteando sobre sus ropas y el suelo. Tomando sorbos codiciosos, el Príncipe notó para sí mismo un sabor especial del agua. Tal vez lo parecía porque tenía mucha sed. Pero él mismo no lo creía así, porque cuando las gotas de esta agua fluían detrás de su ropa y caían sobre su piel, también sentía algo especial. Era como si sintiera este sabor en su cuerpo. Aunque al mismo tiempo sabía perfectamente que no había nada como eso en esta agua: que, como el agua común, no tenía el sabor pronunciado que tenía la comida, pero aún así, estas gotas de alguna manera tenían un efecto especial en sus pensamientos. Ellos, todavía corriendo frenéticamente en su cabeza, gradualmente disminuyeron la velocidad y se despejaron, los innecesarios se fueron y llegó una comprensión más o menos clara de lo que estaba sucediendo. Tal vez incluso fue demasiado brusco, porque el Príncipe recordó de inmediato la muerte de su padre, el horror que lo había impregnado y todo lo que lo rodeaba unas horas antes.

Pero, por otro lado, tenía una idea clara de la situación y no corría tras las ilusiones. Tenía la verdad en sus manos. Era doloroso, pero era cierto y no se iba a desmoronar ante nuestros ojos. Y debe ir

con esta verdad de principio a fin, sea lo que sea. Ahora bien, el príncipe vio esta verdad al menos en el hecho de que le dolían la frente y la mano, aunque las trataran con cuidado. Pero Farah era un humano, no una arena, y no podía curarse al instante. La pregunta era, ¿podría este último realmente sanar y sanar? El dolor oculto no deja de existir y no se sabe cómo resultará. Y ahora todo era bastante obvio. Al ver tus heridas, puedes ver cómo sanan. Aunque lentamente, pero con seguridad. De verdad.

Tales pensamientos se arremolinaban en la cabeza del príncipe mientras seguía a Farah de regreso al salón con balcones. Y poco a poco se dio cuenta de que no estaba tan equivocado en su reciente elección. Lo único que no entendía era por qué la daga no podía mostrarle la verdad sobre su memoria fugaz, pero, como resultó ser, importante. Pero entonces no se le ocurrió que la daga pudiera hacer esto a propósito.

De todos modos, ahora había una persona viva real caminando a su lado, y su presencia hizo que el Príncipe se sintiera mucho mejor. Pero al mismo tiempo, empezaba a sentirse culpable ante Farah. Recordó la tristeza desmesurada en sus ojos que había notado accidentalmente unos días antes en el desierto. Ahora, al captar algunas de sus miradas casuales —se volvía de vez en cuando, como si estuviera preocupada por él y por que pudiera empeorar—, no podía captar ninguna tristeza. O bien lo ocultaba demasiado bien, o bien su presencia le resultaba igual de agradable y extinguió esta pena. Nunca le dijo su nombre, al principio no pudo por su garganta reseca, y luego decidió que no era tan importante. Quería guardar silencio. Aunque ni siquiera sospechaba cuánto podía decirle ahora.

Al salir al balcón y acercarse al borde, se detuvieron y miraron hacia abajo. Durante su ausencia, la imagen del desierto no cambió en absoluto, y para una persona desconocida, podría parecer que todo era normal.

"¡Daga!" – brilló en la cabeza del Príncipe.

"Espera, tenemos que encontrar la daga. Creo que sé dónde está —dijo el príncipe, corriendo hacia el pasillo—. Y luego, desde detrás de las largas cortinas, le gritó a Fare: —Lo dejé caer cuando caí de la cornisa. Lo buscaré ahora". Farah no lo siguió, esperando a ver cómo terminaría la búsqueda. En su mente, pensó algo sobre lo descuidadamente que el Príncipe estaba manejando algo tan importante, pero el pensamiento no la ocupó por mucho tiempo.

Menos de un par de minutos después, el príncipe salió del pasillo, con una daga en las manos. Los ojos de Farah se abrieron un poco más y su mano se movió involuntariamente. El príncipe se dio cuenta de esto y dijo:

"Recuerden nuestro acuerdo.

Farah permaneció en silencio en respuesta, siguiendo al príncipe hasta la barandilla.

Mirando a lo lejos, en el lado opuesto de la sala, el Príncipe pensó: "Que me considere un embrollo y un tonto de mente estrecha. Todavía no puedo confiar en ella. Vamos a ver qué pasa después". Y en voz alta se limitó a decir:

–Palacio... Es hermoso, ¿no?

-Sí, pero ¿es tan importante ahora? ¡Tenemos que darnos prisa! ¡Tenemos que encontrar el reloj! —replicó Farah con una ligera irritación—.

"¡Ella también me manda! Sí, por supuesto, se lo debo, casi me salva la vida. ¿Pero para que alguna chica me dé órdenes? ¡No, tal vez el papel de tonto no sea adecuado, tenemos que mostrarle quién manda aquí!", pensó el Príncipe, diciendo solo en voz alta:

"Espera un minuto, necesito entrar en razón.

Entonces el príncipe se apartó de la barandilla y apoyó la espalda en ella, recordándole demasiado vívidamente su propio horror y dolor. Por el rabillo del ojo, siguió mirando a Farah. Y decidió hablar de nuevo, cambiando de tema:

"Fue terrible... Cuando soltaste las Arenas, sentí un gran calor y se me hizo muy difícil respirar.

Por alguna razón, el príncipe esperaba un énfasis especial en la palabra "tú", pero Farah la pronunció a la par con los demás. Al príncipe le gustó la forma en que Farah suavizó su tono a petición suya. Tal vez haya otras formas de influir en él, pensó.

-Al contrario, me acuerdo del frío salvaje -replicó el príncipe-.

—Extraño —dijo Farah vagamente—.

"Sí, es extraño. ¿No crees que ahora todo es extraño? Lo que sucedió es extraño. El hecho de que estuviéramos vivos, de que no nos hubiéramos convertido en una de esas terribles criaturas, el Príncipe parecía estar a punto de derrumbarse.

"Por eso me escapé de ti. Tenía miedo de que fueras uno de ellos. Dime, ¿no es así? —preguntó Farah emocionada. Sabía que el Príncipe no era un monstruo, pero le hizo esta pregunta de todos modos.

–No... ¡No! —exclamó el príncipe—.

–De acuerdo. ¡Qué bueno! Pero... —respondió Farah con voz tranquila pero triste—.

–¿Pero qué? —preguntó el príncipe.

–No sé. ¡No sé qué hacer! ¿Cómo terminará esta pesadilla? Si es que termina —dijo Farah con desesperación en su voz—. "No importa cuán valientemente luches, Sand... ¡Él devorará, devorará todo!

Y como para confirmar sus palabras, las paredes temblaron ligeramente, y en algún lugar a lo lejos se oyó un estruendo, probablemente por el hecho de que otro bloque de piedra se había

desprendido y caído. El palacio continuó experimentando la presión de los elementos y se derrumbó.

"Pero creo que sé lo que tengo que hacer", y entonces el Príncipe comenzó su relato sobre lo que había visto y experimentado recientemente, tratando de no perderse ningún detalle. Ya había visto cómo un fragmento accidental aferrado a su memoria podía marcar la diferencia. Me habló de la daga, de cómo puede sumergirte en el pasado, en recuerdos olvidados e incluso en los de otra persona. Sobre el hecho de que casi no recuerda el período de tiempo inmediatamente posterior al descubrimiento de Peski. Sabía con certeza que habían pasado una o dos horas desde entonces, pero no las recordaba en detalle.

"¡Como si alguien le quitara una hora de vida!" ¡Absolutamente nada, solo un frío terrible! -dijo el Príncipe-.

Incluso su sueño le parecía más claro. Allí recordó unos ojos blancos... Manchas... Naranja... Sí, nubes anaranjadas o humo, recordó un detalle más. Y en algún lugar profundo de su ser, sintió que su extraño sueño olvidado estaba conectado con este reloj perdido. De alguna manera increíble, todo estaba ahora conectado, entrelazado con finos hilos que unían algo que, al parecer, no podía existir al mismo tiempo y tan estrechamente.

Entonces el príncipe habló de lo que recordaba, de lo que había visto cuando entró primero en la sala y luego en la sala del trono, donde una vez había estado el Reloj, de las convincentes mentiras del visir y de su confrontación sin palabras. Para cuando llegó a la historia de los enormes pájaros, el rostro de Farah ya se había calmado con increíble sorpresa. Escuchaba fascinada, tratando al mismo tiempo de no perderse ni una palabra y de imaginar todo lo que le estaba sucediendo al Príncipe, con sus propias palabras. Varias veces miró largo rato la enorme ventana rota por los pájaros, con dificultad para apartarla de los ojos del príncipe. A veces le parecía que no era él quien hablaba, sino sus ojos, y él mismo guardaba silencio y no podía hablar en absoluto. Vio algo especial en esos ojos, algo imperceptible desde el exterior, a menos que los mirara durante horas. Algo que el Príncipe sintió en el sabor del agua de una jarra. Eran azules y, por alguna razón, se parecían al cielo. Un cielo libre de todo, un cielo que se ha convertido en hogar del viento, aportando solo aire fresco, sin un solo grano de arena que envenene esta frescura.

"Quédate conmigo y yo podré protegerte". No puedes estar solo, y si algo sucede, la daga nos ayudará. Sí, esta es un arma del enemigo, pero ahora podemos usarla contra él", dijo el Príncipe. En cuanto al Reloj, el visir lo llevó a lo más alto de la Torre del Alba. Es la torre más alta de la ciudad. Mi padre me dijo que allí se encontraba el tesoro del sultán. ¡Seguramente este es el lugar más

inexpugnable de todo Azad! Pero no tenemos otra opción, y tenemos que ir allí.

—¿La Torre del Alba? Pero, ¿cómo lo sabes? —preguntó Farah, sorprendida.

"Sólo... Lo sé —dijo el príncipe con un poco de aire de suficiencia—.

Sin decir nada, Farah dirigió al príncipe una mirada ligeramente enfadada e incluso sospechosa, que no advirtió: en ese momento se dio la vuelta. La muchacha se sintió irritada. Por un lado, le contó todo, pero por otro lado, se comportó de manera algo descarada y estúpida. Y ni siquiera dijo algo. Además, estaba en primera línea de los que atacaban su ciudad, el palacio. Los que mataron a su padre. Él fue quien descubrió las Arenas y, condenando a todos a una muerte segura, liberó a la pesadilla de su prisión. ¡Es simplemente imposible imaginar un peor aliado! Pero algo hacía que estos pensamientos ni siquiera se acercaran a su cabeza. Como si no fuera él en absoluto, sino alguien en su cuerpo quien hubiera cometido todo este horror. Y el verdadero se sienta en estos ojos. Y cada una de sus palabras, que salían ligeramente de su boca, estaba cubierta de un millón de palabras más, lo que hacía que la imagen fuera inimaginablemente abigarrada. Aunque, en realidad, el Príncipe, a pesar de todos sus esfuerzos, hablaba con bastante moderación y un poco incomprensible. Pero ella lo entendió. No se dio cuenta de que hablaba persa y que algunas de sus palabras eran desconocidas para ella. Había una conexión entre ellos, incomprensible, diferente a la que existía entre el visir y los pensamientos del príncipe, que fluía a través de las Arenas y solo podía existir con ellos. Y este parecía haber existido desde siempre y era completamente diferente, tal vez un poco más débil, pero especial a su manera.

Cuando el príncipe llegó a la historia de la desaparición del visir, Farah comenzó a olvidar un poco, cautivada por sus pensamientos. La tristeza mezclada con el dolor se apoderó de ella. El dolor de la pérdida que la persiguió para siempre. Parecía que incluso si todo volviera repentinamente a su lugar de una vez, en un momento en que su padre estaba vivo y la ciudad no fue atacada por el ejército persa, no podría olvidar. Un corazón que vive con un dolor constante e insaciable nunca podrá realizar lo que está llamado a hacer.

–¡Faro!

–¿Sí?

—¿Me estás escuchando?

–Sí...

El príncipe ya se había dado cuenta hace unos minutos de que Farah estaba mirando a través de él, y estaba claro en sus ojos que no percibía todas sus palabras. Por lo tanto, trató de devolverla a la

realidad llamándola, suavizando su voz tanto como le fue posible. Realmente funcionó.

—¿Dónde te detuviste? —preguntó en tono de disculpa.

—Una gran nube de color blanco dorado, parece provenir de la arena —respondió el príncipe—.

Farah parecía recordar cada palabra que decía, aunque no escuchó ni la mitad de ellas. La conexión entre ellos era realmente real: ella parecía sentir todo lo que él le decía. No leí sus pensamientos, solo los sentí.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

–No sé. O mejor dicho, no me acuerdo —dijo el Príncipe distraídamente—.

–¿Otra vez? —preguntó Farah sorprendida y con una sonrisa. "¡Creo que te golpeaste la cabeza demasiado fuerte!"

Conteniendo su descontento, el Príncipe continuó, diciéndole a Farah algo más importante para él:

"¡Creo que tuve un sueño, pero no puedo recordar lo que había en él!" Unos pedazos incomprensibles y eso es todo —dijo el Príncipe, y en su rostro se veía claramente que estaba pensando en algo—.

—¿Es tan importante? En mi opinión, ¡hay más problemas reales! Dijo Farah.

"Lo siento, ¿qué?" El príncipe estaba distraído y miró en otra dirección, y no a los ojos, como lo había hecho antes, y por lo tanto no entendió sus palabras.

—¿Es tan importante tu sueño? —repitió Farah, dándose cuenta de lo que estaba pasando—.

"¿Cómo puedo decirlo si no sé lo que contenía?" —replicó el Príncipe, un poco sorprendido—.

"Entendiste mal: ¿realmente quieres saber qué contenía?" —especificó la muchacha—.

–Sí. Por alguna razón, me parece... —El príncipe hizo una pausa, pensó en algo, levantó la vista, como si tratara de examinarse la frente, y continuó—, que había algo en este sueño que debía de haber visto. No sé por qué, pero este pensamiento no me abandona.

"Tal vez realmente lo sea. Pero... —empezó a responder Farah, pero el príncipe la interrumpió a mitad de la frase—.

"No te he dicho nada más. Después de que los pájaros volaron a través de la ventana y luego el visir desapareció, accidentalmente me caí en el balcón y me lastimé la mano. O mejor dicho, la había herido antes, con mi espada, y luego, cuando caí, me rasgué las dos manos en el cristal. Pero —el Príncipe extendió deliberadamente las dos palmas hacia adelante, mostrándoselas a Farah—, cuando desperté, ¡no encontré ni una sola herida!

"¡Es simplemente increíble!" ¡Ahora lo entiendo! —dijo Farah sorprendida, sabiendo que cada palabra que decía el príncipe era cierta—. —¡Me gustaría saber si a mí también me ha pasado algo así!

"Pero no me acuerdo de nada. Casi nada —dijo el Príncipe y miró a Faro—. O mejor dicho, ya la estaba mirando, y ahora parecía mirar dentro de ella. No solo una mirada a los ojos, sino una mirada al alma. Ahora era capaz de ver las partículas cuidadosamente ocultas de una gran tristeza en las comisuras de sus ojos negros. Sí, estaba sufriendo. La sensación de vacío en su pecho no había hecho más que intensificarse en los últimos días, pero trataba de no mostrarlo. Lo que vivía dentro de su alma parecía protegerla de las Arenas, siendo un escudo infranqueable para ellas.

"Y después de todo esto, volví a esta sala y te vi. Bueno, ¡entonces tú lo sabes mejor que yo! El Príncipe terminó su relato.

No le contó nada sobre el extraño trozo de memoria, que solo contenía un pequeño parche de algo rojo, que resultó ser su vestido. Ella no lo entenderá. No lo entenderá, porque no podrá explicarlo de manera inteligible.

—Sí —respondió Farah, y entonces el príncipe vio que quería decir algo pero no lo hizo, y las palabras murieron al otro lado de sus labios.

–¿Un qué? —preguntó el príncipe, esperando oír estas palabras.

–¿Un qué? La voz de Farah sonó sorprendida.

"Querías decir algo. Eso pensaba", explicó el Príncipe.

–Yo... No. O mejor dicho, no lo sé —dijo Farah lentamente, como si delatara cada palabra con pesar—.

Hubo una pausa. Cada uno miró a los ojos del otro, pero parecía como si estuviera tratando de esconderse de esta misma mirada. El príncipe trató de entender cómo debía tratar a Farah: o bien ella lo hacía enojar, le hacía insolente o, por el contrario, le mostraba amabilidad. Y ella no se congració con él, como un visir, y por eso parecía más honesta.

—¿Y entonces? El Príncipe fue el primero en romper el silencio.

—Oh, sí, lo siento... —Farah se sumió demasiado en el silencio e incluso olvidó un poco, después de lo cual habló confundida y emocionada. "No puedo deshacerme de los recuerdos. Solo han pasado unas horas, y me parece que he estado viviendo en este infierno toda mi vida. Y lo mejor de todo es que recuerdo su inicio: calor, insoportable, sofocante. Estaba muy asustada entonces. Todo sucedía tan rápido...

El príncipe estaba de pie con la mano sobre la barandilla de mármol, y parecía que si hubiera tenido un poco más de fuerza, los habría aplastado tanto que los desmenuzó hasta convertirlos en polvo. La ira se mezclaba en él con un sentimiento de culpa. Rabia contra el visir que le empujó a abrir este desafortunado reloj. Tal vez

se sintió menos culpable por lo sucedido de lo que debería. Por el momento, encontró justificación en su ira. Alguien más tiene la culpa, no él. Pero exteriormente se comportó con calma y no lo demostró.

Corrí hacia la puerta más cercana. Yo... Para mí... No sabía dónde alejarme de este calor. Ni siquiera me dejó detenerme y recuperar el aliento, ni siquiera por un minuto, sino que me llevó a algún lugar. Corrí por algunos pasillos durante mucho tiempo, de uno a otro, y en ningún lugar me sentí mejor. Buscaba algún balcón, ventana o salida del palacio. Pero si pasaba corriendo junto a ellos, probablemente no me di cuenta.

La historia de Farah era confusa, estaba claro en ella que parecía estar reviviendo todos los acontecimientos. A veces se detenía para recuperar el aliento y ordenar sus pensamientos.

***

Nunca había corrido así. No entendía de dónde venía tanta fuerza y agilidad en sus piernas. Algo la impulsaba hacia adelante, lejos del terror. Hacia el horror. Al dar un paso a la vez, sintió que corría como si estuviera sobre brasas o sobre hierro candente. Y no era por un exceso de miedo que la carcomía por dentro, era real. Este calor no era como el que emitía el sol del desierto. Era cien veces más fuerte y ardía no solo desde el exterior, sino también desde el interior, exprimiendo incluso el corazón.

Ella no se dio cuenta, pero las lágrimas rodaron una tras otra de sus ojos y corrieron por sus mejillas en un arroyo. A veces le parecía que el aire se volvía un poco más fresco, no tan sofocante, pero al cabo de unos segundos el calor volvía con mayor fuerza, como si alguien estuviera echando brasas en un horno invisible, lo que hacía que el aire estuviera tan caliente. Y rodó en nuevas olas sobre su cuerpo, sobre su alma. Le pareció oír algunos gritos, pero no de lado, sino dentro de sí misma.

Una vez giró en el pasillo equivocado y después de unos pasos se topó con una pared. No había otra forma de salir de allí, excepto dar marcha atrás. Pero una idea tan simple no consideró necesario visitar su cabeza. El faro se detuvo en la misma pared, casi volando hacia ella a toda velocidad. Y si no la hubiera notado, probablemente la habría embestido y habría seguido corriendo, como si nada hubiera pasado: tanto deseo de correr y vivir en ella.

Se dio la vuelta. Respiraba con dificultad. Ya no quería respirar por la boca, ya se había quemado la garganta. Pero ella tampoco quería beber, y eso no ayudaría. La sensación no era como la sed. No se parecía a nada. Especial. Pero esto no es nada agradable. Apoyando la espalda contra la pared y poniendo ambas manos sobre ella, trató de averiguar algo, al menos, por ejemplo, dónde correr a

continuación. Y qué hacer. ¿Y hay algo que puedas hacer al respecto? por la presente... No tenía la palabra adecuada para describir lo que estaba pasando. Y si tuviera a su disposición mil de las palabras más poderosas, no serían capaces de expresar todo lo que sentía. Su sentido de esta realidad. Uno nuevo, increíblemente desagradable, cruel y completamente insensato, pero, por desgracia, del que no puedes escapar o huir. Está en todas partes. Tanto en el exterior como en el interior de la misma. E incluso en la frontera entre ella y el resto del mundo. Y era imposible trazar la salida, aunque se gastara en estos cien años. No había ninguna pared que se pudiera rascar, por lo que era imposible. No puedes salir de lo que está en todas partes.

Lo mejor que podía hacer era correr de vuelta y luego girar hacia otro corredor: ¿tal vez la suerte le sonreiría allí? Y echó a correr, sin pensar, sobre todo porque quedarse quieta resultó ser aún más terrible que correr. Despegué incluso más rápido que antes, pero me quedé muy corto. Mucho menos de lo que esperaba.

Corriendo sin una pequeña solapa en un largo pasillo, chocó de frente con alguien a toda velocidad y, dejando escapar un breve grito lleno de molestia y dolor -después de todo, no es muy agradable chocar con alguien o algo así, e incluso con la cabeza- cayó al suelo. Al mismo tiempo que su grito, se escuchó un segundo. También pertenecía a una niña que cayó al suelo de la misma manera, pero, afortunadamente, con éxito, sin golpear nada.

La primera reacción de Farah, bastante natural, fue que trató de levantarse de un salto y huir. Apenas podía darse cuenta de lo que estaba haciendo, por lo que sus pensamientos eran bastante confusos, y ya no podía distinguir lo negro de lo blanco, lo frío de lo caliente. No podía distinguir nada en absoluto. Todo a su alrededor estaba entrelazado en un solo nudo de dolor que se atascaba en su garganta y casi no le permitía respirar. Por lo tanto, incluso cuando de alguna manera volvió en sí, un gruñido escapó de su boca, sofocado por una tos, y tan tenso que parecía que estaba a punto de arrancar su alma de su propio cuerpo con él.

La reacción de la segunda chica fue bastante similar, pero casi de inmediato logró exprimir algo más articulado y comprensible:

—¿Quién eres tú? Dijo abruptamente, desafiante y esperanzada al mismo tiempo.

"¡Khu-khoo!" Dijo Farah.

"¡¿Quién eres tú?!" —gritó el desconocido en tono exigente—.

Su comportamiento era bastante comprensible, también tenía miedo. La desesperación y el miedo pueden darte mucha fuerza y hacer que hagas cosas extrañas y, a veces, increíbles, casi imposibles.

–Yo... Tos... me... Soy Farah", la india finalmente se concontroló.

"¡¿Eres un humano?!" —preguntó el desconocido casi en el mismo tono exigente, pero ya más tranquilo.

Farah se sintió confundida por tal pregunta, aunque entendió más o menos lo que significaba. Se miró las manos una por una, luego, por alguna razón, se miró las rodillas y dijo:

– Bueno, claro que sí...

Y habiendo dicho esto, miró a su nuevo conocido a los ojos. Ojos marrones ordinarios. Humano. Lo mismo que los suyos, con la diferencia de que sus ojos eran casi negros. Y ella, al ver esta mirada humana, se calmó de inmediato, se aclaró instantáneamente en su voz.

—Sí, ya veo —dijo ella—.

Solo entonces Farah se dio cuenta de una cosa extraña: entendió perfectamente lo que el extraño estaba diciendo. Solo porque hablaba su idioma nativo, y tomó estas palabras con bastante facilidad sin dudarlo.

Y el desconocido continuó:

"Lo siento, es solo ...

–¡Entiendo! —contestó Farah—.

—Sí, me he topado dos veces con estas criaturas —dijo la segunda chica, y era obvio que al oír la palabra «criaturas» se estremeció.

–¿Qué? Farah, sin entender por qué, hizo una pregunta tan extraña.

–¿Cómo? ¡¿No has visto esos horribles ojos amarillos?! Esos cuerpos mutilados, estos...", preguntó sorprendida la muchacha, con los ojos muy abiertos y sin terminar siquiera las últimas palabras.

—Lo vi —dijo Farah, todavía sorprendida por sí misma y mirando a algún lado hacia un lado—.

Y, en efecto, la figura de un monstruo terrible con dos luces amarillas brillantes en la cara, que se parecían a ojos solo en forma, resurgió abruptamente en su memoria. Parecía que no veía con esos ojos, sino que simplemente exudaba arena, que parecía sentir todo a su alrededor. Y esta terrible visión la hizo correr aún más rápido. Para su suerte y sorpresa, el monstruo no corrió tras ella. ¿O tal vez simplemente estaba corriendo demasiado rápido?

Solo entonces Farah comenzó a darse cuenta de que el calor aumentaba insoportablemente cuando estaba cerca del monstruo, y se desvanecía un poco cuando no había nadie cerca. ¿Qué es esto? ¿La acción de la Arena o algo dentro de los propios monstruos? ¿Podrían ser sus almas desgarradas que alguna vez pertenecieron a los humanos?

—Entonces, ¿por qué lo preguntas? El desconocido se volvió hacia Farah inquisitivamente, interrumpiendo sus pensamientos.

"Es solo que yo... ¡No entiendo muy bien lo que está pasando! ¡Mis pensamientos están confusos, estoy asustada y terriblemente caliente! —soltó Farah, y en las últimas palabras se podía sentir cómo el pánico se apoderaba de ella—. Y ella misma sintió que quería saltar de nuevo y correr de nuevo.

Eso es exactamente lo que hizo, pero no fue hasta que dio un par de pasos que escuchó detrás de ella:

–¡Esperar!

Y Farah se detuvo. De la sorpresa. Del tono autoritario. Por el hecho de que se dio cuenta de la estupidez que estaba haciendo: ella, que apenas había encontrado al menos una persona viva normal, además, que hablara su lengua materna (lo que significa que ella también era una de las prisioneras y quería escapar nada menos que Farah), y por alguna razón iba a dejarla.

Durante estas reflexiones, la desconocida se levantó del suelo, frotándose la frente, y se acercó a Farah.

–¿A dónde vas? Su voz había perdido toda su firmeza y ahora sonaba asustada: realmente no quería soltar, tal vez, a la única persona viva en este castillo además de ella.

"Me cuesta respirar. Y quieres correr a algún lugar. Pero no sé dónde exactamente", respondió Farah y enterró los ojos en el suelo, todavía respirando con dificultad.

"¡Será mejor que vayamos juntos!" Tal vez podamos encontrar un lugar donde sea más fácil para ti —dijo el desconocido—.

Y se fueron. O mejor dicho, corrieron, Farah no pudo hacer otra cosa.

Pronto llegaron a un lugar que Farah aún no había visitado en la última hora o dos, y apenas podía imaginar cuánto tiempo había pasado desde ese fatídico segundo.

"¿En qué estás pensando todo el tiempo y por qué estás en silencio?" La voz del desconocido sacó a Farah de su ensoñación de nuevo.

—¿Has estado *allí*? —preguntó Farah, enfatizando la última palabra.

—¿En el vestíbulo? ¿Cuándo abrió el reloj de arena? —respondió la segunda chica, con los ojos iluminados de rabia al oír la palabra «él».

—Sí —dijo Farah—.

-Sí, lo hubo. Y —la desconocida extendió soñadoramente una mano hacia adelante, con los dedos doblados con fuerza, como si tratara de agarrar el aire—, si lo atrapara, lo estrangularía con mis propias manos.

"No creo que cambie nada", respondió Farah. Sus pensamientos empezaban a alinearse, y no le gustaba la agresividad con la que su nuevo conocido hablaba del Príncipe. Sí, ella misma estaba

inmensamente enfadada con él, pero ahora su muerte no ayudaría en nada a la causa. Y Farah añadió:

–¿Para qué?

–¡¿Para qué?! ¿Sigues preguntándote? ¡Tú también has estado allí! ¡¿No es así?! ¡Y yo mismo lo vi todo! Y después de eso, ¿todavía te preguntas? ¡Si no fuera por él...! El desconocido respondió con un grito lleno de la misma rabia, deteniéndose por alguna razón en la palabra «él», y la entonación de su voz todavía no auguraba nada bueno para el Príncipe si estaba cerca.

Farah no respondió de inmediato, aunque sintió una mirada escrutadora llena de indignación que literalmente brotó de los ojos del desconocido. En cambio, miró hacia el lugar donde habían aterrizado.

Y entraron en un lugar como la armería de la guardia del palacio. A lo largo de la pared se extendía una hilera de espadas envainadas. En la otra pared, los arcos de diferentes tamaños se mostraban exactamente de la misma manera, primero más pequeños, luego más grandes, y sobre cada uno de ellos colgaba un carcaj de flechas con plumaje marrón y rojo. Un poco más lejos en la pared pude ver varias puertas, pero desde la distancia pude ver que estaban cerradas.

Por alguna razón, las chicas se detuvieron. Farah ya no sentía un deseo tan abrumador de postularse. Tal vez el hecho de que esta habitación fuera especialmente fresca tuvo su efecto. Farah incluso notó cómo se le ponía la piel de gallina en las manos del extraño e involuntariamente se estremeció. Sin embargo, esto no pudo desanimar su asertividad, y volvió a recurrir a Farah.

"¡No respondiste!"

–¿Un qué? ¡Venga, sí! Yo... —decidió responder la princesa, pero no pudo encontrar de inmediato las palabras adecuadas.

–¡¿Un qué?! ¿Qué estás haciendo? ¡¿No quieres que este bastardo muera?! La segunda chica casi rugió.

Farah volvió a mirarla con incomprensión. Y ella, al parecer, ya al borde de un colapso, dejó de parecer una persona. O más bien, sus ojos: hervían de ira y, a pesar del color, no eran muy diferentes de los ojos amarillos del monstruo de arena.

–¡Cálmate! Solo pensé, ¿qué pasaría si de repente...? - Farah comenzó a responder, pero sin tener tiempo de decir lo que estaba pensando, interrumpió la frase y gritó bruscamente, inesperadamente fuerte para sí misma:

–¡Cuidado!

Un monstruo corrió a la vuelta de la esquina desde algún lugar, seguido por un largo penacho amarillo translúcido de arena que se esparcía por todas partes.

La desconocida, que estaba de pie de espaldas a él, reaccionó al instante y saltó a un lado. Casi desplomándose en el suelo por la brusquedad de su propio salto, corrió hacia la pared izquierda y logró tensar el arco más cercano a ella. Pero el monstruo que corrió inmediatamente tras ella la asustó, y las flechas a las que se acercó pronto quedaron fuera de su alcance, porque quería vivir más tiempo, y huyó en la otra dirección.

–¡Flechas! ¡¡Flechas!! —le gritó a Farah—.

Ella, evaluando inmediatamente la situación, sacó el carcaj más cercano de la pared, pero en lugar de arrojárselo por completo al extraño, agarró una flecha y se la arrojó con cuidado. Y, afortunadamente, lo agarró e inmediatamente lo usó para el propósito previsto: lo insertó en el arco, tiró de la cuerda del arco y con un grito furioso lo liberó. La flecha golpeó el ojo arenoso, y justo a tiempo, porque la espada, demasiado larga para un monstruo bajito, casi alcanzó la garganta de la niña. Pero la flecha, cuya punta salió de la parte posterior de la cabeza del monstruo, lo golpeó con la fuerza suficiente para derribarlo. Y, por extraño que parezca, esta flecha lo mató. Y mientras caía al suelo, Sand ya había logrado destrozar su cuerpo y lo había absorbido hasta convertirlo en un grano de arena sin dejar rastro, y solo una espada larga y trozos de ropa cayeron al suelo junto a donde él estaba.

Farah miró al desconocido. Además del miedo y la rabia al mismo tiempo, se podía leer algo más en su rostro. Tenía una expresión en su rostro como si una espada le hubiera sido clavada después de todo. Una mueca de dolor distorsionó su rostro. Pero, por lo general, en esos rostros se puede leer un increíble deseo de vivir. Y ahora Farah nunca había visto nada igual. ¡Pero no porque no quisiera vivir, sino porque no murió! Su alma se estaba muriendo, pero no ella misma: extrañas rayas amarillas y apagadas recorrían su cuerpo, a veces estallando en forma de rayos brillantes. Sólo que estos rayos eran extraños. No salieron de su cuerpo, sino que, por el contrario, se derramaron en él. Parecía absorber la arena del aire. Poco a poco, los ojos de la desconocida perdieron los restos de su humanidad, su piel adquirió un extraño color gris y dejó escapar un grito terrible y penetrante que hizo que incluso Farah sintiera frío. No entendía qué exactamente hizo que la niña se convirtiera en un monstruo como este. Con mano temblorosa, Farah agarró otro arco, le clavó una flecha con el mismo carcaj que aún sostenía en la mano y disparó. El objetivo fue alcanzado casi al instante. La flecha golpeó a la chica monstruo en el pecho, justo por encima del abdomen, y murió instantáneamente, sin tener tiempo de dar un par de pasos hacia la asustada Farah. Murió casi de la misma manera que hace un minuto el soldado de arena que salió de la nada.

Farah no recordaba la última vez que tuvo que disparar un arco. Había sido bastante buena en eso cuando era niña, pero fue hace mucho tiempo, hace unos siete u ocho años. Pero, aparentemente, esta habilidad estaba bien conservada en ella, y era capaz de disparar una flecha casi sin problemas, alcanzando el objetivo original.

Recogiendo el carcaj del suelo y colgándolo sobre su hombro, Farah envolvió sus dedos alrededor del arco de modo que se clavó las uñas en la palma de la mano, casi rascándola hasta que sangró. Y, sintiendo el calor ya familiar, pero por lo tanto aún más repugnante y ardiente en el aire, volvió a correr. Tan rápido como pude. Y algo le devolvió las fuerzas, aunque casi no le quedaban fuerzas.

Una vez más, no entendió el camino y giró caóticamente a la derecha, luego a la izquierda. Y de repente Farah sintió que ya estaba corriendo por el pasillo. Esto la avergonzó, y accidentalmente tropezó con una piedra en el suelo y, después de volar cierta distancia, cayó al suelo. Afortunadamente para ella, resultó ser liso, sin fragmentos ni grietas accidentales. Por lo tanto, mientras caía, simplemente se golpeó la rodilla y dejó caer el arco de su mano. Todavía dando vueltas en su mente, Farah se sentó de inmediato, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, ya no pudo levantarse: sintió que su fuerza abandonaba casi por completo su cuerpo tembloroso. Solo pudo apoyar la espalda contra la pared, con las rodillas más cerca de ella, y soltar un grito salvaje y desesperado que resonó en las paredes del pasillo como un eco helado, haciéndolas estremecer. Como si las paredes sintieran el dolor que se clavaba en la garganta de la niña.

Y Farah se puso a llorar de verdad. Como un niño pequeño. Aullaba como una bestia salvaje o como un viento fuerte. Las lágrimas, llenas de dolor, desesperación, tristeza, resentimiento y justo miedo (aunque hacía mucho tiempo que se habían desvanecido en comparación con todo lo demás), corrían por sus mejillas, luego por su cuello y, rascándose la garganta, eran absorbidas por su vestido. Varias veces se llevó las palmas de las manos a la cara, doblándolas en una cuña, y enterró la nariz en ellas, haciendo que las gotas corrieran por sus dedos, haciéndolos temblar. Su barbilla temblaba febrilmente en un grito a veces silencioso, que de vez en cuando se convertía en un grito real o en sollozos intermitentes, como si alguien los hubiera cortado. A Farah no le importaba mucho que la escucharan, y en ese momento era muy fácil pillarla desprevenida. ¿Qué podría ser peor? La pesadilla de la que tanto le había hablado su padre había sucedido, ahora estaba en todas partes, y su agarre se acercaba cada vez más a su garganta. ¿Hay alguna razón para vivir? ¿Tal vez en un minuto se convertiría en un

monstruo de arena como esa chica? ¿Por qué no terminan estos pasillos malditos?

Y, sobre todo, le dolía no poder hundirse en el olvido, ni siquiera por un segundo. Perdió la noción del tiempo, pero seguía sintiendo cada segundo de su odiosa vida sin sentido, de la que no había salida. Sintió que se le formaba una bola de saliva en el labio inferior, que primero expulsó de la boca con una exhalación, y luego se retiró con un suspiro. Un suspiro pesado, profundo e intermitente. A veces tan intermitente que empezaba a quedarse sin aire. Farah sintió que estaba completamente agotada. Apenas podía mover los brazos ni los labios. Ya no podía gritar, ¡su voz, su propia voz dejó de obedecerla! De su garganta, taponada por un nudo de dolor, solo salió un leve jadeo apenas audible, que fue ahogado por los sonidos de un corazón que latía locamente. No solo venció. La estaba desgarrando por dentro. Era desgarrador, porque con cada golpe una ola de calor recorría su cuerpo, matándola lentamente. Si Farah pudiera, le ordenaría a su corazón que se detuviera. No sabía por qué... ¿Por qué debería vivir? ¿Por qué se sentaría aquí y lloraría incontrolablemente? Yo no sabía nada. Pero lo sentí todo. Todo el dolor del mundo parecía morderla a la vez, en su corazón con sus afiladas y largas garras y quería torturarla para siempre.

Una vez logró reunir fuerzas y hacer una carrera desesperada, cuyo propósito era ponerse en pie y huir, pero incluso antes de que pudiera mover la pierna, dando el primer paso, volvió a caer al suelo, y esta vez no presionó la espalda contra la pared, sino que permaneció acostada de lado con las rodillas dobladas y continuó humedeciendo el suelo con una tristeza salada. Al mismo tiempo, en algún lugar en el fondo de su mente, un pensamiento parpadeó: ¿por qué percibió todo lo que había sucedido tan emocionalmente? Siempre se consideró contenida y equilibrada, tranquila y razonable. Pero no se parecía a nada más. Todo, su cuerpo, su mente y sus sentimientos, estaba fuera de control. ¿Quizás este es el principio del fin?

Pobre, pobre Farah... Lo que había experimentado en uno solo de esos incontables segundos podría haber matado a varias personas a la vez. El dolor que golpea desde adentro siempre es más fuerte que el dolor que golpea desde afuera.

Así que permaneció acostada durante aproximadamente media hora. Para entonces, las lágrimas habían dejado de rodar por sus mejillas ligeramente hinchadas y enrojecidas. Farah todavía quería llorar, pero no podía. El dolor permaneció y las lágrimas terminaron. Su voz regresó, pero solo sollozó suavemente, cubriéndose la cara con las manos. Y aunque aún no lo entendía, ya le resultaba mucho más fácil. La fiebre que la atormentaba constantemente desapareció en alguna parte. O simplemente se acostumbró. Sus ojos se aclararon

un poco más. La tristeza que brotaba de ellos permaneció en algún lugar de las esquinas de sus ojos, convirtiéndose en manchas oscuras en el espejo de su alma. El deseo de vivir no volvió a ella. Pero había un deseo de alejarse rápidamente del suelo de piedra frío y mojado y correr a alguna parte. O, tal vez, ir. Ahora ha encontrado una explicación a sus aspiraciones. No la impulsaba el deseo de vivir, sino de sobrevivir. Su fuerza, le pareció a Farah, volvió a ella casi en un instante. Y primero buscó el arco que yacía a su lado, y luego, apoyando ambas manos en el suelo, se levantó y caminó lentamente por el pasillo, sin apenas hacer ruido.

Y le vino el primer pensamiento, que aumentó su confianza: su tormento era el precio por no convertirse en uno de estos monstruos. Ella resistió, soportó esos golpes. Es una persona. Esto significa que todavía tiene esperanza.

***

La historia de Farah tomó un poco de tiempo. El príncipe sintió un ligero escalofrío. Aun así, aunque no completamente, se sentía culpable ante Farah. Y ni siquiera le contó cómo sollozaba. Ella no quería y no podía describirlo. Solo se podía sentir. Pero ella no le deseaba nada así a nadie.

"No sé cómo lograste matar a ninguno de los monstruos. Logré hacerlo con una daga —decidió hablar el Príncipe—. "Es como si les succionara todo el contenido, Sand, y se alimentara de él.

—Una daga —farah arrastrando vagamente la voz—.

"Bueno, sí, una daga. ¿Y qué? El príncipe estaba avergonzado.

"Cuando era niña, mi padre me contaba mucho sobre él", explicó Farah. "¡Pero nunca pensé que pudiera hacer tanto!" ¿Quién y por qué pudo crear cosas tan aterradoras pero poderosas?

—Veo que a tu padre le gustaba contarte historias. Pero él te ocultó los verdaderos secretos incluso a ti. Y más aún de todos los demás. ¡Ah, y ahora entiendo perfectamente por qué! ¡Es una lástima que el visir no sea tan amable como para revelarnos un par de secretos que podrían ser muy útiles! —soltó el príncipe con sarcasmo —.

Farah guardó silencio, incapaz de encontrar qué responder. — ¿Se está divirtiendo?

Después de permanecer en silencio durante un minuto, tratando en vano de recordar algo, el Príncipe dijo:

–Tenemos que irnos. Estando aquí no vamos a resolver nada.

—¿A dónde vamos? ¿A la Torre del Alba? —preguntó Farah.

-Sí, probablemente. Allí —el Príncipe señaló en dirección a la gran ventana—, en el balcón, vi a los pájaros con el reloj volando en dirección a la torre.

—¿Y si es una trampa? ¿O engaño? Un visir es capaz de esto — dijo Farah, que por alguna razón no hizo una entonación especial sobre la palabra "visir"—, ni siquiera sentía odio por él, aunque se lo merecía plenamente. La rabia no vivía en su corazón. Y, probablemente, nada podía hacer que se abriera a este sentimiento animal. Era humana.

"¡Sé que puedo! No sé, tal vez sea un engaño. ¡Pero es mejor intentarlo que esperar tu muerte aquí! El deseo de ir ardía en el Príncipe cada vez más fuerte a cada segundo.

"¡Espero que tengas razón!" ¡Vamos! La muchacha aceptó.

Capítulo 14. Un viejo enemigo

Asha y Ajit caminaron por el camino, escuchando con aprensión cada susurro y tratando de no romper el silencio ominoso.

–¿Adónde vamos? —preguntó Asha de repente.

—Al palacio, creo —respondió Ajit en un susurro, su mirada instando a su compañero, si no a guardar silencio, al menos a hablar en voz baja—.

—¿Crees que está ahí? —preguntó Asha en voz más baja.

"Bueno, ¿dónde más crees que puede estar?" No creo que la princesa tenga la oportunidad de convertirse en otra cosa que no sea una concubina ordinaria —explicó Ajit con bastante brusquedad—.

–Hmm... Sí, en efecto —dijo Asha, asintiendo con la cabeza pensativamente—.

Continuaron caminando, acercándose poco a poco al palacio, que ya estaba muy cerca. Si no fuera por la noche, habrían notado que la oscuridad se había espesado y por alguna razón se había vuelto más fría.

Una ligera brisa hacía crujir las hojas de los arbustos de formas extrañas, mecía las hojas largas y dentadas de las palmeras. A los lados, a corta distancia, se veían casas bajas. No eran particularmente lujosos, y en la oscuridad parecían ser particularmente escuálidos y grises. El aire estaba viciado, algo de polvo fluía por todas partes, lo que interfería con la respiración y le daba al aire un sutil tono amarillo.

—¡Y sin embargo no lo entiendo! ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué eran estos monstruos? ¿Qué es esta extraña visión? Las preguntas brotaron de Asha una tras otra.

"Ya dije: ¡no sé! ¿Has vuelto a lo tuyo? Ajit respondió nervioso.

"¡Solo quiero entender a lo que nos enfrentamos!" ¿No te parece todo un poco extraño? Asha fue más insistente esta vez.

"¡Nos enfrentamos a una pesadilla, si aún no la has descubierto!" ¿Has visto a estas criaturas? Ajit respondió evasivamente.

"¡Por supuesto que lo hice, no estaba ciego!" ¿Pero no entiendo de dónde salieron? Recuerden Kashi: los persas nos atacaron. Vivir. Real. No como los monstruos. ¡Y es poco probable que fueran a visitar a los monstruos! Pero... pero..." – Asha continuó insistiendo.

–¿Pero qué? —preguntó Ajit.

—¿Pero dónde ves soldados persas o bactrianos? Bueno, sin contar el que... Friabilidad. ¿Dónde están? ¡Personalmente no veo ni uno solo! Oh, ¿tal vez se están escondiendo? ¿Es a propósito para confundirnos? ¡Oye, oye! ¡Sal del clóset, sabemos que estás ahí fuera! Dijo Asha sarcásticamente con una mueca malvada en su voz.

–¡Callado! Ajit trató de gritarle.

—¿Cuál es la diferencia? ¡Cállate, no te calles, nos oyen! Nuestros pensamientos. Bueno, recuerden que él vino a nosotros cuando estábamos en los arbustos. Dime, ¡¿cómo podía vernos u oírnos?! ¿Y por la noche? ¡De ninguna manera! Él solo escucha lo que pensamos, y eso es todo. ¡Tanto él como sus amigos! Asha hablaba en serio.

–¡Cálmate! ¡No sé más que tú! ¿Quizás todo esto tiene algo que ver con esa columna de luz? —dijo Ajit, conteniéndose a duras penas para no gritar—.

–¡Enlatar! O tal vez no. Y esta visión... ¿Crees que se ha ido? ¿O está sentado detrás de ese arbusto de allá —Asha extendió la mano y señaló hacia el lado opuesto de la carretera—, y nos está observando?

—¿Y qué pasa si mira? ¿Puedes cambiar algo? Lo dudo," contestó Ajit en un tono más calmado.

Esta calma fue de alguna manera incomprensiblemente transmitida a Asha, porque él, abriendo la boca para otra frase aguda, de repente se quedó en silencio y miró hacia otro lado. Trató de encontrar respuestas a sus preguntas en todo el panorama que lo rodeaba. Al menos para algunas de sus preguntas, de las que ha acumulado un número inconmensurable en la última media hora.

Caminaba y hablaba consigo mismo en su mente, o mejor dicho, hacía preguntas:

"¿Qué está pasando? ¿Por qué no quiere decir tanto nada? ¿Dónde está ahora la princesa? ¿Qué le pasa?

—¿Crees que sigue viva? La última pregunta brotó de Asha.

—¿Cómo lo sé? Eso espero. Si no hubiera nada que esperar, no habríamos llegado aquí", respondió Ajit.

—Yo también lo espero —dijo Asha con una voz apenas audible —.

Acercándose cada vez más al palacio, dejaron de mirar a su alrededor y dirigieron sus ojos al enorme edificio, que, incluso perdido en la oscuridad de la noche, asombraba con su majestuosidad, su extraordinaria belleza y su increíble tamaño. La parte superior del palacio consistía en muchas torres, la principal de las cuales era simplemente enorme, y en la base había un gran balcón de piedra que podía acomodar fácilmente al menos a cien personas. Pero el palacio no solo se fue elevando, sino también ensanchando, convirtiéndose en muros similares a los que rodeaban la ciudad, y luego explotando con nuevas torres, más pequeñas, pero igual de hermosas y fascinantes. Además, el palacio estaba adornado con estandartes verdes, lo que lo hacía parecer un verdadero oasis en medio del desierto.

De toda esta magnificencia, extraordinaria majestuosidad y gracia, aprisionada en la piedra, ambos viajeros se detuvieron a mirar mejor. Sabían que debían tener prisa, pero durante un tiempo,

ni Asha ni Ajit pudieron moverse, como si hubieran sido tomadas prisioneras por una persona invisible.

"¡Acerquémonos!" Asha fue la primera en liberarse de los misteriosos grilletes.

Se dirigieron hacia la puerta principal, que también era de un tamaño increíble, tres o cuatro veces la altura de un hombre.

—¿Te has dado cuenta...? Asha comenzó a hacer una pregunta y se detuvo a mitad de la oración.

—¿Te diste cuenta de qué? —preguntó Ajit sin comprender.

–Aire. Sofocante, polvoriento. ¡Incluso desagradable! ¡Es difícil respirar! ¡Tos! —explicó Asha, tosiendo desafiante—.

–Creo que sí... ¡Naturalmente! Ajit respondió en un tono completamente indiferente que al interlocutor no le gustó.

—¿Por supuesto? —preguntó Asha emocionado, como si tratara de atrapar a su compañero.

"¡Ojalá no me hubiera dado cuenta!" Dijo Ajit con la misma voz indiferente y tranquila. No quería involucrarse en otro altercado verbal, así que lanzó una mirada severa y confiada a Asha y lo obligó a detener el interrogatorio.

"¡No lo dejaré así!" - se dijo Asha a sí mismo con fastidio.

Al acercarse al palacio, pisaron los largos pero bajos escalones que precedían a la entrada. Había silencio por todas partes, pero había algo ominoso en ello que hizo que ambos guerreros se pusieran en guardia e instintivamente permanecieran en silencio para no llamar la atención innecesariamente. El silencio sólo era roto por el estruendo ocasional de las bóvedas del palacio. Parecía que en algún lugar a lo lejos el edificio se estaba derrumbando.

Una desagradable sorpresa les esperaba en la puerta: estaba cerrada con llave.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Asha.

"¡Bueno, no creo que valga la pena llamar!" No se abrirán. O uno de los... estos", Ajit trató de reírse, bajando la voz lo más posible, pero había demasiada seriedad y aprensión en su tono, lo que hizo que Asha ni siquiera pensara en sonreír, sino que solo asintió con la cabeza en silencio.

Permanecieron indecisos durante unos minutos, como si esperaran la indicación de alguien, y luego volvieron a bajar las escaleras.

—Tenemos que buscar otro camino —sugirió Asha—. Esta vez tomó la iniciativa y fue el primero. Su camino de prueba fue hacia la derecha del palacio, sin pasar por alto. Ajit, sin responder nada, pero interiormente de acuerdo con su compañero, se movió tras él.

Mientras caminaban a lo largo de la pared que comenzaba junto a la entrada, cerca de ella, siempre le parecía a Asha que su

compañero caminaba demasiado lento, y estaba claramente molesto por esto:

"¡Vamos rápido!" ¡Cada segundo cuenta! ¡Vamos, no lo dudes! El joven indio expresó su descontento. ¡Y tenía razón! Cada segundo podía ser fatal. Y este error podría permanecer para siempre en su conciencia.

"¡Deja de apurarme!" Ajit respondió insatisfecho, y luego agregó casi en un susurro: "Tendrás tiempo para morir ..."

E inmediatamente se arrepintió de sus palabras: Asha las escuchó perfectamente y al instante se volvió hacia él con una mirada llena de curiosidad. Pero Ajit no iba a rendirse: estaba molesto por la audacia con la que este joven intentaba darle órdenes. Pero Asha no pareció darse cuenta de todo esto. Ahora comenzó a molestar a Ajit con preguntas:

"¡¿Qué quisiste decir?!" El tono de Asha era realmente desafiante, contenía algún tipo de desafío. A cualquiera puede que no le guste.

–Recórtalo. Será mejor que te detengas —respondió Ajit con una voz amortiguada por la indignación—.

"¡¿Qué más?!" ¿Y? El joven indio ya hablaba en serio.

—¡Nada! Ajit casi gritó, olvidando toda precaución. "¡Simplemente me iré!" Si te gusta jugar a un héroe, ¡de nada! ¡Todo lo que quieras, pero sin mí! ¡¿A quién le gustaría tanta audacia?! ¡Realmente no necesito tus pedidos! ¡Tonto!

Mientras Ajit decía todo esto, Asha acumulaba un montón de frases agudas en sí mismo para soltarlas a su compañero tan pronto como terminara. Pero la última palabra de Ajit pareció quitarle el deseo de hablar, y simplemente abrió la boca sin dejar escapar un sonido.

Ajit miró a Asha, que todavía estaba de pie allí, sin moverse ni decir nada, y continuó:

"Haz lo que quieras. Solo causarás problemas. ¡Adiós!

Y sin dudarlo un momento, se dio la vuelta y se alejó. Trató de mostrar la mayor indiferencia posible e incluso aceleró el paso.

—¡Oh, por favor! ¡Puedo manejarlo yo mismo! —soltó Asha, emocionada—.

Y sin decir una palabra más, caminó en la dirección opuesta, en la misma dirección a la que se dirigía originalmente. Incluso el aire a su alrededor parecía estar caliente, al igual que él mismo. Está incandescente con el orgullo estúpido de un joven, que parecía dejarlo ciego.

Al escuchar estas palabras, Ajit casi se detuvo y se golpeó la cara con la palma de la mano. Esperaba que su compañero se mostrara indeciso, que fuera capaz de asustarlo y que moderara su ardor. Pero no salió nada. Nada bueno, de todos modos.

Ajit se quedó allí durante un minuto, sin saber qué hacer. Ahora le parecía posible seguir a Asha, pero algo lo detuvo. Y no podía averiguar qué era. Sentía como si tuviera miedo de Asha, o mejor dicho, de su excitación e imprudencia. Pero en realidad no iba a ahuyentarlo, solo trataban de apaciguarlo templando el ardor del joven. Pero su truco no funcionó, y Ajit debería haber alcanzado a su único aliado lo antes posible.

A regañadientes avanzó, tratando de concentrarse en lo que iba a hacer a continuación, mientras aumentaba el paso. Ajit ya no escuchó los pasos de Asha (aunque todavía lo veía), por alguna razón no escuchó el susurro de las hojas, aunque sintió una ligera brisa en su piel. Le parecería extraño que lo pensara, pero se esforzaba bastante por construir al menos algún plan de acción en su cabeza. En el silencio que envolvió a Ajit casi al instante, no era demasiado difícil pensar en nada. Habló consigo mismo en su mente, tratando de razonar:

"Al palacio... Tenemos que llegar al palacio. No hay forma de pasar por la entrada principal. Ah...

En el siguiente instante, sus pensamientos se detuvieron abruptamente, porque el silencio que lo rodeaba de repente se convirtió en un estruendo que crecía rápidamente y parecía provenir del suelo. Además, Ajit notó inmediatamente una característica extraña: no sintió que el suelo temblara, no escuchó el eco. Era como si este sonido estuviera creciendo en algún lugar dentro de él, taponando gradualmente sus oídos e incluso obligándolo a cerrar los ojos por un dolor agudo. Ajit sintió que venía, pero sus piernas no le obedecieron del todo. Entonces sintió como si hubiera vomitado de su cuerpo por un momento, y no vio nada más que oscuridad total frente a él. Entonces volvió a ver el camino empedrado frente a él, sus oídos captaron algunos sonidos del mundo ordinario, incluido el sonido de sus propios pasos. De repente, fue como si algo explotara en su cabeza, el zumbido desapareció y, en su lugar, el dolor y el temblor se extendieron por todo su cuerpo. Casi inmediatamente después de eso, sintió que no volvió a escuchar nada, excepto una cosa: un extraño zumbido en sus oídos. Otra vez la oscuridad. Un segundo de inconsciencia... Frío... Ahora sentía un frío increíble, que helaba por dentro y por fuera al mismo tiempo. Lo encadenaba, parecía que no solo no podía moverse, sino también sus pensamientos. Prácticamente se detuvieron. Entonces todo se aceleró bruscamente y, volviendo en sí, Ajit se encontró casi tumbado en la carretera, con las manos apoyadas en ella. Al instante, una segunda ola de frío subió por sus brazos, saliendo del suelo y bajando por su garganta. Por un segundo, a Ajit le pareció que se estaba muriendo, sus brazos y piernas no le obedecían, y el escalofrío lo recorrió cada vez más. Parecía que incluso los latidos del corazón se estaban debilitando

bajo su poderosa presión. Entonces, de repente, estos grilletes incomprensibles lo liberaron, sintió la capacidad de moverse. Saltó del suelo lo más bruscamente posible y estaba a punto de correr, pero de repente se detuvo abruptamente. Sentía que no podía correr, que no podía volver a moverse. Pero ahora no había nada que lo detuviera, simplemente toda su mente se negaba a correr. Por desesperación... Ajit vio la luz del medallón en su pecho y al instante perdió toda esperanza. Su fuerza mental lo abandonó, quería caer y morir sin esperar lo que sucedería a continuación. Desde el frío y la luz, lo entendía todo. Al principio, todavía esperaba algo, pero la luz del medallón rompió todas las dudas en un instante. Pesadilla... La vieja pesadilla volvió a su vida, lo alcanzó de nuevo. Y ya no tenía ganas de luchar. Lo único que le quedaba por desear era enfrentarse a la muerte, que demostraba de todas las maneras posibles su inevitabilidad.

Ajit se giró bruscamente, sin que nada en él se le resistiera. Ya se estaba preparando para enfrentar algo terrible. Familiares a su manera, pero no por ello menos terribles. Sin embargo, Ajit no vio nada. Nada que destacara nítidamente sobre el fondo de la ya conocida imagen nocturna. Pero sintió que el suelo temblaba bajo sus pies, que lo que estaba esperando estaba a punto de suceder. Que saldrían de algún lugar y gritarían dentro de su cuerpo con una fuerza furiosa, arrancando la vida de su cuerpo empapado de frío.

Pero las cosas no salieron como él esperaba.

Ajit vio de repente grietas que se arrastraban por el suelo, a pocos pasos de donde él estaba. Una luz amarilla cegadora comenzó a salir de ellos de inmediato, lo que lo hizo cubrirse instintivamente con la palma de la mano. Podía oír las piedras que pavimentaban el camino desmoronarse y volar hacia el abismo.

Involuntariamente, por alguna razón, dio un paso hacia esta luz, sintiendo el aliento del abismo que se escondía bajo un velo brillante, casi blanco. Después de unos segundos, sus ojos de alguna manera se acostumbraron a la luz y bajó la mano. Las grietas seguían corriendo en todas direcciones. Ajit sintió el temblor de las rocas que se rompían bajo sus pies, pero no se movió del lugar, como si algo lo estuviera sujetando.

De repente sintió que algo lo empujaba hacia el abismo, a pesar de la luz era claramente visible, y trató de resistirse. Quería huir. Corre lo más lejos que pueda. Olvídate de todo y no ves a nadie. El frío fue reemplazado por el miedo, del cual se elevó un nudo en la garganta que envió oleadas de temblor a través del cuerpo. Ajit sintió que el aire a su alrededor se volvía espeso, como si algo se hubiera mezclado con él. Y ya no pudo resistirse a lo que lo empujaba hacia adelante: el medallón parecía estar llamándolo, y la cadena increíblemente fría le quemó el cuello, clavándose en ella. Sin dar un

paso, Ajit solo comenzó a agacharse, incapaz de luchar contra el increíble peso. Ya no entendía si era su propia impotencia o el poder de la Arena lo que lo había alcanzado después de tantos años.

Desde el momento en que se separó de Asha, no pasaron más de dos minutos, y no tuvo tiempo de ir muy lejos, aunque a Ajit le pareció que no escuchó sus pasos. Pero Asha, al notar un fuerte temblor bajo sus pies y una luz golpeando su espalda, se dio la vuelta y, olvidándose de la pelea, corrió hacia su compañero, anticipando que algo andaba mal. Y lo hizo justo a tiempo: cuando Ajit estaba de pie al borde del enorme abismo, inclinado pesadamente sobre él, Asha lo agarró por la ropa que llevaba puesta unos segundos antes de caer. Ajit ya había conseguido abrir los brazos a los lados, resignado, según le parecía a Asha, al hecho de que ahora tendría que desprenderse de su vida. Pero el propio Ajit no sintió nada, su conciencia dejó de moverse, sus ojos se pusieron en blanco y él, controlado por una fuerza desconocida e increíble, estaba a punto de dar el último paso en su vida.

Asha lo tiró hacia atrás, haciendo que la cadena se clavara más profundamente en el cuello de Ajit, lo que hizo que dejara escapar un grito de dolor mezclado con tos y sibilancias. Pero este grito ya era consciente, el joven evaluó al instante la situación y retrocedió unos pasos. Luego se dio la vuelta y se liberó de la mano de Asha, que todavía agarraba su ropa. En los ojos del segundo se podía leer un miedo genuino a lo desconocido. Ajit, que había recuperado la conciencia, puso su mano en el pecho de Ashe y se abalanzó sobre él, obligándolo a retroceder. A partir de este movimiento, Asha mismo recobró el sentido y se hizo a un lado. Estaba demasiado emocionado para hacer preguntas ahora, y el momento no era el adecuado, a pesar de que lo estaban destrozando por dentro. Ya se había dado cuenta de que Ajit sabía algo sobre lo que estaba pasando, y tal vez bastante.

Mientras tanto, algo increíble e incluso terrible seguía ocurriendo. A ambos les pareció que incluso las estrellas en el cielo temblaban, que estaban a punto de agrietarse y colapsar sobre ellas con su peso. Y un segundo después, largas rayas negras brotaron del suelo, mezcladas con una luz aún más inflamada, pero nada cálida, que se destacaba nítidamente sobre el fondo blanco, que parecía absorberlo. Asha y Ajit permanecieron en su lugar, a unos veinte pasos del borde, observando en silencio lo que sucedía. El rostro de Asha estaba lleno de determinación en lugar de miedo, especialmente cuando vio que dos grandes ojos blancos aparecieron del suelo, retorciéndose como enormes serpientes, como si estuvieran iluminados desde adentro. Y esta luz era igual de fría, vacía y aterradora. Por alguna razón, en toda la imagen del monstruo, que aparecía gradualmente desde el suelo, lo más notable eran estos dos

círculos, en los que ni siquiera había pupilas, solo luces brillantes absolutamente blancas.

El dueño de esta mirada fría ya había logrado mostrar toda su altura cuando Asha levantó la vista de él y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Parecía que el monstruo no se arrastraba fuera de la tierra, sino que lentamente, sin mover las patas, flotaba por el aire, agitando sus enormes tentáculos, que resultaron ser esas extrañas rayas que devoraban la luz. Sí, era un monstruo de una altura increíble, unos dos humanos. Se oyeron los primeros pasos pesados, cada vez semejantes al golpe de un gran martillo sobre una piedra. Una silueta negra emergió gradualmente del humo -el aire se espesó tanto que la luz se convirtió en humo, con un tinte amarillento- y fue posible ver al monstruo perfectamente.

Negro, con piel lisa y brillante, cortada aquí y allá con patrones extraños, causaba horror. La figura de la criatura se parecía a un hombre, pero carecía de rasgos humanos en el rostro: en lugar de una nariz había dos agujeros, la boca era casi imposible de ver y no tenía barbilla: un cuello corto pero poderoso se convirtió casi inmediatamente en una cabeza, en la que ostentaban dos cuernos, curvados en diferentes direcciones y brillantes en el resplandor. Sus gigantescos hombros eran llamativos, en los que se veían algunos crecimientos como espinas, pero parecía que se retorcían al caminar, como tentáculos. Manos de un grosor increíble, que cualquier hombre fuerte podría envidiar, terminaban en palmas macizas, con garras largas y afiladas.

Al principio, parecía que sus tentáculos crecían por todas partes, pero tras una inspección más cercana, Asha notó que provenían principalmente de detrás del monstruo (o bestia, como prefería llamar a esta criatura) y de algún lugar del vientre. Además, las que crecían por detrás eran más largas y terminaban en algo así como lanzas afiladas con estrías. Si al menos una de esas bestias perfora a una persona, esta última perderá la vida en un abrir y cerrar de ojos. Las que salían del vientre, que tenían pequeñas y extrañas hinchazones, eran de apariencia blanda y no parecían representar mucho peligro, pero al mismo tiempo tenían algo siniestro y uno no quería acercarse a ellas ni tocarlas.

El monstruo se acercó a los guerreros y, apretando bruscamente su estómago, literalmente disparó sus tentáculos a Ajit, agarrándolo por los hombros, por el cuello y acercándose lentamente al medallón. Y entonces el frío recorrió el metal, cuya luz comenzó a llenarse de algunas motas de polvo, el medallón pareció derretirse por este contacto, cuando de repente, lleno de determinación, Asha, lleno de determinación, se abalanzó sobre la bestia y, sin perder un momento, golpeó estos mismos tentáculos con su espada. Inmediatamente después de eso, se escuchó un grito. Pero él no pertenecía a un

monstruo. Asha gritó de dolor, quien, después de haber dado un golpe, inmediatamente sintió un frío abrasador en su mano, que, deslizándose como un rayo a través de la espada, se estrelló contra su palma derecha. Dejó caer su espada y agarró su muñeca derecha con su mano izquierda, por alguna razón presionando su mano contra su boca. En el mismo momento, los ojos de la bestia se entrecerraron, enrojecidos como si alguien hubiera vertido sangre en ellos, después de lo cual dejó escapar otro rugido aterrador y se volvió hacia Asha. Inmediatamente vio varios tentáculos más afilados deslizarse detrás del monstruo, e inmediatamente corrieron en su dirección. Olvidándose del dolor, Asha saltó hacia atrás abruptamente, dejando su arma fuera de su alcance, y continuó vigilando de cerca a la bestia, preparándose mentalmente para esquivar nuevos ataques. Y sin duda lo habrían seguido -se sintió que el monstruo estaba seriamente enojado- si no fuera por Ajit, quien aprovechó un momento libre y pateó al monstruo en la rodilla con todas sus fuerzas. Es poco probable que lastimara a la bestia, pero atrajo su atención: inmediatamente se volvió hacia él.

El rostro de Ajit se contorsionó en una mueca feroz que le decía que estaba listo para cualquier cosa. La inevitabilidad lo empujó a esto.

La misma ferocidad se podía leer en el rostro del monstruo, y en un momento lo justificó: como un largo látigo de hielo, el monstruo golpeó a Ajit en la cara, dejándole una larga marca roja. Ajit rugió y cayó de espaldas al suelo, protegiéndose con su mano de los nuevos golpes que llovían sobre él, quemando su mano. Al mismo tiempo, asustado y enfurecido por la superioridad del monstruo, se paró sobre su otro brazo y trató de arrastrarse hacia atrás, pero no lo logró, porque en el segundo siguiente, la bestia arrojó varias de sus afiladas lanzas a Ajit, arañando gravemente el pecho del pobre hombre. Se estremeció por la fuerza del golpe, tosió fuerte, incapaz de gritar y dejó de resistirse. Lo sabía: un segundo más y moriría. El monstruo tomará primero el medallón y luego su vida.

Y así habría sucedido si Asha no hubiera vuelto a agarrar su espada y hubiera intentado una vez más cortar los monstruosos tentáculos que revoloteaban en todas direcciones. A pesar del gran dolor que esto debió haber causado al propio Asha, decidió volver a hacer esta audacia. Y lo pagó al instante: el monstruo lo golpeó con su arma mortal, golpeándolo en el hombro. Asha rugió y retrocedió horrorizada.

Estos segundos fueron suficientes para que Ajit reuniera sus fuerzas, saltara del suelo con un brusco tirón y corriera hacia Asha. No trató de distraer al monstruo, sino que aprovechó los momentos de confusión para correr hacia Asha, agarrarlo por el cuello con ambas manos, tirar de él y gritar en voz alta:

–¡Correr! ¡Déjame, corre!

–¡Pero...! Asha trató de objetar, su rostro ahora realmente iluminado por el horror.

"¡CORRE, TONTO!" Ajit interrumpió estos intentos, su mirada ahora parecía angustiada, pero increíblemente convincente.

Y tan pronto como gritó las últimas palabras, Ajit sintió que el frío se deslizaba por su columna vertebral de nuevo en anchas rayas. Algo lo tiró hacia atrás, luego hacia un lado: el monstruo lo arrojó a la carretera con una fuerza increíble, lo que hizo que Ajit rodara varias veces, cada vez golpeándose la cabeza dolorosamente contra las rocas. Sintió que su conciencia se desvanecía, flotando en algún lugar, fundiéndose con la arena. Ajit apenas podía ver lo que estaba pasando: sus ojos comenzaban a oscurecerse. De repente, de repente, como siempre sucede un momento antes de la muerte, se acordó de su esposa. Ahora podía ver su rostro con claridad, pasara lo que pasara, incluso si cerraba los ojos. Sus dos hijos pequeños. Y entonces una afilada flecha de dolor le atravesó el corazón: los había perdido una vez y nunca los recuperaría. Sin embargo, tal vez donde estaba a punto de ir, podría encontrarlos. Para ver al menos una vez más. No se dio cuenta de cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla y un grito desesperado escapó de su pecho, del que Asha, que estaba a punto de hacer otro intento, se detuvo bruscamente y dejó caer su espada. Si Ajit hubiera podido distinguir las partes, habría visto temblar las manos del joven. Luego se arrodilló y, sin apartar los ojos del monstruo, trató de encontrar su arma en el suelo por el tacto.

Entonces, algo bruscamente obligó a Ajit a volver en sí. No sabía si eran sus recuerdos aleatorios los que habían despertado un deseo de venganza o cualquier otra cosa, pero sabiendo lo que se avecinaba la sensación, agarró el tentáculo que pasó por su cara con tanta fuerza como pudo. Lo hizo para volver a ponerse de pie de la manera más rápida posible. En la confusión, vio a Asha por el rabillo del ojo:

–¡Correr! —le gritó Ajit de nuevo—.

Esta vez, Asha lo escuchó: dio unos pasos vacilantes hacia atrás, luego se dio la vuelta y huyó con todas sus fuerzas.

Ajit logró despedirse mentalmente del joven y trató de golpear al monstruo con su espada al azar. Pero este patético intento se detuvo al instante: sintió que una mano enorme lo golpeaba en el pecho, voló hacia atrás y luego cayó. Cómo tiembla la tierra a su alrededor bajo el peso de pasos poderosos. Mientras el frío vuelve a deslizarse como una ola sobre su cuerpo. Cómo la tierra a su alrededor explota por los tentáculos-lanzas que se estrellan contra ella, cortando el camino para retirarse. Cómo la oscuridad cae sobre su conciencia como una nueva corriente y lo priva de fuerzas. Cómo cae en ella y deja de existir.

Todo lo que Ajit vio frente a él fue una enorme silueta negra y algún tipo de movimiento. No podía moverse y apenas podía sentir nada, solo notó que la luz del abismo se había extinguido por completo, tal vez la bestia se lo había tragado, absorbido y destruido.

Y ahora dos tentáculos de hielo ya se arrastran por su pecho, tocando el medallón, y la otra bestia se eleva sobre la cabeza de Ajit para terminar con todo su sufrimiento en un instante de un solo golpe y terminar esta pelea, cuyo ganador se determinó de antemano.

El medallón de repente brilló inusualmente brillante, disipando gradualmente la oscuridad. Pero incluso a través de esa luz, Ajit captó un punto en blanco como el que él y Asha habían visto poco tiempo antes. Se acercaba a ellos desde algún lugar a un lado, de donde Asha había huido. Cuando se acercó a gran velocidad, al moribundo le pareció por un segundo que era un perro enorme. Entonces, de repente, sintió un calor que se hacía más fuerte con cada momento que pasaba, después de lo cual sintió que sus ojos se cerraban solos y ya no era capaz de nada. En el último segundo, un pensamiento cruzó por su mente:

"Así es como sucede..."

El monstruo desprevenido, que ya había arrojado sus lanzas a Ajit, de repente voló hacia un lado, sin alcanzar su objetivo, como si alguien lo hubiera golpeado con una fuerza increíble. El monstruo rodó por el camino, esparciendo terrones de tierra y pequeñas piedras con golpes aleatorios de tentáculos y balanceos de brazos gigantes. Ajit cayó justo donde uno o dos minutos antes había habido un abismo que respiraba luz y que se había curado inexplicablemente, sin dejar rastros especiales aparte de los adoquines esparcidos por todas partes.

La bestia miró a su alrededor ferozmente, sin entender lo que estaba pasando, se puso en pie de un salto, todavía blandiendo continuamente sus monstruosas lanzas en un intento de matar al enemigo invisible. Y su enemigo, esa misteriosa mancha blanca en el aire, asestó el siguiente golpe, pero esta vez el monstruo estaba listo y no cayó. Sin embargo, algo extraño seguía sucediendo: se agarró el estómago con ambas manos, como si intentara abrirlo y sacar algo que lo había atacado. Pero no pudo hacerlo, y soltó un fuerte grito, alarido o gruñido, un sonido que no se podía nombrar con exactitud, era como si fuera todo a la vez. El grito fue tan fuerte que incluso Asha, que había huido, debió haberlo escuchado.

La bestia de repente estiró sus manos hacia su pecho y luego hacia su garganta: algo se arrastró dentro de él, se derramó por todo su cuerpo. Sintió algo a lo que apenas podía resistirse, pero que le era increíblemente ajeno. Los extraños patrones que se retorcían por todo su cuerpo de repente brillaron con una luz brillante. Luego le

sucedió lo mismo a sus ojos, y en lugar de rojos, volvieron a su color original.

En un segundo, el monstruo, ya no capaz de resistir lo que lo había atrapado, levantó la mano al cielo, cayó al suelo con un cuerpo pesado y dejó de moverse.

Capítulo 15. Maestro de las Arenas

El príncipe y Farah se dirigieron hacia la puerta más cercana que conducía al balcón, que seguramente conduciría a otro lugar.

"Creo que será mejor que salgamos del palacio: puede ser peligroso en los pasillos estrechos". De repente... —empezó a hablar el príncipe—.

"¡Vete!" ¡Obtener! Una feroz voz masculina vino de algún lugar de abajo, seguida de un ruido metálico y pasos fuertes.

El príncipe y Farah se detuvieron y se miraron en silencio, y luego, sin ponerse de acuerdo, corrieron hacia la barandilla.

Abajo, luchando contra el monstruo de arena, un soldado bactriano corría. Incluso desde aquí, desde arriba, se notaba que su ropa estaba manchada, a veces con sangre, a veces con suciedad y polvo.

–¡Obtener! El guerrero gritó con mayor desesperación, tratando en vano de defenderse de los ataques del enemigo.

Farah, al ver lo que sucedía, inmediatamente agarró su arco, le puso una flecha y estaba a punto de disparar, cuando el Príncipe, extendiendo su mano en su dirección, dijo:

–Tiempo. ¡Yo mismo!

No se sabe qué exactamente lo impulsó a hacer esto. Tal vez estaba convencido de que su daga era la única arma efectiva (y tenía razones para creerlo) contra las criaturas de arena, o tal vez lo rebelaba el orgullo y el deseo de demostrar que era más rápida y mortal que cualquier flecha.

Farah se enfureció de nuevo por el comportamiento del príncipe. Parece que no entendió nada. Contuvo sus emociones, pero se preparó para disparar una flecha si algo salía mal. Ahora no es el mejor momento, pero ella encontrará tiempo para decirle que necesitan aprender a actuar juntos.

El príncipe se puso la espada a la espalda, dejando solo la daga en las manos, saltó a la barandilla de mármol y, sin dudarlo, se precipitó desde una altura considerable, apuntando directamente a la espalda del monstruo. Un segundo de vuelo. Ojos depredadores y confiados. Una mano levantada amenazadoramente por encima de su cabeza, el pecho abierto, las piernas ligeramente dobladas a la altura de las rodillas... Para el príncipe, estos momentos parecían una eternidad. Quizás sin darse cuenta, los disfrutaba, la libertad que le daba. Es decir, la libertad. Un lamentable segundo de libertad que consiguió saltando al suelo. Le dio una especie de calma. Y algo más, no sabía lo que era, pero no quería dejar de lado este sentimiento. Ya se había dado cuenta de que el sabor del asesinato no era tan dulce, sino más bien repugnante. Pero ahora le encontraba sentido, más que antes. Y así descargó su golpe sobre su víctima y, agarrándola de

espaldas y aferrándose a un trozo de ropa, la tiró hacia atrás. El monstruo de alguna manera resistió el golpe y no se convirtió en una nube de polvo de arena, sino que, por el contrario, comenzó a resistir, tratando torpemente de despistar al Príncipe con su mano. Pero saltó en el aire con un brusco tirón, saltó por encima de la cabeza del monstruo y con un golpe certero cortó el pecho del enemigo. No pudo soportar este golpe, se tambaleó hacia atrás y se desplomó en el suelo. Y en un segundo, solo quedaron restos de munición persa en el suelo, y el aire se volvió brillante y amarillo, un poco parecido a la niebla.

—¿Estás bien? La voz de Farah llegó desde arriba.

El príncipe, que aún no se había recuperado de la pelea, alzó bruscamente la cabeza, y luego, dándose cuenta de lo que estaba pasando, respondió:

–¡Sí! Yo... —empezó a contestar el Príncipe—.

Pero en ese momento, el hombre rescatado habló.

—Gracias —dijo secamente—. No pareció perder la compostura, a pesar de la lucha desigual. Rápidamente se dio cuenta de que había gente frente a él. Los monstruos no hablan. Los monstruos no salvan. Aunque no le gustó del todo, fue salvado por un joven y una niña.

—¿Quién eres tú? —preguntó el príncipe, dirigiéndose al soldado.

—Me llamo Essen —dijo, sentándose en un trozo de pared—. Aún así, estaba claro que la pelea lo había golpeado y necesitaba recuperar el aliento y pensar.

Pasó casi un minuto antes de que continuara hablando.

"Soy el comandante del pelotón de guardias en el ala oriental del palacio. ¿Y tú quién eres? ¿Y cómo lograste lidiar con el monstruo tan rápido? ¡Tantos de mi gente han muerto, estas criaturas son inmortales, maldita sea! ¿Qué está pasando aquí?

El príncipe se acercó a él, envainando su daga en su cinturón mientras caminaba, y se agachó con las piernas cruzadas frente a Essen. Después de unos segundos de mirar el rostro severo de su interlocutor, el Príncipe respondió:

"Soy el príncipe de Persia, y mi padre y yo hemos venido a Azad con regalos para el Sultán y para descansar antes del largo viaje de regreso a casa. Shahraman, mi padre, es un viejo amigo y...

"Sé quién es Shahraman. Pero un hijo no siempre se parece a su padre —interrumpió Essen al príncipe—. —¿Será mejor que me digas qué ha pasado aquí? ¿De dónde vinieron estas criaturas?

"Estos monstruos son criaturas de las Arenas del Tiempo. Todo el caos que hay a su alrededor son las Arenas del Tiempo desatadas —dijo el Príncipe y se detuvo—. Vaciló.

—¿Qué es esto de las Arenas del Tiempo? ¿Y de dónde salieron? Essen no se calmó. Estaba decidido a llegar al fondo de la verdad.

"Este es el trofeo de nuestra victoria en la India. Y uno de los regalos para vuestro Sultán —continuó el Príncipe—.

—¿Así que los trajiste aquí? —preguntó Essen con más severidad.

–¡Sí! Pero... —el Príncipe seguía dudando—.

–¿Pero qué? Espero que haya alguna explicación para esto. De lo contrario, esta es una guerra contra Azad, una traición a Persia, ¡y tú eres mi principal enemigo aquí y ahora! Essen estaba listo para agarrar su espada de nuevo.

"¡Déjame explicarte!" El Príncipe respondió con decisión. No esperaba que esta conversación se convirtiera en una confrontación.

—Te escucho —respondió Essen con más calma—.

"En primer lugar, Shahraman y casi todo el ejército persa están muertos. Está claro que tal sacrificio no es la mejor táctica para hacer la guerra", comenzó el Príncipe. "Y en segundo lugar, después de todo, te salvé la vida.

"Está bien, eso suena convincente", respondió Essen aún más calmada. —Entonces, ¿quién está detrás de todo esto? ¿Quién está librando esta guerra contra nuestros dos pueblos?

"Un visir ha venido con nosotros desde la India. Ayudó a organizar un ataque secreto contra su ciudad, traicionando al maharajá", continuó el príncipe. –Él...

—Espera, ahora me toca a mí —dijo Essen de repente, lo que hizo que el Príncipe se sintiera aliviado—. Ahora tenía tiempo para pensar un rato. – Creo que sé de quién estás hablando.

Y entonces Essen contó su historia:

"Estaba haciendo mis rondas nocturnas. Al pasar por delante de la biblioteca del sultán, de repente las paredes temblaron por todas partes, las piedras cayeron desde arriba. Por lo general, siempre hay silencio y nunca pasa nada. Pero esta vez... Se hizo difícil respirar, alguien gritaba a lo lejos. Al principio, no quería dejar mi puesto, pero luego el muro casi se derrumba sobre mí, y decidí irme para averiguar qué pasaba. Elegí el camino a través de la biblioteca. Pasé por la entrada en el segundo piso y miré hacia abajo: había cientos de soldados parados allí. Todos ellos eran bactrianos y persas. Pero algo andaba mal con ellos. Y me pareció que ellos... ¡Resplandecer! Y sus ropas estaban como andrajosas. Estaba en silencio, nadie se movía y las paredes permanecían en su lugar. Me quedé helado y empecé a observar. De repente vi a un anciano caminando entre ellos. No brillaba. Cuando el anciano caminó por la mitad del pasillo, de repente me di cuenta de a dónde iba. No sé por qué, ¡pero no lo había notado antes! Un enorme cuenco estaba en el otro extremo del pasillo, y encima de él había una bola amarilla brillante. ¡Estaba suspendido en el aire! El anciano se acercó al tazón, agitó su bastón y

gritó algo. La pelota descendió lentamente. Entonces, por alguna razón, un soldado se acercó al anciano y se paró frente a él.

—Sí, es él, el visir. Parece que sabe cómo controlar las Arenas y persigue algunos de sus propios objetivos —intervino el Príncipe—.

Hubo silencio. Essen estaba pensando en algo, y el Príncipe y Farah intercambiaron rápidamente miradas. Ambos comprendieron que era poco probable que a Essen le gustara la verdad. Ahora bien, este es su secreto común desde hace algún tiempo. Y una confirmación de su reciente unión. Aunque no sería posible guardar el secreto durante mucho tiempo, el príncipe comprendió que Essen tendría nuevas preguntas que llevarían al joven a un callejón sin salida. Pero ahora aún no ha llegado el momento.

-¿Qué pasó después? El Príncipe rompió el silencio.

Essen no era tan simple como podría parecer, y preguntó, señalando a Farah:

—¿Y quién es ella?

"Todavía no importa. Termina, tú y yo te lo diremos —respondió el príncipe—.

Essen frunció el ceño (podía oír a Farah hablando en un idioma que no entendía), pero continuó:

"¡El anciano tomó su bastón, golpeó al soldado en el pecho con él y lo atravesó!" Cayó y dejó de brillar. Parece que ha desaparecido por completo. Y el viejo se dio la vuelta, levantó el bastón y lo clavó en la bola. Inmediatamente cayó. Entonces la pelota se convirtió en polvo, y algo cayó en el cuenco, y el resto cayó en el suelo a su alrededor. ¡Y al instante se hizo tan claro como el día!

–¿Es todo? ¿Estabas solo? ¿Y dónde están el resto de los guardias? Aquellos contra los que luchaste", preguntó el Príncipe.

-Eso fue después. Encontré a algunos de mi gente. Muchos estaban asustados, pero antes de que pudiera interrogarlos sobre todo, ¡aparecieron estos monstruos! Escuché unos estallidos, y en la penumbra vi dos ojos. Luego dos más. Los ojos venían de todos lados. Desenvainé mi espada y golpeé varias veces al azar. ¡Le pegué! ¡Juro que lo logré! ¡Vi su herida! Pero ni siquiera se movió. Y entonces le oí desenvainar su espada. Soy valiente, pero no soy estúpido: si no hubiera visto realmente al enemigo, no lo habría superado. Traté de huir de él, o al menos encontrar una habitación luminosa. Después de un rato, me detuve para recuperar el aliento. Incluso pensé que me había escapado, ¡pero uno de ellos estaba a unos diez pasos de mí y caminaba hacia mí! El mismo que mataste. Fue entonces cuando lo vi. Ni siquiera tenía sangre, sus heridas brillaban de color amarillo. Y no importaba cuánto lo intentara, ¡parecía ser invulnerable! El resto murió durante esta lucha.

"Nos enfrentamos a lo mismo. Pero, te aseguro, no son inmortales. Poseo las armas del enemigo y espero volver su poder contra él", explicó el Príncipe.

Al oír estas palabras, sacó una daga de su cinturón y, colocándola en las palmas de las manos, se la mostró a Essen.

"Aquí está, es una daga. ¡Puede matar a estas criaturas! El Príncipe continuó.

Essen escuchó sorprendido al Príncipe, y cuando sacó su daga, involuntariamente extendió la mano para tocarla.

—¿Cómo conseguiste conseguirlo? ¿Dónde puedo conseguir lo mismo? Con un arma así, estaría mucho más tranquilo —dijo Essen con tono exigente, y, tocando la hoja, añadió secamente—: Frío.

Farah se sorprendió de la facilidad con la que el príncipe permitió que el extraño tocara la daga. Sospechó de ella incluso después de un ligero movimiento de su mano, y aquí... "Aunque, probablemente, todavía esté jugando su juego y ganándose la confianza de Essen", pensó Phare unos segundos después. Se calmó y siguió escuchando la conversación.

El príncipe retiró las manos y guardó su daga. Le parecía que Essen tenía el ojo puesto en la daga, y ahora también tendría que vigilarla. Farah parecía menos decidido, y cualquier cosa podía esperarse de su nuevo conocido. Aun así, elegirá el momento para demostrar su valía. Pero ahora puede ser útil.

El príncipe pensó que era hora de presentar a Faro:

"Esta es Farah. Es una princesa india que esperaba el destino de un esclavo. Pero por voluntad del destino, todo salió completamente mal, y ahora ella es mi compañera y aliada accidental.

—¿Una princesa india? Essen estalló. —¿Y si ella también es una enemiga? ¿No es suficiente para ti este visir? ¿Cómo puedes confiar en ella? Ahora ella pertenece a una mazmorra mientras todo esto sucede. ¡Y solo entonces podrás averiguar si ella es una enemiga o no!

"No, ahora es inapropiado. Ella me ayudó cuando fui herido. Además, ella sabe un poco más de las Arenas que yo, y vamos a arreglarlo. ¡Nuestro enemigo es el visir! El príncipe elevó el tono, tratando de transmitir su punto de vista a Essen.

"¡Lo adiviné yo mismo!" —replicó Essen con enfado—. Todavía sospechaba mucho tanto del Príncipe como de Farah, pero todavía no sabía qué camino tomar, por lo que se rindió temporalmente. Mientras tanto, el príncipe ayudó a Farah a bajar del balcón al vestíbulo.

De nuevo, la conversación fue sustituida por el silencio, que fue roto por Farah al cabo de un rato:

"Cuando era niño, mi padre me mostró una daga, diciendo que la había traído de un largo viaje. Entonces vi el Reloj, él dijo que había un gran poder en él que nunca debía salir, de lo contrario...

"De lo contrario, ¿qué?" —preguntó el príncipe.

-Probablemente, se refería a lo que está pasando ahora. Simplemente dijo que no debería volver a suceder", dijo Farah.

–¿Repetir? ¿Ha sucedido esto antes? El príncipe se sorprendió.

—No lo sé —dijo Farah—. Supongo que te lo he contado todo, y sólo cuando lleguemos al Reloj podré pensar en algo.

—El reloj es el recipiente en el que se guardaba la arena —le explicó el príncipe a Essen, aunque éste no preguntó—. "Un enorme reloj de arena, y en él están las Arenas del Tiempo. Nuestra tarea es encerrarlos en estas Horas.

Durante todo este tiempo, Essen ordenó sus pensamientos y al mismo tiempo lo observó a él y a Farah. No entendía mucho de su historia, pero no estaba interesado en la naturaleza o la historia de las Arenas. Después de pensarlo, continuó con sus preguntas, tratando de encontrar algo.

—¿De dónde sacaste esta daga? Si tuviera algún plan como el de este visir, ¡lo mantendría conmigo! ¡Después de todo, esta es la única amenaza para él!

Sin embargo, el enfrentamiento tuvo que ser pospuesto, porque de repente el silencio de la sala que los rodeaba fue interrumpido por los gritos estridentes de los pájaros. Los tres se dieron la vuelta asustados por el sonido y vieron varios pájaros negros enormes, ya familiares para el Príncipe, volando hacia el salón a través de la enorme ventana.

–¡Correr! ¡Escóndete en la sala del trono! ¡Rápido! —gritó el príncipe a Phare y a Essen—. "¡Solo una daga puede derrotarlos!"

Farah, que ya estaba tirando de la cuerda con la flecha, vaciló unos segundos, bajó su arco y corrió a la sala del trono detrás de Essen. Ya conocía a su enemigo y, por lo tanto, no tenía prisa por volver a entrar en la batalla sin ninguna posibilidad de victoria.

Los pájaros volaban en cuña, se escuchaba el pesado aleteo de alas gigantes. Sus brillantes ojos amarillos ardían con fuego mortal. En cuestión de segundos, lograron volar peligrosamente cerca del Príncipe, y entonces el Príncipe vio una figura humana sentada en el cuello de uno de los pájaros. Era el visir. Todavía sostenía su bastón en la mano. El príncipe notó la expresión depredadora de sus ojos, que se diferenciaban de los de un pájaro solo en que todavía tenían pupilas, lo que los hacía parecer todavía humanos.

—¡Mi joven príncipe! ¡Saludos de nuevo! El visir habló, haciendo que el pájaro en el que cabalgaba se congelara en un lugar, haciendo solo un aleteo ocasional de sus alas. Otros, en ese momento, rompieron una cuña y volaron en círculos sobre la cabeza del

príncipe, listos en cualquier momento, a la orden silenciosa de su amo, para abalanzarse sobre la víctima y hacerla pedazos.

"¡¿Qué quieres?!" —gritó el príncipe, literalmente hirviendo de ira—.

–¡Sabes! Esta daga. ¡Pero no quieres regalarlo! ¡Así que lo tomaré por la fuerza!" Una sonrisa triunfal se dibujó en el rostro del visir. Estaba absolutamente seguro de sí mismo.

—¿Por qué lo necesitas? ¿No es suficiente la pesadilla que has creado? El príncipe respondió furiosamente, listo para abalanzarse sobre su enemigo.

"¡Esta pesadilla, como dices, no la hice yo solo! —replicó Amar en el mismo tono triunfal—. Y Essen escuchó esta frase mientras corría hacia la sala del trono. Ahora sus sospechas se han intensificado.

El Príncipe no tuvo un segundo para pensar en las últimas palabras del visir, porque al momento siguiente apuntó su pájaro directamente al Príncipe, y este tenía la intención de cortarle el pecho con su pico para matarlo rápidamente. Pero el príncipe saltó bruscamente a un lado, se dio la vuelta y se preparó para luchar hasta el final, sacando su espada de detrás de su espalda. No le tenía tanto miedo al dolor ni a la muerte. Tal vez incluso se los merecía. Pero el visir no los merecía menos, por lo que tenía al menos un asunto pendiente. Ahora todas las ilusiones del Príncipe de que el visir podría ayudar de alguna manera se disiparon finalmente. Sus intenciones eran claras, e incluso estaba enfadado consigo mismo: ¿cómo podía creerle ni por un segundo?

Y el Príncipe corrió inmediatamente en su dirección. Tuvo que correr unos diez pasos hasta su objetivo. Pero, ¿por qué se olvidó del resto de los pájaros? ¿Es la rabia realmente tan cegadora?

De alguna manera, el Príncipe sintió que unas garras afiladas le desgarraban la espalda, mientras caía al suelo. Cómo trata de darse la vuelta con horror y rabia y alejar a la bestia de pesadilla con la espada de su padre.

"¡Ahora me ocuparé de ti, y luego de tus amigos!" ¡Piensa en ellos y dame la daga! El visir continuó.

El príncipe vio un enorme pico levantado por encima de su cabeza. Un solo golpe y todo habría terminado para él. Lo matarán, y el visir tomará la daga. Y entonces...

"¡No! ¡Esto no debería suceder!" - brilló en la cabeza del Príncipe.

Solo se adelantó momentáneamente al golpe más poderoso. El suelo tembló y se produjo una grieta cuando la piedra se desmoronó por ese golpe, convirtiéndose en polvo. La fuerza de los picos de los pájaros era asombrosa, incluso después de tales golpes, no les pasaba nada. Serían excelentes escudos que ningún arma podría

penetrar. Luego siguió otro golpe, esta vez más cerca de su cabeza. Pero volvió a tener suerte, pudo esquivar. Luego otro golpe. Una vez más, el Príncipe sobrevivió. El pájaro, aparentemente enfurecido por las señoritas, chilló estridentemente, haciendo temblar las paredes de la sala, a lo largo de las cuales resonaban las olas. Sin cerrar el pico, intentó golpear de nuevo. Y de nuevo mala suerte para ella: el Príncipe logró girarse de modo que los dos golpes demoledores cayeron en lados opuestos de él.

Los siguientes segundos resultaron ser fatales para el ave. El príncipe, aprovechando los momentos accidentales, agarró la larga pero delgada lengua del ave para ponerse de pie con un movimiento brusco y finalmente asestarle un golpe que acabaría con ella. El príncipe tuvo tiempo de notar la sensación de disgusto que se apoderó de él cuando se agarró la lengua. El corte de la espada aterrizó en algún lugar dentro de la boca del ave, por lo que la espada salió por el cuello. No se sabe por qué, el golpe resultó ser fatal. Esta espada también era capaz de matar monstruos. Un momento de reflexión pasó por la mente del Príncipe: "¡Él me protege incluso después de la muerte!"

El pájaro, gritando fuerte, retrocedió bruscamente, batió sus alas, tratando de volar en el aire. Pero la agonía que se apoderó de su cuerpo no le permitió volar muy lejos: después de un par de brazadas desesperadas y de enganchar otro pájaro, se estrelló contra una de las columnas que sostenían el balcón. Cayeron piedras, el balcón se derrumbó en el lugar donde estaba el pilar. El pájaro se convirtió en una espesa nube dorada, que inmediatamente se dispersó por todo el salón, mezclándose con el aire y envenenándolo. Al segundo siguiente, dos pájaros más corrieron hacia el Príncipe, con sus enormes garras hacia adelante. Pero el Príncipe se las arregló para correr hacia un lado, y luego corrió por la losa medio derrumbada hasta el balcón. Allí abajo, era demasiado vulnerable. Un error accidental podría costarle la vida. Y el deseo de vivir lo llenó de nuevo, le vio un nuevo significado.

El príncipe retrocedió hacia la pared, inhaló aguda y sonoramente, y corrió hacia la barandilla, hacia la libertad. De nuevo esos dulces momentos de libertad, en los que él mismo se sentía como un pájaro. Empujó el borde con el pie y estiró los brazos para agarrar el ala del pájaro, que voló muy cerca. El siguiente golpe lo arrojó sobre el lomo del monstruo emplumado. Era tan grande que el Príncipe podía pararse sobre él libremente. Dio un paso brusco hacia la cabeza del pájaro y de un solo golpe, antes de que pudiera entender nada, le cortó el cuello... La cabeza del ave, separada del cuerpo, cayó sonoramente al suelo, lanzando nubes de polvo de arena al aire. Casi de inmediato, el enorme cuerpo comenzó a derretirse. El príncipe se dio la vuelta y usó los dos pasos que tenía reservados, se

escapó y corrió hacia el otro pájaro. Al empujar, sintió que su pierna comenzaba a hundirse en algo blando, lo que hizo que su salto fuera bastante débil y casi se cae desde una gran altura. Casi milagrosamente, logró agarrar las plumas negras con una mano, sobre la que inmediatamente se subió al poderoso cuello, lejos de las formidables patas con las que el pájaro intentaba despistar a su molesto oponente. El príncipe era demasiado malo a caballo para golpear con su espada y acabar con otro monstruo. Y si le corta la cabeza, caerá con ella. Y morirá. Él y todas sus esperanzas. Por alguna razón, el príncipe estaba seguro de que mucho dependía de él, aunque solo era el propietario actual de la daga. Si la espada caía en manos de otra persona, todo dependería de su nuevo dueño.

El pájaro gigante del que colgaba el príncipe, incapaz de deshacerse de él de inmediato, se zambulló bruscamente y, en el mismo suelo, se elevó rápidamente y se precipitó hacia la enorme ventana desde la que habían volado un minuto antes. Con gran dificultad, el príncipe logró sostenerse, pero una espada se le escapó de la mano y golpeó el suelo de mármol con un sonido resonante. Y casi de inmediato, el sonido se perdió en el silbido del viento, que golpeó al Príncipe bruscamente en la cara, echándole el cabello hacia atrás. Salieron volando. Él también es un pájaro. Ahora su vida dependía de ella, y la de ella hasta cierto punto de él. Si él no la mata, entonces ella misma puede quitarle la vida; Si la mataba, se caería y moriría de todos modos. La libertad que tanto amaba era demasiado peligrosa para él y perdió su dulzura por ello. El príncipe sintió que la desesperación se arrastraba a través de su rabia, se sintió desconcertado. Allí, en el vestíbulo, tenía una oportunidad incomparablemente mayor de mantenerse con vida.

El pájaro con el que volaba hacia el viento trataba de dar vueltas bruscamente en el aire, corriendo de vez en cuando de un lado a otro, tratando de deshacerse de su jinete. Dando vueltas alrededor de una cúpula, el pájaro voló hacia la Torre del Amanecer. El príncipe sintió que volaban muy cerca de ella, que si extendía la mano podría llegar a sus paredes. Quería aflojar los dedos y correr hacia la silueta oscura, en la que una enorme columna de luz blanca y brillante golpeaba directamente desde el cielo, rodeada por un terrible torbellino que oscurecía parte del cielo tachonado de estrellas.

Y así, estando tan cerca (según le pareció al Príncipe) de la meta deseada, sintió que una fuerza desconocida, poderosa, pero silenciosa, arrastraba al pájaro de vuelta a la sala. Otro pensamiento aleatorio pasó por su cabeza: el visir quiere que muera allí. Simplemente porque la daga caerá a quién sabe dónde, y puede llevar mucho tiempo encontrarla. Es el momento... Es el momento... Todo a su alrededor dependía de él, le obedecía. La vida del Príncipe dependía del tiempo, el destino del mundo entero dependía del

tiempo. Desde el tiempo que tarda el Príncipe en llegar a la torre y devolver el mundo a la normalidad, desterrando toda la pesadilla más allá de sus fronteras.

Volando hacia el pasillo, el pájaro se mantuvo cerca del suelo. Sin dudarlo, el príncipe le clavó su daga en la espalda y saltó hacia atrás. Al mismo lugar donde estaba sentado el pájaro del visir. Él mismo ya había desmontado de ella y se había quedado a cierta distancia. Si el Príncipe no hubiera matado al último pájaro, seguramente se habría estrellado contra él porque volaba demasiado bajo. Pero esto no sucedió: Amar solo fue barrido por un torbellino de viento de arena, esto es todo lo que quedaba de la poderosa bestia. El pájaro sobre el que cayó el Príncipe sufrió el mismo destino un segundo después: una fuerte puñalada en la espalda, un destello amarillo de la empuñadura de la daga a través del cual se podía ver la arena, exactamente igual que en el reloj de arena. El príncipe recordó este brillo durante mucho tiempo. Solía pensar que era guapo. Ahora le resultaba repugnante, y si pudiera, ¡se desharía de él! Pero no pudo.

El príncipe volvió a sentir un pie firme bajo sus pies. Ahora le daba más alegría, mucho más que la libertad imaginaria que se asemejaba a un gran océano: si te llegabas hasta las rodillas, era realmente hermoso, pero si te sumergías de cabeza, tal vez no salías nadando.

Dando pasos rápidos y huyendo antes del siguiente golpe, el propio Príncipe casi aplasta la piedra, tanto lo abrumó su ira. Quería matar a Amar, esto aún no es una victoria sobre las Arenas, sino un gran paso hacia ella. Y de nuevo su rabia ciega le jugó una broma cruel.

Saltó de la roca que aún yacía en el centro de la sala. Unos instantes lo separaron de su portería. De la victoria. Y ahora el sabor de la muerte de otra persona parecía dulce y seductor de nuevo: esta muerte significaba demasiado. Tenía que suceder, y no podía haber otra manera.

Pero esto no sucedió: el Príncipe saltó sobre el cuerpo negro del pájaro, que trató de agarrarlo con sus enormes patas en el aire. Afortunadamente para el Príncipe, no lo consiguió, de lo contrario podría pasar cualquier cosa: podría aplastarlo, apretarlo con estas patas, podría arrojarlo desde una gran altura, desde el techo, y luego ninguna suerte lo salvaría. La muerte, que había pasado a un paso del príncipe, bañándolo con su frío aliento, por alguna razón le hizo pensar en Farah.

«¡Está bien!», se dijo a sí mismo. Estaba preocupado por ella. Sentía que era responsable de su vida.

Cayó al suelo, luego inmediatamente se puso de pie de un salto y esquivó el golpe de las enormes garras que parecían haber sido

creadas para traerle la muerte. Vio que Amar se daba la vuelta y se alejaba.

–¡Esperar! —gritó el príncipe con todas sus fuerzas—. "¡Te mataré!"

"¡Date prisa y mis fieles pájaros se ocuparán de ti!" ¡Y volveré pronto y conseguiré la daga!" El visir respondió con burla y desprecio en su voz.

"¡No lo lograrás!" —gritó el príncipe, esquivando los nuevos ataques del pájaro—.

—Ya ha salido, Príncipe. ¡Ya está disponible! —exclamó el visir, deteniéndose y volviendo la mirada al príncipe, llena de majestad—. Grandeza similar a la de un rey. Se sentía el amo de este lugar. O tal vez lo era.

El príncipe corrió tras él, pero ya era demasiado tarde: Amar ya se había ido a otra sala, y el príncipe estaba siendo perseguido por los dos pájaros supervivientes, ansiosos por matarlo. No se sabe qué los impulsó: el deseo de destruir incrustado en la arena misma, o la orden del visir. El Príncipe no tuvo tiempo de pensar en eso, y de repente se levantó un muro frente a él. Pero no se apresuró a hacerse a un lado por una simple razón: el príncipe de repente se dio cuenta de que estos pájaros son bastante estúpidos y muy fáciles de engañar. Corrió por la pared con todas sus fuerzas, empujando bruscamente con las piernas y tratando de correr lo más alto posible. Dando pasos rápidos, el Príncipe sintió que ambos pájaros se estrellaban contra la pared uno por uno, rompiéndola. Un segundo más, y el Príncipe se apartó con las piernas, dio una voltereta hacia atrás y lanzó un puñal sobre uno de los pájaros. Sin esperar lo que le sucederá al primero, se abalanza sobre el segundo y lo mata. Dos gritos repugnantes volvieron a romper el silencio de la noche, dos destellos, dos nubes espesas, y ahora todo había terminado.

El príncipe, sin dudarlo un momento, corrió a la sala del trono, persiguiendo a Amar.

"¡Nada puede salvarlo ahora!", pensó para sí mismo mientras corría, respirando con dificultad. El príncipe literalmente cortó el aire con su cuerpo. Aire envenenado por arena. Aquí fue el más envenenado por ella. Pero a pesar de todo, el Príncipe huyó, de vez en cuando aspirando con fuerza este aire, y luego lo arrojó bruscamente, sin sentir cómo la arena permanecía en él y también lo envenenaba a él.

El príncipe vio al visir pasar por el lugar donde estaba el reloj de arena no hacía mucho tiempo, y dirigirse a Farah y Essen. Debe alcanzarlo y matarlo.

"¡¿Por qué viene a ellos?! ¡¿Qué quiere de Farah?!" - Fragmentos frenéticos de pensamientos relampaguearon en su caliente cabeza.

El propio príncipe no se dio cuenta de la frecuencia con la que pensaba en ella. La había reconocido hacía solo media o una hora, pero ella ya significaba mucho en su vida. Tal vez también porque casi no había otras personas vivas alrededor. De repente recordó cómo allí, en el desierto, lo había conseguido de un soldado. Probablemente no por nada, sino simplemente porque ella es una prisionera y él es un alcaide. Recordó la tristeza desmesurada que se había instalado en sus ojos para siempre.

"¡Esto no debe volver a suceder!" - por alguna razón surgió en la mente del Príncipe.

–¡Esperar! Gritó con fuerza, ahogándose y jadeando.

Amar no reaccionó al grito, y solo aceleró el paso. Estaba lo suficientemente lejos del príncipe, y no estaba lejos de Farah y Essen.

Farah alzó su arco y disparó una flecha al visir. Extendió su bastón frente a él, y una fuerza desconocida rompió la flecha en pedazos. Farah abrió los ojos de par en par con sorpresa y retrocedió asustada. Tenía miedo de que Amar no se pareciera al viejo decrépito que había conocido antes.

"¡No te acerques a nosotros!" Lloró desesperada. No se podía decir que ella realmente le tuviera miedo. Es solo que la ola de sorpresa que la cubrió como una avalancha se convirtió en miedo, lo que le exprimió estas palabras.

–¡Bastante! ¡Ya he oído suficiente de las órdenes de la chica mala y de su padre! El resentimiento brilló en los ojos del visir. A tales ojos, el resentimiento era más terrible y peligroso que la ira más terrible.

Essen, que había permanecido al lado de Farah todo este tiempo, levantó su espada y se abalanzó sobre el visir. Los ojos del visir no delataban un monstruo en él, y esta vez Essen al menos tenía una oportunidad. Pero cuando estaba a dos o tres pasos del golpe, Amar agarró de repente su bastón con ambas manos y, señalando el otro extremo del mismo hacia el soldado, golpeó el aire con él como si fuera una lanza, sin alcanzar siquiera a Essen. Pero la misma fuerza desconocida que había roto la flecha lo hizo retroceder. Volando por el aire, el bactriano cayó al suelo, rodó sobre él y, al parecer golpeando una de las muchas piedras esparcidas por todas partes, gimió de dolor.

"Ya ves, princesa... ¡Nadie te ayudará! Amar volvió a hablar triunfalmente. Y sin esperar nada, golpeó a Farah con su bastón, rascándole dolorosamente la mano. Farah gritó de dolor inesperado y se tambaleó. El visir se acercó a ella y, aprovechándose de su miedo e indefensión, le apretó dolorosamente la mano, manchando la suya con su sangre, mirándola fijamente y aterrorizándola con una sonrisa vil.

El príncipe, al oír el grito de Farah, ardió en sed de venganza. No por él, sino por ella. Mientras tanto, el visir empujó a la princesa a un lado y se volvió hacia el príncipe, diciendo:

"¿De verdad te gusta tanto poseer esta daga?" ¡Por tu culpa, las personas, tanto cercanas como apenas conocidas, sufren! ¡Solo quería tener una daga, y trajiste problemas a todos! Entonces, ¿quién de nosotros es el villano?

El príncipe casi alcanzó al visir y dio un brusco salto en el aire, apuntando su espada al pecho del odiado enemigo. Y de nuevo un fallo. De nuevo cortó el aire. De nuevo, de una manera increíble, aquel a cuya muerte había huido con todas sus fuerzas desapareció. El príncipe lo dejó a solas con la terrible verdad. Sembrar la duda es el principal talento del visir. El príncipe se arrodilló, extinguiendo su impotente ira. Tal vez el visir tenía razón en algo. La comprensión de esto se abrió paso en la mente del Príncipe en pequeños brotes, haciéndolo pensar. Pero sus pensamientos fueron interrumpidos inmediatamente por las palabras de Farah.

"¡Vamos, levántate!" No elegiste el mejor momento para... —dijo ella, haciendo una pausa en medio de la frase—.

—Sí, tienes razón —le respondió el príncipe—.

Se habría indignado en otras ocasiones, pero ahora se alegraba de que Farah hubiera interrumpido sus pensamientos sin ceremonias. Eran demasiado gravosos y realmente inoportunos.

Mientras tanto, Essen se levantó con dificultad y se acercó a ellos. Se frotó el costado y el hombro: los golpeó al caer. Pero no le molestaba tanto. Se sintió que estaba tenso, pero la razón de eso fue lo que escuchó. Ahora las piezas del rompecabezas estaban en su cabeza, y sabía que el Príncipe y Farah no decían gran cosa. Y, al parecer, el Príncipe estuvo directamente involucrado en lo sucedido. Y hay que hacer algo al respecto. Tal vez ahora no sea el mejor momento: Essen está debilitado, e incluso un intento de apoderarse de la daga o oponer otra resistencia puede no terminar bien para él. Inmerso en estos pensamientos, se quedó sombrío un poco a un lado, observando a esta extraña pareja, y guardó silencio.

"Creo que deberíamos irnos". Puede volver", dijo Farah.

—Sí —dijo el príncipe, y se levantó—. –Tengo que irme. ¡No debemos rendirnos!

"¡Nadie se va a rendir!" Farah le respondió.

–Correcto... Farah, ¿qué te hizo? —preguntó el Príncipe un poco confundido.

–Golpe. Los faros le mostraron un gran rasguño en el brazo, del que manaba sangre. "Luego, por alguna razón, me agarró la mano y luego desapareció.

—¿Y cómo estás, Essen? —preguntó el príncipe, arrancando un trozo de tela de su manga y vendando la herida de Farah.

–Está bien. Puedo caminar, y eso es bueno —respondió Essen con severidad, sosteniéndose la cabeza—.

–¿Qué es esto? —preguntó Farah de repente, agachándose por alguna razón. Todos la vieron recoger un libro del suelo. Era suave, cubierta de piel morena, y se podía ver en ella que era muy vieja.

Girando el hallazgo en sus manos, se lo entregó al Príncipe.

—Debe de haberlo dejado caer accidentalmente el visir —decidió el príncipe—.

Lo abrió y examinó las páginas amarillas, agrietadas en los bordes. Al instante, el olor a papel mezclado con el olor a cubierta de cuero se sintió en el aire. En las páginas estaba escrito algo en un idioma incomprensible, desconocido para el príncipe. La letra pertenecía claramente a una persona, pero en algún lugar las palabras estaban escritas lenta y precisamente, y en algún lugar de manera apresurada y desigual. Por alguna razón, el príncipe se imaginó por un segundo en el papel de un hombre que escribe en estas páginas, viéndolas vacías frente a él y su (o no su) mano sosteniendo un bolígrafo, y esto lo mareó por un segundo.

—¿Qué dice? —preguntó Farah.

"¡No sé, nada está claro aquí!" El príncipe pasó las páginas hacia sus compañeros para que pudieran verlo mejor. "Es una forma familiar de escribir, pero claramente no es persa.

—Ni siquiera conozco esas cartas —dijo Farah decepcionado—. "Estas páginas parecen tan antiguas...

El príncipe cerró el libro y lo volteó en sus manos con decepción, pensó por un par de segundos y se lo guardó en el bolsillo. Tal vez le resultaría útil más adelante, pero por ahora era completamente inútil para él.

"Debemos irnos de inmediato. Essen, ¿conoces el atajo a la Torre del Amanecer? ¿Nos puedes orientar? —preguntó el príncipe.

–Te ayudaré. Solo para deshacerse de todo. Si te veo después, estarás peor —el tono de Essen era claramente amenazante—. Decidió indicar su posición mostrándole al Príncipe su estado de ánimo. Al bactriano le costó mucho decidirse a ayudar al príncipe y a Farah. "¡Escuché lo que dijo ese anciano!" Y tú no eres menos culpable de todo lo que sucedió.

El príncipe no respondió, y reinó el silencio. Algo daba vueltas en su lengua sobre la gratitud por haber salvado la vida de Essen, pero nunca tomó la forma de palabras. El comportamiento de Essen incluso indignó un poco al príncipe. El faro literalmente sintió la tensión que flotaba en el aire. El propio Essen también pensaba que la cooperación con Farah y el Príncipe es ahora el mal menor, a pesar de todos los "peros". Además, el Príncipe (al menos por ahora) tiene una daga, y es muy bueno luchando.

—Tenemos que ir allí —dijo finalmente Essen, señalando la puerta al final del pasillo—.

Capítulo 16. Jatta

Lo primero que quiso Ajit, cuando sintió que aún estaba vivo, fue llamar a Asha, lo cual hizo:

–¡Asha! Un gemido ronco escapó de su garganta. No podía gritar. Cualquier movimiento le causaba dolor. Mi cabeza daba vueltas y mis sienes latían con fuerza.

Apenas capaz de controlarse, Ajit se sentó e intentó abrir los párpados. Después de un tiempo, se dio cuenta de que era inútil esperar una respuesta: los recuerdos de lo que había sucedido volvieron a él. No recordaba cuándo... O mejor dicho, no sabía cuánto tiempo había estado acostado allí, al borde de la vida o la muerte. La muerte, que lo llamaba a su frío abrazo, y la vida, que no quería entregarlo en esas manos y luchaba desesperadamente por él. Ahora sentía las consecuencias de esta lucha con todo su cuerpo. Ajit sintió que algo le impedía respirar. Se pasó la mano por la cara, sintió que quedaba algo en ella y trató de examinarla. Vanamente. Solo enormes manchas informes brillaban ante sus ojos, entre las cuales ni siquiera podía ver su propia mano. Lo único que pudo distinguir fue que estaba oscuro, lo sabía con certeza. Así que todavía era de noche y no había estado allí tanto tiempo. Un dolor agudo y ardiente en su cabeza no le dejaba olvidarse de sí mismo ni un segundo, haciéndolo temblar de vez en cuando. Ajit exhaló bruscamente por la nariz y sintió el sabor de su propia sangre en los labios. Trató de ponerse en pie, todavía sin ver nada. Su intento estaba condenado al fracaso desde el principio, y volvió a desplomarse en el suelo, con la espalda apoyada en las piedras del camino que se había enfriado durante la noche. Intentó ponerse de pie de nuevo, apoyándose en las manos, y de nuevo fracasó: estaba demasiado débil.

A veces la vida puede ser increíblemente cruel. Tanto como si ni siquiera existiera la muerte. Para una persona moribunda, la muerte es la salvación, la liberación del tormento y del sufrimiento, si ya se ha resignado a la inevitabilidad y está dispuesta a romper con la vida. Pero ella sigue atormentándolo, no quiere soltarlo. Y en el mismo momento en que una persona ya se ha empapado de la muerte, ha reconocido su olor, la ha probado, la vida la hace retroceder en su dirección con un tirón brusco y áspero, como si se burlara y se disculpara al mismo tiempo, dándole un soplo de aire fresco y una nueva esperanza.

Así que se quedó allí, con la mirada perdida hacia arriba, hasta que la oscuridad que tenía ante sus ojos empezó a convertirse en una luz de luna plateada, en estrellas individuales que centelleaban y hojas que se mecían con el viento.

Los susurros que hicieron calmaron a Ajit, que todavía tenía una pesadilla en su mente. Me pregunto si alguna vez lo olvidará. ¿Y

terminará del todo? Y si termina, ¿cómo? ¿Qué le depara la vida? ¿Y cuánto durará?

De repente, el silencio de la noche fue roto por un grito agudo, como el de un pájaro. Ajit apenas podía pensar, pero le pareció que sonaba en algún lugar del cielo, en el lado opuesto al palacio. Giró la cabeza, pero no pudo ver nada. Todavía solo veía el cielo y las altas bóvedas del castillo. A Ajit ahora le parecía realmente enorme, se sentía como una hormiga lamentable en comparación con este enorme bloque de piedra que crecía de la tierra.

Todavía sentía que no podía levantarse. ¿Qué debe hacer? ¿Es fácil acostarse aquí y esperar a que regresen sus fuerzas? ¡No! ¡No quería soportarlo! ¿Qué le pasa a Asha ahora? ¿Está viva la princesa? ¿Qué otra cosa fue terrible por culpa de Peski? Se acordó del visir. No es de extrañar que a Ajit le pareciera tan sospechoso. Siempre estaba tramando algo. Especialmente entonces, en la Isla. Y ahora, al parecer, logró llevar a cabo sus planes.

Los pensamientos de Ajit se vieron repentinamente perturbados por un sonido fuerte e incomprensible. Levantó la cabeza y se quedó atónito de sorpresa. Frente a sus ojos, un enorme monstruo, el que casi lo había matado recientemente, se levantó del suelo en un intento de levantarse, pero como si estuviera exhausto, se desplomó pesadamente de nuevo al suelo.

"¿Qué le pasa?", preguntó Ajit en su mente.

Realmente no entendía lo que estaba pasando. Hace unos minutos, según le pareció, no sintió el tiempo que había estado inconsciente, esta poderosa bestia tenía tanta fuerza que fácilmente podía hacerla pedazos. ¡Y ahora es casi más débil que él! Ajit estaba confundido. ¿Y si se levantaba y acababa con la bestia? Pero él mismo era igual de débil. ¿Y qué pasó después de todo? Ajit trató de construir una cadena de eventos que habían sucedido, pero no podía aferrarse a nada. Recordó cómo cayó al suelo y todo a su alrededor se oscureció. Y nada más. Absolutamente nada.

El monstruo se agitó de nuevo. Esta vez logró levantarse, y con bastante facilidad. Ajit inmediatamente dijo adiós a la idea de la venganza. El terror volvió a ser presa de él. ¿Qué sentido tenía estar a un paso de la muerte así, respirar un poco más de vida y volver a morir? Pero ahora lo es finalmente e irrevocablemente.

Se escucharon los ya conocidos pasos pesados, que recordaban el tintineo del metal sobre la piedra. Ajit levantó bruscamente la mano, se la echó sobre el pecho y buscó el medallón. Todavía está aquí. Entero. Verdadero. Y ahora se habrá ido. O mejor dicho, las dos cosas. Ajit aflojó los dedos, relajó la mano y la dejó deslizar hasta el suelo. Vio la cabeza de la bestia inclinada sobre él, un par de ojos blancos y lejanos. No tenían pupilas, la luz en ellas brotaba de algún lugar de su interior, pero incluso con esos ojos se podía leer todo. No

fueron vistos como crueldad, no como un deseo de matar y llevarse el medallón. Había cierto interés en ellos. Como si no se tratara de una bestia, sino de un hombre. O aún una bestia que ha encontrado un alma. O tal vez una persona que ha perdido su cuerpo.

Bajo esta mirada, Ajit perdió su voluntad. No podía resistirlo, incluso si tenía la fuerza, así que solo esperó a ver qué pasaba. Ya sentía que confiaba en este look. No al monstruo, sino a sus ojos. Esta luz incomprensible rezumaba de ellos, impregnada de algo... Amigos, familiares y verdaderos conocidos. El miedo a la muerte había disminuido, y Ajit ya no sentía el escalofrío que lo había helado hasta los huesos la última vez. Incluso sintió algo de calor, muy débil, pero aún caliente.

Ajit recordó de repente su juventud. Su mejor amigo entonces era un perro. Grande, con el pelo largo y blanco, surgió de la nada. Ajit le dio de comer cuando ella regresó con él. Recordaba perfectamente su lengua caliente, que le lamía las manos y la cara en señal de devoción y gratitud. Y recordó cómo un día el perro simplemente no se acercó a él. Y luego toda la semana siguiente. Y nunca volvió a aparecer. Sospechando que algo andaba mal, Ajit caminó por las calles casi todo el día, mirando cada rincón, buscando a un amigo. Lo llamé. Recordó su desesperación. Desesperación... ¿Cuántas veces lo había experimentado en su vida? ¿Y qué momento fue el más fuerte? ¿Tal vez aquella en la que, habiendo dejado ya de buscar, simplemente se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared de alguna casa, se agarró la cabeza entre las rodillas y no supo vivir más? Ahora, por supuesto, todo esto le parecía infantilmente ingenuo, pero luego fue un verdadero shock para él, un shock del que no pudo recuperarse durante mucho tiempo. Y junto con todos estos recuerdos, vio la luz de los ojos de la bestia y siguió confiando en él. Quería tocarlo si podía.

Pero en cambio, sintió que la bestia lo tocaba. Ajit oyó que la espada que había dejado caer se deslizaba por la vaina. Por mucho que se acercara a esos ojos, le sorprendía enormemente. ¿Por qué la bestia se preocuparía tanto por él? Y entonces sucedió algo aún más sorprendente: en lugar de tocar el medallón, tomarlo y matar a Ajit, el monstruo lo tomó en sus brazos y caminó lentamente a lo largo de la pared del majestuoso palacio con él.

El monstruo era bastante torpe y cada paso lastimaba a Ajit, pero aguantó. Aguantó en silencio. Sintió que la esperanza volvía a crecer en él. El verdugo se convirtió en un salvador. ¿Quizás todo este caos se convierta en el paraíso?

Caminaron así durante unos minutos, luego giraron a algún lugar a la izquierda, hacia el palacio: Ajit notó que ya no podía ver el cielo, sino en su lugar, las paredes oscuras dentro del palacio y, de vez en cuando, los puntos rojos de las antorchas en las paredes.

Podía oler un olor familiar, aunque olvidado hacía mucho tiempo. Pasaron unos minutos más antes de que se diera cuenta de que era Peski. El mismo aire viciado, opresivo y polvoriento que en la Isla.

La bestia que había estado caminando todo este tiempo sin hacer un solo sonido, a veces se agachaba para pasar por la puerta de al lado, era realmente enorme. Y entonces, en una de las pequeñas habitaciones, finalmente se detuvo. Ajit sintió que algo suave tocaba su cuerpo. De repente se apoderó de él una fatiga aún mayor, más fuerte de lo que había sido cuando yacía en las rocas. La bestia lo acostó en una cama blanda, como si lo cuidara como si fuera su propio hijo. Pero ya apenas era consciente de esto y solo se dio cuenta de que estaba a punto de caer en el abismo del sueño profundo.

Lo que sucedió después, Ajit ya no lo vio. Y probablemente, si le hubieran disparado cien cañones por encima de la oreja, no lo habría oído.

La bestia, después de permanecer de pie unos segundos, como si estuviera pensativa, se dio la vuelta y bajó los escalones que conducían a la cama, bajó y se detuvo de nuevo, mirando fijamente a la oscuridad, como si algo estuviera a punto de saltar de ella. Pero el rostro del monstruo no delataba preocupación, lo que significaba que estaba seguro de lo que sucedería a continuación. Fue el rostro, y no el rostro bestial que Asha y Ajit vieron, lo que adquirió la conciencia y la calma inherentes a una persona segura de sí misma. Como si no se tratara de un monstruo en absoluto, sino de una persona que ha caído en la jaula de un cuerpo animal.

Incluso el ojo más agudo probablemente no habría visto cómo, en un par de segundos, una mancha fantasmal blanca apenas visible surgió de la oscuridad, que era especialmente espesa fuera de la entrada de la habitación, y flotó lentamente hacia la bestia: se quedó sin moverse, solo mirando cuidadosamente esta nube transparente. No se movía rápidamente, a la velocidad de un paso humano, dejando tras de sí extraños remolinos en el aire que le daban al aire un tono ligeramente anaranjado. Todo esto sucedió en absoluto silencio, lo que hizo que la imagen se viera increíblemente misteriosa y un poco aterradora. Una incógnita aterradora. Absolutamente nadie habría sido capaz de explicar correctamente lo que estaba sucediendo si alguien lo hubiera estado observando. Al no haber alcanzado unos veinte pasos, la nube aceleró de repente y, estando muy cerca del monstruo, pareció saltar hacia él. Un segundo de silencio absoluto y oscuridad. Incluso los ojos blancos del monstruo parecían haberse atenuado, tanto que no se podían encontrar en la oscuridad. Y un destello agudo y brillante de luz blanca. La luz provenía de la propia bestia: de los surcos de la piel, las fosas nasales, los ojos y una boca abierta en un grito silencioso, elevado hasta el techo.

La habitación, cuyas paredes eran de mármol blanco, pero en algunos lugares colgadas con grandes sábanas de tela, estaba iluminada por una luz que en un instante cortó y desgarró toda la oscuridad. El resplandor era simplemente cegador. Las largas sombras de las jarras y de la cama en la que dormía Ajit eran casi indistinguibles. Luego otra vez la oscuridad. O mejor dicho, ya estaba a oscuras: algo más iluminaba la habitación con una suave luz gris, que permitía captar los contornos de lo que había alrededor. El rostro y la piel de la bestia estaban casi extintos, la luz quedaba solo en los ojos. Se escuchó un paso pesado, seguido de otro: de la fuerza inesperada que irrumpió en la bestia, pareció debilitarse y retroceder. Y luego incluso se sentó sobre una rodilla. Pero todavía no había miedo ni incomprensión en sus ojos. Se parecía a un paciente que bebía medicina, sabiendo de antemano que durante unos minutos se sentiría aún peor, pero luego llegaría el alivio.

Esta extraña luz gris rezumaba de la propia bestia, en forma de humo que fluía de su piel y se disipaba lentamente por todas partes como niebla. Pasaron segundos, pero la bestia no se movió. Entonces el silencio fue roto por una respiración agitada: el monstruo respiraba como si fuera la primera vez en su vida. Había estado respirando antes, pero esta vez de una manera especial, como si se estuviera asfixiando y tratando de aspirar más aire antes de algo.

De repente, el silencio de la noche fue roto por el rugido del gigante, permaneciendo en la misma posición, de rodillas, extendió los brazos a los lados y levantó la cara y el pecho. La bestia continuó respirando pesadamente, y su pecho se agitó bruscamente por estos suspiros, y parecía que algo dentro de él estaba tratando de destrozarlo.

El rugido fue muy fuerte, parecía que incluso las paredes temblaban, y el eco voló a algún lugar lejano, como si intentara despertar a todos los que pudieran estar durmiendo esa noche. Pero Ajit tampoco escuchó esto, su sueño fue mucho más fuerte. El sueño causado por la fatiga es mucho más profundo de lo habitual. Especialmente cuando recuerdas que Ajit se había dormido de verdad por primera vez en los últimos días. A menudo, por la noche, en los días en que él y Asha caminaban por el desierto, se despertaba, se sentaba junto al fuego y miraba el fuego durante mucho tiempo, admirando cómo se comía la madera, convirtiéndola en brasas, cenizas y cientos de partículas de polvo ardientes, volando y brillando durante unos segundos en la noche como estrellas. Mientras Asha dormía plácidamente, su sueño mucho más fuerte después de ser herido, Ajit estaba completamente solo, excepto por la luna creciente que lo observaba en silencio. Trataba de no pensar en nada: ni en el pasado, ni en el presente, ni en el futuro; los pensamientos sobre cualquier cosa le producían dolor o decepción. O ambas cosas a la

vez. Había perdido su antigua vida, la había perdido como la arena entre sus dedos. Y arrojó estas ruinas, estas enormes cenizas, sin esperar revivir ni devolver nada. No encontró otra vida, su verdadera vida es este fuego, este desierto, y nada más. Y su compañero. Asha, ¿quién es? ¿Su amigo? ¿Solo un compañero al azar con el que perseguían juntos un objetivo casi inalcanzable, sin casi ninguna posibilidad de éxito? Este riesgo sólo podía justificarse por el hecho de que no tenían nada más que hacer. Es mejor correr a alguna parte, apenas recuperando el aliento, que quedarse quieto y, abandonando todas las aspiraciones, dar paso al desaliento.

En su sueño, Ajit se vio a sí mismo caminando en algún lugar sobre la hierba baja, con el sol calentándole suavemente la espalda. No sintió el dolor que envolvía su cuerpo. No lo sentí, porque no estaba allí. No había fatiga, miedo ni ansiedad. Todo le parecía muy fácil. Y él mismo era tan ligero como el viento que agitaba suavemente la hierba a sus pies. La sensación más agradable que experimentó fue la calma. Ajit estaba seguro de que seguiría y seguiría. No le tenía miedo a este largo y monótono camino, al contrario, era agradable. Quería sentir para siempre el calor del sol poniente, pintando el inmenso campo de un color ligeramente rojizo, respirar el aire fresco que traía el viento de lejos. Y con él estaba su viejo amigo, el mismo perro perdido. Caminaba lentamente, como él, a lo lejos, sin apartarse de él, con su largo pelaje blanco ondeando al viento.

La bestia se levantó de sus rodillas y caminó hacia Ajit. Ahora su rostro volvió a brillar de rabia, y la misteriosa luz desapareció de sus ojos. Un poco más cerca de Ajit que el monstruo, una nube de color blanco plateado brillaba en el aire, solo que, a diferencia de la primera, algunos hilos revoloteaban a su alrededor, lo que, además de su misterio, también le daba un esplendor que podía admirarse durante un tiempo increíblemente largo.

Delante de la bestia enloquecida de nuevo, la nube se precipitó hacia Ajit, como si hubiera saltado en el aire por encima de él, flotó durante un segundo y, convirtiéndose en la manta más delgada y ligera, se acostó suavemente sobre el durmiente, lanzando pequeñas chispas blancas con las puntas de los hilos. Tan pronto como la nube tocó al guerrero, la habitación se iluminó con un brillante destello de luz blanca, convirtiéndola en algo increíble, fuera de este mundo. Las paredes que la limitaban flotaban en alguna parte, derritiéndose gradualmente en el aire. Todos los objetos se estiraban, se convertían en las mismas nubes, sus bordes temblaban y a veces desaparecían.

La bestia, que había estado caminando con confianza antes, de repente se detuvo, sin entender lo que había sucedido. A él no le importaba lo que estuviera pasando en la habitación o con ella. No

sabía adónde había ido Ajit. Hace un segundo, había estado frente a él y de repente desapareció.

De repente, el monstruo giró bruscamente, como si escuchara un sonido agudo u oliera algo. Casi sin dudarlo, se dirigió a la salida. Esta vez, había más agresión en sus pasos, el impacto de sus pies en el suelo de piedra se volvió más pesado y su sonido era aún más metálico. Caminaba con confianza como antes, parecía que siempre tenía confianza en su negocio, como si tuviera un sentido especial del olfato o todas sus acciones fueran prescritas por alguien de antemano. No le costó trabajo encontrar una salida y caminar a través de ella, a pesar de que la realidad estaba casi ausente aquí: se desvaneció y fue arrastrada junto con todo lo que había en esta habitación y con ella misma. Y tan pronto como la bestia cruzó el umbral, todo de repente tomó su forma en un instante y volvió a la normalidad. Ajit seguía dormido.

En su sueño, de repente, inesperadamente para sí mismo y muy a su pesar, vio a Jatta (finalmente recordó el nombre del perro) correr hacia el enemigo invisible, dejando a Ajit. Este enemigo invisible... Perturbaba su sueño, su última esperanza de descanso de todo. Incluso aquí, Ajit no pudo encontrar la paz que tanto necesitaba. Pero no fue el único. Jatta estaba con él, salvándolo del enemigo, podía salvar lo que necesitaba.

La manta ingrávida que ocultaba a Ajit de la vista del monstruo se elevó en el aire, dejándolo indefenso de nuevo, y cambió su forma al suelo en un vuelo silencioso. Nunca emitía un solo sonido, no tenía olor. Y, probablemente, nadie pudo verlo. Si Ajit hubiera abierto los ojos ahora, no habría visto nada. ¿Existe realmente lo que ahora está a su lado? Si fue capaz de proteger, entonces ciertamente existe. Invisible para la gente y con la capacidad de resistir a las Arenas. Aquel monstruo que acababa de salir de la habitación no podía ser conducido por otra cosa que no fueran las Arenas.

Justo en el mundo de las personas, sin que se den cuenta, hay otra confrontación en marcha. No se parece en nada a las guerras entre personas, no se parece en nada a la lucha de las personas supervivientes y los monstruos de arena. Más bien, es la búsqueda de un solo objetivo, y lo único que importa es quién puede llegar primero. Y la gente a menudo no se da cuenta de lo que está sucediendo delante de sus narices.

El silbido de una flecha que salía volando de la oscuridad hizo que el silencio saliera de la habitación. Se desató contra Ajit y tuvo que hacer en un segundo lo que el monstruo no había podido hacer en la última hora o dos. Pero esto no estaba destinado a volver a suceder: la nube se precipitó hacia la flecha, tomando la forma de un perro mientras corría, y luego saltó en el aire, encontrando el disparo con el pecho. Ni una gota de sangre brotó del cuerpo del animal. No

soltó un grito de dolor. En cambio, la flecha que volaba con confianza hacia su víctima se derritió dentro de ella, convirtiéndose en polvo dorado que salió volando del lomo del perro. Con su cuerpo, simplemente lo destruyó, si se puede llamar cuerpo a este espejismo translúcido. Pero, sin embargo, su aspecto era digno de admiración: una larga cabellera blanca y deslumbrante, un hocico afilado y alargado, unos ojos en los que se leía sabiduría y coraje, que inspiraban respeto.

El viento no podía penetrar tanto en el palacio, pero su pelaje aún ondeaba, haciendo que pareciera que un espejismo estaba a punto de derretirse. Pero no desapareció, sino que rompió otra flecha con su cuerpo. Y luego otro. Hasta que el que disparó salió de la oscuridad. Un monstruo de arena, muy diferente a los demás, con el pelo largo, aquí y allá, con armadura, con un enorme lazo en la espalda y un sable igualmente enorme en las manos. Sus movimientos eran más conscientes que los de otros monstruos. Este era más perfecto y no sucumbía ciegamente al simple instinto de matar. Aunque, al final, su objetivo era exactamente el mismo que el de los demás: acabar con la vida de los supervivientes. O tal vez también quería quitarse el medallón. ¿Y tal vez no sea una coincidencia que un guerrero tan especial haya sido enviado para matar a Ajit? Pero, ¿por quién fue enviado? El soldado es el sirviente del visir, por lo tanto, fue enviado por él. Pero, ¿cómo podía saber de Ajit? ¿Sobre el hecho de que tiene un medallón? Tal vez alguien podría haber denunciado, pero él y Asha destruyeron a todos los que se encontraron en su camino. Y los asesinos ciegos no huirían, teniendo la oportunidad de cumplir su objetivo. Estos monstruos no temían por sus vidas, simplemente no las tenían.

El monstruo apreció su entorno y casi imprudentemente corrió hacia el perro. En esos pocos pasos, sus ojos brillaron mucho más. Entonces, una luz amarilla venenosa se deslizó sobre su cuerpo y sobre su espada, como si le prendiera fuego y la convirtiera en una antorcha que iluminaba la habitación además de gris pálido, pero también amarillo. Una habitación que comenzó a derretirse y a perder su forma de nuevo. Pared tras pared se convirtieron en polvo, y el perro y el monstruo fueron transportados a este nuevo mundo.

El primer golpe de la espada silbó en el aire, atrapando a duras penas el pelaje del perro y dejando caer algunos jirones al suelo. O mejor dicho, donde estaba, no había nada más que un vacío sin fondo y una niebla blanca a su alrededor. Esquivando el golpe, el perro corrió inmediatamente hacia el monstruo y lo agarró del brazo con todas sus fuerzas, haciendo que la espada se cayera de él. Pero el monstruo no rugió de dolor incluso cuando su mano se separó de su cuerpo, no sintió nada. La arena comenzó a brotar de su mano, convirtiendo la niebla blanca en amarillo dorado. El polvo se dispersó

en diferentes direcciones. Pero el perro seguía dispuesto a lanzarse de nuevo sobre el enemigo, en cualquier momento, como si no se hubiera marchado, aunque su espada y sus restos de munición se hubieran desvanecido en el aire.

Pero el polvo que se había estado extendiendo hacia los lados de repente comenzó a acumularse, arremolinándose alrededor de un punto en un torbellino, condensándose gradualmente y uniéndose en una especie de nube que parecía un espíritu incorpóreo. Pasó otro minuto, durante el cual el perro se sentó inmóvil y observó lo que sucedía. El polvo se iba formando cada vez más y se podían ver los contornos de la cabeza y los brazos, aunque las piernas no eran visibles: la criatura de arena flotaba en el aire y solo colgaba una larga sotana. De repente, en algún lugar detrás de él, aparecieron varios monstruos más, que se veían así hace unos minutos. Pero también se desmoronaban en polvo en la carrera y, como si los recogiera el viento, volaban hacia la nube de arena como si la atrapara el viento, haciéndola cada vez menos transparente y dando a sus contornos aún más claridad. Y crueldad consigo mismo. Ganando fuerza, el espíritu de la arena se lanzó a la batalla. Ahora no tenía espada. Pero donde los oponentes ahora estaban determinados por un tipo de arma completamente diferente. El hierro afilado no resolverá nada, por muy poderoso que sea.

Con las manos presionadas y la cabeza inclinada, el monstruo lanzó un torbellino de arena de gran fuerza directamente al perro, haciendo que retrocediera. Su pelaje ondeaba en todas direcciones por el viento más fuerte, su hocico estaba ligeramente inclinado hacia abajo para que el polvo no se obstruyera en sus ojos. Pero esto no era lo que el monstruo de arena esperaba. Esto significaba que su oponente era mucho más fuerte de lo que pensaba. Si sus ojos fueran visibles en su rostro ahora, entonces se entrecerrarían ferozmente mientras desataba un vórtice con triple fuerza. El perro erizado recibió este golpe con dignidad. El animal iba a mantener a los asesinos alejados de Ajit a toda costa. Caminando lentamente contra el arroyo embravecido, el perro de repente brilló con una deslumbrante luz blanca, que en un instante destruyó los elementos furiosos y detuvo al enemigo. Se parecía al fuego. Fuego blanco. Lenguas de llamas blancas como la nieve, esparciendo chispas plateadas por todas partes, pero sin quemar nada y sin envenenar el aire con humo, sino que apenas lo agitan.

Ajit se quedó inmóvil y observó lo que sucedía. Quería ayudar a su amigo, pero no podía moverse. Jatta atacó a un hombre extraño con una capa y una capucha echada, que estaba muy cerca. Ajit sabía que este extraño no pertenecía aquí en su sueño, en el único lugar donde toda la paz le pertenecía solo a él, que era un enemigo cuyas intenciones solo contenían maldad. No tenía derecho a proyectar su

sombra sobre la hierba. No tenía derecho a quitarle el último refugio a un vagabundo cansado. El hombre trató de defenderse, pero tuvo que dar un paso atrás. Y no había casi nada que pudiera hacer al respecto. De repente, Ajit sintió una ligera oleada de fuerza y levantó la mano hacia el sol, como si invocara su poder, y saludó bruscamente en dirección al extraño. El sol brilló cien veces más y, en un instante, la luz ahuyentó al extraño, haciendo que se derritiera en el aire. En su mente, Ajit ahora estaba lleno de gratitud hacia su fiel amigo, quien parecía haber salvado su vida y su paz. Y él mismo no hizo más que dar el golpe decisivo.

Donde estaban el perro y el monstruo, de repente, en lugar de un simple vacío, había altas columnas de piedra, de forma cuadrada, en las que se tallaban largos surcos decorados con protuberancias ornamentadas. Las columnas corrían hacia el cielo, estrellándose contra las majestuosas bóvedas de la sala, que poco a poco fue adquiriendo un suelo hecho de grandes piezas triangulares de mármol.

El monstruo no iba a darse por vencido y soltó un grito salvaje, que resonó ensordecedor por la sala. Detrás de él, otro. Y entonces miles de millones de granos de arena se precipitaron, fundidos en una corriente enloquecida, que voló a través de la sala, enredó las columnas, las apretó y las rompió. Pero no solo colapsaron. Se derrumbaron con el tiempo: al principio salieron volando pequeños pedazos, luego las grietas ramificadas se extendieron desde el fondo hasta el techo. El tiempo se aceleró mil veces para ellos, y ante sus ojos se volvieron decrépitos y se desmoronaron. Y finalmente, sucedió lo que el monstruo estaba esperando: uno de los pilares se desprendió de la base y comenzó a caer como un árbol caído. Como si se hiciera eco de ella y se sometiera al mismo flujo inexorablemente rápido del tiempo, el segundo comenzó a derrumbarse. Y detrás de ellos, una docena de columnas más comenzaron a caer. Un grandioso espectáculo estaba teniendo lugar alrededor del perro blanco. Pero, a pesar de todo, era destrucción, y no era digna de verdadera admiración.

Los torbellinos que apretaban las enormes rocas ahora dirigían su caída precisamente hacia el perro. Cerró lentamente los ojos y bajó la cabeza. Pero, como resultó un segundo después, no como un signo de sumisión o resignación a la derrota. Fue un intento de extraer de sí misma un gran poder, que se encarnó en un segundo destello, aún más fuerte que el anterior. Era tan poderoso que una vez más disipó el flujo de arena y detuvo las columnas que caían, y luego invirtió su movimiento y devolvió el tiempo robado. Volvieron a quedar como nuevos y se pusieron en su lugar. La luz que quemaba todo a su alrededor parecía ser palpable, era tan espesa y fuerte. Y antes de que el monstruo tuviera tiempo de volver en sí, vio que su

oponente corría hacia él. Corre, presionando con fuerza las losas del suelo contra el suelo. El monstruo lo intentó de nuevo, los remolinos brotaron del suelo como géiseres, lanzando losas hacia arriba, pero la Defensora Ajit corría cada vez más rápido sin importar qué, incluso si tenía que correr sobre rocas triangulares que volaban en el aire. Con un último tirón desesperadamente fuerte, el perro alcanzó al enemigo y hundió su cuerpo en él como una cuchilla afilada. Este golpe detuvo al monstruo en un instante, impidiéndole moverse y resistir. Largas grietas se deslizaron sobre él, un polvo amarillo salió volando de él, y lo último que hizo fue dejar escapar otro grito. Pero no dolor, sino rabia. Ciego y completamente inútil. Luego explotó y, en las llamas blancas, el polvo ardió en menos de un segundo.

El perro salió volando del lomo del monstruo. En este momento, ella no tenía sus propios ojos. Eran... Humano. Pero pasó un segundo, y el animal parpadeó, y los ojos volvieron a ser suyos.

Ella se las arregló. Lo hizo. El propietario estaría complacido. Aprendió mucho de él.

Cuando se volvió, la vieja realidad ya estaba cobrando sentido, la habitación se había convertido en una habitación de nuevo, y todo lo demás se había desvanecido como si nada hubiera pasado. El perro se acercó a Ajit y le lamió la palma de la mano. E inmediatamente se derritió en el aire como una niebla matutina.

Ajit se inclinó y acarició suavemente a su fiel amigo. Por última vez, disfruté de la belleza del sol, de la hierba verde, de las magníficas y poderosas nubes, enrojecidas por la puesta del sol, que en algunos lugares cubrían el mismo magnífico cielo azul, y... Se despertó.

Capítulo 17. Asha

Asha corrió más y más lejos de donde él y Ajit habían sido atacados por el monstruo. Primero a lo largo de la muralla del palacio, luego giró a la izquierda y se adentró más en el palacio. Cuando sintió que apenas podía correr, se detuvo y escuchó. Le parecía que recordaría estos pesados pasos por el resto de su vida, por los cuales todo su cuerpo temblaba. E incluso cuando imaginó este sonido en su mente, Asha sintió que se le ponía la piel de gallina. E inmediatamente recordó el terrible frío que soplaba del monstruo, lo que le hizo sentir que estaba en algún lugar cercano, y su mente dibujó un monstruo de cada sombra aleatoria con miedo. Pero tan pronto como escuchó atentamente, se dio cuenta de que no había nadie alrededor. Asha estaba sola en el susurro de las hojas bajo el resplandor de las estrellas que se desvanecían: se acercaba el amanecer.

Había perdido a un amigo y ahora no sabía qué hacer. No tenía amigos en su vida, siempre había estado acostumbrado a confiar en sí mismo y tenía confianza en sí mismo, pero en los pocos días que había conocido a Ajit, había sucedido algo insólito: había encontrado un amigo y, sin saberlo, se había encariñado tanto con él que había traicionado sus viejos principios. Ajit era mayor y más sabio que él, y a pesar de su ardor, el joven confiaba en él y lo seguía. Ahora está muerto. La esperanza, ¿sigue ahí? ¿Todavía vive en el corazón de Asha, o lo ha perdido? ¡Pero algo lo estaba llevando hacia adelante! Si el miedo —nunca lo admitiría para sí mismo— lo hubiera poseído por completo, simplemente habría abandonado la ciudad. No fue difícil: dejaron sus caballos allí, en la puerta, fuera de la muralla de la ciudad. Y podría encontrar fácilmente el camino de regreso. Pero de repente recordó lo que le había sucedido al hombre que había intentado salir de la ciudad: se había desmoronado hasta convertirse en polvo. Y a Asha le pareció que ahora eran muy parecidos y que le esperaba el mismo destino. Así que había un camino a seguir, a través de la oscuridad y el horror, pero con esperanza. Ella viviría tanto como él viviera.

Algo más conmovió a Asha. Era curiosidad. Quería entender todo lo que estaba pasando, sentía un misterio especial, incomprensible. Algo grandioso sucedió esa noche. ¿Y tal vez algo aún más increíble le espera a continuación? Incluso pensó en volver, pero sabía que no tenía ninguna posibilidad: Ajit le había enseñado a ser cauteloso. El camino a seguir tampoco auguraba nada bueno: ¿qué pasaría si ocurría algo peor? El suspenso lo provocaba, manteniéndolo en suspenso. A veces tanto que maldecía a Ajit, a quien había llamado su amigo un momento antes, por no tener tiempo de explicarle nada. Pero definitivamente sabía algo, y, seguro,

mucho. Suficiente para saber qué hacer a continuación. Asha no lo sabía, y eso era lo que le preocupaba.

De repente, el joven se asustó, nada a su alrededor contribuyó a esto, todavía estaba tranquilo y tranquilo, pero de repente le pareció que ... Piensa demasiado alto. Sus pensamientos corrían como un enjambre de abejas en su cabeza, y recordó lo que había sucedido recientemente. El monstruo de arena escuchó sus pensamientos y los de Ajit, y sin dificultad, sin verlos, los encontró. ¿Y si alguien ya lo escucha? Pero en lugar de tratar de calmarse y poner sus pensamientos en orden, Asha se emocionó aún más.

En el este, comenzaba a aclararse: el sol se acercaba cada vez más al borde del horizonte para finalmente salvar al mundo de la oscuridad de la noche. Asha estaba interiormente feliz por esto, sabiendo que sería más fácil de esta manera. Se detuvo de nuevo y miró a su alrededor.

Si quiero hacer algo, primero tengo que averiguar dónde estoy, pensó Asha para sí mismo.

A su izquierda se extendía una alta valla de varillas metálicas puntiagudas, que descansaba a lo lejos contra el muro de alguna torre. A la derecha se alzaba un edificio bajo, a diferencia del palacio, pero majestuoso a su manera, con dos escaleras en los bordes que conducían al segundo piso, y una puerta principal, a cada lado de la cual colgaban dos sábanas de tela verde con rayas amarillas. Los lienzos estaban inscritos en la parte inferior con algunas palabras, en la parte superior había un gran símbolo que parecía una luna creciente. A lo largo de todo el edificio, columnas talladas sobresalían a medias de la pared, asemejándose a cuerdas retorcidas en una cuerda.

Asha, aunque indeciso, fue al edificio, quería saber qué había dentro. Sabía que debería haber encontrado otra entrada al palacio, pero aún no había podido hacerlo: en todo el tiempo que había huido, nunca había visto nada igual. Por lo tanto, Asha no tuvo más remedio que entrar en el edificio frente a él. Según sus conjeturas, se parecía al edificio principal del cuartel, desde donde se dirigían y comandaban los soldados de la ciudad, algo similar ocurría en Kashi. Tal vez en su interior sepa a dónde ir a continuación. ¿Quizás la prisión donde se encuentran los prisioneros esté en algún lugar cercano? Ese último pensamiento lo animó.

La puerta principal, lo suficientemente ancha para que pasaran cinco o seis columnas de soldados, estaba cerrada. Asha se acercó a la escalera de la derecha, tratando de caminar lo más silenciosamente posible, como si pudiera salvarlo.

Todavía con cuidado y lentamente, pero ya con determinación, subió los escalones, agarrándose a la barandilla con la mano. Su concentración le impedía darse cuenta de la belleza que le rodeaba.

Comenzó con el dulce aire de la mañana, fluyó en el suave susurro de la hierba y las hojas, y la corona de esta belleza fue un tímido amanecer, que, si bien no rompió el silencio, fue capaz de romper la monótona y espesa oscuridad, le dio a todo su verdadero color e iluminó las gotas de rocío.

Asha solo notó que se estaba enfriando un poco. E inmediatamente después de eso, entró en el edificio, abriendo una puerta entreabierta. El aire era más cálido aquí. Asha se encontró en una pequeña habitación, en el lado opuesto de la cual había otra exactamente igual a la misma puerta, y en las paredes laterales había exactamente las mismas pancartas que en la entrada. La luz brotaba de las ventanas sobre la puerta principal y en la pared derecha, pero todavía estaba bastante oscuro. Asha atravesó la habitación y abrió la segunda puerta. Crujió traicioneramente, y él se quedó inmóvil, escuchando. Pero todo lo que oyó fue el latido de su propio corazón. La emoción se apoderó de él, como si se llevara una mano a la garganta y le exprimiera la respiración. No pasó nada. El crujido de la puerta desapareció rápidamente en algún lugar de las profundidades del pasillo que se extendía justo detrás de ella. Asha tiró del pomo de la puerta más hacia él, haciendo que la bisagra emitiera otro sonido, incluso más largo y fuerte que el primero. Asha dio unos pasos y, escuchando de nuevo, miró a su alrededor. A la izquierda y en línea recta a lo lejos corrían dos largos pasillos con paredes de piedra amarillenta y ventanas escasamente colocadas, a través de las cuales el amanecer arrojaba una luz que disipaba el crepúsculo. En la esquina más cercana al indio, una gran antorcha estaba clavada en el monte, pero no se quemó, aunque por el humo bastante espeso estaba claro que se había apagado recientemente. Pero no había nadie que lo encendiera Lámparas de hierro colgaban del techo, algunas todavía tenían un fuego crepitante, pero muchas ya se habían apagado. Y después de ellos, los demás se desvanecieron lentamente.

Reinaba un silencio sepulcral, el aire estaba lleno de horror. Asha avanzó lentamente por el pasillo alejándose de la puerta. A su izquierda había puertas en la pared, algunas de ellas entreabiertas. Asha miró dentro de las pequeñas grietas, detrás de ellas había diferentes habitaciones, algunas muy pequeñas, otras más como pequeños pasillos. Pero no se atrevió a tocar ninguna de las puertas: el deseo de no hacer ni un solo ruido superfluo todavía lo poseía.

Al pasar por otra habitación, el indio notó que la puerta estaba abierta de par en par. Con cuidado, sosteniendo la empuñadura de su espada (lo hizo sin pensar en si las armas ordinarias lo ayudarían contra estos monstruos, solo por costumbre), entró en la habitación. Resultó ser bastante pequeña y parecía la habitación de algún comandante militar. En el centro había una mesa, y sobre ella había

una hoja de papel con un bolígrafo grande, de la que se extendió una mancha de tinta, manchada por la mano de alguien en la hoja. La silla estaba volcada, una flecha sobresalía de la pared detrás de ella. Asha miró la mesa, el papel, en un momento dado. En una mancha. Y en una página inacabada y manchada. Girándose ligeramente, vio al bactriano asesinado tirado en un rincón. Fue atravesado por un par de flechas exactamente iguales, como la de la pared. Tenía una espada en la mano, tal vez se la había arrebatado antes de morir. Incluso logró sobrevivir al primer intento de matarlo. Pero el comandante bactriano no pudo lograr más.

Presa de nuevo por sentimientos sombríos, Asha salió de la habitación y caminó rápidamente por el pasillo. De nuevo, le pareció que los monstruos estaban en algún lugar muy cerca. Pueden aparecer fácilmente de la nada, de la nada. Pero ahora había ira mezclada con todo esto, que, según le pareció, lo preparaba para la batalla. Ya no prestaba atención al ruido que estaba haciendo y, al salir de la habitación, atrapó un candelabro que resonó en el suelo, reverberando el zumbido por todo el pasillo. La rabia y el dolor dividieron al indio por la mitad, suplantando a la razón y a la cautela.

Rápidamente llegó al final del pasillo y, abriendo otra puerta, se encontró en una pequeña habitación similar a aquella por la que había entrado al edificio. Con un poco más de cuidado, pero casi con la misma velocidad, abrió la segunda puerta, que era la salida. Detrás de él había una escalera, por la que Asha bajó corriendo.

Al bajar corriendo las escaleras, el joven se encontró con una brisa, que al principio le hizo sentir un ligero frescor, y un segundo después le trajo un aroma agradable. Algo que le faltaba... ¡Comida! Hacía tanto tiempo que no comía normalmente. Al inhalar el olor nuevamente, sintió debilidad en las piernas y dolor en el estómago.

"Es extraño", pensó Asha, "hace un minuto no entendía ni sentía nada de esto".

Había varios otros edificios a su alrededor, que parecían más simples que aquel del que salió corriendo. Asha adivinó de inmediato: se trataba de cuarteles. El patio estaba equipado para el entrenamiento de los soldados, y el olor a comida flotaba desde la cantimplora de los soldados. Todo esto le era familiar de primera mano. Tal vez encontrarse en un lugar algo familiar lo hizo sentir un poco más tranquilo.

Giró a la derecha y caminó hasta el edificio más cercano. La entrada estaba abierta. El edificio en sí era de un solo piso, pero cuando Asha entró, descubrió que el piso estaba más bajo que el suelo y había otra escalera que descendía desde la entrada hasta el piso. Por dentro, era más grande de lo que parecía desde el exterior, el techo estaba apuntalado por varias columnas redondas. La piedra de la que estaba hecho todo en su interior tenía un tinte ligeramente

azulado, y en la penumbra, que aún no había sido completamente disipada por la luz del amanecer que brotaba de las ventanas, el edificio de la cantina de los soldados parecía azul. Largas mesas de madera estaban colocadas en ordenadas filas debajo, y a ambos lados de ellas había los mismos bancos largos. Algunos de ellos fueron desplazados o invertidos. Asha bajó las escaleras y se acercó a las mesas. Al no notar nada inusual a su alrededor, el joven cambió a las mesas. El agradable aroma lo atraía, lo distraía de todo y lo atraía hacia sí.

Sobre la mesa se colocaban platos con algún tipo de sopa, en los que flotaban trozos de carne. Algunos platos se volcaron o incluso se tiraron al suelo. Asha agarró una de las cucharas de madera que estaban sobre la mesa y, recogiendo la sopa con ella, la tragó con avidez. Tenía frío, lo primero que notó Asha. La segunda cosa que notó fue que no le importaba en absoluto. El sabor, que casi había olvidado en medio de todo lo que había sucedido, despertó en él un apetito brutal. Pero, además de esto, otro sentimiento peligroso se ha instalado en el indio: la confianza excesiva. En resumen, se podría describir de la siguiente manera: todo lo que sucedió ya está en el pasado. No pasará nada más.

Pero, en realidad, todo no había hecho más que empezar. Desarmada, Asha era ahora extremadamente vulnerable. Y no solo por los monstruos que podían abalanzarse sobre él en cualquier momento, si estaban cerca, sino también por todo lo que podía someterlo. Como las Arenas, que ahora se aprovechaban de la debilidad humana ordinaria y casi mantenían a su víctima al borde del abismo. Pero, ¿qué hay más allá del borde de este abismo? ¿Muerte? ¿O un abismo completamente diferente?

El sabor de la carne le dio a Asha una oleada de energía. Y al mismo tiempo, lo hizo sentir un poco somnoliento, lo que le hizo ver todo bajo una luz ligeramente diferente ahora. Más claro que de costumbre, pero sin ver lo más evidente: está solo y es una víctima. Y dónde se escondía su verdugo, Asha ni siquiera lo sabía. Pero una persona que tiene ignorancia tiene sus propias armas: la intuición y la suerte. Uno entre un millón que le sonríe en la oscuridad, ayudándolo a encontrar su camino. Y, como si lo supiera, Asha siguió comiendo.

De repente, en algún lugar se oyó un tintineo de metal sobre piedra. Detrás, otro y otro, cada uno más fuerte que el anterior. Asha se congeló y al instante se olvidó de la comida. El primer pensamiento que cruzó por su mente:

—¡Ahora viene a por mí!

Por qué estaba tan seguro de que este era el mismo monstruo que mató a Ajit, y por qué iba tras él, ni siquiera pensó: este pensamiento ardía en él instintivamente. La sensación de ansiedad

volvió a él incluso más rápido de lo que podría haber imaginado, y el más fuerte de los temores que había experimentado se apoderó de él. Este miedo tenía una imagen bastante clara y memorable. Como si se volviera un poco familiar, lo que significa que debido a esto, puedes tenerle menos miedo. Esta es la insidia de algunos miedos: nos convencen de que los hemos aprendido y ya no tenemos miedo. De hecho, son ellos los que mejor nos estudian, buscando debilidades.

Unos segundos de silencio. Se irritaban con una falsa calma, aumentando la excitación.

De repente sucedió algo que habría confundido a cualquiera. Especialmente Ash, que esperaba cualquier cosa, pero no así. Podía ver perfectamente a través de las ventanas alargadas el disco solar, que más de la mitad se elevaba desde el horizonte: el comedor estaba en una colina, por encima de la pared que rodeaba el palacio, por lo que era fácil ver la línea entre el cielo y la tierra. Y justo ante sus ojos, el sol se deslizó más rápido de lo habitual. Mucho más rápido. Unos segundos, y una gota roja temblorosa ya se está desprendiendo del borde del suelo y se arrastra hacia arriba, iluminándose más brillantemente, amarilleando y perdiendo su color rojo.

De esta manera, el sol navegó en unos diez segundos, aproximadamente la mitad de su viaje habitual del día, y se detuvo. Asha, asombrado, no podía creer lo que veía. Esta visión lo golpeó aún más fuerte que el rayo de luz que descendió sobre el palacio desde el cielo. Ahora ha sucedido algo completamente antinatural. Pero sucedía con tanta facilidad e imperceptibilidad que parecía natural. ¡Un cambio loco en un mundo tan ordinario y familiar!

Unos segundos más de inmovilidad. Ni un sonido, ni un suspiro. Como si toda la naturaleza se desanimara no menos que el propio indio y tratara de entrar en un nuevo cauce. Pronto, Asha sintió una luz mucho más fuerte que brillaba a través de las ventanas, trayendo consigo el calor del mediodía en lugar del frescor que reinaba aquí.

Todavía sin creer lo que veían sus propios ojos, Asha dio un paso atrás: era demasiado insoportable estar de pie bajo la luz cegadora. Si antes no entendía nada, ahora era como si no entendiera aún más. Todo iba más allá de lo común, permitido por el orden normal de las cosas, incluso su propia sorpresa. Y no estaba completamente bajo su control, ni tampoco sus pensamientos. ¡Tal vez alguien lo escuchaba constantemente y ni siquiera podía hacer nada al respecto!

Asha se volvió. Lo que estaba ocurriendo desafiaba cualquier explicación. Y no había tiempo para pensar: necesitaba huir de este lugar lo antes posible. Probablemente el más extraño de los que Asha logró ver en todo el palacio. Pero antes de que pudiera dar unos pasos, encontró varias piedras enormes que se derrumbaron en el suelo en el lugar donde estaba la entrada, cerrando completamente la abertura. Cárcel... Se encontró en prisión, de la manera más

insólita que creía poder imaginar. Lo único que faltaba era el guardia de la prisión.

Durante unos segundos, le pareció que su corazón había dejado de latir y que alguien más tenía el control de su mente. El que le dio la vuelta y le hizo retroceder unos pasos. Cuando volvió en sí, se dio cuenta de que estaba parado frente a otra gran piedra que se había desprendido del techo. Una mancha solar brillante ardía en él. El indio extendió la mano y tocó un pedazo de piedra, que aún no había tenido tiempo de calentarse.

Y de nuevo sucedió algo que Asha no esperaba en absoluto: desde el lugar donde puso la mano, las grietas corrían a lo largo de la piedra, comenzó a cambiar su color a un gris sin vida, desmoronándose y astillándose en los bordes, devorado por el tiempo. Como una enfermedad que salta de una piedra al suelo, a las escaleras detrás de Asha, corre a lo largo de las paredes y, finalmente, se posa en el techo, arrebatándole todo a su alrededor año tras año en cuestión de segundos. El hueco en la parte superior se ensanchó, y ahora el sol inundaba el comedor casi por completo. Sin embargo, las piedras de la entrada seguían sin permitir que Asha saliera, manteniendo fielmente su guardia.

Asha alzó la vista, podía salir de esta división. ¿Pero cómo? No tenía cuerda, y no había nadie que la tirara desde allí, desde arriba. De repente, de manera bastante inesperada para él, recordó a Ajit. Y entonces se sintió mareado: al principio se imaginó en su lugar por un segundo, sintió el sabor de la muerte y luego se dio cuenta de que su amigo había muerto. Me di cuenta de ello de nuevo, mucho más profundamente. Entonces estos pensamientos se mezclaron, desgarrando la conciencia del indio en dos.

Tal vez podrían haberse apoderado de él, continuando privándolo de su cordura y fe, si no fuera por el repentino sonido de un extraño estallido detrás de él, que instantáneamente hizo que Asha se pusiera sobria. Se dio la vuelta y se dio cuenta de que todo lo que le había sucedido era en realidad solo el comienzo. El principio del fin. El monstruo se acercaba a él con bastante rapidez, mordiéndolo con avidez con la mirada de unos ojos amarillos depredadores.

"¡Morir sin vergüenza!", un breve pensamiento brilló en la cabeza de Asha y le dio una especie de plan de acción.

Desenvainó su espada y desvió el primer golpe poderoso del monstruo. No era más alto que Asha, por lo que el joven no se sintió absolutamente desesperado. Si no las posibilidades de ganar, entonces tenía una oportunidad de resistencia. Una oportunidad para luchar por su vida, para intentar demostrar que es digno de ella.

Luego, se escucharon una serie de golpes metálicos resonantes mientras Asha continuaba repeliendo los ataques, retirándose

lentamente. De repente, se despertó una confianza aún mayor en él, y pasó de la defensa a la ofensiva. Con furia, dejó escapar un grito furioso y comenzó a blandir su espada cada vez más fuerte. Una vez lo consiguió tanto que arrancó la espada de las manos de su oponente y, sin dudarlo, le asestó varios golpes en el cuerpo: en el pecho y en el estómago. Ya sabía que no vería sangre, no era una persona. Surcos estrechos, de los que rezumaba una luz amarilla brillante, la misma que la de los ojos del monstruo, aparecieron en los lugares de los golpes en lugar de heridas. Y desapareció casi de inmediato.

Pero el indio no se retiró y golpeó cada vez más fuerte, infligiendo heridas que ya no sanaban tan rápidamente. Ahora, con ciega cólera, se controlaba aún menos que cuando el entumecimiento y el terror lo dominaban, y sin embargo le salvó la vida, prolongándola al menos unos minutos, en los que iba a tener tiempo de demostrar que el honor no lo había abandonado, que era capaz y que lucharía por su vida y que no inclinaría la cabeza ante el enemigo.

Los destellos amarillos parpadeaban a cada segundo. Cada uno de ellos era peculiar, a veces largos y estrechos, a veces casi redondos, cuando Asha se lanzaba hacia adelante, perforando al enemigo. Pero él mismo sintió que no estaba matando a su oponente, sino que solo acumulaba fuerza antes del golpe principal. Y en efecto, al cabo de unos segundos, su mirada brilló de una manera especial y él, transformando el poder de todo su cuerpo en un solo golpe, hizo un golpe decisivo con su espada y cortó al monstruo por la mitad. En el mismo momento, una densa nube dorada se elevó desde las dos mitades del cuerpo al aire, que al principio se encogió un poco y luego, como si explotara, voló en todas direcciones.

Asha sintió que un escalofrío lo recorría. Mezclado con terror, trepó por su corazón, expulsando toda confianza, drenándolo de fuerzas y cortándole la respiración. Tosió, haciendo que el polvo le bajara por la garganta, y lo probó, lo tragó junto con el aire. El sabor era simplemente insoportable, y Asha, ahogada, tosió aún más fuerte. Dejó caer su espada y escuchó algunos estallidos más: otros monstruos aparecieron de la nada justo frente a él, diferentes a los humanos, pero completamente deshumanizados.

"La gente... Todos eran personas", fue lo último que pasó por la mente de Asha antes de que comenzara a suceder lo siguiente. Un simple pensamiento que había sido obvio antes, pero que ahora aparecía ante él bajo una nueva luz. Pensó por un momento. Solo por un momento, pero esta iluminación le dio mucha más comprensión que las últimas horas. Algo convirtió a la gente en estos monstruos. Lo mismo que movía el sol; la misma cosa que dio origen a la columna de luz que cayó del cielo. Todo esto es parte de algo todo, uno solo. Y trata de hacerse aún más grande, absorbiendo todo lo que

hay en este mundo: personas, piedras. Cualquier cosa. Convirtiéndose en algo no solo unificado, sino único en todo el mundo. Pero si no hay nada más que una cosa, entonces no es el mundo en absoluto. Esto es vacuidad. Armonía perfecta, desprovista de caos, cuya fuente puede ser cualquier cosa. Pero en primer lugar está la persona misma, la fuente de cambios y transformaciones con su naturaleza a veces indomable, una tormenta de sentimientos y emociones, un enjambre caótico de una amplia variedad de pensamientos.

Asha se sumergió en este vacío. Todavía tratando de sacudirse el sabor nauseabundo de su boca, vio que las figuras seguían apareciendo en el aire. Pero se volvieron cada vez más informes, irreales, como si no estuvieran allí, y no eran más que espejismos aleatorios dibujados por la imaginación asustada de Asha.

Una ligera brisa le acariciaba el rostro, el vano balanceo de sus espadas, que ahora parecían rayas blancas y fantasmales que cortaban el aire y dejaban rastros brumosos en él. Las paredes, las columnas e incluso la luz del sol se estaban derritiendo. Lo último que salió de la realidad fue el rugido furioso de uno de los monstruos, que, tratando de golpear al indio, solo cortó el aire polvoriento. A partir de ahí, todo se sumió en un silencio absoluto, diluido de calma. Pero Asha no sentía paz. Por el contrario, sentía que estaba en un lugar aún más horrible que aquel del que acababa de desaparecer. Allí, sin embargo, la vida continuaba fluyendo de acuerdo con algunas leyes que le eran claras. Los oponentes y él están en una lucha por la vida, que podría ser la muerte si se pierde la pelea. La muerte era aterradora, pero comprensible. Asha podía acostumbrarse a la idea de ella. La vida humana pasa eternamente al borde mismo del abismo, esforzándose cada segundo por caer en él y romperse.

Pero este lugar era mucho peor. Para su horror, Asha se dio cuenta de que podría haber algo peor que la muerte, incluso si sucedía en circunstancias tan inusuales. Un lugar en el que no hay nada. Incluso su espada todavía estaba allí, en alguna parte. Y él mismo estaba aquí. En un lugar donde no hay oscuridad, ni luz, ni mal, ni bien, nada. Solo está lo que trajo consigo: el miedo a lo desconocido. Esta fue su sentencia. Y Asha ni siquiera lo sabía: ¿escaparía de allí? ¿Podrá escapar? ¿Y cómo llegó aquí en primer lugar? ¿Quizás todo es su culpa? El miedo es devastador. Pierdes todo lo viejo que te mantuvo en la vida, y no encuentras nada nuevo que lo reemplace y te quedas en algún lugar intermedio, sin ningún movimiento, en un mundo que no vive y no cambia. El mundo entero es un momento vacío, repartido a lo largo de cientos de días. Mil. Millones. Estirado para siempre.

Y una persona siempre se regocija en todo lo que la salva del vacío, aportándole al menos algo que le da esperanza de cambio.

Asha, que, aunque no se veía a sí mismo y no estaba completamente seguro de lo que sentía, estaba de alguna manera convencido de que ahora estaba de rodillas, como si rogara por algo.

Y alguien, como si escuchara sus súplicas, le susurró que extendiera la mano hacia adelante. Y todo el cuerpo seguirá a la mano. Y el alma. Pero solo si cree en ello y lo hace todo él mismo. Después de todo, no hay nada a lo que aferrarse en el vacío. Solo para él mismo. Al partir de tu propia confianza, por pequeña que sea, puedes lograr algo que puede ayudar a hacer crecer esta confianza, haciéndola mucho más fuerte.

Y sintió que su mano agarraba algo parecido a una antorcha. No vio el fuego, pero lo sintió. No lo vi porque era un incendio completamente inusual. Uno ordinario solo dispersa la oscuridad, y la llama de esta antorcha dispersa el vacío. Y a pesar de que, como un fuego ordinario, puede convertir la oscuridad en solo semioscuridad, esta antorcha invisible no convirtió el vacío en el mundo con el que Asha estaba familiarizada, sino que solo le agregó algo que podía llamar la atención.

Ahora el indio se mantenía firme en pie y se sentía más seguro que hacía un minuto. Bajó los ojos y finalmente pudo verse a sí mismo: había recuperado su cuerpo. Tal vez no lo perdió, pero no podía decirlo con certeza, no lo vio y prácticamente no lo sintió. Y si lo hacía, era como por costumbre, sabiendo que él y su cuerpo eran cosas inseparables. Pero la vacuidad vivía según otras, sus propias leyes, que no se pueden realizar en un minuto. Por eso nació en él tanta incertidumbre.

Pero ahora, el regalo que había salido de la nada le dio a Asha la oportunidad de alejarse de todo. E incluso obtuvo una respuesta a una de sus preguntas: sí, puede escapar del vacío. O mejor dicho, ya podía. Después de todo, el mundo, no importa lo extraño que sea, con millones de estrellas brillando alrededor de Asha, ya está lejos del vacío. La luz plateada atravesaba la oscuridad que lo envolvía todo a su alrededor. Aparecieron la oscuridad y la luz, la base de todo, dos principios que, siendo hostiles y alíacos, dan origen a todo.

Pero las estrellas no solo ardían sobre la cabeza de Asha, ya que estaba acostumbrado a verlo en el cielo. Las estrellas ardían bajo sus pies, porque no había tierra bajo sus pies. La esfera celeste lo envolvía por completo y lo rodeaba por todos lados con un brillo agradable.

Asha sintió una creciente confianza y continuó moviendo la antorcha de un lado a otro, tratando de dejar el menor vacío posible llenándola con lo que quisiera. Era como si estuviera pintando su propio mundo en un lienzo enorme. Pero no sabía cuál sería su dibujo, como si estuviera dibujando a ciegas. Pero trató de entender y doblegar estos cambios a su voluntad. Trató de trazar la línea del

horizonte, y detrás de su mano, en lugar de un lienzo negro con estrellas, apareció una franja azul, de la que corrían hacia arriba manchas de rayos. Levantó la mano un poco más e imaginó nubes que cubrían casi todo el cielo. Y después de sus pensamientos, comenzaron a aparecer nubes en el cielo, cuyo color cambió suavemente de azul a blanco deslumbrante. Y en algún lugar arriba, justo encima de él, había espacio para el sol. Levantó la mano como para ordenar al sol que rompiera el velo de nubes. Pero aparte de un tenue destello, no pasó nada. Las nubes se iluminaron un poco más fuerte, pero el sol no las atravesó. Asha lo intentó de nuevo, pero esta vez no pasó nada. ¿Quizás quería demasiado? Decidió detenerse e inmediatamente sintió que algo lo empujaba hacia arriba al mismo tiempo que pensaba en detenerse. Y sintió que se acercaba un poco más al sol, como como premio a su decisión. Es decir, habiendo encontrado la fuerza para renunciar a algo, consiguió lo que quería. Pero su ascenso fue corto, y Asha sintió que lo derribaban. Lenta pero inexorablemente. Estaba asombrado de lo contrastante que era el mundo que lo rodeaba ahora: oscuridad y luz, altibajos. Pero todo esto es un eco del mundo real, real, aquel del que escapó o fue ayudado a escapar. Ahora se dio cuenta de que su viaje a través del vacío no era un castigo o una sentencia en absoluto, sino más bien una salvación. Y cuando se dio cuenta de esto, sintió que su cuerpo se precipitaba hacia arriba de nuevo. Y sintió el calor del sol con más fuerza. Y luego hubo otra caída. Las pequeñas realizaciones lo levantaron, y la inacción lo derribó. Asha se dio cuenta de que necesitaba esforzarse constantemente hacia adelante, al menos mentalmente, tratando de entender todo lo que lo rodeaba, para poder avanzar de verdad. O mejor dicho, hacia arriba, hacia el sol, cuya luz estaba aquí, como el fuego de una antorcha maravillosa que expulsa el vacío.

Asha no se detuvo y, sin dejar de pensar, trató de crear más. Aunque sentía que estaba parado firmemente sobre sus pies, todavía quería ver y sentir el suelo debajo de él, sobre el que estaba acostumbrado a caminar. Pero, al igual que con el sol, no lo consiguió. Sin embargo, no era que no pasara nada: las nubes que volaban en círculos sobre su cabeza se estaban espesando, convirtiéndose en algo sólido, asemejándose al firmamento de la tierra con cada segundo. La tierra está sobre él, no bajo sus pies. El mundo entero es lo contrario: el cielo está abajo, la tierra está arriba. ¿O tal vez todo está bien y él mismo rompe todas las reglas? ¿Y él mismo está al revés?

Pero los cambios no terminaron ahí. Las estrellas en el cielo, que parecían estar firmemente fijas durante siglos, de repente huyeron de sus lugares. Al principio, todos en una dirección, luego en grupos en diferentes direcciones. Y luego cada estrella esculpió su

propio camino. Y después de unos segundos, dejaron de ser estrellas en absoluto, sino que comenzaron a parecerse al polvo, un espeso enjambre de granos de arena que se elevó y casi tocó los pies de Asha, moviéndose lentamente hacia este polvo.

¡Esa luz amarilla lo había alcanzado incluso aquí! Pero Asha no se sentía tan indefenso como ante una multitud de monstruos que aparecían de la nada. Temeroso de convertir erróneamente este polvo en algo aún más terrible, se arriesgó y agitó la antorcha una vez más. Puso tanta fuerza interior y esperanza en este columpio que pareció derretirse en el aire. Pero Asha se las arregló para hacer lo que quería. El suelo sobre él estaba cubierto de agua, que instantáneamente se precipitó, más como lluvia. No sabía que sería agua, pero podía ver que estaba tocando las nubes amarillas de abajo y dispersándolas. Absorbe, destruye, empuja hacia abajo. Y no pudieron hacer nada contra este elemento.

El agua era agradable, gracias a ella, Asha finalmente se deshizo del sabor desagradable en su boca. El placer que recorría su cuerpo junto con el frescor de la lluvia, no se parecía a ninguna otra cosa, cerró los ojos. Aunque a Asha no le gustaba la lluvia, ahora era lo más agradable para él. Y tal vez a partir de ese momento, incluso le encante.

Cuando abrió los ojos, el joven vio que estaba en el comedor, y se veía exactamente igual que cuando lo salió. Y hay dos o tres docenas de monstruos alrededor. Asha sintió como si volviera a caer bajo su mirada. Pensando en su visión milagrosa, recordó -aunque había sido un segundo antes, recordaba todo como eventos de muchos años atrás- que el agua había destruido las nubes de polvo amarillo. No tenía ninguna duda de que la luz que rezumaba de los ojos, las heridas de los monstruos y el polvo eran la misma cosa. Y su mirada se posó accidentalmente en una de las paredes, en la que se había abierto un lavabo con agua. Sus pensamientos estaban entrelazados en una sola cadena que lo ayudó a salir del abismo. Y sintió la sensación familiar de elevarse, aunque todavía estaba firmemente de pie en el suelo de piedra.

Asha agarró la espada del suelo y, sin dudarlo un momento, corrió al agua. Cuando lo alcanzó, sumergió su espada en el agua y, sin dudarlo, blandió su espada, girando bruscamente. Su confianza era tan fuerte que ni siquiera miraba hacia dónde estaba disparando. Y su fe no le falló: con el primer golpe le cortó el pecho a uno de los atacantes. Pero cuando cayó al suelo por un fuerte golpe, no volvió a la vida y no se convirtió en nada, simplemente se derritió, aunque no en un instante. Lanzando pequeñas chispas, su cuerpo trató de luchar, pero el agua ahuyentó con confianza cada grano de arena que había en él, haciendo que desapareciera inexplicablemente.

Sintiendo la emoción del primer éxito, Asha hundió su espada en el agua una vez más y se abalanzó sobre los monstruos. Mientras corría, esquivó el primer golpe e inmediatamente golpeó al monstruo detrás del primer atacante. Y luego otro en la parte trasera del primero. Cada vez que sucedía lo mismo, morían. En el fragor de la batalla, no tuvo tiempo de pensar si esto podría llamarse muerte.

Una fuerte carrera hacia adelante y un golpe en el pecho de uno de los oponentes más cercanos. La carga fue tan fuerte que la espada estalló desde el otro lado del monstruo, empujándolo unos pasos hacia atrás hasta donde estaba otro. Habiendo perdido el control, el primero tiró al suelo al segundo. Asha corrió hacia él, dando un salto alto para evitar ser pateado en las piernas, y hundió su espada en él, aprovechando la confusión del momento. Y así siguió segundo tras segundo: un salto o una sentadilla, un golpe y otro monstruo abandonó el mundo por el que Asha luchó.

Pero cada vez, la muerte del monstruo duraba más: el agua casi desaparecía de la espada. Y entonces llegó el momento en que Asha se quedó a solas con el último monstruo. Era un poco más alto que el joven, pero lo ignoró y también le clavó su espada. El monstruo rugió, lo que significaba que tenía algún tipo de dolor, pero no se derrumbó de inmediato. Agarró la espada y atrajo a Asha hacia él, mirándola fijamente. Él, sin asustarse, como si hubiera atravesado a su enemigo, tiró de la manija hacia arriba, cortando al monstruo, y luego lo pateó desde el borde. Al caer, el monstruo repitió el destino de los demás.

Pero el silencio que Asha esperaba no duró más de medio minuto, después de lo cual se escucharon nuevamente los estallidos en el aire y nuevos monstruos comenzaron a aparecer uno tras otro. Solo que ahora no eran dos docenas, sino varios centenares.

Inflamado por la batalla recién terminada, pero aún sin perder la cabeza, Asha se dio cuenta de que no podía hacer frente a este pequeño ejército. Y de nuevo recurrió a sus recuerdos. ¿Qué pasó la última vez que estuvo impotente? Algo lo llevó al vacío y le mostró el camino que le dio la salvación. ¿Y si vuelve a suceder? Pero luego tuvo miedo de que la historia con el sol se repitiera, lo que él quería no sucediera. Así que necesita...

Asha corrió ciegamente hacia los monstruos. Pero antes de llegar a los cinco pasos, sintió que la realidad se había desvanecido nuevamente y había regresado al mundo que ya lo había salvado. ¿Qué es esto? ¿Engaño? ¿Llegó hasta aquí por engaño? ¿O es una recompensa? Después de todo, ¡su riesgo era absolutamente real! De alguna manera, Asha estaba una vez más pisando el abismo salpicado de innumerables estrellas. Luego cerró los ojos, respiró hondo e imaginó el patio frente a la cantina de los soldados, por el que acababa de pasar. Abrió los ojos y retrocedió a tierra firme, pero esta

vez fuera de los muros de su prisión. Y vi cómo todo a mi alrededor estaba lleno de esos ojos amarillos sin vida. Pero por mucho que se acercara a ellos, nadie se abalanzaba sobre él. Nadie lo vio, como si sus pensamientos estuvieran ocultos bajo algo por lo que no pasan estas miradas. Era invisible e inaudible para los monstruos.

Todos estos éxitos acercaron su confianza a un límite peligroso. Asha se detuvo cerca de uno de los monstruos y lo examinó cuidadosamente. Un cuerpo de aspecto grueso, oculto bajo las ropas harapientas de los soldados, una larga alabarda agarrada por las dos manos. Asha examinó sus palmas, dedos con garras y piel gris ceniza que se parecía vagamente a la de un humano. El monstruo era una cabeza más alto que el indio. Asha prestó mucha atención a sus ojos. Ahora no le parecían tan inertes y los mismos de antes. Conservaban su color amarillo, pero Asha vio algo en ellos que los hacía diferentes de los que su memoria había capturado. No era una pizca de cordura, y la misma crueldad implacable aún ardía en ellos. Pero aún así, algo era completamente diferente.

El propio Asha solo encontró una explicación para esto: el miedo. Pero, ¿cómo pueden experimentarlo estas criaturas? Era una explicación descabellada, y al indio no le gustó, pero cuando se le pasó por la cabeza, al instante echó raíces allí. Y después de unos segundos, encontró la confirmación de ello: mientras caminaba junto a las filas de monstruos, notó que, a pesar de que estaban parados derecho, sus ojos lo estaban observando. Observan con miedo, que no les permite dar ni un paso y abalanzarse sobre él. Como si lo vieran como una especie de fuerza que podría hacerles frente fácilmente a todos ellos.

A Asha también le llamó la atención el hecho de que lo estaban observando solo con sus ojos. No escuchan a escondidas sus pensamientos. Era imposible comprobarlo, pero estaba irrazonablemente seguro de ello. Resultó que toda su esencia estaba cautiva de alguna fuerza desconocida que protegía a Asha. O que él mismo era, según le pareció. En los monstruos, se podían ver los restos de la esencia humana, es decir, en la expresión de los ojos. Pero, ¿era sólo miedo en ellos? ¿Tal vez esto es esperanza? Esperar... ¿salvación?

Asha se dio cuenta de que estos cuerpos sin vida todavía estaban conectados de alguna manera con sus almas, pero se sentían perdidos, descartados y no deseados. Y ahora lo miran, suplicando ayuda.

Entendió que simplemente no tenía derecho a irse de aquí: había logrado encontrar un camino extraordinario entre las personas vivas y estas criaturas, ¡y definitivamente tenía que usarlo! ¿Y si Ajit estaba entre ellos? ¿O su destino dependía de alguna manera de si

Asha seguiría este camino? ¿Quizás él también pueda ayudar a su amigo?

Y de repente se dio cuenta de algo más: lo que realmente estaba frente a él. Posibilidades y conocimientos ilimitados, que a su vez se vertían en él en forma de conjeturas accidentales, pero siempre correctas. Pero era una persona común y se sentía mareado. Conseguir algo así en cuestión de segundos está más allá de las capacidades humanas. Y, sin embargo, todavía quería estas habilidades, anhelaba caminar al menos unos pasos por este camino. Más y más fuerte cada segundo.

Y casi de inmediato, su deseo se hizo realidad, pero se convirtió en algo inimaginable para una persona común. Asha sintió que dejaba su propio cuerpo. Se va sin remordimientos, porque sabe que no es para siempre. Cuando dejó de sentirse conectado con su carne, sintió algo más, algún tipo de conexión con todos los monstruos que se encontraban en el patio. Solo comunicación, no los vio ni los escuchó. Era como si se hubiera convertido en el aire que respirarían si fueran humanos. Limpio, no envenenado por el polvo amarillo. Y no solo aire, era todo lo que necesitaban: salvación, tranquilidad. Una confianza que lo impregnaba. Asha era como una gota que fluye por un surco: hasta hace poco sólo había estado lleno de una tímida esperanza y un miedo intenso, mezclados con incomprensión, que estaban a un lado de este surco, y ahora estaba imbuido de una certeza casi absoluta, sentía una conexión con algún tipo de conocimiento que se lo proporcionaba. Y ya no dudaba de que, por alguna razón, tenía un poder extraño.

Y este poder se le revelaba cada vez más, ahora ya podía ver. Pero no de la manera en que ve una persona común. Miró desde todos los puntos al mismo tiempo, pero no desde un lado, sino como desde adentro. Asha vio su propio cuerpo, su rostro, en el que se congeló una expresión de sorpresa. Encima de este cuerpo yacía una extraña neblina blanca, que se aferraba a él con bastante fuerza. Parecía estar tejida con unos hilos ingrávidos, delgados como una tela de araña, cada uno de los cuales, envolviéndolo, se extendía hacia un lado, tocando a estas monstruosas criaturas. Algunos hilos se escaparon a algún lugar lejano y se perdieron allí. Y Asha, estando fuera del cuerpo, se desliza sobre ellos. Y al mismo tiempo, siente cada uno a la vez. Este increíble enredo es su nuevo cuerpo. Pero de repente sintió un anhelo por lo viejo. Sabía que no podía sentir la sensación del tacto. Tacto ordinario. Nunca empuñará la empuñadura de una espada. Aunque, por otro lado, ¿por qué necesita armas humanas ordinarias si tiene tales oportunidades frente a él? Pero una vez de vuelta en su cuerpo, Asha pudo combinar todo esto. Tan pronto como pensó esto, instantáneamente, deslizándose a lo largo de los hilos, volvió a unirse y se encontró en su cuerpo.

Mirando el mundo nuevamente con sus propios ojos, comenzó a tragar aire brusca y con avidez. Parecía que había olvidado todo lo que le acababa de suceder. Pero cuando estuvo seguro de que podía volver a saborear el aire, cerró los ojos y vio casi la misma imagen que fuera de su cuerpo. Luego, sin dudarlo, reunió todas sus fuerzas y exhaló bruscamente, viendo cómo los hilos a su alrededor temblaban y cómo extrañas gotas se esparcían sobre ellos, cada una de las cuales, al tocar al monstruo, lo hacía desaparecer. Asha abrió los ojos y vio que no había nadie a su alrededor. Cerró los ojos, pero esta vez no vio nada. Solo oscuridad y manchas rojas informe, cuya única razón era el sol del mediodía que entraba por los párpados. Pero en su memoria estaban esos destellos de luz, después de los cuales los monstruos se convirtieron en polvo dorado, se elevaron e inmediatamente se derritieron en el aire.

¿Así que liberó a estas criaturas del sufrimiento? ¿Mató a los monstruos, pero dio paz a las almas de las personas que una vez fueron?

¿Y es él mismo un hombre? Después de todo, una persona común no puede hacer lo que ha logrado hacer ahora. Pero él sentía, respiraba, veía y oía como el resto de la gente. ¿Dónde estaba esta diferencia? ¿O no estaba allí en absoluto, y solo sintió el mundo a través de otra persona por unos momentos? ¿O mejor dicho, a través de otra cosa?

Solo había una forma de saberlo todo: comprobarlo. ¿Será capaz de repetir todo esto de nuevo? Pero —esta conclusión asustó un poco a Asha— tenía que encontrar al menos una de estas criaturas para hacerlo, porque no había nadie a su alrededor en ese momento. Incluso quiso llamar a uno de ellos, pero no pudo decidirse.

Bajo el sol abrasador, pensativa, Asha se alejó más de este lugar, más allá de los cuarteles. Sin elegir realmente el camino, pasó a través de un pequeño palmeral, bellamente enmarcado por arbustos con hojas largas y estrechas. Entonces se encontró frente a una pequeña fuente, que parecía estar escondida en esta isla de vegetación poco profunda pero bastante densa. Asha se acercó a él, recogió el agua con ambas manos y la bebió con avidez. Hacía frío y, por lo tanto, era especialmente agradable. Después de eso, llenó sus palmas con agua varias veces más y bebió el agua de ellas sin dejar residuos.

Sacudiendo las gotas de sus manos y limpiándolas casualmente en su ropa, se sentó en el borde de la fuente: estaba hecha de piedra, tenía una forma redonda y en el centro de ella se encontraba la figura de una niña que sostenía una jarra en el hombro, de la que fluía agua.

El arroyo rezumaba perezosamente y, por lo tanto, la superficie del agua era bastante lisa, y Asha podía ver claramente su reflejo. Su rostro delataba una terrible fatiga, sus ropas estaban manchadas y

rasgadas, sus manos estaban llenas de cicatrices. Pero no prestó atención a los detalles, sino que trató de mirar más profundamente. Ve todo como un todo.

La reflexión repite la realidad. No reemplaza, sino que repite. Y vio su reflejo temblar en aquellas ondas centelleantes en la superficie del agua, a punto de desaparecer con cualquier brisa accidental, o con el hecho de tocar el agua con la mano o tirarle una piedra, por ejemplo. ¿Y si él mismo sigue vivo sólo por un feliz accidente? ¿Y que muy poco es suficiente para hacerle frente? Pero, ¿qué pasa con sus extrañas habilidades? ¿Le ayudarán? Entonces tenemos que averiguar si realmente existen o es todo una visión, un espejismo.

Asha se levantó y decidió seguir adelante. Después de caminar un poco más a través de la espesura, el joven se encontró en un camino pavimentado con piedras lisas y alargadas, hundidas en el suelo hasta las rodillas. A medida que avanzaba, notó que el camino se ensanchaba y descendía más abajo, lo que hacía parecer que las paredes crecían más y más desde el suelo. A lo largo de sus bordes superiores se extendía una franja, pintada alternativamente de escarlata y gris, y que sobresalía ligeramente de la pared. Después de la curva, Asha vio que el camino terminaba en un arco bastante alto, cuya parte superior estaba pintada de los mismos colores, y a los lados del mismo, de apoyo, había dos columnas. El arco se cerraba con una puerta hecha de varillas metálicas puntiagudas. Pero en las paredes se hacían cuencos: de algunos colgaban largas y hermosas hojas de algunas plantas, y en otros crecían flores. Después de asegurarse de que la puerta estaba cerrada, Asha comenzó a trepar por las repisas de la pared. Una vez en lo alto de la muralla, vio que detrás del arco había una pequeña plaza, e inmediatamente detrás de ella se alzaba un gran edificio, largo, parcialmente oculto a la vista por un matorral de árboles. Detrás de ella se alzaba una majestuosa roca que era muy alta que el propio edificio.

Al ver esta imagen, Asha inmediatamente sintió que se sentía atraído allí, que había algo escondido allí que podría dar una respuesta al menos a una de las miles de preguntas.

Estaba a punto de desmontar desde el otro lado para entrar en la plaza y llegar a su objetivo, cuando de repente escuchó un sonido familiar, pero no más agradable detrás de él: los pesados pasos del mismo monstruo que lo atacó a él y a Ajit. ¿Realmente decidió alcanzarlo? Pero, ¿por qué él? ¿Es...

La siguiente suposición accidental lo puso todo patas arriba en los pensamientos de Asha:

—¿Estoy aquí solo?

La única persona viva. Ni habitantes de la ciudad, ni Ajit, ni princesa. Solo esos monstruos feos con ojos amarillos y uno especial, el que se acercaba a él a la vuelta de la esquina.

Asha bajó lo más rápido que pudo y, agachándose y tratando de pasar lo más desapercibida posible, miró a través de las hojas. El monstruo estaba al otro lado de la puerta, y se podían escuchar los pasos cada vez más claros y cerca de él. Esto distrajo a Asha de sus terribles pensamientos por un tiempo. Se olvidó por completo de ellos, cuando los pasos se detuvieron repentinamente: el animal se detuvo.

"¿Qué va a hacer?", pensó el joven.

De repente, se escuchó un rugido terrible, mezclado con el crujido y el estrépito de la piedra al romperse. Asha vio cómo la puerta metálica doblada avanzaba unos veinte pasos junto con fragmentos de piedra y polvo. Con un poderoso golpe, el monstruo giró el arco, despejando el paso. Cuando el polvo se despejó un poco, se escucharon de nuevo los pasos: el monstruo pasó junto a Asha y siguió adelante. Con el corazón encogido, el indio siguió observando.

Mientras tanto, la bestia llegó al centro de la plaza y... ¡Desaparecido! Sorprendida, Asha dejó de respirar e incluso dio un paso atrás, como si esperara algo terrible. Pero no pasó nada, excepto que Asha golpeó su espalda contra la pared de piedra y se estremeció, recobrando el sentido e inhalando bruscamente.

Y de repente se le ocurrió una nueva idea, después de la cual quiso llamarse a sí mismo tonto: ¿qué pasaría si hicieras lo mismo con esta bestia que con una multitud de monstruos cerca del comedor? Y tal vez entonces...

Su cabeza no podía hacer frente al nuevo flujo de pensamientos. Se dio cuenta de una cosa: tenía que correr al lugar donde el monstruo había desaparecido. Se levantó de un salto y corrió lo más rápido que pudo. Pero ni siquiera tuvo tiempo de recorrer la mitad del camino cuando el monstruo apareció de la nada, casi en el mismo lugar de espaldas a Asha. No lo esperaba tanto que, tratando de detenerse, se enganchó con el pie en una piedra y rodó por el camino. Después de darse la vuelta varias veces y golpearse la cabeza, Asha se encontró acostado boca abajo. Inmediatamente miró a la bestia, que se volvió y dirigió al indio una mirada desprovista de todo interés. Y luego se dio la vuelta y siguió caminando.

Poniéndose de pie y frotándose mecánicamente la cabeza y el codo magullados, Asha ya estaba pensando en lo que había sucedido. ¿A dónde va la bestia si, incluso cuando ve al joven, no cambia su camino? Ahora Asha se sentía aún más atraída por este edificio. Y este monstruo se dirigía hacia allí, Asha no tenía ninguna duda de eso. Así que se levantó de las rocas y lo siguió lentamente a lo lejos.

Las pisadas humanas fueron ahogadas por la enorme pisada del gigante. Asha, siguiéndole, trató de imaginar aquel cuadro desde fuera, de volver a sentir centenares de hilos fantasmales que, alejándose volando de él, se enroscaban alrededor del monstruo, lo

enredaban y liberaban el alma aprisionada en él. Pero no pudo hacerlo. Todo lo que logró fue que cuando cerró los ojos, no vio negrura, sino una tenue mancha blanca frente a él, exactamente en el lugar donde la bestia caminaba pesadamente, dejando enormes huellas. Asha cerró y abrió los ojos varias veces, pero la imagen no se volvió más clara.

Pero de repente, una vez más abriendo los ojos, descubrió que no había nadie frente a él. ¡El monstruo ha desaparecido de nuevo! Cerró los ojos, pero para su sorpresa, descubrió que la mancha blanca no había desaparecido y continuaba moviéndose. Sin abrir los ojos, Asha continuó moviéndose tras él. Sintió que las paredes crecían a ambos lados, un ligero frescor flotaba de ellas, el sol sobre su cabeza desapareció y ahora el techo colgaba sobre él. Poco a poco, incluso comenzó a ver los contornos del pasillo por el que caminaba. Entonces vio que una escalera crecía frente a él, una mancha flotando en ella, y Asha también lo siguió en esa dirección. Luego otro pasillo largo, y luego mucha luz. Sin paredes, sin manchas blancas. Volvió a ver lo mismo que cualquier persona con los ojos cerrados. Los abrió y vio que se encontraba en un gran salón, en cuyas paredes había grandes balcones de varios niveles, y ríos de sol brotaban de las ventanas de arriba, iluminando perfectamente todo a su alrededor. Mirando a su alrededor, Asha vio largas estanterías llenas de libros. Estaban en todas partes: tanto en la planta baja como en los balcones.

Reinaba un silencio absoluto a su alrededor, roto sólo por los sonidos de los pasos lentos del indio, que se convertían en un ligero eco y se ahogaban rápidamente en algún lugar de innumerables corredores: a lo largo de cada pared había varias puertas, que conducían, al parecer, a balcones o a otro lugar.

El Salón del Conocimiento respiraba calma y parecía desconectado de todo lo que estaba sucediendo, completamente intacto y eterno. Estando en ella, Asha pareció tocar algo, hasta entonces desconocido para él, pero grande e igual de eterno.

Caminando hacia el centro del pasillo, vio que una nube se arremolinaba en la distancia, y a través de ella pudo ver algo como un gran tazón.

"¡Esto es todo!", pensó Asha y corrió hacia adelante.

Al no haber llegado a unos veinte pasos, se detuvo y examinó lo que tenía delante. Era un cuenco que se alzaba sobre una pequeña elevación, a la que ascendían varios escalones. Era de gran tamaño, nubes de polvo dorado salían de él, como vapor.

Echando un vistazo rápido al cuenco, Asha decidió acercarse a él y mirarlo. Lo que vio al principio no le sorprendió en absoluto: vio su reflejo, casi igual que en la fuente, pero no fluctuante, sino

perfectamente uniforme. Sin embargo, no era agua en absoluto. Algo muy parecido, reflejando un rostro humano, pero no agua.

Asha ya empezaba a decepcionarse con el hallazgo, cuando de repente vio que su rostro comenzaba a cambiar. Su cabello negro se había vuelto gris y se había adelgazado mucho más, y su piel estaba seca y arrugada, aunque su rostro no se parecía al rostro del anciano, todavía era joven. Su piel cambió de color carne a cenicienta, que casi comenzó a fusionarse con su cabello.

De repente, un horror loco brilló en sus propios ojos, que inmediatamente transmigró en el dueño del reflejo. Y entonces los ojos se cerraron y, al abrirse de nuevo, se iluminaron con brillantes luces amarillas. Incapaz de enfrentar el horror por más tiempo, Asha corrió hacia atrás, sintiendo que el miedo se apoderaba de él, y se habría apoderado de él si no hubiera sido por otra corazonada accidental: una y otra vez, continuaron salvándolo. No se veía a sí mismo, sino un reflejo. Pero si no es agua en absoluto, ¿entonces tal vez no sea un reflejo ordinario? Asha se dio cuenta de repente de que ya había conseguido encontrarse con reflexiones más de una vez en las últimas horas, y cada una hablaba de algo diferente. Recordó una extraña visión en la que había un extraño mundo al revés, ¿tal vez también era solo un reflejo? Tal vez todo a su alrededor es un reflejo distorsionado de la realidad, que cautivó todo a su alrededor. Y él está ahí, en este cuenco, ¿no es él en absoluto, sino en lo que ella quiere convertirlo? Pero parece que aún no lo ha logrado: Asha sintió que todavía parecía una persona común. Es más, tomó lo que había sucedido como una especie de lección: el miedo realmente vivía en él y una reflexión estúpida y falsa lo sacó. No debe dudar de nada y entonces podrá arreglarlo todo. E incluso si a veces carece de confianza, debe haber al menos una débil esperanza.

Al instante, en lugar de miedo, la confianza se extendió por su cuerpo y volvió a acercarse a la taza. Sin saber lo que se suponía que debía hacer, sumergió su mano en lo que parecía agua. Al principio, al tocar la superficie de este peculiar espejo, sintió un escalofrío. Hundiendo aún más la mano, Asha sintió que el frío se estaba volviendo muy fuerte, pero tan pronto como imaginó que su objetivo era un poco más duro, fue como si se estuviera retirando. Al palpar el fondo de la espesura, Asha se dio cuenta de que no había pasado nada, excepto que algo de su reflejo había desaparecido del espejo.

No le pasó nada, pero no se acercó más a su objetivo: el cuenco seguía exudando polvo amarillo y ardiendo de frío. Asha, un poco decepcionado, sacó su mano, la frotó con la palma libre, tratando de calentarla. Después de eso, volvió a mirarse al espejo. No pasó nada durante unos segundos, y luego vio que el reflejo de la sala perdía color y parecía envejecer ante sus ojos: las piedras comenzaron a desmoronarse de las paredes, las grietas corrían a lo largo del techo.

Asha retrocedió unos pasos y dejó de ver lo que sucedía en el reflejo. Pero inesperadamente, lo que estaba sucediendo en él comenzó a introducirse lenta pero seguramente en el mundo real, que estaba al mismo lado del espejo con Asha. Al principio, el cuenco, que brillaba con novedad, se convirtió en un bloque de piedra gris y agrietado, y luego todo a su alrededor comenzó a ser igual. Asha, que estaba de pie muy cerca, saltó hacia atrás, temeroso de que le esperara el mismo destino. Pero de repente todo se detuvo, se congeló en su lugar. Un pequeño círculo alrededor del cuenco y una parte de la pared detrás de él permanecieron absortos.

Se oyó un extraño crujido detrás de él. Asha, ya acostumbrado al silencio, se dio la vuelta, pero al principio no vio nada, lo que solo lo emocionó más. Entonces se dio cuenta de que aproximadamente en el centro de la sala, una colina de arena crecía directamente desde el suelo de piedra. A medida que crecía, gradualmente comenzó a parecerse a los contornos de una figura humana: los brazos crecieron, apareció una cabeza, aunque todo estaba de alguna manera borroso, listo para desmoronarse en cualquier momento.

Asha, ya acostumbrada a las sorpresas y a este tipo de encuentros, se dio cuenta de que se trataba de otro monstruo, cuyos planes apenas incluían nada más refinado que el asesinato. Mientras tanto, la criatura creció y se parecía casi por completo a un hombre, pero solo en el cuerpo. Sus ojos delataban a un monstruo en él.

De nuevo, Asha sintió un extraño deseo. No podía ver nada en los ojos de la criatura, no podía verlos, pero sentía una creciente llamada dentro de él para repetir la liberación. Pero tan pronto como lo pensó, gritó con un dolor loco que atravesó su cuerpo como una lanza afilada. Un dolor inusitado, miles de veces más fuerte de lo habitual, pero que no mata, sino que tortura. Sus manos temblaron, su cabeza comenzó a girar y sus ojos se pusieron en blanco. El dolor en sus sienes latía tan fuerte que casi se volvió loco y cayó al suelo, continuando retorciéndose como un hombre que se está muriendo de una terrible herida.

El dolor desapareció tan súbitamente como había aparecido. Pero Asha no se dio cuenta de inmediato: ese dolor no podía olvidarse de inmediato, era como si se hubiera acostumbrado a él. Pero no se volvió más suave por acostumbrarse a él. Cuando todo terminó, se encontró acostado boca arriba con los brazos extendidos y la cabeza vuelta hacia un lado. Tratando de levantarse, Asha se sorprendió un poco de que no sintiera nada desagradable al mismo tiempo.

Otro susurro, esta vez más fuerte, lo devolvió inmediatamente al mundo real. Vio a una extraña criatura que se dirigía hacia él, de la que emanaban finos chorros de polvo en todas direcciones, dibujando una extraña figura en el aire y fluyendo de nuevo hacia su cuerpo. Asha, que aún no se había dado cuenta de lo que acababa de

sucederle, llamó la atención sobre una extraña sensación. Le parecía como si lo estuvieran desollando, pero al mismo tiempo no sentía ningún dolor. Sentía su creciente indefensión, aunque todavía se negaba a creer en ella. Le parecía que antes de eso parecía estar bajo algún tipo de cobertura, y ahora estaba desapareciendo.

Asha cerró los ojos y vio precisamente eso, una gruesa red de hilos delgados que se deslizaban de él y lo despojaban de su protección. El cuenco absorbió este flujo de hilos. Trató de concentrarse, imaginó de nuevo cómo su conciencia se deslizaba por esos hilos. Pero esta vez todo salió mal. Al principio, sintió la sensación familiar de que abandonaba su cuerpo, siguiendo este extraño velo. Pero la sensación también era desconocida porque sabía que si abandonaba el cuerpo por completo, nunca volvería a él. La copa se lo tragará. Inmediatamente recordó su dolor reciente, y le pareció que lo sentía de nuevo. Pero al tener menos de la mitad de su cuerpo, Asha no lo sintió tan agudamente. Aunque esto no era nada alentador: le parecía que se estaba muriendo. Podía tomar este nuevo camino, pero no sabía si conducía a algo por lo que pudiera decir adiós a la vida. Y no solo no sabía, sino que no creía. En parte, esta incredulidad fue apoyada por el miedo. Miedo humano ordinario a la muerte. Y tiró de Asha hacia atrás, como si estuviera ahorrando.

Al volver en sí, el joven se dio cuenta de que no se sabía si su propio miedo lo había salvado de la muerte o no: un monstruo se abalanzaba sobre él, listo para hacer pedazos a Asha. Pero Asha no se atrevía a repetir sus intentos: recordaba demasiado el sabor del dolor.

Encontró otra sensación que no le gustó en absoluto. Era nuevo, pero terrible: una sensación de absoluta indefensión. Se sentía solo. Era extraño, ya había adivinado que era la única persona viva en este lugar, pero ahora este sentimiento había cambiado y de alguna manera se había vuelto especialmente deprimente, desesperanzado.

La criatura, que parecía un torbellino continuo, de repente se desmoronó en el aire y formó una especie de cúpula giratoria, cortando cualquier ruta de escape para Ashe. El vórtice que giraba esta cúpula se aceleraba cada vez más. Asha vio cómo los libros se rompían con el viento, fragmentos de estanterías de madera y piedras de las paredes eran arrastrados hacia él, fundiéndose en una sola corriente mortal.

El sentimiento de soledad y pérdida presionaba a Asha desde su interior cada vez más. ¿Dónde están sus habilidades, que ya le han salvado la vida más de una vez? ¿Quizás no existen en absoluto? ¿Un simple engaño que lo atrajo a una trampa? ¿Podría ser que la copa hiciera con un solo toque lo que cientos de monstruos no pudieron? Asha se preparó para la muerte. No sabía si sería rápido o lento. Y no sabía si lo sentiría en absoluto.

El torbellino se estrechaba y estaba a punto de acabar con el indio en cualquier momento. Pero de repente sucedió algo que no formaba parte de los planes de ambos: el aire se volvió negro y centelleante, y luego algo rompió el torbellino, dispersando millones de partículas de polvo y escombros.

Asha vio un espectáculo inusualmente hermoso: parecía estar dentro de un gran fuego: el aire estaba lleno de manchas anaranjadas y las partículas de polvo volaban alrededor, semejantes a cenizas y chispas. Pero, de nuevo, no se dio cuenta de esto, sino que pensó en otra cosa: ¿qué lo había salvado cuando no había esperanza? No él mismo, eso es seguro. De repente se dio cuenta de que ese algo que le estaba ayudando le seguía desde el propio comedor. O tal vez antes, pero no se había dado cuenta. Quería suponer que se trataba de una de las almas que había salvado, pero era ridículo: el ayudante desconocido había aparecido mucho antes. Y no fue Asha, sino él quien liberó a esos monstruos de sus cuerpos desfigurados por el cuenco.

Pero, ¿por qué es digno de tal ayuda? ¿Y es eterno? ¿O en el momento más necesario no tendrá nada con qué contar?

Todas estas consideraciones enfermaron a Asha. Tratando de distraerse, miró a su alrededor. La sala ha cambiado mucho. Las rocas estaban esparcidas por todas partes, muchos balcones se habían derrumbado y las paredes estaban corroídas por las grietas. Entonces se dio cuenta de las motas de polvo en el aire, que no eran muchas. Asha se dio cuenta de que eran los restos de ese monstruoso torbellino. Y el torbellino nació de ese monstruo. Y él...

Asha se tambaleó en el acto. Recordó cómo la criatura había crecido directamente del suelo de piedra, de un pequeño puñado de arena. Era el mismo soldado que se había convertido en el mismo puñado de arena frente a sus ojos y los de Ajit. Resulta que no murió, sino que de esta extraña manera se convirtió en uno de estos monstruos. Pero ahora se había ido, como si Asha sintiera que esas motas de polvo en el aire ya no estaban conectadas entre sí.

Pasaron uno o dos minutos, y Asha notó que el aire a su alrededor había vuelto a su aspecto habitual, pero la luz ya no penetraba a través de las ventanas de arriba. Estaba oscuro y espeluznante en el pasillo. Asha se quedó de nuevo sola en silencio. No sintió la presencia del misterioso salvador. No había monstruos alrededor. No le interesaba la copa, como si hubiera superado el contacto con ella como una prueba inevitable. Quizás incluso con demasiada facilidad. Se quedó solo con sus pensamientos, ahora eran lo más importante. Sintió que simplemente necesitaba pensar en todo lo que había sucedido, entender todo y comprender la esencia de estos eventos. Asha encontró algo especial, una sabiduría centenaria. Es muy simbólico que estuviera en la rica biblioteca del sultán, un

verdadero almacén de conocimiento que se le permitió tocar. ¿Quizás eso era lo que Ajit no le había dicho? Y tenía razón, porque es imposible expresarlo con palabras. Tienes que pasar por esa experiencia tú mismo.

Ahora Asha sentía una calma especial, como si el mundo entero se congelara y el tiempo se detuviera. Tiempo para hacer preguntas y obtener respuestas. El único que podía dárselas era su ayudante invisible. ¿Quién es él? ¿Podría ser Ajit? Asha descartó la idea casi de inmediato: habría requerido que Ajit estuviera en dos lugares a la vez. Era otra persona. Pero, ¿cómo verlo? ¿Y por qué se oculta con tanto cuidado? Todos los intentos de Asha de mirar a su alrededor con su inusual visión terminaron en nada. Aunque ya no sentía dolor. ¿Y si la copa pudiera ayudarle? Ahora confía en sus habilidades. ¿Por qué le atrae tanto? Asha se dio la vuelta y se acercó de nuevo al cuenco, esta vez solo mirándolo fijamente. Esta vez, su reflexión siguió siendo la misma, no pasó nada. De nuevo, se aventuró a extender las manos hacia la superficie de lo que llenaba el cuenco. Pero esta vez no los sumergió rápidamente, sino que los condujo lentamente a la superficie del espejo. Había una mirada de certeza en sus ojos, como si tuviera algún tipo de plan en mente. Y la superficie lisa cedió, presionando el cuenco, repitiendo la forma de sus manos. Ahora bien, no fue el contenido de la copa lo que cambió a Ash, sino que cambió su contenido. Al dejar su huella en él, esperaba ver su reflejo. Un reflejo de su extraño poder, pues era el poder que afectaba al cáliz.

Y el espejo le respondió, casi de inmediato. Vio en ella los vagos contornos de la sala como algo insignificante. Vi a la gente llenar la sala de conocimiento. La historia de este lugar pareció pasar en uno o dos segundos, y se ralentizó en el momento en que Asha entró en la sala. Se había visto a sí mismo caminando por el pasillo hacía unos minutos. Entonces, en lugar de un monstruo y un torbellino, vio a una persona casi ordinaria que estaba absorbiendo un extraño chorro del cáliz, como si fuera empujado por alguna fuerza. Las características insignificantes de la sala se desvanecieron aún más, casi convirtiéndose en vacío: parecía que el espejo alteraba de alguna manera lo que reflejaba. Destaca algo más general, lo que hay detrás de la imagen visual, revelando la esencia misma de las cosas, que a menudo resulta ser lo contrario de lo que se ve o se escucha. Pero al mismo tiempo, tal reflexión completa el fenómeno a una imagen completa. Al igual que la superficie del mar esconde un enorme bloque de hielo debajo de él, mostrando solo su parte superior, así este cuenco ocultó esta adición de realidad hasta que Asha comenzó a afectarlo.

Y entonces sucedió lo más interesante. Parece que esta era la respuesta que había estado buscando durante tanto tiempo. Cuanto

más se desvanecían las características de la sala, más notaba Asha que todo a su alrededor tenía una especie de tono anaranjado y parecía estar ondeando, arremolinándose como una niebla matutina. Pero este fue solo un fenómeno tenue, apenas perceptible, que fue eclipsado por uno más fuerte que vino inmediatamente después del "torbellino": toda la realidad se convirtió en estas nubes de humo naranja tembloroso, y entre ellas se destacó claramente una mancha blanca, que rápidamente se movió en dirección a Asha. La mancha adquirió gradualmente rasgos humanos: se distinguían brazos, piernas, cabeza y algunas ropas. Ahora su misterioso amigo le parecía completamente real, aunque no lo viera con sus propios ojos, sino como una visión dada por el cáliz. Parecía absorber el tiempo, recordando la realidad de una manera especial.

Esperando el momento en que volviera a acercarse al cuenco, Asha vio cómo el reflejo se repetía muchas veces, hasta el infinito, pero ya no era capaz de mostrarle nada nuevo. Asha aflojó su agarre, dándose cuenta, sin embargo, de que tenía más preguntas de las que tenía antes de toda la visión. Miró a su alrededor. Ya había caído la noche. El tiempo fluía de una manera especial en este palacio. Impredecible e incontrolable. ¿O es que alguien se encarga de todo esto?

Se sentó en los escalones y decidió pensarlo de nuevo.

Capítulo 18. ¿Cómo me llamaste?

Essen caminó al frente. De alguna manera se sentía incómodo con esto: en caso de peligro, no tendría suerte primero. Pero el orgullo no lo dejaba quedarse atrás. Los tres podrán defenderse, al menos intentarlo. Durante un rato, mientras caminaban en silencio, Essen reflexionó. Poco a poco, todos los sentimientos en él dieron paso a la ira. No uno que lo hiciera abalanzarse inmediatamente contra el Príncipe, acusándolo de todo, pero lo suficiente como para que el resentimiento comenzara a crecer. Involuntariamente percibió al Príncipe como un enemigo. Pero todo esto se vio ensombrecido por el hecho de que esta alianza era importante ahora: al estar solo, Essen habría tenido muchas menos posibilidades de sobrevivir. Y había algo más que le hacía dudar. Al fin y al cabo, a pesar de todo, el Príncipe iba a corregir su error y por ello arriesgó su vida desinteresadamente. Ya lo había protegido a él y a Farah de una muerte casi segura más de una vez. Essen trató de aferrarse a estos pensamientos como si fueran la salvación. Comprendió que en una situación así simplemente no había tiempo para la enemistad personal, incluso si estaba justificada.

Llegaron a una pequeña escalera que conducía hacia abajo. Essen hizo un gesto con la mano y dijo:

"¡Vamos aquí!"

Farah y el príncipe lo siguieron en silencio.

Un minuto después, mientras caminaban por el siguiente pasillo, el Príncipe rompió el silencio.

"Essen, ¿sabes por qué la Torre del Alba se llama así?"

"Lo sé", respondió. La voz no lo traicionó, pero una ola de disgusto recorrió su cuerpo cuando escuchó al Príncipe. Reprimiendo este arrebato aleatorio, Essen continuó:

"Este nombre fue inventado por nuestro sultán. En general, es simple: la Torre del Alba es la más alta, y el amanecer desde ella es visible antes que los demás. Pero, dicen, Rifat estaba muy contento cuando se le ocurrió. Solía llamarse la Torre Alta. Después de eso, trasladó allí la tesorería y prohibió a todos llamar a la torre por su antiguo nombre. Incluso amenazó a todo el mundo con ir a la cárcel, pero no llegó a eso.

—¿Cuánto tiempo tendremos que vagar por aquí? ¡Ya no puedo ver estas paredes! —intervino Farah—.

—¡Oh, tendrás que tener paciencia, princesa! Es un largo camino", respondió Essen. "El palacio está lleno de peligros que ustedes dos ni siquiera conocen.

–¿Qué quieres decir? —preguntaron Farah y el Príncipe casi unánimemente.

"¿En serio crees que puedes simplemente caminar hasta la Torre del Alba y entrar en la tesorería?" —preguntó Essen con un desafío en su voz.

El príncipe y Farah lo miraron fijamente, esperando detalles. Essen vaciló.

"El hecho es que Azad está equipado con un sistema de seguridad especial que puede disuadir o incluso detener al enemigo. Y cuando todo comenzó, lo puse en acción. Un paso en falso y te encontrarás, por ejemplo, encerrado. Sin la capacidad de salir, la puerta simplemente se cerrará de golpe y eso es todo. No debo decir esto a extraños, y especialmente a ti. Pero, al parecer, tendrás que hacerlo. ¡Y sin mí, no podrás dar dos pasos pronto! Essen comenzó su relato, mirando con aire de suficiencia al príncipe y a Farah.

El palacio de Azad era realmente un gran tesoro. Y el sistema de seguridad fue una gran adición. Y todo este don fue heredado de su padre, el propio Rifat no era capaz de tal alcance de pensamiento y milagros.

"Apégate a mí y escucha lo que digo. ¡Es un milagro que no hayas caído en ninguna trampa! Tal vez había demasiada destrucción en la parte del palacio donde estabas. Te ayudaré a superar las trampas, pero no esperes que te revele todos los secretos", continuó Essen. - Todas las trampas se pueden desactivar u omitir. A veces tendremos que estar separados: no te voy a enseñar cómo apagarlos. Me esperarás en el lugar correcto y tratarás de no atraer monstruos.

Después de escuchar a Essen, el Príncipe asintió. Ahora, en su opinión, la alianza era mutua. Ahora Essen les es tan útil como ellos lo son a él.

Siguieron adelante. Essen caminaba a su lado, pero estaba tenso, malhumorado y se quedaba en silencio a la primera oportunidad, lo que a veces hacía parecer que no estaba allí, como si fuera una especie de fantasma y no una persona. Pero él fue fiel a su palabra y los guió. Había dicho a tiempo que había que aferrarse a tal o cual pared para no caer en un pozo de lanzas; para rodear la piedra que disparaba una flecha envenenada o cerraba las puertas detrás y delante de ellos. Farah y el príncipe caminaban en silencio, sin apenas hablar. El estado de ánimo de Essen no les inspiraba mucho a hablar, al menos no en su presencia.

De vez en cuando se topaban con pequeñas puertas cerradas, de las que salía un tufillo a humedad. El príncipe había oído leyendas de que el palacio de Azad había sido erigido sobre las ruinas de otro más antiguo. Y tal vez detrás de estas puertas se escondían pasadizos que atravesaban estas ruinas. Pero Essen definitivamente no te dirá nada si le preguntas. Él solo los guiaba, a veces se iba y los volvía a alcanzar.

El sistema de seguridad estaba diseñado para resistir el ataque de un enemigo ordinario y no podía resistir completamente el poder de las Arenas. Algunos mecanismos no funcionaron, las puertas se atascaron y el camino quedó bloqueado por enormes fragmentos de los muros del palacio. A veces, el camino a seguir solo era posible gracias a Farah. Más de una vez, se metió en estrechas grietas para abrir la puerta del otro lado o tirar de la palanca de los barrotes que custodiaban la siguiente línea. En esos momentos, especialmente cuando Essen no estaba, Farah sonreía con picardía, mostrando al príncipe su independencia y su impotencia. Trató de demostrarle que no todo se podía resolver con la fuerza bruta.

—¿Estás seguro de que no te voy a ralentizar? —preguntó una vez con sarcasmo.

El príncipe respiró hondo y respondió:

"¡Bueno, está bien, está bien!" Pero no lo repitas cada vez, por favor. De lo contrario, ¿qué pasa si no quiero volver a buscarte, corriendo durante horas si algo sucede?

Sus palabras fueron solo una broma en respuesta. Aunque estaba realmente seguro de que Farah necesitaba su ayuda. Necesita a alguien que la proteja.

A veces, Essen se ausentaba durante mucho tiempo (debía de haber habido algún problema con el siguiente mecanismo, pero nunca pedía ayuda al Príncipe o a Farah). Esto le dio al Príncipe y a Farah la oportunidad y el tiempo para hablar.

En uno de esos momentos, el príncipe se puso de pie con la espalda contra la pared y dio la vuelta al libro en sus manos. Tratando de distraer a Farah, que carcomía con impaciencia, preguntó:

—¿Qué crees que puede haber en ella?

Él mismo trató de aferrarse a este libro, como si fuera una especie de llave.

"No lo sé, pero puede ser muy importante para el visir, ¡porque no lo llevaría contigo así como así!" Lo conozco desde hace mucho tiempo y nunca antes había visto algo así. Pero me parece que no se ha separado de ella desde hace mucho tiempo", respondió Farah. —¿Y si descubre que ha desaparecido?

"No creo que el visir sepa dónde está. Pero siento que todavía no nos dejará en paz. Ahora hay un breve descanso, una pausa. ¡Estoy seguro de que Amar tiene algo más reservado!

El príncipe expresó en voz alta no sólo sus temores, sino también los temores más importantes de Farah y Essen. Nombrados con tanta claridad, sin adornos, eran deprimentes.

Mientras tanto, el Príncipe continuó:

- Creo que estas grabaciones están relacionadas de alguna manera con Peski. Igual que esta daga. Se siente como si quisiera juntar todo con algún propósito.

Farah no dijo nada. Ella aceptó, pero el príncipe se dio cuenta de que esa charla le pesaba. Ahora, en los momentos de silencio, no quería pensar en el visir, en las Arenas y en toda aquella pesadilla. El príncipe lo comprendió y guardó silencio o buscó algún otro tema. De repente quiso conocer mejor a Farah, porque pasaba la mayor parte del tiempo a solas con ella. Al príncipe incluso le gustó que ella no perdiera el ánimo y no se desanimara. Poco a poco, aprendieron a superar algunos obstáculos incluso sin la ayuda de Essen. Junto. Y la fuerza también era útil a veces: el Príncipe podía escalar donde la propia Farah no habría escalado. Una vez en la cima, le tendió la mano y la levantó. Recordaba bien que ella tenía las manos calientes, era agradable a su manera. A veces Farah dudaba, fingiendo ira en su rostro, pero tenía que aceptar la ayuda del príncipe. De hecho, se alegró de que el príncipe no la abandonara y la ayudara una y otra vez. Y sabía que él sería capaz de protegerla de un enemigo que estaba más allá de sus fuerzas. Estos momentos fueron suficientes para que el Príncipe pudiera ver bien el rostro de Farah. Ahora le resultaba familiar desde hacía mucho tiempo, hasta el más mínimo detalle. Y también recuerdo su mirada tímida y chispeante. Y un fino pero largo mechón de pelo negro sobre su cara y que le cubría ligeramente un ojo. Era como si el último pequeño secreto de Farah se escondiera debajo.

Hablaban de casi todo. Las conversaciones eran cortas y largas, todo dependía de cuánto tiempo estuviera ausente Essen. Se preguntaban unos a otros sobre su infancia, sobre sus lugares de origen. El príncipe se enteró por Farah de que su padre nunca había apoyado a sus dos hermanos y se había mantenido alejado de la guerra. A veces estudiaba las Arenas, pero no se lo informaba a Faro. Nunca, según ella, tuvo la intención de usarlos como arma. Buscó en ellos la sabiduría, trató de conocer el mundo más profundamente. Y al mismo tiempo, era profundamente religioso. Farah, a pesar de ser una princesa, fue entrenada desde niña en el uso de armas, tiro con arco e incluso equitación, a veces incluso en contra de la voluntad de su padre. Al escuchar a Farah, el príncipe se dio cuenta gradualmente de que en la vida ordinaria sus caminos difícilmente se cruzarían, aunque sus destinos eran algo similares. Ahora, por la voluntad de estos destinos, van por el mismo camino. Sin embargo, era difícil para ellos hablar de temas ordinarios, porque no había nada ordinario alrededor. Por lo tanto, las conversaciones sobre el pasado eran mucho más agradables. Aunque, tal vez, cualquier conversación era más agradable que el silencio. Y a veces sucedía que el Príncipe y Farah se separaban por un corto tiempo, tan astuto

e intrincado era el sistema de seguridad. Y luego ambos trataron de llegar al lugar de la próxima reunión lo antes posible.

"En algún momento, me di cuenta de que no podía confiar en él", dijo el príncipe sobre el visir. "No se detendrá ante nada para poner sus manos en esta daga. Y supongo que le daré lo que quiere. ¡Hundiré la daga directamente en su negro corazón!

—¿Es importante para ti la venganza? —contestó Farah—. —¿Crees que expiarás tu culpa de esta manera? ¿Crees que esto es lo más importante?

Estas palabras hicieron pensar al Príncipe. Poco a poco se fueron produciendo cambios en ella. Todo cambió su significado. Ahora estaba cada vez más dispuesto a arriesgarse para proteger a Farah. Tardó en darse cuenta de sus errores. Incluso quería encontrar algunas palabras de justificación ante ella y ante Essen.

La ruta que tomaron no fue la más corta. Pero Essen sabía lo que hacía y los condujo por los caminos más remotos y desolados, aunque a menudo tenían que ir muy despacio. A diferencia del Príncipe, no estaba listo para enfrentarse al próximo monstruo y, por lo tanto, buscó seguridad.

Aquí, en los interminables pasillos y mazmorras, se perdía la noción del tiempo. Era difícil responder si había pasado una hora o toda la noche. El príncipe trató de no pensar en ello. Sus pensamientos estaban más ocupados con Farah caminando a su lado. Se sorprendió al darse cuenta de que ella había demostrado ser una fiel compañera. No intentó la daga, siempre acudió al rescate y mantuvo la conversación con gusto. Su unión, aunque forzada, se asemejaba a la amistad. Y las circunstancias los unían cada vez más.

A veces, Essen regresaba inesperadamente desde una dirección completamente diferente, y los tres volvían a caminar. Un día, incapaz de soportar el silencio, el Príncipe habló de repente:

"Me obligó a abrir el reloj de arena.

–¿Forzado? ¿Cómo es eso? —preguntó Essen con sarcasmo.

"Cuando llevamos los regalos al Sultán en el salón principal, el visir de repente se acercó a nosotros y dijo que los mayores tesoros estaban allí. El sultán se levantó inmediatamente de su asiento y corrió hacia ellos. Mi padre también se volvió con curiosidad. El visir explicó que estos tesoros se podían obtener con la ayuda de una daga. No sé exactamente qué me empujó, pero lo hice casi sin dudarlo. Sus palabras fueron muy convincentes", dijo el Príncipe.

—¿Pero no te resististe? ¿Y no pensé a qué me llevaría? —siguió preguntando Essen—.

"Lo más probable es que no haya pensado en nada. Estaba pensando en algún tipo de honor... Tontería. Fui un completo tonto, y Amar se aprovechó de ello —replicó el príncipe con culpa—.

Esa honestidad ablandó a Essen. Y recibió respuestas a sus preguntas en el mismo momento en que las necesitaba. Tal vez ahora no lo esté intentando en vano por ellos.

Pronto descendieron por una pequeña escalera y llegaron a un arco redondo tallado, detrás del cual se extendía un corredor corto y estrecho, y más allá había una salida. A menudo se plantaban columnas cuadradas con dibujos en relieve a lo largo de las paredes, a veces con ventanas entre ellas. Una brisa fresca soplaba a través de ellos, llevándose el aire viciado y desagradable. La luz comenzó a abrirse paso por todas partes, lo que significaba que la mañana ya había llegado.

"Después del ataque a Kashi, caminamos por el desierto durante mucho tiempo. Comenzaba una tormenta de arena. ¡Recuerdo cómo el visir extrañamente agarró el bastón en sus manos y susurró algo! Tan pronto como el Príncipe recordó y contó la historia, se dio cuenta de que la tormenta no era la ira de la naturaleza. ¡Esta es la obra de este vil anciano!

—¿Crees que lo hizo? —preguntó Essen.

"Bueno, sí, ¿quién más?" ¡Eso lo explica todo! Quería conseguir la daga y liberar las Arenas incluso antes. Pero después de un tiempo, la tormenta amainó y no pasó nada malo. ¡Como si algo se lo hubiera impedido!

En este momento, Farah caminó en silencio a su lado, con una mirada pensativa, a primera vista, sin expresar ningún interés en lo que estaba sucediendo. Pero esto es solo a primera vista. Farah pensó en el mismo incidente, pero recordaba la situación desde su punto de vista. No vio al visir, solo recordó cómo entró un torbellino que la sacó de su semi-olvido. La arena trepaba por cualquier parte: en los ojos, en la garganta. Todo dentro de Farah era tan opuesto a esto que quería detener lo que estaba sucediendo. No recordaba cómo se las arregló para liberar una mano de las cuerdas de fricción. Y sólo ahora recordaba cómo se había quitado una especie de manto que la protegía de la tormenta, y trató de levantarse. Lo consiguió, pero sintió que el vórtice la presionaba por todos lados con tanta fuerza que estaba a punto de matarla. Entonces no actuó por su cuenta, sino como siguiendo las instrucciones de alguien. Pero no recordaba ninguna compulsión, todo provenía de ella misma. Cerró los ojos y extendió la mano libre. Cuando sus párpados se cerraron, sintió que la tormenta amainaba. Pero con ello, ella misma perdió sus fuerzas. Mis piernas se llenaron de pesadez, me empezó a doler la cabeza. Y cae sobre la arena caliente, sin ver ya nada. Luego sintió una sensación de ardor en la mejilla, los gritos de alguien. Todos estos recuerdos, la mitad de los cuales eran completamente nuevos para ella, recién adquiridos, relampaguearon en su mente. Y antes de que tuviera tiempo de recuperarse de un destello, le siguió otro. El

rostro de Farah seguía tranquilo y pensativo, era capaz de controlarse, pero un volcán de recuerdos hervía dentro de ella.

"¡Fui yo quien se lo impidió!" —dijo Farah de repente—.

–¡¿Lo harás?! ¿Pero cómo? —preguntó sorprendido el Príncipe.

"Es difícil para mí explicarlo. Quería que la tormenta se detuviera, y así fue. No me acuerdo bien. Algunos fragmentos pasan por mi cabeza, pero solo recuerdo cómo me levanté y fui al encuentro del viento. Y luego cayó al suelo, olvidándose de todo", respondió la niña, todavía tratando de armar la imagen. Ahora se sentía más o menos igual que el príncipe cuando intentaba recomponer su sueño de manchas incoherentes.

Por fin salieron del palacio y se encontraron en un lugar hermoso. Para aquellos que estaban en él, podría parecer que no estaba sucediendo nada malo: era tan bueno y hermoso allí.

Era un pequeño jardín con un techo de celosía entrelazado con plantas que colgaban de los bordes. Las palmeras crecían por todas partes. El rocío brillaba sobre la hierba, y cuando los rayos del sol naciente caían sobre ella, brillaba con un millón de pequeñas luces, brillantes y deslumbrantes, pero aún así increíblemente hermosas. Mientras el príncipe, Essen y Farah caminaban en silencio, el susurro de las hojas los envolvía por todos lados. La naturaleza se alejaba del sueño nocturno, revivía. En medio de todos estos sonidos débiles, parecía que los árboles realmente hablaban entre sí, con las pequeñas briznas de hierba y con el sol rojo en el este.

El silencio no duró mucho. El príncipe y Essen estaban demasiado sorprendidos.

—¿Estás seguro de eso? ¿Y por qué ya no sucedió? —preguntó el príncipe.

"No estoy seguro de nada. Y no quiero pensar en eso, me siento incómoda con estos recuerdos", respondió Farah molesta y con algo de resentimiento en su voz.

—Pero... —el Príncipe no se calmó—.

—No la toques, ha dicho que le duele solo pensar en ello —interrumpió Essen bruscamente al príncipe—.

"¡Quiero ayudarnos a todos!" —dijo el Príncipe, sintiendo al mismo tiempo que estaba cometiendo un error—. Hasta hace poco, se arrepentía de lo que había hecho después de cada mirada triste de Farah, y ahora la empujaba a sufrir de nuevo. Pero se dio cuenta de esto más tarde de que dijo la última frase.

"¡Ya nos has ayudado a todos!" ¡Gracias! Essen estaba emocionado. "¡Al menos ella pudo resistirlo, y tú mismo sucumbiste a este anciano!" ¡Y ahora dices otra cosa!

"¡Hasta que apareciste, todo era mucho mejor!" El Príncipe retrocedió. "¡Habríamos encontrado nuestro camino sin ti!"

"¡Detente, tú! Farah intervino en la pelea. "Si nos peleamos ahora, será aún peor. ¡Mientras estemos juntos, tenemos al menos algunas oportunidades!

Cuando Farah dijo "juntos", por supuesto, no solo se refería a estar cerca el uno del otro, sino también a estar conectados en acciones y pensamientos.

Continuando a lo largo de la muralla del palacio, pasaron por un pequeño estanque artificial lleno de agua que les llegaba hasta las rodillas. Sus bordes estaban hechos en forma de escalones, y grandes hojas, casi redondas, flotaban en la superficie del agua, y aquí y allá se podían ver lirios blancos entreabiertos. La brisa agitaba el agua, haciéndola ondular ligeramente, haciéndola brillar alegremente a la luz del amanecer, brillando en todo tipo de colores, como un arco iris, como si se regocijara en un nuevo día. La gente, con todos sus problemas y disputas, parecía superflua en esta vida serena y al mismo tiempo llena de misterio.

"¿Estoy diciendo una mentira?" Essen cambió a Farah.

"¡La ira es nuestro enemigo!" ¡Y las Arenas están royendo este sentimiento en ti, y tú mismo estás sucumbiendo a ellas cada vez más! Farah respondió aún más bruscamente. —¡Y tú también! —dijo ella, volviéndose hacia el príncipe—.

Al oír estas palabras, Essen y el príncipe se quedaron en silencio.

La salida del jardín estaba amueblada a ambos lados con rotondas bajas de mármol con cúpulas verdes. Estaban decoradas con largas agujas en la parte superior, y debajo de ellas, en el centro, había pequeñas fuentes con agua murmurante.

Los escalones, que comenzaban allí mismo, a la salida, conducían hacia abajo, girando bruscamente en un solo lugar, y conducían a un amplio camino que corría a lo largo de la parte superior de la muralla, elevándose majestuosamente sobre el suelo. A los lados crecían bosquecillos de árboles, y un poco más allá pude ver un hermoso parque con muchos callejones y las mismas torres.

En algunos lugares, la muralla no era sólida, sino que se asemejaba a un puente: otros caminos pasaban por debajo de ella, que conducían a diferentes partes del palacio. Si no fuera por esta pesadilla, el príncipe habría tenido tiempo no solo para visitar la casa de fieras del sultán, sino también para relajarse en la casa de baños: el sultán era realmente rico y amaba el lujo. Los baños en el desierto, donde cada gota vale su peso en oro, es realmente algo especial. Podrá echar un vistazo a la colección de armas. ¡Dicen que la propia espada de Rustam se guardó allí! ¡Es inimaginable la cantidad de tesoros y maravillas que guarda Azad! Y todo esto ya no existe.

Hundiéndose de nuevo en el silencio, los tres siguieron caminando. El camino los llevó directamente a su preciado objetivo:

la Torre del Alba creció frente a ellos, impresionando con su altura y gracia. Varias otras torres se contiguaban a ella, como si la apuntalaran.

Cuando estaban a mitad de camino, Essen murmuró:

"Aquí está, la Torre del Alba.

Sabía que estaba claro sin sus palabras, de lo contrario, ¿por qué irían allí? Pero el silencio en el aire le pareció tan ominoso que decidió romperlo él mismo.

Pero después de otro segundo, el silencio se rompió realmente, y no de la mejor manera para ellos:

"¡Eres un tonto por resistir el poder de las Arenas!"

Frente a ellos, a gran distancia, estaba el visir. Cada uno de los tres sentía una repugnancia interna por él. Incluso Farah, que no estaba enfadado, sintió un odio salvaje por Amar por un momento.

Este último, como si nada hubiera pasado, se quedó en su lugar, como sonriendo. El príncipe notó lo fuerte que sonaba la voz del anciano. Era la voz de un hombre corpulento de mediana edad. Pero pertenecía a este anciano de aspecto antiestético. El Príncipe no tenía dudas: las Arenas le daban fuerzas. Y realmente, ¿qué puede querer una persona vieja y enferma? La fuerza que poseía en su juventud.

Mientras tanto, el visir se acercó a ellos. Detrás de él, sus sirvientes aparecieron en el aire uno tras otro, viles criaturas de arena. Varias filas de ojos amarillos brillantes eran claramente visibles, el resto se fusionó en una sola mancha amarillo grisácea, que se congeló amenazadoramente en absoluto silencio.

"¡No nos asustarás con estas criaturas!" —gritó el príncipe—.

Amar no respondió, solo sonrió vagamente. Pero su sonrisa nunca auguraba nada bueno.

"¡Son juguetes patéticos comparados con el verdadero poder de las Arenas!" Amar finalmente respondió. "¡Es difícil imaginar algo más poderoso!"

—¡Y terrible! —gritó Farah con dolor en la voz—.

"Las arenas son terribles solo para aquellos que no las entienden, que ven el mal en ellas. Las arenas nacieron mucho antes que las personas. Han estado acumulando sabiduría y fuerza durante miles de años. ¡Pero los patéticos humanos no podían comprenderlos completamente, encerrando todo el poder dentro del Reloj de Arena! ¡Ahora son gratis y todo va como debe ir! El visir empezó a contar.

– ¡No, todo va como *tú* quieres! ¡Nos traicionaste a mi padre y a mí, traicionaste a todos! – Farah contuvo las lágrimas y la rabia con dificultad.

"¡Cállate, niña!" El visir siseó con disgusto. "¡Cuando estás solo, te rendirás tarde o temprano!" ¡Tu fuerza no es suficiente!

"¿Por qué voy a estar solo?" —preguntó la princesa asustada. Se sintió incómoda con estas palabras. ¿Qué está tramando el visir? ¿Por qué está tan seguro?

"Tus compañeros han sobrevivido por un gran accidente. En un mundo gobernado por las Arenas, los accidentes felices no se repiten. En cuanto a ti, mi joven amigo, tu tiempo se está acabando. Abriste el reloj de arena e incurriste en la ira del antiguo guardián del tiempo. ¡Pronto vendrá por ti y tú irás al mundo de la muerte! —dijo Amar—. En su voz, se podía sentir lo increíblemente complacido que estaba con lo que estaba sucediendo y lo seguro que estaba.

"Las arenas son magia antigua", continuó, "nos rodean desde que nacemos, nos dan sabiduría. Si no existiera Peski, no habría pueblo. O sólo criaturas lamentables como ellos, incapaces de pensar. Las arenas construyen nuestras mentes. ¡Y controlan el tiempo! Y no como esta daga —los ojos del visir brillaron ligeramente —, sino infinitamente, ¡de modo que la gente ni siquiera podía soñar con ella!

Farah, Essen y el príncipe escucharon atentamente, pero cada uno estaba en guardia: cualquier cosa podía esperarse en cualquier momento.

La multitud de monstruos detrás de Amar no se movió, pero parecía que al primer movimiento de su mano correrían hacia la gente y los destrozarían.

"Mira este sol. Estáis acostumbrados al hecho de que día tras día se desliza lentamente fuera del horizonte e ilumina la Tierra durante todo el día. Pero todo esto es solo porque el flujo del tiempo fluye con calma. ¡Te mostraré de lo que es capaz el poder de las Arenas!

El visir sacó su bastón, que había estado llevando todo este tiempo, y, agarrándolo fuertemente con los dedos, lo colocó sonoramente sobre las piedras frente a él. Entonces comenzó a suceder algo milagroso y aterrador. Columnas de arena y polvo brotaron de debajo de los pies de Amar, sus ojos se iluminaron con una luz amarilla brillante, la piel y el aire a su alrededor parecían volverse negros. Luego cerró los párpados, y cuando abrió los ojos, todo estaba igual que antes, solo que el aire alrededor del bastón era brillante y caliente. Amar señaló al sol y comenzó a moverse hacia arriba. Y ante los ojos del asombrado príncipe, Farah y Essen, el sol, obedeciendo al hombre, se deslizó por el cielo mucho más rápido de lo habitual. La vista era absolutamente increíble, grandiosa y aterradora. ¡El hombre era dueño del mundo entero, movió fácilmente el disco solar a través del cielo!

Unos segundos después, el sol se detuvo sobre las cabezas de las personas y todo volvió a la normalidad. Pero ni Prince, ni Farah, ni Essen eran iguales. Lo que vieron los asombró. Si alguno de ellos

se hubiera estudiado a sí mismo con detenimiento, habría descubierto que en el fondo creía en el visir, al menos parcialmente. Cree en el poder de las Arenas. Pero, afortunadamente, esta fe era demasiado débil para prevalecer sobre cualquiera de ellos.

"Entiendo que estés sorprendido. Pero no tengáis miedo. ¡Te invito a formar parte de esta fuerza inmortal! ¡Dejen sus cuerpos y conecten su conciencia con las Arenas! ¡Príncipe, dame la daga! Amar trató de aprovecharse de la confusión.

–¡No! ¿Oír? ¡No! ¡No te creemos! —gritó el príncipe—. Interiormente, estaba tan decidido que estaba listo para enfrentarse a Amar y su ejército. Dio unos pasos hacia adelante e inmediatamente se arrepintió: varias flechas pasaron silbando a su lado, casi atravesándolo. Un segundo de reflexión, y el príncipe continuó, pero de repente oyó un grito de dolor detrás de él. Se dio la vuelta con una terrible conjetura: una de las flechas atravesó a Essen. Lo que el visir había dicho recientemente comenzó a hacerse realidad. ¿Significa esto que Farah también perecerá pronto? ¿Y luego él? Y sacará un puñal. Y... ¡Daga! El príncipe se apoderó de él un jardinero.

"¿Cómo podría olvidarlo?", pensó.

El príncipe trató de concentrarse lo más rápido posible y recordó lo que había sucedido unos segundos antes: le gritó algo al visir y se acercó a él. Recordó con qué furia había pronunciado aquellas palabras, cuán incómoda yacía la piedra bajo su pie izquierdo, cómo había comenzado a sentir el calor del sol del mediodía. Y nadó de regreso a través de estos recuerdos. Vio las flechas flotar hacia atrás, mientras él mismo daba pasos hacia atrás.

"Basta", pensó de repente el príncipe para sí mismo. Ya podía sentir que se estaba enfermando, esta vez su tiempo de regreso en el tiempo fue el más largo en comparación con el resto de los intentos.

Cuando el tiempo volvió a fluir normalmente, el Príncipe se sintió mareado y se tambaleó, casi cayéndose. Luego miró a un lado y vio a Essen vivo, sin darse cuenta de nada. Luego miró a Amar y quedó horrorizado por sus ojos: solo el Príncipe podía leer en ellos, también sabía lo que había sucedido ahora. Sin embargo, Amar hizo caso omiso de esto y continuó:

"Es simplemente divertido. El tiempo no solo puede mover el sol. El tiempo decide quién vive y quién muere. Y todos estos muros y bóvedas también están subordinados a él.

En confirmación de sus palabras, el visir dibujó un círculo en el aire y las manchas grises comenzaron a arrastrarse por todas partes, desmoronando la piedra. Al darse la vuelta por un segundo, el Príncipe se horrorizó: el palacio del que habían salido recientemente se había convertido instantáneamente de un edificio blanco brillante en un bloque de piedra gris, listo para desmoronarse con una ligera

brisa. En algún lugar había enormes agujeros, en algún lugar había piedras derrumbadas. Incluso la pared en la que se encontraban ya no era tan fiable como parecía antes. Y todo a su alrededor se derrumbaba y se rompía, convirtiéndose en ruinas.

–¡Bastante! —dijo Amar—. —¿Quieres correr la misma suerte? Bueno, ¡esa es tu elección!

Mirándolos depredadoramente, comenzó a agitar su bastón de nuevo, esta vez con una fiereza peculiar. El príncipe sabía que había que hacer algo. Pero intentó el camino a seguir, y no mostró buenas esperanzas. ¿Atrás? ¿Escapar? Entonces simplemente serán asesinados por la espalda. O el visir inventará otra cosa.

Los guerreros de arena detrás de Amar se fundieron en una sola masa, como una nube que se cierne sobre él. Parecía que sus ojos estaban lanzando relámpagos y pronto este elemento los golpearía.

"¡Y no esperes que puedas hacerlo de nuevo!" —le gritó Amar a Fare—.

Una nube aterradora ocultaba la mitad del cielo, cubría la torre y estaba a punto de ocultarles la luz del sol.

Pero de repente, algo salió mal. En lugar de crecer, la tormenta comenzó a amainar. Los ojos del visir brillaron de rabia e incomprensión.

–¡¿Cómo?! ¡Esto no puede ser! —rugió—.

Golpeó las piedras con su bastón y apuntó la cabeza de la serpiente en su extremo en dirección a Fará. Inmediatamente después de eso, un arroyo de arena corrió hacia ella, pero saltando hacia un lado, la niña escapó de una muerte inminente.

En el segundo siguiente, se escuchó un rugido extraño, y desde algún lugar de abajo, rompiendo la pared ya destruida, saltó una criatura, casi el doble del tamaño de cada una de las personas. Había piedras y escombros esparcidos por todas partes, uno de los cuales casi golpea al Príncipe. Varios otros volaron hacia el visir, pero se convirtieron en polvo antes de que pudieran acercarse a él. A diferencia de los demás, Amar no estaba asustado, sino que, por el contrario, sonreía misteriosamente. Una terrible conjetura vino a la cabeza del Príncipe, que fue confirmada en un segundo:

"¡Prepárate para la muerte, Príncipe!" ¡Él vino por ti!

Frente al Príncipe había un monstruo alto que se parecía al físico de un hombre, pero su piel era negra y como quemada, cortada con patrones extraños, y largos tentáculos eran visibles desde detrás de su espalda.

Aterrorizado, el Príncipe comenzó a retroceder lentamente. Pero en lugar de correr hacia él, la extraña bestia se detuvo.

"¡No tendré que pasar mucho tiempo contigo!" ¡Dahaka sabe lo que hace! —dijo Amar y rió a carcajadas mientras empezaba a recoger de nuevo la nube de arena sobre su cabeza—.

Pero sus planes no estaban destinados a hacerse realidad. La bestia no se movió hacia el Príncipe, sino que dejó escapar un rugido aterrador, emitiendo un destello blanco deslumbrante que calmó instantáneamente la tormenta creada por el visir. Esta vez la confianza en su mirada se desvaneció.

"¡No puede ser! pensó para sí mismo. "¡No entiendo!"

Amar no podía encontrar ninguna explicación a lo que estaba sucediendo. La bestia, rugiendo aún más fuerte, se acercó a él. Sus largos tentáculos estaban por todas partes: cualquiera que fuera golpeado por un golpe así podía ser fácilmente cortado en dos.

Bloques de piedra volaron hacia el visir uno tras otro, obligándolo a agitar su bastón cada segundo, protegiéndose de los golpes, y retirarse. Tenía los ojos muy abiertos y las pupilas moviéndose nerviosamente de un lado a otro. Cualquiera de sus intentos de atacar fue anulado por la embestida del monstruo.

Inflamada por la batalla, la bestia comenzó a desprenderse de la muralla. En sus acciones, no solo era visible un ataque, sino que destruyó deliberadamente el muro. Y finalmente, después de varios golpes poderosos del extraño monstruo, la pared de este lugar se derrumbó, no llegó al suelo y debajo se podía ver el camino, cubierto de escombros.

El camino a la torre estaba cortado: el agujero en la pared se hizo demasiado grande en unos segundos.

–¡Correr! —gritó Essen—. No había pánico en su voz. Se le ocurrió algo. Aunque era realmente peligroso quedarse allí: en cualquier momento, la bestia podía abalanzarse sobre ellos. "¡Conozco otro camino!"

El príncipe y Farah lo escucharon y corrieron tras él. Mientras tanto, el monstruo, ahuyentando al visir, corrió tras ellos, superando la enorme brecha con un salto gigante, aterrizando pesadamente en el otro lado: el sonido se asemejaba al tintineo del metal.

Essen, al oírle, se detuvo y se dio la vuelta. Al ver que la bestia estaba de este lado y los perseguía, corrió de nuevo detrás del Príncipe y Farah.

Pero Dahaka, después de cubrir una corta distancia, se detuvo. Se detuvo, pero no se calmó. Levantando sus enormes puños al cielo, desató un golpe de fuerza colosal, que casi derriba a los que huían e hizo temblar el suelo. El muro comenzó a derrumbarse, derrumbándose en bloques enteros. Incluso el príncipe, Essen y Farah, que huyeron con todas sus fuerzas, no tuvieron tiempo de caer. Especialmente Essen, que corrió detrás.

Dahaka se volvió hacia Amar de nuevo, pero él ya había desaparecido, sabía que no podía hacer frente a tal poder como el que poseía la bestia.

Si alguien lo mirara ahora, vería que saltó de la pared y se movió hacia algún lugar en una dirección incomprensible.

El Príncipe Corredor sintió que los pensamientos en su cabeza explotaban con una fuerza terrible. Perdió los hilos de lo que estaba pasando: dejó de obedecer a cualquier ley. Esa bestia, Dahaka, se suponía que debía matarlo, pero... Pero, ¿por qué no lo hizo? ¿Por qué no sucedió lo que dijo el visir? ¿Por qué el monstruo atacó a Amar en primer lugar, salvándolos?

Pero la velocidad de correr, los terribles sonidos detrás de él y las inhalaciones y exhalaciones bruscas lo obstaculizaban, y constantemente se perdía en su camino, y luego se dejaba llevar más por el miedo. Incomprensible, inexplicable, pero tenía una imagen completamente clara.

Pronto el Príncipe y Farah llegaron a lo que pensaron que era un lugar seguro donde el muro no se derrumbaría. El príncipe se volvió y en un instante se dio cuenta de que no había nadie detrás de él, y Essen estaba corriendo sobre la roca que caía y estaba a punto de caer con ella.

–¡Rápido! —le gritó—.

Essen, ya consciente de lo que estaba ocurriendo, corrió hacia adelante aún más rápido, exprimiendo el resto de sus fuerzas. Casi llegando a su objetivo, sintió que el suelo se deslizaba bajo sus pies cada vez más rápido. Gritando desesperadamente, saltó hacia adelante ...

Volvió en sí solo cuando sintió que algo lo levantaba. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que se aferraba a la mano del Príncipe, que lo arrastraba por la cornisa con todas sus fuerzas, sin dejarlo caer. Essen alzó la otra mano, aferrándose al borde, y, aferrándose a los bultos con los pies, comenzó a subir rápidamente. Unos momentos brumosos, no completamente realizados, de la lucha por la vida, y ahora ya está acostado boca abajo sobre las piedras, salvado de caer. Girándose de espaldas, porque le costaba respirar, vio al Príncipe y a Farah. El príncipe seguía sosteniendo su mano. Lo salvó de nuevo, pero esta vez Essen lo sabía. Y agarrándose más fuertemente el brazo, se levantó, diciendo:

–Gracias. ¡Pero esto no cambia nada!

"¡Tenemos que llegar a la torre lo antes posible!" Guíanos hacia el otro lado, ¡cada segundo cuenta ahora! -dijo el Príncipe-. Este era el caso antes, pero ahora la situación se ha vuelto aún más aterradora.

—Vámonos —dijo Essen—. —Tenemos que ir a esa torre de allí —señaló a la más cercana—, ¡bajad por ella y nos encontraremos en el segundo camino hacia la Torre del Amanecer! ¡Adelante!

Con paso enérgico, Farah y el Príncipe los siguieron. El príncipe tuvo tiempo de pensar de nuevo. Resultó que no todo estaba bajo el

control del visir aquí. Este monstruo obedece a algo aún más elevado. O nada en absoluto y elige qué hacer. Pero, ¿y si los atacaba la próxima vez? Era simplemente imposible hacer frente a tal poder, incluso si Amar se asustaba y huía. ¿Pero resultó que la bestia los salvó? ¿Por qué lo haría si tuviera que matar al Príncipe? Esta vez el príncipe no dudó de la veracidad de las palabras del visir, aunque contradijeran la realidad.

—¿A qué se refería cuando dijo que esta daga controla el tiempo? —preguntó Essen, sin aliento.

-Es verdad, todavía me sorprende. Basta con imaginar algo del pasado y te transportas a ello. Si fue hace unos segundos, los revives, si fue hace mucho tiempo, entonces simplemente recuerdas cualquier cosa, incluso si ya has olvidado algo", respondió el Príncipe.

"Y estos trucos con el sol, ¿puede una daga hacer eso?" La voz de Essen sonaba no solo sorprendida, sino también interesada.

—No, sólo hace retroceder el tiempo y en tramos muy pequeños —respondió el príncipe, pensando que acababa de salvar la vida de Essen, y ni siquiera se dio cuenta. Y, probablemente, para bien. Nadie se dio cuenta, solo la mirada del visir era de alguna manera sospechosa. Solo el que tiene la daga en sus manos se da cuenta de lo que está sucediendo.

Farah caminó en silencio. Su mirada era asustada y distante al mismo tiempo. ¿En qué estaba pensando? ¿Sobre el pasado que perdió? Seguramente ella quería darle la vuelta a todo, tal como lo había descrito el Príncipe, para que todo encajara, y así poner fin a todo este caos. Si llegan al Reloj, estas criaturas desaparecerán y Amar no será más peligroso que un humano ordinario, perdiendo su poder y conexión con las Arenas. No estaba segura de ello, era solo su suposición, pero lo deseaba sinceramente. Y esperaba que el Príncipe pudiera ayudarla con esto. Había visto más de una vez que no podía derrotar sola al visir.

El Príncipe pensó lo mismo: ¿qué pasaría después cuando alcanzaran su objetivo? Estaba obsesionado por un pensamiento demasiado audaz que se basaba en una simple creencia en lo mejor. ¿Quizás el Reloj debería ser destruido junto con las Arenas en su interior? ¿Pero cómo? Lo único que le parecía posible era esconderlos de la gente de una vez por todas, por ejemplo, enterrarlos en el fondo del mar. Esta idea entusiasmó al Príncipe de alguna manera, ya que le parecía bastante fácil de implementar.

—¿Qué pasará cuando lleguemos a la torre? —preguntó Essen de repente, como si hubiera adivinado el estado de ánimo general. "Entiendo que de alguna manera necesitamos devolver estas Arenas dentro del Reloj, pero ¿cómo exactamente?"

"No lo sé exactamente. Pero no creo que sea tan difícil, ya que el visir le tiene mucho miedo. Tiene miedo de la daga que tengo en mis

manos y quiere cogerla", dijo el príncipe. "Hizo todo lo posible para advertirme que no intentara hacerlo por mi cuenta. ¡Así que eso es exactamente lo que debería hacer!

—¿Y si es una trampa? —respondió Essen, alzando la voz—. —¿Y si lo empeoras?

Al principio, el príncipe no supo qué responder. Essen expresó en voz alta sus mayores temores. Sus palabras fueron en muchos aspectos similares a las advertencias del visir y, por lo tanto, se hicieron aún más obvias.

«¿Y si todo sale realmente mal?», pensó el príncipe.

"Pero no tenemos otra opción, ¿qué más podemos hacer?" Mejor intentarlo que esperar a que uno de los monstruos nos mate", finalmente se encontró al Príncipe. —¿Y por qué el visir iba a mover el reloj a lo alto de la torre cuando era posible acabar con todo en la sala del trono?

—Tiene razón —dijo Farah—. "No tenemos otro camino.

Esta vez Essen reflexionó. ¿De qué sirve si dudan y buscan otra cosa que pueda arreglarlo todo? Tenemos que aprovechar esta oportunidad, aunque sea dudosa. Aunque una vez más no le gustaba estar de acuerdo con el Príncipe, todavía se esforzó por salir de sí mismo:

"Está bien, vamos".

Lo único que no entendía era ¿por qué el visir no envió más monstruos para obtener la daga por la fuerza? El príncipe nunca podrá hacer frente a cien monstruos. E incluso los tres no pueden hacer frente. Esto significa que el visir tenía algún tipo de debilidad. Por ejemplo, este monstruo, Dahaka, no obedeció a Amar. Seguramente tenía miedo de perder el control de todo y actuaba con cautela. Era mucho mejor en el engaño y la intimidación que en la fuerza bruta. Esta conclusión tranquilizó a Essen. Y Farah y el Príncipe simplemente no entienden lo afortunados que son con el enemigo. Y el Príncipe, en general, parece pensar que puede hacer cualquier cosa. Aunque valía la pena admitir que entrar en una pelea abierta con el Príncipe era una idea peligrosa. Es un oponente fuerte.

Mientras tanto, el príncipe reflexionaba sobre lo que debía hacer cuando llegaran a la tesorería. Si la daga podía manipular el tiempo absorbiendo arena, entonces tal vez combinándola con el reloj, con sus vastas reservas de arena, podría retroceder en el tiempo tanto como quisiera. Pero, ¿dónde está el punto en el que todo salió mal? ¿Tendrá el Reloj suficiente poder para llevarse a Farah con él?

Mientras tanto, habían bajado las escaleras hasta el nivel inferior y se dirigían hacia un pequeño puente que conducía a la torre de la que Essen había hablado. El centro del puente era de madera y se elevaba con cuerdas, probablemente en caso de un ataque para evitar el enemigo.

De repente, en algún lugar frente a ellos, se escuchó el sonido de cascos. Cualquier sonido extraño no auguraba nada bueno ahora. Después de eso, hubo un relincho, pero de alguna manera fue vil, penetrante.

–¡Correr! ¡Rápido! —gritó el príncipe, agitando la mano hacia el puente—.

En ese momento saltaron a su encuentro tres jinetes a caballo, dos con alabardas con bayonetas afiladas en el extremo, y un arquero, que ya les apuntaba. Los caballos en los que se sentaban eran aterradores por su propia apariencia: ojos amarillos y depredadores, fosas nasales humeantes, un poder increíble en cada movimiento.

"¡Corta la cuerda del otro lado!" —gritó Essen al príncipe mientras corría—.

La parte de madera del puente se elevó y no hubo tiempo de bajarla con palancas. Y si lograban llegar a la torre, tendrían la oportunidad de escapar.

Desenvainando su espada, el Príncipe golpeó la cuerda mientras corría, haciendo que el puente de madera crujiera con fuerza. Un momento después, Essen cortó el segundo, y el puente se derrumbó, lanzando nubes de polvo al aire y golpeando la piedra con fuerza.

Los tres corrieron a tope, pero los pilotos fueron más rápidos. Al ver la sombra que se acercaba, el Príncipe trató de saltar hacia un lado, mirando hacia atrás, pero de repente tropezó: uno de los tablones se dobló sin éxito por la caída. La daga que sostenía en la mano salió volando y, golpeando contra la piedra, siguió rodando, no lejos de la entrada de la torre.

Cayendo boca abajo, el Príncipe se dio la vuelta. Al mismo tiempo, vio que un caballo se cernía sobre él, que lo habría pisoteado en un segundo, y un arquero que, después de los primeros disparos fallidos, volvía a apuntar a Essen. Corrió en línea recta y no fue difícil golpearlo. Mientras el Príncipe rodaba hacia un lado y esquivaba el impacto de sus pezuñas, vio dos flechas pesadas volar detrás de Essen y atravesarlo. Dio unos pasos más y se desplomó en el suelo, gritando de dolor. El príncipe se estremeció: había visto muchas muertes, pero una cosa era matar a un enemigo y otra ver la muerte... Otro. O al menos un aliado. A pesar de toda su ira y arrogancia.

Pero de repente sucedió algo que bruscamente hizo que el Príncipe volviera su atención hacia sí mismo. No se dio cuenta de cómo rodó hasta el borde de las tablas y casi se cae. En el último momento, logró aferrarse al borde con la mano. Pero era imposible permanecer en ese estado durante mucho tiempo. En un momento, habría sido derribado. Levantando la otra mano, se levantó, se apoyó en una pierna y saltó hacia un lado, agarrando la cuerda que acababa

de cortar en el aire. Volándolo por debajo del puente, agarró una de las repisas del pilar de piedra del puente. Lo escaló rápidamente, y pronto llegó a la cima. Colocando ambas manos en la barandilla de piedra y apoyando los pies, el príncipe dio un brusco tirón y se balanceó sobre ellos. La daga yacía a sus pies, pero antes de que pudiera agacharse para alcanzarla, uno de los jinetes reapareció frente a él con su alabarda levantada para golpear. El príncipe corrió hacia atrás y de repente escuchó el silbido de una flecha. Pero no voló hacia él, sino que pasó por detrás de él. Se dio la vuelta y vio que Farah estaba disparando.

"¡Está viva!", pasó alegremente por su cabeza.

Al darse la vuelta, vio que el jinete se había caído de su caballo y, como muchos de sus enemigos a los que había matado antes, se estaba derritiendo en el aire. Eligiendo entre la oportunidad de huir y luchar, el Príncipe eligió lo último: la suerte lo llevó a la batalla. Agarró su daga, luego recogió el arma del jinete del suelo y saltó sobre su caballo. Girándola bruscamente, el Príncipe corrió hacia el arquero. Ya tenía una flecha preparada. El príncipe se zambulló rápidamente, exponiendo su montura al disparo. Después de golpear, el infortunado animal soltó un grito y comenzó a caer, justo debajo de los cascos del caballo del arquero. Al no estar lejos del borde, cayó, y el Príncipe, que dio otra carrera y saltó sobre el lomo del segundo caballo, ya estaba listo para hacer frente al tercer enemigo. El príncipe se apartó con todas sus fuerzas y saltó sobre el jinete, tirándolo al suelo. Su caballo siguió corriendo y desapareció en alguna parte.

Farah disparó otra flecha, pero pasó silbando por las cabezas del Príncipe y del monstruo que el Príncipe ya había derribado. Le gritó a Farah:

"¡Me encargaré yo mismo!"

E inmediatamente fue arrojado al límite. Apenas aferrándose a él, el Príncipe retrocedió instantáneamente, pero su mirada logró captar la altura debajo de él, realmente asustándolo y acercándolo a la realidad: podía romper fácilmente cualquier acción precipitada. Y tan pronto como tuvo tiempo de sentir el firmamento bajo sus pies, vio que la punta volaba hacia él, centelleando mortalmente al sol. El príncipe se agachó bruscamente y luego agarró su alabarda. Voló con tal fuerza que fácilmente lo arrojó del suelo. Aprovechándose de esto y de la confusión que surgió del enemigo, se elevó en el aire y cayó encima de él, clavándole la daga en la espalda.

El monstruo se retiró del golpe. En un instante de la caída, el Príncipe saltó sobre el enemigo ya moribundo, empujándolo con fuerza con ambas piernas más cerca del borde. Cayó y, al no llegar al suelo, se mezcló con el aire.

El príncipe, incapaz de controlarse, cayó, en lugar de ponerse en pie, como había esperado. Después de eso, inmediatamente saltó, como si esperara más ataques. Pero no había nadie más que él y Farah. Y el muerto Essen. Recordando lo que había sucedido un momento antes, sintió una oleada de ira: quería venganza. El príncipe había salvado a Essen tres veces, pero ahora no podía. Se sentía culpable e impotente para cambiar nada. Casi como entonces, con su padre.

Farah lo vio todo. Y el cuadro completo de la batalla. Vi morir a Essen. ¿Qué tenía en la cabeza? Seguro que hay tanto dolor, si no más. Ella también recordaba las palabras de advertencia del visir, y le parecía que comenzaban a cumplirse: ya no ocurrían accidentes felices. Por lo tanto, Farah temía terriblemente por el Príncipe. Cuando desapareció de su vista por primera vez, su corazón se congeló: decidió que había caído. Y este pensamiento le causaba un dolor aún mayor, incomprensible para ella misma. Y cada vez que el príncipe estaba a un paso de la muerte, Farah gritaba, en parte porque no podía ayudarlo. El príncipe había demostrado con sus hechos que merecía su confianza. Él la salvó, salvó a Essen. No tuvo tiempo de entender a Essen ni de encariñarse con él. Pero el príncipe se convirtió en algo especial para la joven Farah en solo un día. Era un sentimiento nuevo para ella, amargo y dulce al mismo tiempo. No entendía muy bien cómo sucedía esto y si era posible en otras circunstancias. La arena era la causa de su dolor y la razón de su conocimiento. Lo cambia todo mucho. ¿Quizás también agudiza los sentidos? Y entienden las palabras del otro tan fácilmente, ¿es posible?

Mientras tanto, el Príncipe sucumbió a la desesperación aún más. Apretó la daga con fuerza y concentró su mente en su fuerza, en la pelea reciente, tratando de hacer lo imposible. Cuando cerró los ojos, era como si pudiera ver toda la arena a su alrededor. Quería agarrar cada mota para recoger más arena y recuperar al menos un par de minutos de tiempo. Ahora sentía el poder de la daga e incluso pensó que podía dominar la misma magia que el visir. Le pareció ver arroyos de arena que corrían hacia la daga. Pero no todo salió como esperaba, y la desesperación oscureció su visión durante demasiado tiempo, hasta que fue demasiado tarde. Una nube de arena comenzó a formarse a su alrededor. Exactamente igual a aquella en la que se había sumergido mientras paseaba por el balcón junto a la sala del trono. El mismo en el que permaneció su sueño misterioso y su curación milagrosa e inusitada. Pero ahora sabía lo suficiente sobre la traición de las Arenas y del visir (¿y si lo hubiera arreglado?) que trató de liberarse de la niebla que lo envolvía. Pero ya era demasiado tarde.

La nube se encendió bruscamente y aumentó de tamaño. Farah gritó algo emocionado, pero el Príncipe ya estaba consumido por la familiar (pero ahora desagradable) sensación de que la conciencia se disolvía y todo a su alrededor desaparecía, por lo que no escuchó. Y no podía hacer nada, no sabía cómo liberarse de esos grilletes.

Farah vio a Sand lanzar al Príncipe por los aires, boca abajo. Mientras extendía los brazos hacia los lados, Sand parecía trepar dentro de él por la boca, la nariz y los ojos. Al mismo tiempo, la arena se volvió cada vez menos y el Príncipe descendió suavemente al suelo. Estaba inconsciente.

El príncipe se sumergió en el abismo de extrañas visiones. Pero, esta vez, eran diferentes. Más claro y comprensible. Se veía a sí mismo y a Farah en ellos, lo veía todo como desde fuera. Vi todas las miradas de ira de Farah y la forma en que robaba miradas a la daga. Entonces su mirada se desplazó hacia el futuro, donde vio su muerte o a sí mismo, yaciendo inconsciente. Y Farah, que se acercó sin lugar a dudas y cogió el puñal. Después de eso, la oscuridad se espesó y no pudo ver nada más, solo sintió que no podía salir de este abismo por su cuenta. Como si estuviera vivo, pero atrapado para siempre en esta oscuridad.

Cuando el príncipe despertó, se sintió de alguna manera amargado y engañado. Todo fue en vano. Pero después de otro segundo, de repente se dio cuenta de que su cabeza estaba en el regazo de Farah. Sintió el calor de su mano acariciando su cabello.

"Por favor, no me dejes, mi amor. Por favor, no me abandones, ahora... —susurró Farah, conteniendo a duras penas las lágrimas. Todo este tiempo permaneció con él, sin cerrar los ojos. Llegó la noche, las primeras estrellas se iluminaron en el cielo.

El príncipe se quedó estupefacto. Abrió los ojos, se volvió, levantó ligeramente la cabeza y, sin estar muy seguro de lo que había oído, preguntó:

—¿Cómo me llamaste?

Capítulo 19. Plan

Amar se paseó por la habitación de esquina a esquina, pensando con rabia en todo lo que había sucedido. Buscaba, si no explicaciones, al menos una forma de salir de la situación. El brillante plan se desmoronaba ante nuestros ojos. Se desmoronó como un castillo de naipes. Todo salió mal desde el principio. No tuvo tiempo de tomar posesión de la daga a tiempo. El príncipe llegó a él primero, y eso arruinó todos los planes. Amar había estado enfermo durante mucho tiempo y anhelaba la daga. Él debía ayudarlo a sanar. Las arenas tenían un poder tremendo, eran poderosas. Leyó el diario de Namtar de arriba abajo. Conocía sus capacidades, sus fortalezas y debilidades. Pero Amar no tenía daga.

Al principio, no todo fue tan malo. Se las arregló para engañar al Príncipe para que abriera las Arenas, liberándolos de su encarcelamiento en un enorme reloj. Esta fue una gran venganza contra Shahraman por romper su palabra.

El bastón que trajo de la Isla también podía controlar las Arenas. Con eso bastaba. Sand obedeció. Escuché su voluntad tal como estaba descrita en el diario. Y la arena le dio fuerzas. Sus años de tos habían desaparecido y su fuerza volvió a empapar su cuerpo. La magia antigua funcionó. Pero luego los fracasos se sucedieron uno tras otro. Se encontró con el príncipe y trató de convencerlo de que le diera la daga. Inventó una historia maravillosa sobre el indio Maharaj, que fue enloquecido por las Arenas del Tiempo y estaba listo para desatar su ira sobre el mundo entero. Hábilmente ganó al príncipe a su lado. La arena ayudó al visir, y el príncipe era fácilmente sugestionable en ese momento: su mente estaba dañada por las arenas, lo infectaban por dentro. Estaba claro que estaba luchando, porque no se había convertido en un monstruo de arena. Tal vez la daga lo estaba protegiendo, o tal vez algo más. Pero entonces ocurrió el primer error de cálculo. Su fuerza no fue suficiente, y Amar se traicionó a sí mismo y a sus planes. Y algo andaba mal con el Príncipe. ¿De dónde tenía tanta fuerza para dudar? Y cuando estos pájaros desafortunados volaron hacia la sala, ya era difícil explicar nada. Bueno, al menos esconder el Reloj aquí en la Torre del Alba fue una gran idea.

Y entonces el Príncipe encontró a esta chica mala en alguna parte. Cómo la odió todo este tiempo. ¡Y su padre! Órdenes constantes, ni un solo día tranquilo para un viejo enfermo. Pero todo resultó ser aún peor: ¡ella podía competir con su poder! Fue capaz de detener una tormenta de arena en el desierto, aunque no parecía darse cuenta en ese momento. ¿Qué tipo de poder reside en él? ¿Es consciente de ello ahora? Seguramente, si fuera capaz de hacerlo de

nuevo. Quizás ella sea incluso más peligrosa que el Príncipe. ¡El toque del bastón sobre ella incluso lo debilitó temporalmente!

El visir se sintió atrapado. Prácticamente en prisión, de la que es imposible salir. ¿Quizás se le escapó algo importante? ¿Algún detalle en la agenda que cambie mucho? Había algunas páginas en blanco más al final, pero ¿qué puedes encontrar en las páginas en blanco? Quería volver a estudiar el libro, pero de repente descubrió que faltaba. Otro fracaso. La ira impotente se apoderó de Amar, agarró su bastón con más fuerza que de costumbre, pero parecía ser bueno solo para las diversiones más inofensivas, como desaparecer o mover el sol por el cielo. Incluso para controlar adecuadamente al ejército de soldados de arena, la fuerza del personal no era suficiente. Pequeños destacamentos le obedecieron, pero bastó con convocar al menos a un par de docenas de monstruos, y todo salió mal. Desaparecieron sin permiso o hicieron lo que quisieron. Si hubiera aflojado un poco su agarre, lo habrían atacado. Las arenas no reconocieron al dueño del bastón como su amo. El visir solo podía engañar con su ayuda. Para engañar, para intimidar, y nada más. Por ejemplo, cuando conoció al Príncipe, Farah, y quién sabe quién más (¿cómo sobrevivió sin convertirse en un monstruo?), el ejército de monstruos detrás de él era solo una ilusión, como si el visir fuera solo un mago callejero entreteniendo a los transeúntes. Y el Príncipe también fue capaz de derrotar a esos pájaros. Se necesitaba algo más fuerte, más efectivo. Pero no tenía suficiente poder sobre las Arenas. Y, como decía una de las anotaciones del diario, el dueño de la daga podía volver el poder del atacante en su contra. Y entonces el visir no habría dado abasto. Este hecho sobre Peski y la daga era un poco dudoso, extraño, pero indirectamente se confirmó. En cualquier caso, el visir no quería probarlo en su propia piel.

Su mayor esperanza en ese momento era Dahaka. En el diario, al parecer, no se dijo casi nada sobre él (por supuesto, ¡Namtar era tan cuidadoso con las Arenas!). Pero otros libros han contado lo suficiente al respecto. Y las escasas migajas de conocimiento que pudo sacar de las Arenas confirmaron todo lo que había leído. Decidir dejar que las Arenas salieran del Reloj por su cuenta era un negocio arriesgado. Esto se castiga con la muerte. Y Amar lo sabía muy bien. Dahaka, el guardián del tiempo, siempre viene por aquellos que interfieren con el paso del tiempo y los destruyen. Se retira del flujo y restablece el curso correcto de la rueda del tiempo. Y fue un gran golpe de suerte que el Príncipe liberara las Arenas en persona. A pesar de todos los demás contratiempos, el visir solo podía esperar a que Dahaka viniera a por el príncipe.

Pero fue con Dahaka con quien se asoció su principal decepción. ¿Por qué falló esta gran potencia miles de años después? Esto es imposible, no pierde su fuerza, es inmortal, está fuera del tiempo.

Dahaka no conoce la misericordia, la piedad y la compasión. Solo hace lo que se supone que debe hacer. Un flujo de tiempo de una hora y un duro verdugo para los infractores. No le importa quién tenga la daga, no la controla de ninguna manera. Pero, ¿qué le impidió atacar al Príncipe? Además, Dahaka dirigió su fuerza contra el visir, aunque él mismo no afirmó ser el violador. No hizo ni la mitad de lo que estaba en las enseñanzas de Namtar. ¿Esta chica realmente tiene una fuerza tan increíble? Amar no podía entenderlo. Estaba realmente asustado por todo esto. Y ahora que el Príncipe está vivo, la daga todavía está en su poder. Y Farah está con él, están claramente en la misma página, pase lo que pase. Y Dahaka, al parecer, no los amenaza en lo más mínimo.

Empujado a un callejón sin salida, ¡perdió! Pronto todo terminará y no de la mejor manera para él. Todos sus engaños parecen haber sido expuestos. Como si no fuera él quien leyera la mente del Príncipe, sino al revés. ¿Qué tan poderosa es esta daga? Parece que este joven ya ha aprendido su capacidad para gestionar el tiempo. ¿Y si va más allá? O esta chica, ¿qué pasa si se vuelve aún más fuerte? ¿Tanto es así que no solo podrá detener su magia, sino también aprender a volverla en su contra?

El visir hizo las mismas preguntas y no pudo encontrar un lugar para sí mismo. Era necesario hacer algo, idear un nuevo plan de contraataque. ¿Y si estos dos no fueran tan fuertes por separado? Pero, ¿cómo pueden separarse si están unidos frente al enemigo, pase lo que pase? La propia impotencia de Amar lo enfureció desesperadamente. Sintió que su cuerpo se debilitaba de nuevo, las ganas de toser: la enfermedad lo perseguía implacablemente y debilitaba aún más su ya modesto poder sobre las Arenas.

¿Por qué no pudo ser sanado? Después de todo, Namtar, según los registros, estaba sano la primera mañana después de conocer a los Sands. ¿Quizás hizo algo especial? ¿Qué guardó en silencio en su diario? ¿O simplemente tiene suerte? ¡Pero las entradas posteriores refutan esto! Todos los mitad humanos, mitad monstruos que se crearon en la Isla ganaron diez veces más fuerza y se distinguieron por su buena salud, aunque dieron parte de su alma a las Arenas. ¿Quizás ese es el punto? Pero, ¿cómo es esto posible? ¿Y cómo lo hizo el propio Namtar?

Y de nuevo el visir no encontró respuestas. Las arenas lo traicionaron. Sus esperanzas se vieron defraudadas. La daga que lo había llamado por la noche y le había susurrado sobre las Arenas había olvidado mencionar que sin ella, las Arenas no revelarían su poder.

Y, sin embargo, tiene que hacer algo. Intenta, al menos con un simple engaño, detener al Príncipe y a Farah. Claramente se dirigían hacia la torre y parecían saber qué hacer. Necesita tratar de

defender la torre. Creará una enorme esfera de arena alrededor de su parte superior. Una barrera infranqueable que levantará tratando de concentrarse lo más posible en el poder del bastón. ¿Quizás no fue lo suficientemente diligente? ¿Era torpe e irrespetuoso con gran poder? Esta vez no tendrá prisa y no se dispersará por nimiedades. Excepto que hay una cosa más que terminar antes de eso: separar al Príncipe y Farah. Sembrar miedo en sus corazones, confundirlos, no era suficiente. Estaban demasiado ansiosos de venganza.

Y entonces le llegó al visir una idea. Un plan se formó en su cabeza. Uno simple, como el que usó al principio, obligando al Príncipe a abrir el Reloj de Arena. El visir sabía que la arena deja cambios irreversibles en una persona. Una especie de abismo en su alma. Y sólo tiene que empujar al Príncipe a este abismo.

Lo único que realmente funcionaba, sobre lo que el visir tenía poder, eran las copas. Namtar era realmente un genio, aunque no parecía apreciar lo suficiente sus logros. Estudió a Peski durante mucho tiempo y, con pasión, penetró en tales secretos que un visir sin diario difícilmente podría conocer. A través de ellos, podía ver partes lejanas del palacio e influir en sus sirvientes. De verdad, y no como resultó con el visir con los monstruos de arena. A través de los cuencos, incluso era posible controlar el grado en que las arenas penetraban en una persona. Y por lo tanto, después de la transformación, pudo controlar a este mitad humano, mitad monstruo. Incluso esos monstruos que estaban por ahí ahora escuchaban a Amar cuando estaban cerca de esta copa. ¡Se aprovecharía de esto y atraería al Príncipe a una trampa! Su mente nublada lo pondrá en contra de Farah. La desconfianza y la sospecha se centuplicarán, las visiones convertirán su imagen en un enemigo y él la matará con sus propias manos. Esto debería derribar tanto al Príncipe que, enfurecido, perderá la cabeza y caerá en el abismo. Conviértete en uno de los monstruos o algo así. La arena se lo tragará por dentro, avivando en él la desesperación, la ira y el miedo. Y nada lo detendrá, ni siquiera su tacto. Todo lo que queda es tomar la daga.

El visir estaba especialmente complacido de que la copa hiciera todo esto por sí sola. Su plan era extremadamente simple y elegante. El reflejo que muestra la copa fluye hacia el mundo real y devora a una persona. El visir solo necesita atraer al Príncipe, llamarlo más cerca del cáliz, aprovechando la oscuridad, el rastro que las Arenas dejaron en el alma del Príncipe. Y, tal vez, todo suceda como él quiere. ¡Tiene que suceder! Incluso si Farah escapa y escapa, al menos estarán separados. Y puede arreglárselas solo. Y fácilmente le quitará la daga. Estaría demasiado asustada para oponer una resistencia seria.

El visir sonrió dulcemente y comenzó a pensar cuidadosamente en los detalles de su nuevo y saludable plan. Pero qué hacer cuando la daga cayó en sus manos, lo había pensado durante mucho tiempo y lo sabía muy bien. Nunca había estado tan decidido como ahora. Y no se detendrá ante nada.

Capítulo 20. Negro

Farah respondió con silencio y una mirada penetrante, no exenta de la timidez que estaba tan grabada en la memoria del príncipe. Al ver esa mirada de nuevo, aún más sensual y tierna, se sintió mareado.

"¡No importa!" ¡Tú no tienes la culpa de nada! Has hecho todo lo que podías. ¿Estás bien? ¡Intenta levantarte! Farah trató de hacer que el príncipe volviera a sus cabales. —¿Qué pasó? ¿Has visto algo?

El príncipe, al oír las palabras flotar junto a él en un vago eco, hizo un esfuerzo y finalmente se levantó.

—No me acuerdo de nada —dijo el príncipe, luchando con pensamientos sombríos y disipando todas las dudas—.

—Estoy tan cansada —dijo Farah, cambiando de tema—. "Por favor, dame al menos un par de horas". Intentaré dormir. Y tú me proteges, ¿vale?

El príncipe quería responder algo, incluso tuvo una idea como "¿Descansar? ¿Ahora mismo? ¿A un par de pasos de la portería?", pero entendió que Farah realmente lo estaba pasando mal. Bueno, tendrá un poco más de tiempo para reflexionar sobre lo que vio en su visión. Él mismo no quería dormir, su cuerpo descansaba mientras él estaba inconsciente. Y nada podía ayudar a su mente, excepto una cosa. Ahora miraba a la muchacha dormitada y pensaba en lo que había dicho.

Se dio cuenta de que, sin saberlo, se había encariñado con Pharah. Él era responsable de su vida, y eso le ayudó. Pasaron por muchas dificultades, abriéndose camino uno al lado del otro a través del palacio hasta la torre. Essen también estaba cerca, pero siempre estaba insatisfecho, amargado y de ninguna manera dispuesto a comunicarse. Y aunque Farah también parecía arrogante y de carácter a veces, lo tomó como un desafío. Pero a pesar de todo, seguía siendo una niña casi indefensa y asustada que necesitaba apoyo. Ahora el príncipe pensaba: "Podría casarme con ella. ¡Ella también es de sangre real!" En este asunto, razonaba como un niño, aunque sus sentimientos eran genuinos.

Por un segundo, al Príncipe le pareció que todo a su alrededor se estaba derritiendo y un maravilloso jardín apareció a su alrededor, todo se inundó con la suave luz plateada de la luna llena. Y él y Farah caminan tranquilamente entre este esplendor, en silencio, intercambiando miradas de vez en cuando. Incluso Peski y el visir dejaron de ser tan importantes. Con toda claridad, el Príncipe sintió que su corazón latía salvajemente.

Con gran reticencia, recordó que la realidad no se parecía en nada a su visión, que el visir no se rendiría y volvería. Me pregunto dónde se esconde el resto del tiempo. Y que ahora tenían la

oportunidad de enfrentarse al Dahaka a cada paso que daban el paso: este encuentro significaba una muerte segura.

Pero juntos encontraron algo que les dio al menos algo de confianza, apoyo bajo sus pies. Se encontraron. Y ahora no querrían perder nunca. Pero es poco probable que el visir se retire sin más. Ahora solo tendrá cuidado y no vendrá él mismo, pero tiene todo un ejército de monstruos en su poder que encontrarán y matarán a cualquiera. Si el Príncipe puede manejar un diez, entonces enviará cien. Y tal vez más de uno. Solo una pregunta no podía ser respondida: ¿por qué Amar no lo había hecho todavía?

Los pensamientos sobre el visir despertaron en él la ira. Ni siquiera la presencia de Farah lo ablandó. La ira, mezclada con las sospechas de su visión, nubló su mente como las nubes cubrieron todo el cielo esa noche, haciéndolo increíblemente oscuro.

***

Sin saber exactamente cuánto tiempo había pasado, el príncipe decidió despertar a Farah.

"Tenemos que irnos", dijo.

Farah se levantó y se acercó a la ventana más cercana. Todavía faltaba mucho para el amanecer, pero las nubes se habían despejado un poco, las estrellas ya se estaban desvaneciendo y el cielo se había aclarado ligeramente. El sueño no le ayudaba mucho, pero se le hacía más fácil caminar.

"Tenía miedo de que no volvieras de tu sueño". Me dejarás en paz —dijo Farah sin volverse—.

—Vámonos —dijo secamente el príncipe—. Su lengua no quería obedecerle, no podía expresar sus pensamientos y sentimientos.

Entraron por la puerta más cercana a ellos, y después de caminar por un pequeño pasillo tenuemente iluminado a través de pequeñas ventanas enrejadas, Prince y Farah se encontraron en un balcón dentro de un gran salón. Un poco más abajo, bajaban dos escaleras que se unían en una ancha. El balcón al otro lado de ellos se convertía en una escalera cerrada en zigzag que conducía a algún lugar hacia arriba. Esta sala le recordaba a aquella en la que se había encontrado con Faro, excepto que en lugar de una gran ventana, un muro de piedra crecía en el suelo, y sólo aquí y allá, en la parte superior, había ventanas estrechas y alargadas a través de las cuales penetraba la luz. Pero era suficiente: la sala era blanca como la nieve, por lo que nunca parecía demasiado oscura, y los rayos del sol durante el día incluso la hacían deslumbrante.

La pared estaba decorada con un enorme patrón intrincado que entrelazaba las ventanas. Mezclaba colores verdes y amarillos. No había una gota de negro en toda la sala. Y era muy extraño para el

Príncipe que se sintiera incómodo por esto. Tal vez ni siquiera era consciente de ello, pero había un deseo insaciable de luchar contra la oscuridad, de desterrarla y conquistarla. Pero ahora parecía como si alguien lo hubiera hecho todo por él. Pero, ¿qué pasa si la oscuridad no se ha ido en absoluto? ¿Oculto, escondido? Y ahora él y Farah bajaban las escaleras y se veían rodeados de inmediato por una multitud de monstruos, cada uno de los cuales le parecía al príncipe un lugar terrible, informe, siempre negro y sucio. Sí, está sucio. Cualquiera de estos monstruos parecía manchar el mundo con su existencia. El mundo, hasta hace poco, era tan hermoso, lo mismo que este maravilloso salón.

El príncipe miró a Faro. Ella le da todo un mundo. Igual de limpio y deslumbrante. Y siente que algo lo envuelve, lo envuelve a él y a su corazón. Cientos de hilos se tejen a su alrededor, como si le dieran algún tipo de protección y confianza. Confianza en que puede manejar cualquier cosa. Con cualquier enemigo enviado por el visir, con las propias Arenas, incluso si desatan completamente su ira sobre él. Pero a veces una persona busca demasiado lo que es fácil para él, sin ver lo que es realmente peligroso. El príncipe está constantemente mirando a su alrededor y buscando oscuridad. Pero, ¿y si ella está donde él no espera en absoluto?

Y, como si se hiciera eco de sus pensamientos, extraños destellos y visiones comienzan a destellar en la mente del Príncipe. Aquí ve al visir, pero su rostro parece muy extraño. Mira al joven con un triunfo incomprensible. Y el propio Príncipe pierde su odio por este rostro por unos momentos, y al instante todo se cubre de oscuridad, se siente mareado y casi se cae.

—¿Qué te pasa? Oye la voz ansiosa de Farah.

–No hay problema... está bien", responde el Príncipe, incapaz de explicar lo que está pasando.

Hace un momento, esta voz era infinitamente agradable para él, pero ahora ve algo diferente en sí mismo. Duda si quería oír esa voz. ¿O quería ahogarse en su visión, enredarse en sus redes y permanecer en esta oscuridad? Farah lo mantuvo al borde del abismo. Pero, ¿cuáles son los límites entre qué y qué? Después de todo, no se encuentra al borde de un abismo en el que pueda caer, sino que camina sobre un duro suelo de mármol. Todas estas extrañas dudas parecían tirar de él en diferentes direcciones. El príncipe se contuvo, tratando de no mostrarlo. No quería asustar a Farah. Lo que le suceda seguramente pasará, su amor lo calentará y olvidará sus visiones.

Pero la sensación de incertidumbre no retrocedió, el Príncipe comenzó a pensar que el suelo bajo sus pies parecía líquido, viscoso y poco a poco se estaba ahogando en él.

"Por favor, explícame qué está pasando". ¡Veo que no pareces ser tú mismo! Las palabras de Farah estaban llenas de lágrimas apenas contenidas y de genuina emoción. —¿Es porque yo...?

–Nos... Tenemos que seguir adelante. ¡Allí! De repente, el príncipe lanzó la mano hacia adelante y señaló algo. Desde este lado, parecía un cuenco grande. Desde la distancia ya era visible que un extraño humo se extendía por el suelo, que recordaba a la niebla de la mañana.

Soltando la mano de Farah, el Príncipe avanzó aún más rápido. Quería correr, pero sintió que no tendría suficientes fuerzas, y todavía le parecía que estaba atrapado en el suelo de piedra. Por un momento, se dio cuenta de que el suelo era mucho más blanco y deslumbrante que las paredes, y estaba delineado por una franja plateada alrededor de los bordes. Todo esto le recordaba a la luna en el cielo nocturno. Majestuoso, de un blanco plateado, destacaba entre la oscuridad y millones de luces diminutas.

Algo empujaba al Príncipe hacia adelante. Sintió que se tejía un enorme nudo a su alrededor y, para desenredarlo, tuvo que mirar dentro de este cuenco. De alguna manera no podía entender, sentía que Farah no sería capaz de ayudarlo ahora. Y ni siquiera él mismo podrá. Él mismo es el causante principal de esta inexplicable contradicción, enigma.

¿O tal vez su padre le diría qué hacer? ¡Oh, si tan solo estuviera aquí! El príncipe volvió a temblar con impotente ira. Rabia consigo mismo, con el visir, con lo que está pasando. E inmediatamente una corriente de sentimientos cálidos se derramó en su alma a través de una pequeña grieta, del tipo que avanza, sin importar qué. ¡Pelear! ¡Tiene que luchar! Ahora ya sentía que Farah podía ayudarlo. Pero ayúdalo a no vencer, sino solo a ganar coraje y confianza para resistir cualquier prueba, cualquier golpe del destino. Podía apoyarlo, guiarlo, pero no deshacerse de algo. Está obligado a ganarse a sí mismo, sólo está en su poder. ¿Por qué Farah tuvo tanto efecto en él? ¿Es fácil de explicar por el poder del amor, o el misterio es mucho más complejo y se encuentra más allá de los límites de este mundo? Si es así, ¿qué clase de mundo es? ¿Hay personas en él y en qué se convierten? ¿Y una persona ordinaria será capaz de darse cuenta alguna vez de al menos parte de este misterio, tocarlo o sumergirse en él?

¿O tal vez ya se le permitió penetrar en este secreto? ¿Y por qué estas extrañas visiones, sentimientos incomprensibles? ¡Mira dentro del tazón! ¡Lo antes posible! Pero, ¿cómo supo él lo que ella era? Él no lo entendía, pero la confianza ya estaba en él y lo llevó firmemente a la meta. Pero, ¿le pertenece esta certeza?

El príncipe había sentido durante mucho tiempo que todo lo que estaba sucediendo no se limitaba a la mera realidad distorsionada

por las Arenas. Hay algo más, más alto, oculto a la vista y eternamente misterioso. Y él, envolviendo sus manos alrededor de la piedra caliente de la que estaba hecho el tazón, estaba listo para mirarlo y ver... ¿Verdad? ¿Respuestas a sus preguntas? ¿La forma de resolver todos los problemas? ¿O el propio Gran Misterio? ¿O tal vez su sueño perdido? ¿Cada segundo de su vida que no recordaba? Fue esto lo que le gritó a Farah:

"¡Quiero recordar mi sueño!"

No hubo respuesta.

El príncipe se vio a sí mismo. Su reflejo, como si de un espejo se tratara. En un momento se dio cuenta de que esta copa era en realidad un espejo, colocado allí por alguna razón desconocida, y de una manera tan extraña. No solo vio su propio rostro y manos, sino también todo lo que lo rodeaba: las paredes, el techo y... ¡ellos mismos! No, no solo veía su reflejo, parecía ser capaz de mirarse a sí mismo desde dentro, podía tocar su propia alma. Vio este nudo de contradicciones incomprensibles en sus ojos, que de repente cambiaron de azul a negro y luego gris, como los de su padre. Tan pronto como el pensamiento de su padre pasó por su cabeza, lo vio a él en lugar de a sí mismo. Tan vivo, tan cerca que el Príncipe inmediatamente quiso extender su mano y tocarlo. Pero en cambio, sintió un frío abrasador: el espejo resultó ser algo parecido al agua, pero más viscoso e inusualmente frío. De tal manera que no fue tan fácil escapar de regreso, y lo más terrible fue que por un segundo se le escapó por la cabeza al Príncipe la idea de que o bien no quería o no podía -no podía entenderlo- desconectarse de aquel espejo. Y el frío se deslizó por debajo de la piel, penetrando en la mente y nublando la conciencia.

—Hijo mío —oyó el príncipe una voz familiar—. Vio a su padre hablándole, pero el sonido no provenía de su rostro, sino de detrás de las espaldas del príncipe. Se dio la vuelta, instantáneamente lleno de dulce esperanza, y vio a su padre frente a él. Por un momento, le pareció extraño que no pudiera ver ni oír a Farah, pero el pensamiento pasó casi desapercibido.

«¿Cómo puede ser esto?», pensó el príncipe, y sin embargo, una voz interior le dijo que, después de todo lo que ya había sucedido, no había nada inesperado en ello. ¿Quizás Farah es solo una visión? ¿Quizás todo esto es solo un sueño, configurado como una prueba? ¿U otro engaño del visir?

Dando un paso hacia su padre, el príncipe se estremeció. Los rasgos familiares del rostro de repente dejaron de serlo, la piel comenzó a secarse, agrietarse, el fuego se encendió en los ojos y algo vil ocultó al hombre que el Príncipe amaba.

Un paso más, y Shahraman se convirtió en el mismo monstruo que el Príncipe ya había matado una vez. ¿Qué significaba? ¿Iba a

tener que soportar otra pelea? No temía por su vida, sabía que podía ganar por segunda, tercera o incluso décima vez, pero temía el sentimiento detrás de esa victoria: el dolor de la pérdida, de la decepción, del odio a sí mismo. ¿Es realmente su destino a partir de ahora experimentar los mismos sentimientos destructivos para siempre, dando vueltas alrededor de este círculo vicioso? ¿Qué pasa al final?

Todo este tiempo, la daga estuvo en silencio y el Príncipe ni siquiera pensó en ello.

De repente, el rostro del monstruo se desmoronó, lo que el príncipe no pudo describir de otra manera, y el príncipe vio al visir. Y en el mismo momento quiso agarrarlo con sus propias manos y destrozarlo, convertirlo en polvo. Sus ojos se llenaron de ira y corrió hacia el visir, pero no importaba cuántos pasos diera el príncipe, el visir siempre estaba un poco alejado y sonreía horriblemente. Esto continuó hasta que el Príncipe fue arrojado hacia atrás por algo, derribándolo. Al levantarse, vio que Amar se había vuelto dos veces más alto que él y continuaba creciendo, y con él crecía toda la sala, que, habiendo conservado sus contornos, se había vuelto de un desagradable color gris verdoso, oscuro y frío.

–¡No! ¡No puedes quitarme todo! El Príncipe recobró su determinación.

Sintió que su confianza crecía y lo convertía en más que él mismo. Más alto y más grande, como un visir. Al alcanzarlo, el Príncipe sacó su espada y se balanceó. Y así, cuando la espada estaba a un momento del objetivo, el Príncipe vio en lugar del enemigo... ¡Faro! Esto detuvo instantáneamente al Príncipe y no solo destrozó su confianza, sino que la destruyó. ¿Qué pasa? ¿Contra quién está luchando? ¿Por qué vio a Farah si vio y sigue viendo a Amar? Estaba disgustado, y al instante quiso deshacerse de él, porque era simplemente insoportable, salvaje. Por las emociones que lo abrumaban, rugió como una bestia y arrojó con fuerza su espada al suelo. Pero sabía que eso no era suficiente. Solo una pregunta daba vueltas en su cabeza, requiriendo una decisión inmediata: "¿Qué hacer?" Y en ese momento la respuesta llegó al Príncipe: vio cómo todo a su alrededor se difuminaba, el cuenco se convertía en un gran charco o incluso en un lago y él, sin dudarlo, se sumergía en él, dejando tras de sí una realidad distorsionada, antinatural, en la que ya no podía estar. Durante unos segundos más, pareció liberarse de las cadenas que lo ataban, luego sintió una fuerte oleada de fuerza de una libertad casi inesperada y cayó en la oscuridad. Por primera vez no le pareció un olvido, simplemente estaba oscuro y silencioso alrededor. O más bien, casi en voz baja, se escuchó cerca un aliento familiar, del cual el corazón del Príncipe volvió a palpitar de alegría.

—Kakcolucchia —dijo Farah, y el príncipe sintió el roce de su cálida mano—.

Capítulo 21. Castillos en las nubes

"Los sueños realmente se nos dan por alguna razón, ¿no solo así?"

–Sí.

—¿Y por qué?

—¡Ver la realidad!

"¿Pero no lo vemos durante el día, cuando miramos a nuestro alrededor con nuestros propios ojos, cuando hablamos con alguien?"

"El sueño ayuda a olvidar lo innecesario generado por la oscuridad de la mente, muestra la realidad de una forma diferente, no de la manera a la que estamos acostumbrados y no de la manera que nos gustaría. Bizarro, irreconocible, exagerado. ¡Pero cierto!

"Entonces, ¿por qué se olvidan y se pierden tan rápidamente?"

"No puedes vivir solo de sueños, te volverán loco al instante. Pero no puedes hacerlo sin ellos en absoluto. ¡Tu mente se pudrirá y tú te pudres con ella!

"Entonces, entonces...

–¡Sí!

Un rayo de luz de luna se deslizó lentamente a lo largo de la pared y apareció en el rostro de Asha. Con una leve mueca, abrió los ojos abruptamente. Parece haberse quedado dormido, pero no por mucho tiempo. Todavía no había miedo en sus ojos. Por el contrario, la confianza en él ha crecido. Asha se sentía más viva que nunca. Y con ello, su curiosidad creció. Se encontró con algo especial, increíble. Su vida no será la misma, ¡ha ido más allá de la vida ordinaria por completo!

Asha trató de restablecer el curso de los acontecimientos. Después de unos momentos, se dio cuenta de que no era tan fácil. Sentía que no recordaba algo y los fragmentos de recuerdos no querían alinearse en orden. Primero, recordó cómo miró dentro de la fuente y vio su reflejo en el agua. Al instante su pensamiento dio un salto hacia adelante, y se encontró frente a la taza. Ahora él lo mirará, bajará su mano, y algo sucederá. Después de eso, una imagen borrosa apareció frente a él, y volvió a ver los extraños hilos blancos que lo enredaban todo. Deslizándose a lo largo de ellos, finalmente llegó a lo principal: si no podía poner algo en orden, sería bueno encontrar lo más necesario: tenía la idea de algún tipo de regalo, de un guía que le mostrara el camino. ¡Lo vio en el reflejo!

En algún lugar en el fondo de su mente, Asha se preguntó a sí mismo: nunca antes había pensado en algo así y nunca había tratado de comprender lo que estaba sucediendo a su alrededor tan profundamente. Pero el flujo de pensamientos lo abrumó. Ahora lo entendía. ¡Ahora lo entendía todo! Era una especie de prueba. Sí,

estaba en peligro de muerte; Sí, incluso estaba un poco asustado y casi muere. Pero lo pasó. Falleció al menos porque todavía está vivo y conservó la cordura, lo que le ayudó a darse cuenta de lo que había sucedido. Y este extraño guía, cuya presencia ni siquiera sentía, sigue siendo real. ¡Sí, es real! Él le mostró el camino, ¡y tal vez él se lo muestre de nuevo!

Asha ya ha definido claramente que hay dos fuerzas que están más allá de la línea de la conciencia y las capacidades humanas. Uno de ellos era su regalo y guía, y el otro eran los monstruos y algo más. Algo unificado, enorme y omnipresente. Y Asha comprendió que, habiendo dominado al menos parcialmente la primera fuerza, sería capaz de rechazar la segunda. Ahora es el momento de encontrar a la princesa y salvarla. Ahora que había encontrado un arma y ya no estaba tan indefenso ante lo desconocido.

Al darse cuenta de todo esto, tomándolo como un punto de apoyo, indestructible e irrefutable, el indio se concentró en lo que él mismo llamaba un don. Vio almas que abandonaban sus cuerpos. Tal vez él fue la razón de esto. Pero, ¿cómo le ayudará? Solo Ajit podía ayudarlo. Pero esa horrible bestia lo mató, literalmente lo destruyó... ¿O no? ¿Quizás su cuerpo todavía yace allí?

Fue esta pregunta que Asha se hizo a sí mismo la que dio origen a la idea más importante en él. O mejor dicho, era el eslabón perdido de la cadena. Varias veces vio cómo el mundo entero se convertía en algo misterioso, incomprensible, cómo las personas se convertían en monstruos, y vio su reflejo en el agua. Solo ahora Asha se dio cuenta de que eran casi la misma cosa. Hay algo que se llama el presente, y hay un reflejo de ello. Y si el reflejo de una persona en el agua es inofensivo y ordinario, en otros casos puede ser terrible o increíble. Al principio, quería decir lo contrario, pero Asha rápidamente descartó ese pensamiento: era una reflexión. Sólo los reflejos pueden ser absolutamente similares a lo que reflejan, y distorsionados más allá del reconocimiento. Y el único reflejo de su don, su capacidad para cortar finalmente la conexión entre el alma y el cuerpo, era la capacidad de reconectarlos. ¡Él devolverá la vida a Ajit! Había visto funcionar el cuenco, ¡y podía hacerlo!

Lo único que era inaccesible para el ojo interno de Asha era la confianza con la que sacaba todas sus conclusiones. No se trata de una simple esperanza, ni siquiera de una certeza. Eso es fe. Una persona que adquiere fe es capaz de seguirla en cualquier parte. Y aunque requiera revivir a los muertos, no detendrá al que ha encontrado la fe.

Al tacto, moviéndose lenta y cuidadosamente, Asha encontró una salida. Al salir del siguiente pasillo, se encontró en un hermoso jardín. Si no hubiera sido por lo que había sucedido unas horas antes, nada le habría hecho pensar al principio que algo estaba pasando.

Reinaba la paz y el silencio. Pero el silencio era inusualmente envolvente, opresivo para el oído. El jardín estaba muerto, y era tan diferente del dormido como lo es el vacío del espacio. Por lo tanto, Asha escuchó cada uno de sus pasos, cada crujido aleatorio. Confiado, seguía siendo cuidadoso.

Tenía que decidir a dónde ir a continuación. Las copas de los árboles que sobresalían de su cabeza ocultaban casi todo de su vista, Asha ni siquiera vio el palacio, por lo que debería haber escalado a algún lugar más alto.

Pronto, el sendero por el que caminaba se desvió, bordeando una roca inclinada, casi desnuda, con islas de verdor que crecían aquí y allá. La roca parecía más alta que los árboles, y Asha decidió escalarla para mirar a su alrededor.

Apareció una ligera brisa, y con ella frescor, presagios de la mañana que se acercaba. La hierba estaba húmeda por el rocío y respiraba frescura. Lo único que faltaba era el canto de los pájaros antes del amanecer.

Cuando llegó a la cima del acantilado, Asha miró a su alrededor. Resulta que se ha ido muy lejos de donde dejó a Ajit. Ahora estaba detrás del palacio. Delante de él había una enorme arboleda, y detrás de ella había algunos edificios, torreones bajos, y detrás de todo esto, a lo lejos, se alzaba un palacio, cuya silueta oscura no ha perdido su imponente hasta el día de hoy. A la derecha de Asha había jaulas: era la casa de fieras del sultán. En la más grande, que constaba de varios niveles y estaba cerrada en la parte superior con una cúpula de celosía (parece que en ella se guardaban aves), se arrancaban o doblaban varas en varios lugares. Alguien o algo salió corriendo, dejando el metal retorcido sobresaliendo en diferentes direcciones.

Sin embargo, Asha examinó todo esto brevemente, su atención fue atraída casi instantáneamente por una alta torre un poco a la derecha y más lejos del palacio. A pesar del cielo despejado, en el que se veían la luna plateada y las estrellas, pesadas nubes negras se espesaban sobre él, iluminadas de vez en cuando por destellos de relámpagos gigantes. Uno por uno, golpearon la parte superior de la torre, proyectando enormes sombras en el suelo, que tenían contornos extraños y a veces monstruosos. Y al mismo tiempo, un pilar de luz pulsante salió de la torre hacia arriba, en el centro de un enorme embudo. La parte superior de la torre era difícil de ver debido al brillo brillante.

Todo esto le recordó a Asha lo que ella y Ajit habían visto mientras se acercaban a la ciudad. Pero había visto con sus propios ojos cómo una columna de luz golpeaba la cúpula del palacio, y esta vez salía de la torre que estaba a su lado. Pero sea cual sea el caso, este es probablemente el único lugar que puede darle todas las respuestas que necesita y donde pueden detener todo este caos. Sí,

eran ellos, él y Ajit, Asha no tenía ninguna duda de que tendría éxito en su increíble plan, a primera vista. Por lo tanto, inmediatamente decidió que no debía dudar y encontrar el cuerpo de Ajit lo antes posible.

Al darse la vuelta para descender —la otra pendiente era escarpada e imposible de descender—, oyó un estruendo creciente a sus espaldas, acompañado de un temblor de la tierra. Al girar bruscamente, Asha vio que algunas olas bajaban por la torre, cuya fuerza se acercaba cada vez más al suelo. Al llegar a ella, las olas se convirtieron en una gigantesca tormenta y se precipitaron en todas las direcciones de la torre con el doble de velocidad.

Asha ni siquiera tuvo tiempo de pensar en lo afortunado que era de estar tan lejos de la torre. Se arrojó al suelo, resbalando sobre sus pies húmedos por el rocío, y sin vacilar se arrojó detrás de una piedra que yacía al pie de la piedra, y cayó al suelo mojado, cubriéndose la cabeza con las manos y presionando su costado contra la piedra. Al cabo de un momento, sintió que un golpe de fuerza colosal sacudía la roca. Se escuchó el crujido de las piedras rompiendo, el temblor de la tierra se intensificó varias veces. Y en otro momento, un torbellino de arena cubrió todo a su alrededor. Una tormenta, como la que a veces se da en los desiertos. No se oyó nada, excepto un estruendo agudo y silbidos. Si no fuera por él, seguramente escucharías cómo se rompen los troncos de los árboles, ruedan y se parten las piedras. Pero la tormenta se lo tragó todo. Nada más que ella.

Tratando de no perder su razonable calma, Asha esperó a que terminara. Cualquier tormenta debía terminar, él lo sabía. No podía ser de otra manera. Y, en efecto, pronto el zumbido se calmó, y Asha se levantó de sus rodillas, sacudiéndose la arena y dándose cuenta de que le faltaba mucho respirar aire fresco. Pero después de respirar por primera vez, sintió que muchos granos de arena y polvo se le pegaban a la garganta desde el interior y no le permitían respirar. Asha tosió, tratando de escupir el desagradable polvo.

El jardín a su alrededor quedó casi completamente destruido: muchos árboles fueron arrancados de raíz, pequeños montones de arena eran visibles por todas partes, cubriendo la hierba.

"¡No podemos esperar más!", pensó Asha, y echó a correr. Tuvo tiempo de recordar a dónde tenía que ir, y también corrió porque de esa manera corría menos peligro. Pero dos cosas le impedían moverse rápidamente: la arena y las ramas bajo sus pies, lo que hacía que cada paso fuera difícil y peligroso. Y el polvo en el aire, que aún no se había asentado, no solo interfería con la respiración, sino que también obstruía sus ojos, lo que hacía que Asha viera todo frente a él bastante borroso. Parecía que el polvo no se iba a asentar en absoluto, y alguien, por el contrario, estaba vertiendo cada vez más encima. Como la lluvia.

La casa de fieras parecía mucho más cercana ahora, y debido a eso, comenzó a representar un peligro mayor: Asha no sabía y no quería saber qué tipo de criaturas podría haber allí. Los que ya había conocido eran suficientes para él.

Pronto salió corriendo del lugar donde una vez había estado el jardín, e inmediatamente sintió que se le hacía más fácil correr, porque sus pies dejaron de atascarse en la arena y aferrarse a cualquier cosa.

De repente, se escucharon algunos sonidos extraños y sordos detrás de él. Asha se dio la vuelta y vio que altos pilares de arena brotaban repentinamente del suelo y, al mismo tiempo, tuvo la sensación de que el suelo bajo sus pies se estaba volviendo de alguna manera poco confiable, listo para colapsar en un instante y llevar todo al abismo.

Asha cruzó el ancho camino que separaba el jardín de la parte residencial del palacio, todavía escuchando aplausos detrás de él. ¿Qué es esto? ¿De verdad el suelo está a punto de ceder bajo tus pies?

Saltando a un callejón y dando algunas vueltas al azar, Asha se encontró en un pequeño patio, rodeado por cuatro lados por una casa rectangular, con un largo balcón que abarcaba inseparablemente las cuatro paredes y apuntalado en la parte inferior por columnas escasamente plantadas. Al cruzarlo, Asha se preguntó por qué aún no había conocido a un solo monstruo. La idea le encantaba, pero al mismo tiempo le sorprendía inmensamente. ¿Podría ser porque la ola no solo destruyó los árboles y algunas casas, sino que también dispersó a los monstruos mismos hasta convertirlos en polvo? Entonces, ¿esto no es una ola asesina? Ella lo salvó. Pero, ¿quién lo causó? ¿Es realmente él?

Asha tenía una fe ilimitada en su misterioso salvador y estaba dispuesto a atribuirle todas las buenas fortunas que le sucedían. Pero no pensó si estaba preparado para el fracaso, creyendo que lo más terrible y terrible ya le había sucedido. Y ahora él y alguna fuerza desconocida que le había abierto el camino hacia el Don debían enmendar lo que había sucedido.

***

A veces los sueños reemplazan a la realidad o se introducen en ella con tanta audacia que es difícil distinguir entre el sueño y la realidad. Pero, ¿qué pasa con ellos? Al fin y al cabo, la realidad también se mete en ellos, se construyen sobre ella. ¿Habría sueños si no existiera la realidad? ¿Habría realidad si no existieran los sueños? ¿Pueden existir los opuestos el uno sin el otro? ¿Y los sueños son tan irreales como parecen?

Cuando Ajit despertó, sintió una agradable ligereza en todo su cuerpo. Su corazón latía suave y tranquilamente. El suave crepúsculo no presionó mis ojos, sino que me calmó aún más. Pero no quería dormir más. A Ajit le pareció que había descansado toda una vida. Descansó no solo con su cuerpo, agotado por un largo viaje, una lucha con un monstruo, sino también con un alma, herida y atormentada.

Por supuesto, recordaba cada detalle de su sueño, recordaba cada paso que daba, cada pensamiento aleatorio que flotaba en su cabeza. Y lo más importante, recordó la paz que se apoderó de él y que no soltó hasta ahora. Pero a pesar de la aparente somnolencia, estaba listo para cualquier cosa. Si había otra batalla ahora, ¡estaba listo! Puede caminar hacia adelante, puede respirar profundamente.

¿Por qué, inmerso en el pasado, del que había estado huyendo todo este tiempo, Ajit finalmente encontró la paz para su alma? ¿Por qué no lo atormentaba más? Me permitió abrazarme fuertemente con todo mi corazón por última vez y se desvaneció en la niebla de la tarde. ¿Tal vez porque no lo ahuyentó? No pensó en su dolor, no pensó en lo que fue y será. Permitió que algo cercano y querido lo alimentara, abrió su alma de par en par y... Se despertó. Era una lástima que fuera solo un sueño que no tenía nada que ver con la realidad.

Poniéndose en pie, Ajit caminó hacia la salida de la habitación, mirando en la oscuridad. Tenía miedo de que Dahaka saliera de algún lugar y pudiera pasar cualquier cosa. Pero la forma en que se comportó el monstruo asombró a Ajit indescriptiblemente. Sabía que algo le estaba pasando a la bestia, pero ni siquiera podía imaginar qué era. Recordaba perfectamente aquellos ojos demoníacos, que se asemejaban a dos fuegos y se enrojecían de ira. Recordó el roce ardiente de los tentáculos afilados. Y no podía entender por qué todo esto se convertía en ojos casi humanos, manos cuidadosas y una disposición pacífica.

Sin embargo, cuando salió de la habitación, descubrió que no había nadie cerca y todo lo que tenía que hacer era encontrar la salida. Si alguien descubrió las Arenas, entonces debe haber una daga en la ciudad que las abrió. Es necesario atraparlo y detener la locura. Fue esta palabra la que le vino a la mente, aunque conocía la verdadera naturaleza de las Arenas. Vagamente, pero lo suficientemente claro como para darse cuenta de que las Arenas son la encarnación de la inteligencia. Seco, negro, despiadado y destructivo. Una mente desprendida de los cuerpos, de los sentimientos y de la vida. Una vez, Ajit ya estaba completamente convencido de esto.

Caminando por el pasillo a la izquierda y girando a la derecha en una bifurcación, estaba casi fuera del palacio, encontrándose en

un pequeño jardín bañado por la luz de la luna. Delante de él había otro pasadizo que conducía al exterior.

De repente, el suelo tembló y las paredes comenzaron a temblar incesantemente. Un estruendo creciente rodó desde alguna parte, y Ajit se detuvo sorprendido. Un momento después, el zumbido estaba muy cerca, y las paredes que lo rodeaban comenzaron a romperse, y pedazos rotos cayeron alrededor de Ajit. Un segundo después, un enorme torbellino lo arrastró, arrojando arena y pequeñas piedras por todas partes. Ajit trató de encontrar lo que pensó que era el lugar más seguro y se congeló. Después de un tiempo, el vórtice desapareció tan rápido como apareció.

Después de permanecer de pie durante un minuto, esperando el segundo torbellino, Ajit cruzó la puerta que había visto antes y miró a su alrededor. A su izquierda se alzaba una torre, desde lo alto de la cual rezumaba una columna de luz. Ajit supo al instante que el Reloj debía estar allí. O tal vez una daga. Pero no es fácil llegar allí. Por todos lados, la torre parecía inexpugnable, excepto por un puente, que colgaba muy alto sobre el suelo y emergía de otra torre, más baja y un poco más alejada.

Para llegar a él, Ajit tendrá que abrirse camino a través de los edificios que tiene delante. Nadie sabe con qué se puede tropezar en ellos.

Y de repente, la realidad finalmente le pinchó el corazón. Asha, ¿qué le pasa? Debió de morir: sólo un milagro puede sobrevivir en esta locura. Ajit quería creer en milagros, pero no era tan impulsivo, sino más razonable y más realista acerca de las cosas. Ya había experimentado las Arenas una vez. Y lo que estaba ocurriendo ahora no hacía más que demostrar una vez más lo que él sabía.

Mientras tanto, sin que él mismo se diera cuenta, Ajit recordaba aquel ardor juvenil, sus ojos brillantes. Recordaba a Asha como a su propio hijo. Ahora su disputa le parecía tan vacía, tan frívola. Incluso estaba un poco avergonzado de haberse comportado así, siguió una emoción aleatoria y trató de convencer a Asha con un truco tan estúpido.

***

Asha continuó avanzando hacia el palacio. De vez en cuando, la arena se metía en sus zapatos, frotándole los pies con fuerza. ¡Arena, arena, arena por todas partes! ¡Oh, cómo lo odiaba! Y odiaría mil veces más si supiera qué es exactamente.

En sus segundos libres, reflexionaba sobre lo que había sucedido. Después de todo, no todas las personas son capaces de ver almas después de dejar su propio cuerpo. No bastaba con decir que

era increíble. ¡Era simplemente imposible! Pero, sin embargo, sucedió.

Mientras Asha reflexionaba, también se sorprendió de la cantidad de cosas en las que no había pensado antes en su vida. Y ahora, cuando le habían sucedido tantas cosas extrañas, era como si se hubiera convertido en una persona diferente. O dejó de ser una persona, dio un paso a un lado.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de pasos más adelante. Reaccionando instantáneamente a un sonido extraño, vio a dos monstruos frente a él, por alguna razón desarmados en sus manos, lentamente, sin odio abierto, acercándose a él. Al principio, agarró su espada, pero después de pensar por un momento, la volvió a guardar. Tenía mejores armas.

Al cerrar los ojos, Asha vio dos manchas blancas frente a él y, por alguna razón, le pareció que estaban atadas con cuerdas. La última vez no lo había visto todo con tanta claridad. Ahora sentía y comprendía que tenía que romper estas cadenas con un esfuerzo de voluntad y liberar a las almas cautivas.

Pero no todo sucedió tan rápido como en sus pensamientos. Al principio, sintió como si él mismo estuviera fluyendo lentamente fuera de su cuerpo. Luego se enfoca en las cuerdas y comienza a cortarlas. Y de repente algo sale mal detrás de él, algo interfiere con él, algo lo detiene. Su propio cuerpo no lo deja ir. ¿Pero por qué? Al cabo de un momento, abrió los ojos, consciente ya de que el suelo bajo sus pies se estaba desmoronando y desapareciendo bajo sus pies.

Sin embargo, un regreso tan abrupto no fue en vano para él. Su cuerpo no podía tomar la ducha bruscamente, y Asha primero se inclinó por el dolor agudo, luego sintió una punzada de náuseas y que sus piernas no le obedecían. Tratando de dar un paso para salvarse, se desplomó en el suelo, boca abajo en la arena. La arena se le metió en la boca, se le pegó a los dientes, pero la sensación de disgusto que surgió hizo que Asha volviera a la conciencia. Agarrando la arena suelta con los dedos, se levantó y corrió, tratando de escupir la tierra de su boca.

En algún lugar del caos de pensamientos que corrían por la cabeza de Asha, había uno que lo asustaba mucho: el cuerpo no solo se llevaría el alma de vuelta. No creía que fuera completamente imposible, pero el reflejo de su don resultó no ser tan sencillo. Tal vez no pueda revivir a Ajit en absoluto.

De repente, por un feliz segundo, recuperó la compostura. Se dio la vuelta y corrió lo más rápido que pudo, alejándose de este lugar, sintiendo que incluso ahora el suelo debajo de él estaba listo para caer y arrastrarlo con él. Los monstruos detrás de él se

convirtieron en polvo, que, arremolinándose en el aire, se asentó en el suelo.

De repente, algo tiró de él bruscamente. Habría tardado una eternidad en darse cuenta de que era Ajit quien lo había jalado por el brazo y lo estaba arrastrando hacia él. De repente, por alguna razón, Asha volvió a recordar la suciedad en su boca. Pero antes de que pudiera hacer algo, sintió que algo le apretaba la boca y ni siquiera podía toser. En este momento, el joven estaba en tal estado que no podía darse cuenta de que era solo la mano de Ajit cubriéndose la boca para que no gritara y se delatara. A Asha le pareció que la arena estaba trepando dentro de él, que algo le impedía deshacerse de ella. Tantas cosas en los últimos momentos, fue demasiado para él, y simplemente dejó de resistirse y se quedó sin fuerzas.

Después de unos minutos, Asha comenzó a recobrar el sentido, y por el hecho de que alguien lo golpeó vigorosamente en las mejillas y lo sacudió. Al principio, no tenía idea de quién podría ser, pero después de un minuto, vio claramente a Ajit, con una sonrisa en su rostro, vivo e ileso.

"¡Ajit!" Yo, yo...", de repente un montón de todos sus recuerdos cayeron sobre Asha, con la sensación simultánea de que tenía que contarle todo esto a Ajit, lo que lo mareó de nuevo, pero esta vez no mucho, y todo se limitó al hecho de que la realidad circundante apenas se estremecía notablemente.

–Levántate. Me alegro de que estés vivo. ¡Ahora tenemos que encontrar la daga y ponerle fin! Dijo Ajit con una alegría apenas disimulada en su voz y al mismo tiempo con su habitual expresión condescendiente.

—¿Qué puñal? —preguntó Asha, y luego, confundido, exclamó: "¡No tienes idea de lo que me pasó!

Ignorando la exclamación, Ajit respondió:

"Creo que es hora de decirte algo.

—¿Sobre todo esto? —preguntó Asha con cuidado.

-Sí, y no sólo. ¡Todo a su alrededor es la Arena del Tiempo!

Asha no pensó en la asombrosa precisión con la que Ajit pronunció estas palabras. Ahora todo finalmente encajó en su lugar. ¡Todo a su alrededor es arena! La única y absorbente cosa que estaba buscando. La misma segunda fuerza. ¡Por eso hay tanta arena alrededor! Pero, ¿qué hay de su don? Parecía que tenía una naturaleza completamente diferente.

Ajit continuó:

"La daga de la que estoy hablando fue traída por Maharaj de una isla. Una vez, cuando yo era tan joven como tú lo eres ahora, fui con él a la Isla en busca de los extraordinarios tesoros de los que hablaba la leyenda susurrada por el visir. Además de la daga, robamos de la isla un enorme reloj de arena, que el maharajá

escondió en su tesoro. Sabía del terrible poder que estaba almacenado en él, y no permitió que nadie se acercara al Reloj. De vuelta en la isla, el visir intentó apoderarse de la daga varias veces, pero tuvo suerte, y el maharajá no sospechó nada. Amar ha estado tramando un plan desde entonces, ¡y estoy dispuesto a entregarme a todos estos monstruos si no es obra suya! La daga se inserta en el Reloj, que es como una prisión para las Arenas, y lo libera.

Asha inmediatamente quiso preguntar por el medallón, pero sorprendido, era tan incontrolable que apenas podía mover la boca.

"Sé que todo suena loco. Pero así es exactamente como es, y es por eso que necesitamos encontrar la daga y devolver las Arenas dentro del Reloj", finalizó Ajit.

—¿Y qué clase de monstruo nos atacó? ¿Y cómo lograste sobrevivir? —preguntó Asha.

"No sé cómo. Todo lo que recuerdo es que cuando me desperté, él ya no estaba", respondió Ajit.

Asha sintió que Ajit no volvía a decir algo, pero no lo molestó, sintiendo que no era demasiado importante, y Ajit tenía razones para permanecer en silencio.

Ajit guardó silencio porque lo único que no podía explicar era su milagrosa salvación. Y esto lo asustó. Era tan aterrador que solo quería quitármelo de la cabeza, sin decir ninguna de mis conjeturas en voz alta. Suspiró, señaló la torre y dijo:

"Tenemos que llegar, vamos".

Avanzaron y Asha empezó a contar lo que le había sucedido. Sobre el hecho de que pasó por los cuarteles, sobre cómo varias veces cayó en una especie de vacío, sin sentir el suelo bajo sus pies. Cuando comenzó a hablar sobre cómo viajaba fuera de su cuerpo y liberaba almas encarceladas en cuerpos feos, inesperadamente vio una sonrisa en el rostro de Ajit.

–¡Vide! Asha de repente gritó sorprendido y señaló hacia adelante con la mano.

La torre frente a ellos de repente comenzó a moverse hacia abajo, como si cayera al suelo. Después de un momento, tanto Asha como Ajit se dieron cuenta de que eran ellos los que subían. Una isla entera se ha desprendido de la tierra y se eleva hacia arriba.

Ajit, al ver el borde más adelante, corrió hacia él y vio que solo quedaba arena y escombros de las casas debajo. Estaban aislados de la torre, que permanecía muy abajo. Su única oportunidad es llegar de alguna manera a otra isla. Trató de no pensar en lo inusual que estaba sucediendo. Un poco más lejos, varias islas de arena más se elevaron en el aire, junto con los edificios en ellas. Enormes chorros de arena caían de ellos como cascadas gigantes. Todo parecía especialmente increíble debido al sol naciente, que le daba a la arena un tono carmesí.

La suerte les sonrió, y la isla con la torre también comenzó a elevarse rápidamente. Lo más sorprendente fue que todo sucedió en absoluto silencio.

"Esta es nuestra única oportunidad. ¡Adelante!

Ajit tenía perfectamente la iniciativa en sus manos. No es casualidad que fuera el jefe de seguridad al servicio de Magaradzhi. Hizo un excelente trabajo en su posición. Miraba las cosas con seriedad y sabía el momento en el que debía actuar. La única regla que definió para sí mismo hace mucho tiempo fue que no creía en los milagros y confiaba en la suerte solo como último recurso.

Ajit agarró a Asha del brazo, le hizo un gesto para que saltara, dio un paso para correr y saltó. Y al instante se encontró al otro lado. Al darse la vuelta, vio que se llevaban la isla en la que habían estado parados.

Ahora era difícil averiguar exactamente dónde estaba la tierra, dónde estaba el cielo: todo estaba mezclado. Las torres que flotaban en las islas en el cielo no se parecían al mundo ordinario al que sus ojos estaban acostumbrados. Ajit había visto mucho en la isla; Asha también había visto muchos milagros en sus visiones, pero lo que veían ahora era más emocionante. ¿Cuál es la fuerza que mantiene estas islas en el aire? ¿Por qué la tierra, que había perdido su aspecto habitual, se volvió más hermosa y se asemejó a una especie de cuento de hadas, a una maravillosa fantasía?

A Asha le pareció que podía observar durante horas los poderosos arroyos de arena que se deslizaban hacia abajo y eran arrastrados en diferentes direcciones por el viento. Sintió que el aire finalmente era más claro, se volvió más agradable para ellos respirar, su frescura era ligeramente embriagadora. Probablemente, por la mañana el aire es siempre el más insólito, el mejor.

"Estamos muy cerca. No sé lo que se avecina, pero por favor tengan cuidado de no hacer demasiadas preguntas, especialmente si no llegan a tiempo. Si todo termina con éxito, ¡prometo responder a cada uno!

Ajit terminó su frase y vagó por la ladera arenosa, sintiendo que sus pies se hundían en ella a cada paso. Asha se dio la vuelta y caminó apresuradamente detrás de Ajit, sintiendo que todavía estaba muy feliz de verlo con vida, a pesar de su tono autoritario.

Al ponerse al día con Ajit, Asha comenzó a contarle lo que había sucedido. Después de un tiempo, notó que una sonrisa se deslizaba por el rostro de Ajit de vez en cuando. Habló de la extraña taza, temeroso de preguntar qué era realmente, de lo que sucedió cuando metió la mano en ella.

Ajit escuchó en silencio, pero cuando Asha comenzó a contarle sobre sus corazonadas, que alguien los estaba acompañando y que estaba pensando en su regalo, Ajit de repente... se rió, y muy fuerte:

"¡¿Y decidiste revivirme?!"

Asha estaba muy avergonzada, pero aun así exprimió un "sí" incierto.

—¿No crees que es demasiado? Sí, han pasado muchas cosas durante estos días; Todo parece completamente imposible, pero revivir a los muertos... ¡No, es una locura! Dijo Ajit entre risas.

Él mismo no entendía por qué se reía tanto. Sabía que el orgullo de Asha estaba muy herido, que podía volver a perder los estribos e irse (aunque ¿a dónde podría ir desde la isla en el cielo?), pero siguió riendo. Aunque sus ojos no se reían por alguna razón.

—¿Y qué hay de las almas que he liberado? ¿Y esos dos monstruos que conocí unos minutos antes que tú? ¿Me lo inventé todo? Asha habló con indisimulado resentimiento.

"Estos monstruos no pueden existir por mucho tiempo, simplemente se desintegran en granos de arena. En su lugar vienen otros que son capaces de durar más tiempo. Eso se podía ver. Incluso sucede que las Arenas intentan crear una apariencia de personas, dotándolas de un alma. Pero al principio, estos cuerpos sufren y se comportan de manera muy extraña. Ya no pueden leer nuestros pensamientos tan fácilmente, pero pueden oír y ver fácilmente. Tu regalo —añadió Ajit una sonrisa obvia a su voz al oír la última palabra — es sólo que no viste todo esto con tus propios ojos, sino de otra manera. ¡Tal vez las Arenas estaban tratando de confundirte, porque es más fácil deshacerse de ti de esa manera! "Ajit me dijo lo que pensaba que realmente estaba pasando con Asha.

De repente, Asha recordó su miedo aleatorio: ¿y si estaba equivocado acerca de poder revivir a Ajit? ¿Sobre tu regalo en general? Ahora bien, el propio Ajit había despertado en él este miedo, y junto con este miedo, esta extraña visión. Asha cerró los ojos y se dio cuenta de que había dejado de ver nada. Sin hilos blancos, manchas, duchas. Oscuridad ordinaria, ligeramente rojiza. Era como si hubiera perdido sus ojos, no los que había usado para mirar a Ajit, luego a la distancia, luego bajo sus pies, sino una visión interior que le reveló un mundo misterioso. Y casi de inmediato esta visión aterradora dejó de asustarle: comprendió su significado. Ni siquiera sabía si agradecer a Ajit, que le había dado este importante pensamiento, o guardar rencor de nuevo. Después de todo, lastimó lo principal: su fe.

Asha no perdió la esperanza, a pesar de que ahora estaba rota. Esperaba que Ajit se equivocara en algo. No le contó nada de su visión y decidió que no volvería a mencionar a la que llamó el Conducto.

Finalmente, llegaron a la cima de la ladera. Quedaba rodear una torre, cruzar el puente y subir a otra.

Volvió a reinar el silencio. Asha se quedó en silencio y Ajit dejó de reír. Ambos sabían que no era el mejor momento para pelear cuando estaban tan cerca de la portería. Pero su objetivo era salvar a la princesa. ¿Dónde está? ¿Qué le pasa?

Mirándose el uno al otro por casualidad, se dieron cuenta de que estaban pensando lo mismo y no recordaban las ofensas en absoluto.

"Si está viva, está ahí arriba. No creo que el visir la amara lo suficiente como para mantenerla con vida, pero no perderá la oportunidad de mostrarle toda su grandeza y poder primero", dijo Ajit pensativo.

–¡Está viva! —dijo Asha, mirando a un lado—.

—¿No pensabas que tu regalo también la había salvado? Ajit casi se rió de nuevo.

Pero Asha, inusualmente tranquila y, tal vez, incluso fría, respondió:

–No.

***

–¿Un qué? —preguntó el príncipe. –¿Qué significa?

Estaba acostumbrado a entender a Faro, por lo que se sorprendió. Si viera a Farah ahora, notaría cómo se sonrojaba.

"Mi madre me dijo cuando era niña que esta es una palabra mágica", respondió la niña. "Ella dijo: 'Si no puedes encontrar una salida, te ayudará. ¡Solo dilo en voz alta!"

El príncipe sonrió.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Farah un poco indignada.

"Para ser honesto, ¡es la cosa más estúpida que he escuchado en mi vida!" El príncipe trató de suavizar su voz, no quería ofender a Farah, pero lo que ella le dijo realmente lo divirtió.

"¡Sí, tal vez sean solo cuentos de hadas tontos para niños!" Farah respondió y también se rió.

De repente, se escuchó un chirrido metálico en algún lugar cercano y una puerta se abrió a unos pasos de distancia.

–¿Qué es esto? ¿Hiciste algo? —preguntó el príncipe.

No hubo respuesta, pero por la cara de sorpresa de Farah, él mismo lo entendió todo.

—¿Qué crees que hay? Farah dijo estas palabras sin apartar los ojos de la puerta.

—¿Dónde estamos, de todos modos? ¿¿Qué pasó? No recuerdo nada después de tocar la taza.

"De alguna manera milagrosa, fuimos transportados directamente a la tesorería, pero apareció el visir, soltó un remolino de arena y me desperté aquí, junto a ti. ¿De verdad recuerdas algo?

–Sí. ¿Acaso intenté sellar el reloj?

"Sí, el visir apareció en el último momento, ya habías comenzado a insertar la daga en el reloj, pero algo lo detuvo. Era como si algún obstáculo impidiera que la espada entrara por completo.

Hubo silencio. El príncipe reflexionó sobre lo que había oído. ¡Aquí está! De lo que hablaba el visir. ¡No puede hacerlo solo! No cerrará el reloj. Pero el príncipe no recordaba nada de lo que Farah había dicho. No podía haberle mentido, ¿verdad? Así que realmente no recordaba nada.

Un agradable aroma dulce provenía de alguna parte. El príncipe y Farah se dirigieron a la puerta al mismo tiempo, y se encontraron en un pequeño corredor, al final del cual había una escalera redonda que conducía hacia abajo. Inesperadamente para el príncipe, Farah se dio la vuelta, se paró frente a él, le pasó la mano por el brazo izquierdo, sonrió y echó a correr.

El príncipe no entendió de inmediato lo que había sucedido. Se detuvo y miró fijamente a Farah mientras ella huía durante unos segundos. Entonces se dio cuenta de que ella solo se estaba divirtiendo, jugando con él, y una sonrisa casi idéntica apareció en su rostro. Corrió tras ella.

La escalera resultó ser muy larga, y el príncipe no entendía cómo alguien había pensado en construirla. Pero escuchó la risa resonante de Farah y sus pasos rápidos frente a él, y continuó descendiendo sin dudarlo.

"¡Es tan hermoso aquí!" ¡Date prisa aquí! De repente resonó la voz de Farah, llena de admiración no disimulada. Hablaba en voz baja, pero había tal silencio que el príncipe podía entender claramente lo que estaba diciendo. Cuando finalmente corrió los últimos escalones, el Príncipe comprendió de dónde venía esta admiración. Se encontró en una pequeña sala, iluminada por una docena de velas, de la que emanaba este aroma tan agradable. En el centro de la sala había una pequeña piscina. El agua reflejaba las llamas de las velas y dispersaba cientos de resplandores en las paredes.

El faro ya estaba en el agua. Miró al Príncipe, movió las piernas y los brazos para mantenerse a flote y sonrió.

Su radiante sonrisa era ahora la mejor recompensa para el Príncipe. ¡Oh, si tan solo pudiera conservarlo para siempre! Lo deseaba tanto y no lo sospechaba, que en su corazón la recordaba para siempre exactamente como era ahora: chispeante, alegre e infinitamente dulce. Uno por el que no le costó nada pasar por ninguna prueba. Estar de nuevo en el agua helada, lidiar con cien monstruos más, cualquier cosa, solo para verla un segundo más.

El príncipe se quita el cinturón con espada y daga, se quita la camisa rota y manchada de sangre y, cerrando los ojos, se sumerge en el agua. Se sorprende al sentir que ella tiene un gusto especial.

Dulce como un sueño. Sabía que cuando saliera a la superficie y abriera los ojos, estaría al lado de Farah. El príncipe lo deseaba, aunque solo estuvieron separados por unos minutos. Sabía que ya nada los detendría.

Al salir del agua, el Príncipe respiró hondo y abrió los ojos. Faro delantero, aquí está frente a él. Extiende la mano y la toca. Él la mira a los ojos, en los que también juega el resplandor del agua. Ve que el fino mechón de pelo que ocultaba el último secreto de Farah se ha pegado a un lado de su cara y ahora no le impide tocar este misterio. Y el tiempo se congela. Aunque solo sea por momentos, parecen una eternidad para estos dos, en la que pueden esconderse de toda adversidad, dividiendo cada respiración por la mitad. No hay bóvedas palaciegas, ni lágrimas, ni dolor y horror, ni arenas, ni visir, solo están ellas y el aire increíblemente dulce, que ahuyenta la dura realidad aún con más fuerza. No hay nada más que ellos. Ellos son el Universo. Dos amantes se lo merecen. Porque se encontraron en este universo.

El príncipe sintió que el calor lo invadía cuando el rostro de Farah estaba muy cerca de él. Y ahora está aún más cerca. Una y otra vez. Y un tímido beso le quema los labios. Delgado. Infinitamente tierno. Con el sabor de los sueños. Se sintió mareado de inmediato, le pareció que todo su cuerpo estaba siendo pinchado por mil agujas, dejó de obedecerle, y apenas podía mover incluso el brazo, lo que hacía que sus movimientos fueran rígidos y torpes; Por un segundo, incluso le pareció que el suelo temblaba.

Pero ya sabía que eso era lo mejor que había vivido en su vida. En los ojos de Farah, vio exactamente los mismos sentimientos que ardían en él mismo.

Cerró los ojos, respiró hondo e inmediatamente los abrió.

El príncipe yacía en el suelo desnudo entre unas ruinas. No había ningún faro cerca. Y la daga desapareció. Sin entender lo que había sucedido, el Príncipe exhaló lentamente y se puso en pie. Farah no podía haber estado fingiendo todo este tiempo, ¿verdad?

"¿Qué fue? ¿Soñar? Pero, ¿por qué es tan real, por qué recuerda cada parte de él? ¿Y podría ser que Farah también tuviera este sueño?", se preguntó el príncipe.

Capítulo 22. Honor y gloria

"¡Princesa, no nos tengas miedo!" —gritó Asha de repente—.

Ajit desconocía por completo lo que estaba sucediendo, pero se volvió hacia donde Asha estaba mirando. No muy lejos, vio a una joven con un vestido rojo, cabello negro y ojos expresivos y hermosos. Hace mucho tiempo, cuando los vio, disminuyó la velocidad.

Asha y Ajit fueron a su encuentro.

—No te acerques a mí, tú... —Farah sacó su daga y apuntó a los extraños—.

"¡No somos monstruos, no tengas miedo!" Servimos fielmente a tu padre, princesa; ¡Te salvaremos! - Dijo Asha de nuevo.

—Es cierto, somos de Kashi, de la guardia del palacio —añadió Ajit—.

–¡Es imposible! ¿Te ha enviado este vil visir? ¿Qué es lo que quiere? ¡No le daré la daga, ni me rendiré hasta la última gota de sangre! Las palabras de Farah sonaron más valientes de lo que realmente eran. Estaba desesperada. Después de lo que le pasó al Príncipe, después de que casi la mata... No podía creer a los dos extraños.

La decisión de dejar al príncipe fue difícil para ella. Se maldijo a sí misma por haber tomado una decisión. ¿Y si ahora estaba en peligro? ¿Y si él moría por su culpa? No quería vivir por estos pensamientos, no quería cambiar nada. Pero aun así siguió adelante. La movía la esperanza de que todo terminara, de que el príncipe siguiera vivo y pudiera volver a verlo. Pero, ¿por qué trató de matarla? ¿Qué le hizo Peski? ¿Se había convertido en uno de los monstruos? ¿O está a punto de serlo?

La aparición de Asha y Ajit distrajo a Farah de sus pesados pensamientos, aunque no le trajo mucha alegría. No podía creer que hubiera gente frente a ella, y de su ciudad natal.

"¡Princesa, no te vamos a quitar la daga!" ¡No te vamos a matar! ¡Hemos jurado protegerte! Ajit prosiguió. "Viajé con tu padre a la Isla del Tiempo.

Los faros le abrieron los ojos un poco más. Su padre le habló de la Isla. De él sabía un poco sobre las Arenas.

—¿Pero cómo? ¿Este extraño está diciendo la verdad?", pensó Farah.

Al ver el cambio de humor en el rostro hostil de Farah, Ajit se volvió un poco más audaz y comenzó a contar más:

Junto con él y algunos otros, incluido el visir, trajimos el Reloj, la daga y... ¿Ves el medallón alrededor de tu cuello?

Farah miró el medallón, aunque sabía que lo llevaba consigo. Después de las palabras de Ajit, debe haber estado esperando algo inusual.

"Él también es de allí. Pero no es real. Encontré otro medallón en la Isla, verdaderamente antiguo y conectado con las Arenas más profundamente.

Estas palabras de Ajita fueron observadas con sorpresa no solo por Farah, sino también por Asha. Ahora ha recibido una respuesta a otra de sus preguntas. Y luego tuvo uno nuevo, ¿por qué no adivinó de dónde sacó Ajit el medallón? Después de todo, ya había oído hablar de la Isla.

Es ahora o nunca, decidió Ajit.

Se acercó a Farah, extendió la mano y tocó el medallón, diciendo:

"Mira, demostraré que es real". Destruirá el falso con un simple toque.

El medallón desapareció ante nuestros ojos. El faro tocó la cadena, realmente no había medallón.

"Estoy diciendo la verdad, princesa. Te ayudaremos a detener al visir si no es demasiado tarde. Es una lástima, sabía que todo esto sucedería algún día", continuó Ajit convenciendo a la princesa.

"Pero si lo sabías, ¿por qué no le advertiste a nadie y lo detuviste?" —preguntó Farah, sorprendida, pero ya con cierta confianza.

"No tenía ninguna prueba. Solo conjeturas y lo que vi en la Isla", explicó Ajit. Aunque tu padre confiaba en mí, no toleraría tales declaraciones infundadas contra su visir.

—¿Qué viste en la Isla?

"El visir casi suelta a Peski cuando estuvimos allí, tratando de poner sus manos en la daga. Pero Maharaja intervino a tiempo, ya sabía a lo que podía conducir. Finalmente, Amar robó un libro de la Isla que encontró en la sala de libros de la Isla. Pero luego no se mostró de ninguna manera, no dio el menor motivo de sospecha. Todo se olvidó y bajé la guardia.

Farah se sorprendió de nuevo, aunque había una pizca de indiferencia en su rostro. No a Ajit y su conversación, sino a todo. Sin embargo, ella respondió:

"Sé de lo que estás hablando. Vi este libro, el visir lo dejó caer accidentalmente y no se dio cuenta. Pero se quedó con el Príncipe.

–¿Quién? —preguntó Ajit. Asha se paró a su lado y miró a Farah fijamente.

"Es el príncipe de Persia. Fue él quien atacó nuestra ciudad esa noche con el ejército de su padre. Y casi el único de los que sobrevivió y me ayudó a sobrevivir. Lo amo, pero... Farah dejó caer una lágrima, hizo una mueca, tratando de contener las demás, pero se detuvo, sintiendo un nudo en la garganta que le impedía hablar.

Asha y Ajit estaban atónitos. Ella dice esto acerca de ¿quién causó que todo esto sucediera?

Hubo silencio. Todo el mundo estaba pensando en algo. Asha fue la primera en decir algo, pero Ajit detuvo su intento con un gesto, ya sabiendo lo que quería decir. Ajit se dio cuenta de que, a pesar de todo, Farah ya había tomado su decisión. Y nada se puede cambiar. Asha guardó silencio.

"Pero algo pasó, ¿verdad?" Ajit continuó preguntando. Era inútil persuadirla de que se fuera ahora. La princesa debería haberse calmado, y la mejor manera de hacerlo ahora era contarle a los extraños todo lo que había sucedido:

"Hemos llegado a la cima de esta torre. Y así, cuando la meta ya estaba muy cerca, por alguna razón sumergió sus manos en un extraño cuenco, y comenzaron a sucederle cosas terribles: gritó al vacío, luego se dobló por la mitad de dolor. Y entonces sacó su espada... y trató de matarme. Corrí hacia atrás, y de repente perdió el conocimiento. No puedo perdonarme a mí mismo por haberme ido. Tomó la daga y la arrojó allí. ¡Pero tenemos que deshacernos de las Arenas! Solo que no entiendo, ¿qué le pasó?

Farah se detuvo de nuevo y reinó el silencio. Asha y Ajit guardaban un silencio expectante.

"A menudo hablaba de un sueño que no recordaba, pero que quería ver", dijo Farah por fin.

"Las arenas dan muchas visiones. Pero todas son falsas. Parece que lo han derrotado y... —comenzó Ajit, pero cuando vio que las lágrimas volvían a brotar de los ojos de la princesa, no terminó y solo agregó lentamente para distraer la atención—: Vamos. ¡Tenemos que acabar con esto!

Asha permaneció en silencio todo este tiempo. Tenía una pregunta que era importante y realmente seria, pero no se la hizo a Ajit. Él mismo lo meditó. Estaba interesado en lo que sucedería a continuación, una pregunta en la que probablemente todas las personas piensan en su vida, y más de una vez. ¿Qué pasará cuando cierren este Reloj? ¿Volverá todo a su lugar? ¿Pero cómo? ¿Volverá la Tierra a ser una, los monstruos desaparecerán y los muertos volverán a la vida? Apenas podía creer que tales eventos, muchas veces más grandes que los que ya habían sucedido, pudieran suceder de repente. ¿Y entonces qué? ¿Otra vez lo desconocido, otra vez el miedo a ello? ¿O finalmente podrá ver a su misterioso salvador?

A pesar de todo, era mejor aceptar lo desconocido. Comparado con la inevitabilidad, ofrece al menos una oportunidad entre un millón, una esperanza tenue. Asha siempre ha elegido la esperanza. En los momentos más difíciles, ella lo guió, lo apoyó y le dio apoyo, incluso si nadie apoyaba la esperanza misma, y no había apoyo bajo ella. Pero, ¿qué le sucederá si le quitas la esperanza?

Tuvieron que cruzar el puente y subir a lo alto de la Torre del Alba, hasta el tesoro.

Farah no trató de averiguar cómo Ajit había adivinado que tenían que mudarse allí. No se dio cuenta de lo que sucedía encima de la torre. Solo había una cosa en su rostro: fatiga.

El silencio y la ensoñación fueron interrumpidos de repente por el desagradable canto de los pájaros. A Ajit le resultaba familiar, aunque no recordaba a nadie que pudiera emitir ese sonido. Asha, que deambulaba pensativa detrás de ellos en la distancia, se detuvo sorprendida.

"¡Apúrate, corre aquí!" —le gritó Ajit—. Nos esconderemos en la torre.

Al dar un paso, Asha sintió una sensación familiar pero increíblemente odiosa e inoportuna: el suelo se le resbalaba bajo los pies. El puente debajo de él se estaba derrumbando.

Asha no prestó atención a cómo, además del pájaro, el silencio era roto por fuertes risas, enojadas, reverberantes que resonaban a su alrededor. Ajit y Farah, a su pesar, reconocieron la voz del visir.

"¡Muéstrate a ti mismo!" Ajit no pudo soportarlo más y gritó.

Pero nada cambió, y las risas continuaron.

Asha trató de saltar sobre un gran fragmento frente a él, que aún parecía confiable. Desde allí quiso saltar al otro lado del puente. Pero el bloque de piedra resultó ser completamente poco confiable. Y en el momento en que todo ya era desesperado y Ajit cerró los ojos de dolor, sin querer creer lo que estaba pasando, Asha vio que el pájaro volaba bajo el puente. Esta era su única oportunidad de salvación. Saltó y golpeó al enorme pájaro negro en su espalda, envolviéndolo inmediatamente alrededor de su poderoso cuello. Por supuesto, a ella no le gustaba el jinete no invitado, y comenzó a retorcerse en el aire, tratando de todas las formas posibles de despistar a Asha. Se aferró con más fuerza a su cuello, decidiendo que solo caería con el pájaro. Y de repente se le ocurrió un pensamiento atrevido. Por costumbre, cerró los ojos. Pero estaba decepcionado, no vio nada. La segunda vez no pasó nada. ¿Quizás Ajit tenía razón? ¿Es todo esto su ficción y sus falsas visiones?

Pero cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba equivocado. No vio el mundo con sus propios ojos, sino con los ojos del pájaro sobre el que estaba sentado. Estaba en su cuerpo, podía sentir el poder en las alas gigantes. Y la sensación más increíble era que seguía sintiendo cómo estaba sentado... ¡En tu cuello! O no a sí mismo, sino al pájaro que era ahora. Era difícil pensar, pero le gustaba uno de ellos más que los demás. Sintió que el pájaro y él eran ahora uno.

Batió las alas.

¡Oh, qué hermoso! ¡Se eleva, puede volar! ¡Qué magnífico! Cada segundo le daba sensaciones increíbles, deleite, alegría. Voló alrededor de la torre, se elevó y vio el borde del sol naciente. Luego

se precipitó como una flecha y comenzó a elevarse de nuevo en el mismo suelo. A pesar de su alegría, comprendió que esto no podía continuar para siempre. Trepó por el puente, se quedó en su lugar y eligió un lugar para sentarse. ¡Eso es increíble! Ningún hombre había experimentado algo así antes. No tuve que pensar en batir las alas más lentamente antes de aterrizar.

De repente, Asha sintió un dolor agudo en el pecho y escuchó:

–¡Obtener!

Era Farah, que disparó una flecha con su arco y golpeó directamente a Asha. O mejor dicho, disparó y golpeó al pájaro, pero solo porque no sabía lo que realmente sucedió. En un momento, estaba en su propio cuerpo, aunque la sensación de que tenía alas se negaba a abandonarlo de inmediato. Saltando del pájaro que desaparecía (Asha no se atrevería a llamarlo monstruo ahora), corrió hacia Farah y Ajit. En sus ojos, en lugar del susto que esperaban, había alegría.

-¿Desde cuándo la muerte inminente empezó a hacerte feliz? — preguntó Ajit.

"No estoy contento con ella. Y no para su propia salvación. Y el hecho de que estemos a un paso de la meta, la princesa está con nosotros y..." Asha derramó su alegría en palabras, pero no quería decirle a Ajit la verdad. Vio una grieta entre ellos, que crecía con cada palabra que Ajit decía con incredulidad. No quería ir más allá de los límites de su conocimiento. Y Asha sabía que había algo más que las Arenas.

—¿Y qué? – esperó la continuación.

"¡Y no hay tiempo para demorarse!" - Asha terminó, pensando en el hecho de que tuvo que decir y escuchar esta frase más de diez veces, lo que lo cansó bastante.

En ese momento, la risa del visir se había calmado, y el silencio previo al amanecer volvió a envolverlo todo. Pero el hecho de que sonara les advirtió que algo les esperaba más adelante.

–¡Faro! – sonó en algún lugar a lo lejos, apenas distinguible.

Farah inhaló y cerró los ojos. Sabía que no lo creía. Es el Príncipe quien la llama. Pero apretando los dientes, dio un paso y fue la primera en entrar en la torre.

***

El príncipe volvió a llamar, pero vio que la pequeña mancha roja había desaparecido de la vista. Perdidos, perdidos... Ya no podía encontrar un lugar, aunque la esperanza de poder alcanzarla, de poder arreglar algo, estaba viva. Se dio cuenta de que casi había perdido el sentido del miedo. Se paró en el borde, a medio paso del

abismo, y no tuvo miedo. No tenía miedo de morir, no tenía miedo de matar. Solo tenía miedo de no tener tiempo.

—No... —susurró el Príncipe—. No quería creer en lo que había sucedido. Lo que más temía sucedió: estaban separados. El príncipe pensó en lo maravilloso que sería si la gente pudiera volar. Entonces habría muchas menos barreras entre ellos.

***

Muchas veces, Farah miró a la Torre del Amanecer, maravillándose de su majestuosidad y belleza. Ella, como una centinela, se elevaba sobre toda la ciudad. Y por voluntad del destino, resultó ser la morada de las Arenas, que trajeron el caos y la destrucción a estos lugares.

Tenía miedo de que le pasara lo mismo a su corazón. Que en un momento desafortunado todo podría truncarse, y no habría vuelta atrás, no habría necesidad de intentarlo y no habría nada que esperar. Todo se desmoronará en cientos de fragmentos sin vida, que serán imposibles de volver a armar. Y ahora, cuando empezaba a pensar que había llegado el momento, se encontró con Asha y Ajit. Dos salvadores que, habiendo jurado lealtad al Maharajá, protegieron a su hija.

***

El príncipe también pensó mucho. Miró su único objetivo y los muchos caminos que conducían a él. Como hilos, enredaban la torre. Todos los caminos conducían a la torre de una forma u otra. ¿Por qué sucede esto? Cualquiera que sea el camino que elijas, llegas a un lugar determinado, lo quieras o no. Todo el destino se construye a partir de puntos que no se pueden eludir. Esto ha sucedido antes: Pisky. Él los habría revelado de una manera u otra, de cualquier manera que sucediera. Y Farah... Podría haberla conocido en circunstancias completamente diferentes. Pero el Príncipe, de repente, no quiso creer en tal predeterminación. ¿Es posible que nada esté bajo su control? ¿Y si, se estremeció al pensarlo, no hubiera conocido a Faro? ¿Y si todo esto es solo un accidente y él lo ve como inevitable?

Y ahora el Príncipe sentía que sin ella sus pensamientos fluían de una manera extraña, arrastrándolo al abismo de los pensamientos, donde reinaba la razón, no sabiendo sentir, gozar de la vida, sino solo construyendo razonamientos interminables, conjeturas y matando la luz en el alma. Una persona es feliz mientras vive y no piensa demasiado en cómo vive.

De repente, sus pensamientos recientes volvieron a él, pero ahora le daban aún más esperanza. Si Farah es inevitable, entonces definitivamente encontrará otro camino. Sintió que se conservaba el hilo más delgado entre ellos. No bastará con llegar al otro lado, pero sí con la esperanza. Y hay suficiente esperanza para hacer lo imposible. El príncipe tuvo que bajar las escaleras, pero una fuerza desconocida casi destruye la torre, lo que provocó que todas las salidas quedaran bloqueadas. El único camino es el muro exterior.

Saltó sobre una viga de madera que sobresalía de la pared justo debajo. Rápido y preciso. Al ver una fila de vigas cerca, se puso de pie y saltó a la siguiente. Luego pasó a la tercera. El resto estaba más abarrotado, y el Príncipe se limitó a correr junto a ellos. No le importaba que todo a su alrededor hubiera tomado una forma tan extravagante: islas en el aire en lugar de la ya familiar, aunque odiosa ciudad. Colgándose de las manos, envolvió sus piernas alrededor de la columna y se subió a ella. No había más camino. En absoluto. A menos que...

El príncipe bajó de un salto. Después de haber volado casi todo un piso, lanzó bruscamente los brazos y las piernas a los lados y trató de detener la caída, apoyándose contra las paredes. Y lo consiguió, pero por el dolor que le golpeaba las articulaciones, casi se cae, y su rostro se deformó en una mueca terrible.

Ahora quedaba bajar, todavía descansando sobre la piedra. Casi en el mismo suelo, una gruesa cadena se extendía hacia abajo. El príncipe se aferró a ella y, moviendo rápidamente los brazos y las piernas, pronto se encontró en el suelo.

—¿Tienes prisa? El príncipe escuchó una voz familiar detrás de él.

Se volvió y vio a Essen. Su mente se negaba a creer lo que sus ojos veían. ¿Está vivo Essen? ¿Cómo?

—¿Tienes prisa por morir? Bueno, ¡te ayudaré! —dijo Essen—.

–¿Un qué? ¿Por qué? El príncipe tuvo tiempo de preguntar antes de que Essen se abalanzara sobre él, tratando de matarlo con su espada.

El príncipe se dio cuenta de inmediato de que Essen no era como él en la batalla. Se comportaba con confianza, asertividad, era ágil y rápido. El príncipe seguía poniendo su espada frente a su cara, protegiéndose de los golpes. Y Essen usó sus propias técnicas. El príncipe comenzó a pensar seriamente que estaba luchando consigo mismo. Pero no quería pelear con Essen en absoluto. Se defendió. Y esperó. Esperé a que al menos algo se aclarara.

"¡Tú empezaste todo esto!" ¡Vas a morir! Pero no para empezar. Pero por no terminar. ¡La daga ahora está en manos del enemigo! ¿Pensabas que Farah era tu amigo? ¡Estaba esperando el momento de robar la daga! ¿Y si estaba aliada con el visir? ¡Tenías una

oportunidad en tus manos, pero la perdiste y no puedes arreglarla! ¡Te advertí que no te dejaras ver por mí!

Habiendo dicho eso, Essen se abalanzó sobre el Príncipe, levantando su espada por encima de su cabeza, pero el Príncipe ya sabía que golpearía con ella bruscamente desde abajo, y ahora era solo una distracción, y se preparó para detener el golpe. Pero Essen golpeó al Príncipe a la carrera, y éste cayó de espaldas. Un segundo más, y podría ser asesinado. Es difícil luchar contigo mismo.

De repente, se escuchó un ruido detrás de Essen, y el príncipe vio a Dahaka acercándose a ellos. Essen se dio la vuelta, estaba claro que no se lo esperaba, aunque al principio el príncipe pensó que se trataba de la muerte que el visir le había preparado, tal y como le había prometido.

Aprovechando el momento, el Príncipe saltó del suelo y corrió hacia un lado. Y sabía que ni siquiera necesitaría una daga.

El príncipe lanzó una mirada a Dahaka. Lo observó de cerca, preparándose para atacar. Essen murmuró algo ininteligible, tratando de mantenerse en pie. Estaba claro por él que la debilidad se había apoderado de él por alguna razón desconocida. Apenas podía mantenerse en pie. Su debilidad era como la de un moribundo. Dahaka de repente rugió fuerte y lanzó enormes tentáculos detrás de él, apuntándolos directamente al Príncipe. Pero saltó a un lado, de modo que la bestia golpeó a Essen. Al instante, un destello de luz blanca brillante golpeó, y el Príncipe no vio lo que estaba sucediendo donde Essen y Dahaka acababan de estar.

Sin embargo, ahora el camino frente al Príncipe estaba despejado. Desde la cima, vio que uno de los puentes estaba destruido y corrió a lo largo del siguiente. Se detuvo en la entrada y echó una última mirada atrás. No había nada ni nadie detrás.

Mientras corría hacia la torre, escuchó el sonido de espadas en el aire. Su corazón se apretó y corrió hacia arriba.

Trató de ahuyentar los pensamientos de Essen, pero no lo logró del todo. Lo que acababa de suceder era demasiado extraño.

Tratando de sacudirse el flujo de pensamientos, el Príncipe gritó:

–¡Faro!

Le pareció que quería gritar ese nombre cien veces. Al escucharla luchar contra monstruos en algún lugar superior, no podía estar tranquilo. Su cuerpo tembló y se maldijo a sí mismo por no poder correr más rápido.

***

Cuando Asha, Ajit y Farah entraron en la torre, cada una de ellas sintió que no quería decir una palabra más. Un horror

encadenado se cernía sobre él. Y esta vez tenía una imagen muy real. Frente a ellos, en el centro de la sala, se encontraba un monstruo enorme. O mejor dicho, para Farah no era más que un monstruo. Para Asha y Ajit, era el misterioso Dahaka.

—¡Tu medallón! ¡Vuelve a brillar! —susurró Asha—.

Dahaka avanzó en dirección a Ajit. Luego extendió la mano y dirigió su atención al medallón.

"¡Solo quiere tu medallón!" —dijo Asha un poco más alto—. "¡Devuélvelo!"

Estaba claro en la cara de Ajit que no quería hacer esto. De hecho, era una tontería privarse de la última arma.

"¡Dale lo que quiere!" ¡No podemos con eso! Farah se hizo eco de las palabras de Asha.

Ajit tomó el medallón en su mano e inclinó la cabeza. En esos breves segundos, reflexionó. Pensó en lo que Asha le había contado sobre sus extrañas visiones. Sobre cuánto se parecen a los que pueden dar las Arenas. Y lo peligroso que es confiar en ellos.

"¡Espero que tengas razón!" Dijo Ajit de repente, y sacando el medallón de su cuello, lo arrojó frente a Dahaka.

Asha entendió lo que Ajit quería decir. Su corazón incluso se regocijó porque le creyó. ¿Resulta que estaba fingiendo? ¿O estaba tratando de estar a cargo? ¿O no quería confiar su vida a algo invisible como eso? De una forma u otra, Asha sintió que su responsabilidad aumentaba drásticamente.

El medallón se derritió en unos instantes al tocar la bestia, al igual que el que rodeaba el cuello de Farah hasta que Ajit lo tocó.

Dahaka luego pasó por Ajit y de repente desapareció.

Sin decir una palabra, los tres corrieron escaleras arriba por una enorme escalera de caracol escondida en la pared. La torre constaba de muchos niveles, en el centro de cada uno de los cuales, en el suelo, había un enorme agujero, por lo que desde la parte inferior se podía ver el último nivel.

La escalera por la que subían de vez en cuando los llevaba a través de balcones y vestíbulos. Cuando terminó, salieron corriendo a uno de los balcones, que también era redondo, y comenzaron a buscar un camino más allá.

Una escalera separada conducía a la tesorería, apoyada en una gran puerta. La puerta, por una coincidencia increíblemente feliz, estaba abierta. Pero de repente...

***

Mientras subía las escaleras, el príncipe pensó en lo que había sucedido. Con salvaje emoción, se lanzó a su primera batalla, queriendo mostrarle a su padre su coraje, destreza, valor y lealtad.

Para ganar gloria para ti y para él. Enfréntate sin ayuda a muchos enemigos. Lo logró, pero en lugar de soldados indios, resultaron ser monstruosas criaturas de arena y su propio padre, que se convirtió en uno de ellos. Vio cómo un hombre podía destruir el mundo entero. Es fácil convertirlo de un mundo ordinario en un infierno. Ahora tenía una última oportunidad en sus manos: tenía que castigar al visir. Con esto, tal vez, de alguna manera pintará sobre la mancha que cayó sobre su alma. ¿Y qué demonios ha pasado ahora? ¿Cómo nació Essen y por qué atacó? ¿Y por qué Dahaka le dio la oportunidad de irse?

***

Los estallidos comenzaron a escucharse por todas partes y los monstruos comenzaron a aparecer de la nada. Farah gritó de sorpresa y resentimiento.

"¡Apúrate, a la tesorería!" —gritó Ajit, agarrando a Farah por el brazo—. Sintió que todo a su alrededor estaba a punto de perder su forma. Se ha olvidado de que tiene una daga, está a un paso del Reloj y puede poner fin a la pesadilla.

La sala en la que se encontraba el Reloj resultó ser más alta que la anterior, pero esta vez. Monedas de oro, joyas y piedras preciosas estaban esparcidas por todas partes. Pero nada de esto se comparaba con el principal valor para los tres: sus vidas, que estaban amenazadas. Los monstruos llenaron la tesorería en un instante, cortando el camino hacia el Reloj. La única forma de escapar era otra escalera que conducía a algún lugar hacia arriba. Tendrían que luchar, todo el mundo lo sabía. Pero allí arriba, tuvieron una mejor oportunidad: se rompió un enorme agujero en el techo. Tal vez se formó debido a un rayo de luz que hasta hace poco emanaba del Reloj.

***

El príncipe corrió hacia la puerta del tesoro y entró. Al tirar de la manija, sintió que una niebla dorada comenzaba a envolverlo. Por un momento, sintió algo inexplicablemente extraño. Le parecía que ahora estaba más cerca que nunca de la verdad. Pero, ¿a qué verdad? ¿Dónde está? Reinaba el silencio. En el centro de la sala había un enorme reloj de arena. El príncipe los recordaba bien, no habían cambiado en lo más mínimo. Solo él ha cambiado. De repente, escuchó el choque de las cuchillas en algún lugar de arriba y corrió escaleras arriba.

***

Farah puso una flecha en su arco y disparó al monstruo que estaba encadenado sobre su cabeza. Al instante cayó y se convirtió en polvo. Este fue el caso con el segundo y el tercero, pero cada vez había más monstruos. Y entonces se acercaron el uno al otro, algo sucedió, y en su lugar apareció un gran monstruo de una vez y media la altura de un hombre. También fue sorprendente que, al mismo tiempo, sus armas también se hicieran más grandes. Como si ellos y sus espadas estuvieran hechos de la misma entidad.

Ajit y Asha lucharon desesperadamente contra sus enemigos, pero ¿qué podían hacer? Sin el medallón, sus armas no eran nada para estas criaturas.

"Bueno, ¿dónde está?" ¡¿Dónde está tu salvador?! ¡Te confié a ti y a él nuestras vidas! ¡No hay ninguno! ¡¿Oír?! ¡No hay ninguno! Ajit gritó groseramente en la cara de su amigo Ashe. "¡Es un engaño!"

Ajit no quería ser grosero con Asha en absoluto. Todas sus burlas y comentarios no son más que desesperación cuidadosamente disimulada. Y en un impulso podía decir muchas palabras terribles a la persona más cercana a él ahora. Era difícil no experimentar lo que estaba sucediendo dentro de Ajit, considerando que la peor de las pesadillas había regresado a su vida, que había esperado no volver a escuchar, y mucho menos revivir de nuevo.

Algo estalló dentro de Asha. Se tambaleó, se agrietó y se derrumbó. La llama de la vela que alimentaba su alma se apagó. ¿Es todo lo que vio un engaño? ¿Tenía razón Ajit cuando se rió de él? ¿No son nada todas estas estúpidas visiones? ¿Estaban vacías las esperanzas? ¿Y la vida entera? Cuando cerró los ojos, solo vio una mancha oscura que apenas podía ayudarlo. Los ojos de Asha se oscurecieron. No perdió el conocimiento. Murió. Su piel perdió instantáneamente su color y su cuerpo comenzó a desmoronarse en pedazos. Privado de su don inventado y salvador inexistente, quedó indefenso. Era como si el reflejo del cuenco lo hubiera capturado y lo hubiera convertido en un monstruo de arena. La arena se lo tragó.

Ajit no se había dado cuenta de lo mucho que se había encariñado con este joven en los últimos días. Lo trataba como a su propio hijo, lo amaba casi como a un padre. Y aún más, dependía de Asha. Al ver morir al joven, Ajit sintió un dolor agudo en su corazón. Y se dio cuenta de que no podía seguir viviendo sin la esperanza que brillaba en los ojos de su amigo, sin sí mismo. Cayó de rodillas y se despidió de la vida. Con una vida en la que no queda nada. Ajit solo vio a la princesa, rodeada de monstruos, tratando de escapar y dirigirse a la salida. Pero es poco probable que lo consiga. Todos sus intentos estaban condenados al fracaso desde el principio. Quería disculparse con el maharajá por no haber sido capaz de proteger completamente a su hija. Un momento después, Ajit sintió que su

carne atravesaba una espada afilada. Sintió el sabor de su propia sangre. Sintió el vacío del mundo que dejaba y cayó muerto. Lo último que sintió fue una sed aguda. Sus labios no habían tocado la humedad durante tanto tiempo.

***

Dahaka confundió todos sus planes. Otra vez. Y la lucha en el cuerpo de Essen al mismo tiempo con el Príncipe y con Dahaka casi le privó de sus fuerzas. Y ya eran pocos después de que salvó al Príncipe del poder contenido en la copa. No podía llegar a la cima rápidamente, las torres, y todo lo que tenía que hacer era ver morir a Asha y luego a Ajit. Se hizo a un lado como un observador indiferente. No le importaba mucho su aspecto, pero si Asha hubiera tenido tiempo de mirarlo antes de morir, ya no habría visto la habitual mancha blanca plateada. Su verdadera apariencia era más como la de un muerto viviente. Casi sobre un cadáver en descomposición. Una extraña mancha negra. Y él mismo era muy débil. Solo sus ojos conservaban su color blanco.

Ahora vio al Príncipe corriendo hacia el salón superior, tratando de salvar a Farah. Todo está según lo programado. El tiempo es un enemigo al que no ha podido derrotar. Incluso pensó que el destino existía. Y que si algo iba a pasar, iba a pasar. Su plan resultó ser un fracaso. Y ahora que Asha está muerto, una vez más se ha vuelto completamente invisible para los humanos.

"Bueno, todo lo que puedo hacer es mirar", pensó el Espectro.

Y Jatta allí abajo sería capaz de contener a Dahaka por un tiempo. Unos minutos serán suficientes.

***

El príncipe, subiendo corriendo las escaleras, vio a Farah, blandiendo desesperadamente una daga contra los monstruos. Estuvo a un paso de caer. De repente, uno de los monstruos blandió su espada bruscamente, y Farah retrocedió y cayó, apenas atrapando sus manos en el borde.

"¡Faro, no!" —gritó el príncipe—.

El príncipe sostuvo su espada sobre su cabeza a través del golpe del monstruo, que estaba destinado a Farah. Empujando al monstruo hacia los demás, corrió hacia la pila de enemigos, blandiendo su arma. Esquivando el golpe, el Príncipe abrió el pecho del primero. Empujando con fuerza al segundo y despejando el paso, corrió hacia el borde de la grieta, golpeando las piernas de otro monstruo mientras avanzaba. El príncipe ni siquiera se dio cuenta de los dos soldados muertos cerca, sus pensamientos estaban ocupados con solo uno.

Farah se aferró al borde de la piedra con las últimas fuerzas que le quedaban. El príncipe se agachó y trató de agarrarla del brazo. Volvió a sentir el agradable calor de sus manos. Parecía que este calor se transfería incluso a la daga. Pero por el miedo, la emoción y la tensión, las manos del príncipe estaban húmedas y su palma se deslizó sobre la hoja de la daga. La sangre fluía, pero no iba a dejarla ir. Farah ya no pudo sostenerse: la otra mano se resbaló y su vida quedó en manos del Príncipe. O mejor dicho, incluso en uno. Una gota de sangre cayó sobre su rostro, se deslizó sobre él y flotó sobre su barbilla. Un momento más, y caerá.

El príncipe apretó los dientes y, superando el dolor, trató de arrastrar a Farah hacia atrás.

—Todo va a estar bien —susurró—. "¡Te sacaré!"

El príncipe se había olvidado por completo de los monstruos que lo rodeaban. No iban a esperar a que sacara a Farah. Al ver la espada levantada sobre el Príncipe, cerró los ojos y susurró:

"¡Kakkolukkia!"

"¡No fue un sueño!" - brilló en la cabeza del Príncipe.

Después de eso, soltó la empuñadura de la daga y voló hacia abajo. Después de unos momentos infinitamente largos para el Príncipe, se escuchó el sonido de monedas volando. En esos momentos, el Príncipe atrapó las últimas gotas de vida en sus insondables y amados ojos negros. Comprendió por qué Farah se había sacrificado. Agarró la daga, pero no sucumbió a los intentos del Príncipe de retroceder unos segundos.

"¡Solo unos segundos, solía funcionar!", pensó.

Pero la daga calló. Como si hubiera perdido por completo su poder. Los segundos se estaban acabando y el Príncipe no pudo evitarlo. La magia de la daga no funcionó. Cuando más se necesitaba. La daga solo desprendía un calor inusual en lugar del frío habitual. La calidez le recordó el tacto de Farah.

Sintió una amargura en la garganta y quiso gritar. Y volviéndose de espaldas y esquivando el golpe de la espada, gritó. Con un grito, hundió la daga en los cuerpos de los monstruos, saltando como un rayo de uno a otro antes de que tuvieran tiempo de convertirse en polvo. No había enemigos individuales frente a sus ojos. No había paredes, cielo ni suelo. Todo a su alrededor era un solo enemigo. Solo sabía dónde golpear para lidiar con él lo más rápido posible.

En un minuto, no quedaba nada. La mirada del Príncipe se iluminó, caminó hasta el borde de la torre y miró a lo lejos. Un nuevo día nacía en el este. Y su vida acababa de terminar. Sin Farah, no podría ser la vida.

El príncipe luchó con valentía y coraje, venció incluso en una batalla tan desigual. Pero incluso si lucha hasta que las arenas del desierto se pongan rojas de sangre, no podrá revivir a los muertos.

Ha llegado el momento de pensar seriamente en lo que quería antes y desea ahora, en lo que significa para él su propia vida y la de los demás, si sabe amar, si necesita honor y gloria. ¿Los necesita ahora? Ahora que había ganado, pero se quedó solo con su victoria en medio del reino del vacío. ¿Para quién es su victoria? ¿Y quién lo alabará por ella? Ahora deseaba que nadie supiera nada de ella. Es una lástima que cualquier sabiduría tenga un precio enorme. Solo después de pasar por el dolor y la pérdida, el Príncipe aprendió los verdaderos valores.

Pero pasara lo que pasara, iba a terminar con los Sands. Ahora mismo.

***

Nada había cambiado en la sala en la que estaba el reloj. El mismo silencio: no había nadie en la sala. La arena seguía disipándose en diferentes direcciones como la niebla. El sol naciente brillaba intensamente a través de las altas y largas ventanas.

Pero nada más ocupaba la mente del príncipe: vio a Farah. Yacía entre un montón de monedas de oro, no lejos del reloj. Parecía que todavía había vida en su cuerpo. Pero, ¡ay!, la vida la abandonó. El príncipe se arrodilló y sollozó en un frenesí. No podía aceptar la muerte de Farah, aunque sabía que no podía traerla de vuelta. Murió, murió, como muchas personas queridas por el Príncipe.

–¡No! No —repitió con voz ronca, ahogada por los sollozos—. – ¡¿Por qué?! ¡¿Para qué?! No... No...

El Fantasma silencioso e invisible lo observaba desde algún lugar de arriba.

Lo único que el príncipe quería ahora era matar al visir (¡oh, cómo deseaba su muerte!). Mata al visir y sella el reloj. Quería ver a Amar en ese momento.

"¡Después de todo, es él quien tiene la culpa de todos los problemas! – pasó por la cabeza del Príncipe. "¡Pagará caro por todo!"

Y entonces, como si alguien hubiera escuchado el deseo del príncipe, apareció el visir. Al oír pasos, el príncipe levantó la cabeza. Los ojos del Príncipe estaban llenos de ira exuberante, ennegrecidos. Parecía un toro enfurecido. La mano que sostenía la daga tembló ante este odio salvaje, y el Príncipe la dejó caer. Pero el Príncipe no dudó. Un segundo más y se abalanzó sobre el visir y lo tiró al suelo. Lo único que salvó al visir de la muerte instantánea fue que sostenía su bastón en sus manos, de lo contrario, el Príncipe simplemente lo habría hecho pedazos. Pero el visir sólo atinó a sacar su bastón y tomarlo con ambas manos antes de que el Príncipe, tropezando con

él, agarrara el mismo bastón y tratara de estrangular con él al odiado enemigo.

El visir caído, con voz vil y estrangulada, dándose cuenta de que no podía hacer frente al príncipe, trató desesperadamente de engañarlo:

"¡Dame la daga!" ¡Y yo te daré la vida eterna, será tuya!

«¿Cómo se las arregló para sobrevivir?», pensó el visir.

Ahora esperaba que su último plan funcionara. Era débil. Las arenas se negaron a obedecerle, y la esfera protectora literalmente explotó, despojándolo finalmente de su poder. Ahora su poder era libre, incontrolable. Elevó islas enteras al cielo y golpeó sin piedad a quienes se interponían en su camino. Por lo tanto, el visir solo pudo enfurecer al príncipe, distraerlo para que le clavara una daga. No una espada, sino una daga. Si el visir tuviera más fuerza ahora, aparecería ante el Príncipe en forma de un monstruo de arena, contra el cual la daga es la única arma. ¡El visir lamentó no haber tenido el conocimiento necesario antes, cuando todavía tenía suficientes fuerzas!

Pero el príncipe, desconcertado por las últimas palabras del visir, saltó a un lado, recogió su daga del suelo y se detuvo un momento a pensar.

–¿Daga? Vida eterna... ¿Y morirán aquellos a quienes amaba, que me eran queridos? De acuerdo con usted... a lo largo de... ¿Mi culpa?

La voz del Príncipe se quebró. Fue como si una ola de agua helada lo bañara en el segundo siguiente. Y así, en un instante, unas simples palabras lo dejaron todo muy claro. Sus ojos, todavía rociados con la misma furia salvaje, recuperaron su color anterior y se abrieron más de lo habitual. El principio humano triunfó en él, al menos por el momento. Y el último plan del visir fracasó. Lo único que dijo el Príncipe fue:

"¡Puedo arreglarlo!"

Un momento después, el Príncipe corrió hacia el Reloj: literalmente corrió por la columna de mármol liso y, saltando lejos de ella, se encontró en la parte superior del Reloj. "¡Ni un segundo de demora! ¡No más errores!", pensamientos pululaban en la cabeza del Príncipe. Y hundió su daga en el agujero de la parte superior del reloj, del que emanaba una suave luz azulada. Esta decisión nació de alguna manera, intuitivamente, nadie le dijo lo que tenía que hacer. Y no tenía nada que perder. Lo último que oyó el príncipe fueron las palabras del visir, o más bien el grito:

"Izquierda...

Un segundo, un instante, y todo a su alrededor desapareció: sin reloj, sin visir, sin Farah.

El príncipe despertó en el campamento. Su mano todavía sostenía la daga. Un tenue resplandor azulado todavía emanaba de él. En la gruesa tela azul de la tienda, se veían claramente las siluetas de dos guardias. Como antes, la lluvia caía del cielo en grandes gotas raras. Entonces, inesperadamente, una de las gotas se filtró a través de la parte superior de la tienda y golpeó el ojo del Príncipe. Todavía tenso, el príncipe se estremeció involuntariamente y, mirando a su alrededor y asegurándose de que todo estaba como antes, comenzó a dirigirse cuidadosa y silenciosamente hacia la salida. ¿Por qué sucedió de esta manera? ¿Era eso lo que quería? ¿Quería Farah esto?

Cuando el Príncipe salió, descubrió que uno de los guardias estaba dormido, apoyado en una alabarda, mientras que el otro estaba de pie de espaldas al Príncipe, encogido por la lluvia fresca, murmurando algo. Aprovechándose de esto, el príncipe salió del campamento sin ser visto y se adentró en la espesura de la selva tropical.

Al principio, al príncipe le pareció que el bosque estaba dormido, y sólo la lluvia, golpeando con fuerza las hojas, perturbaba su tranquilidad. Pero el bosque sobrevivía. Estaba lleno de sonidos, apenas audibles por el sonido de la lluvia. A lo lejos, se podía escuchar un gruñido sordo, de vez en cuando bandadas de pequeños pájaros de cola larga volaban junto al Príncipe. El bosque, susurrando sus hojas bajo el golpe de las gotas de lluvia, parecía una criatura grande, poderosa y viva.

El príncipe se dio la vuelta: las antorchas del campamento que acababa de abandonar eran visibles cerca.

–Campamento... Guerra... Padre... —el Príncipe movió débilmente los labios—. –¡Está vivo! Date prisa hacia él. ¡Hace mucho que no lo veo!

El príncipe corrió de cabeza hacia el campamento.

Los ojos del Príncipe ardían con luces brillantes, estaban llenos de alegría. Como si alguien allá arriba viera al Príncipe, su sufrimiento, y decidiera darle una segunda oportunidad. Parecía que todo había vuelto a su cauce anterior. Pero entonces el Príncipe, cegado por la alegría y corriendo, sin mirar a su alrededor ni a sus pies, se estiró en el suelo hasta alcanzar su máxima altura, sin darse cuenta del obstáculo que sobresalía del suelo fangoso del bosque arrastrado por la lluvia.

Molesto, el príncipe se levantó del suelo y trató de mirar a su alrededor. Pero en la oscuridad de la noche e incluso estando en el bosque, no vio nada. Solo cuando los relámpagos brillaron en el cielo por un breve momento, el Príncipe vio sus rodillas y manos sucias. Frotando uno contra el otro, siguió adelante.

Pero no duró mucho.

—¡Iré a ver a mi padre, y el visir volverá a traicionar a su maharajá! ¡Y todo se repetirá! Y lo perderé todo otra vez...", la cruel verdad visitó la cabeza del Príncipe. —¡Al palacio! ¡A Farah! ¡Mata al traidor! Quiero verla. ¡Lo haré antes de que amanezca!" ¡Sí! ¡Ella me creerá!"

Ahora el príncipe comprendía por qué el tiempo había regresado a este punto. O, al menos, tenía algún sentido. En este punto, los pensamientos del Príncipe simplemente terminaron, corrió, decidido a castigar al enemigo, a devolver lo que le había quitado.

Durante una fracción de segundo, todo el bosque se iluminó con un relámpago. Un segundo más, y comenzaron a escucharse los truenos. Asustaron a uno de los habitantes del bosque, se oyó el crujido de una rama, el ulular de alguien, y luego otro relámpago, y otro repique, y otro, y otro.

Pero el Príncipe no se dio cuenta de esto, durante unos segundos más se quedó indeciso, sin hacer nada, y luego corrió del lugar donde estaba el palacio. No sabía lo que lo guiaba, nunca había estado aquí, y el bosque dificultaba ver nada, e incluso los relámpagos no cambiaban nada, pero sabía dónde correr, y simplemente corría, le parecía todo el tiempo que era demasiado lento, pero no todos los corredores podían adelantarlo; Cruzó una de las zanjas como si de un pequeño agujero se tratara, aunque desde fuera este salto parecía sencillamente imposible. Era el impulso de hacer lo imposible lo que lo impulsaba ahora, y siguió corriendo, ignorando la fatiga, el dolor en la rodilla y el suelo resbaladizo. Ahora todo se podía ver en sus ojos: relámpagos, chispas de ira y alegría, y llamas de amor.

Una luz parpadeó hacia adelante. "¡Sí! ¡Es un palacio!" – Ni siquiera puedo decir que pensé, sino que simplemente entendí. Y de repente una extraña sensación: ¿había estado aquí antes? Un segundo de vacilación, un relámpago y los sonidos de su carrera ya no eran audibles para los siguientes truenos.

Y entonces el príncipe se dio cuenta de que estaba aún más cerca del palacio de lo que pensaba. No estaba claro por qué, pero subió sin dudarlo. Simplemente no había suficiente espacio en su cabeza para pensar en un error, que algo podría salir mal.

Otro destello, y él está en el balcón. Una luz tenue iluminaba todo a su alrededor, rompiendo las cortinas translúcidas desde el interior. De nuevo un segundo de confusión, un destello y él ya estaba allí, detrás de la cortina. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba empapado hasta la piel, que le dolía la rodilla y que por fin había llegado al lugar donde había estado luchando, sin saber cómo había llegado allí. En un instante, todos los acontecimientos de aquellos días pasaron ante él. Sus piernas se doblaron, le dolían de una fatiga terrible.

–¡No! ¡Ahora no! ¡Este no es el final! —murmuró el príncipe débilmente—. —¡Debo decirle la verdad!

***

Otra persona no durmió esa noche.

Primero el silencio, luego el golpe fuerte y resonante de la primera gota en la hoja. Silencio. Una gota se deslizó por la sábana, y de nuevo un golpe resonante sobre el mármol. Flash. Otra gota. Todavía. Todavía. El cielo estalló en un terrible trueno. El faro se despertó. Silencio. Otro destello se reflejó en sus ojos. Trueno de nuevo. Ella se estremeció. Silencio. El susurro de las hojas fuera de la ventana la rompió, pero sólo por un momento, y de nuevo el silencio fue discordante para el oído.

Farah se levantó de la cama y se acercó a las cortinas, quería estar de pie bajo la lluvia, escuchar los sonidos del bosque. El suelo de mármol estaba frío, pero sin saber por qué, no caminó sobre la alfombra. El mármol refrescaba agradablemente sus pies y la calmaba. Sin embargo, tenía un rostro pensativo, miraba hacia adelante, pero como si lo atravesara todo y simplemente caminara. Le parecía que se estaba quedando dormida. Una repentina ráfaga de viento levantó las cortinas, unas gotas de lluvia cayeron sobre su rostro. Esto hizo que Faro volviera instantáneamente a la realidad. Se apartó de las cortinas, una ansiedad incomprensible se apoderó de ella. No, por supuesto, ya no era una niña para tener miedo a la oscuridad o creer en algunos monstruos, pero la sensación de ansiedad era clara. Y por alguna razón, Farah sintió que debería haber estado en otro lugar. Volvió al lugar donde había dormido hacía poco tiempo: todo seguía igual, pero un cierto sentimiento, o más bien una premonición, la atormentaba.

Ni siquiera se dio cuenta de inmediato de que sentía un toque, de que había alguien más aquí. Volvió a mirar todo. Ella se volvió. Un trueno se tragó su grito. Pero no era la presencia de un extraño lo que la asustaba, sino su apariencia: mojada, con ropa sucia, con ojos salvajes.

—¿Quién eres tú? ¿Y qué haces aquí? El miedo de Farah fue reemplazado por la curiosidad.

Le quitó la mano del hombro. Se le hizo difícil volver a entender su idioma.

—No tengas miedo —dijo pronto el príncipe—. "¡No te lastimaré de ninguna manera!"

"Un forastero", pensó. Solo ahora esta palabra le causó al menos alguna impresión. Lo más probable es que unos segundos más hubiera gritado, pidiendo ayuda. Pero entonces el príncipe sacó su

daga. E inmediatamente, ni una sombra de miedo en sus ojos, solo sorpresa.

"Pertenece..." el Príncipe no tuvo tiempo de terminar cuando escuchó la voz de esta sorpresa:

"¡¿De dónde lo obtuviste?!" Debe estar en la tesorería de mi...

—Lo sé —interrumpió a Farah en mitad de la frase—. "Y volverá a estar allí muy pronto". ¡Prométeme que se quedará allí para siempre!

– … Padre... —terminó sus palabras por inercia—.

Hubo una breve pausa.

—¿Pero de dónde? ¿Cómo? La exclamación de asombro de Farah resonó en las paredes de mármol.

Un relámpago proyectó dos sombras en la pared. Las dos sombras, individualmente, están muy separadas. Un segundo de silencio.

"Hay un tiempo para todo, pronto lo entenderás todo", susurró.

Y de nuevo todo fue ahogado por el estruendo de los truenos. Silencio. Sus ojos. Un momento interminable. Ni un solo sonido, ni un solo suspiro. Otro segundo, otro paso, y todo se precipitará a una velocidad vertiginosa. Como si una gota que se deslizara por la hoja hasta el borde mismo, se estirara, se congelara por un momento y cayera, golpeando la superficie del agua con un sonido sonoro, destruyendo todas las ilusiones sobre una vida tranquila, sobre el silencio, sobre la paz.

Y empezó a contar. Todo, desde el principio hasta ... No, no podía ser el final, cuando aún no había empezado nada. La flecha aún no ha sido disparada al aire, el padre de Farah está vivo. Por un segundo, incluso pensó, imaginó cómo sería contar todos estos eventos. Hubo más de ellos en un día de los que puede haber en toda una vida.

– Mucha gente piensa que el Tiempo es un río que lleva sus aguas en una dirección. Pero les puedo asegurar que están equivocados", comenzó su relato el Príncipe. Farah se limitó a escuchar.

"El tiempo es un océano abrazado por una tormenta, es un elemento poderoso e indomable. He visto el verdadero rostro de los tiempos, ¡y puedo contarte una historia como nunca antes habías escuchado! El Príncipe continuó.

Y habló casi hasta la mañana. Hizo todo lo posible por no mostrar sus sentimientos por Farah, para no asustarla. No se daba cuenta de que a veces una sonrisa asomaba en su rostro. Por supuesto, no podía creer fácilmente todo lo que decía el extraño. Pero lo contó de una manera tan bella y coherente que todo le recordó a un cuento de hadas que era agradable de escuchar. La historia le parecía inimaginable, ridícula, inverosímil, pero él tenía

una daga, y parecía que sabía más de lo que un simple extraño debería saber.

Cuando el príncipe hubo terminado su relato, se levantó y dijo:

—¡Debemos impedir que el visir se lo impida! Va a abrir la puerta en secreto y lanzar una flecha de señal.

Y le hizo señas para que lo siguiera. Estaba a punto de seguirlo cuando escuchó que alguien tosía.

"¡Bueno, bueno!" ¡Un soldado persa, sediento de honor y gloria, se abrió paso hacia el palacio de Maharajah! ¡Le robó a su hija y su daga! El visir apareció de repente. "No creo que tengas otra opción: o llamo a los guardias de inmediato y te arrepentirás de haber llegado aquí, ¡o me darás la daga!" Pronunció las últimas palabras con una nota especial en su voz, con una nota de ensoñación maliciosa.

Farah escuchó y no entendió.

–¿A qué esperamos? ¡Deja a la chica! Lo arreglaré para que huyas vivo de aquí, yo conseguiré la daga, y ella —Amar frunció el ceño y miró a Farah fulminante—, ya sabe demasiado. ¡Ella será asesinada por mí! ¡Pero nadie lo sabrá! Un soldado persa se coló en las habitaciones de Pharah, la mató y llegó al tesoro: ¡la daga perdida sería una gran prueba de ello! ¡Y por la mañana la flecha se disparará al aire y a nadie le importarán tales nimiedades!

Pobre Farah... Su mente estaba nublada, había lágrimas, incomprensión, miedo en sus ojos. Se alejó unos pasos. El visir es un traidor. ¿Quién es el invitado de la noche? ¿Qué dirá? ¿La había engañado?

"¡Puedes matarla tú mismo!" ¡No me importará! —dijo el visir—. Sus ojos eran terribles, el diablo mismo se sentaba en ellos, nada humano, un vacío enorme, frío y terrible.

El faro se congeló de estas palabras y de estos ojos.

El príncipe buscó su cinturón, y se escuchó el sonido frío de una espada deslizándose a lo largo de la vaina. Farah se estremeció y volvió a dar un paso atrás, y suspiró bruscamente de sorpresa: se golpeó la espalda contra la pared. Sacó su espada, la giró en sus manos, su mirada fría e impenetrable, y nadie se habría atrevido a decir exactamente lo que iba a hacer a continuación. Silencio. Espera silenciosa. El silbido del aire cortado por la espada. —gritó Farah—. El visir, respirando con dificultad, se hundió en el suelo: la espada golpeó el pecho, pero golpeó el medallón y, por lo tanto, no dejó caer una gota de sangre. Solo se escuchó un golpe sordo. La última para el visir. Tosió, escupió sangre, murmuró algo indistintamente y murió. Sin darse cuenta, el Príncipe hizo parecer que su enemigo había muerto de causas naturales, de una enfermedad que lo había atormentado sin piedad durante mucho tiempo.

No se equivocó. Él perturbó su paz, pero parece que acaba de salvarle la vida. Y tal vez incluso toda la ciudad.

Una brisa fresca entraba por la ventana. Anunciaba el inminente amanecer. Las hojas de alguna planta se hacían eco de la brisa, se balanceaban tras ella y susurraban algo. El faro pasó sin darse cuenta de nada. Estaba perdida en sus pensamientos, excepto que sentía que le era más fácil respirar: el aire después de la tormenta tenía un sabor inusualmente dulce. El silencio duró alrededor de un minuto.

Un lejano y solitario rayo del sol naciente rompió una rendija de las cortinas, arrastrado por la misma brisa previa al amanecer. No se limitaba a iluminar todo lo que le rodeaba. Parecía que estaba golpeando con todas sus fuerzas, solo él era capaz de romper el velo de la noche, que lentamente se iba a algún lugar lejano, lejos de este mundo. Otro rayo. Se deslizó suavemente desde el balcón por el suelo, a lo largo de la pared. Otro rayo. Una cosa más. Un millón de rayos. Amanecer. Toda la habitación estaba llena de purpurina, deslumbramiento, pequeños destellos y calor.

"Así que es verdad... ¡Era un traidor! —dijo ella—.

"¡Es el momento! ¡Es hora!", contrariamente a sus deseos, el Príncipe salió corriendo de allí, hacia el amanecer y el dolor. Sabía lo que le esperaba allí: no sería capaz de controlarse a sí mismo, sus sentimientos, aullaría como una bestia salvaje y maldeciría todo en el mundo.

Miró a Farah. Estaba tan acostumbrado a mirar a esos ojos, a buscar una respuesta en ellos, a comprender... Y no vio lo que estaba esperando. Para ella, era casi un juego, una simple broma. Había perdido a ese Farah, ahora lo entendía completamente, no se resignaba, pero comprendía. Él la miró a los ojos por última vez, estaban abiertos de par en par por la sorpresa, se podían leer muchas preguntas en ellos, pero ningún sentimiento.

—Tengo que irme —dijo el príncipe—.

"Extraño", pensó, "iba y venía. Como un relámpago. Corté toda mi vida en *un antes* y un *después*".

Después de ponerse de pie vacilante, lo siguió. Sus piernas no le obedecían. ¡Pasaron tantas cosas en menos de una noche! Ahora su corazón latía para que pudiera resonar con los recientes truenos, pero la tormenta había pasado y los elementos ya se habían retirado.

"¡Ella no se acuerda de mí! No sabe nada de mí. Ella lo es todo para mí, yo no soy nada para ella. Un misterioso huésped nocturno. ¡El tiempo pasará, y Farah ni siquiera recordará este incidente!", como si pesadas piedras cayeran sobre el Príncipe de los pensamientos. Se le hacía difícil caminar: su rodilla dolorida se hacía sentir.

–¿¿Qué pasó? —preguntó, levantando ligeramente las cejas.

El príncipe no respondió, nada cambió en su rostro, en sus ojos, pero no porque no hubiera nada que cambiar. Todo se congeló: el

tiempo, los pensamientos y el propio Príncipe. Calma en todo el océano.

–Espera. ¡Devuélvelo a la tesorería de tu padre y guárdalo bien! —dijo el príncipe, volviéndose hacia ella y entregándole una daga—. Pero su corazón lo llamaba a irse lo antes posible. Y se fue al borde del balcón, al bosque, al campamento... a su padre.

—Te estoy muy agradecida, tú... —Farah empezó a hablar, pero él le hizo un gesto para que se callara—. Cada palabra que ella decía era como un golpe de fuerza terrible para él, no podía soportarlo por mucho tiempo.

Sin embargo, Farah no se detuvo y después de unos segundos continuó:

"Dime, ¿por qué inventaste una historia tan fantástica?" ¿Crees que soy un niño y que creería semejantes tonterías?

El príncipe se dio cuenta de que ya no podía contenerse. Al menos debería intentarlo. Y con un rápido movimiento besó a Farah. Sus ojos se abrieron con indignación, apartó al príncipe y finalmente entendió. El tiempo es un enemigo al que no ha podido derrotar. Tendrá que rendirse. Y usó la daga por última vez para retroceder solo diez segundos, cuando Farah terminó sus palabras:

– ... ¿Una historia fantástica? ¿Crees que soy un niño y que creería semejantes tonterías?

El príncipe se detuvo un momento, respiró hondo y le entregó una daga a Farah, diciendo:

–Sí. Tienes razón. Es solo un cuento de hadas. ¡Adiós! Se puso una máscara de alegre indiferencia y saltó desde el balcón al alto árbol que estaba a punto de bajar.

–¡Esperar! ¿Quién eres? ¡Al menos dime tu nombre! No podía hablar con calma, al ver que él se iba. No, ella no lo necesitaba, pero él le hizo tantas preguntas que ella se sintió mareada, sus sienes palpitaron y sus pensamientos se negaron a obedecerla por completo.

—Llámame —respondió el príncipe, y un momento después añadió—: ¡Cocclucchia!

2005-2016